

**NOTICIAS DE LA  
PENINSULA AMERICANA DE  
CALIFORNIA**

Por el Rev. Padre  
**JUAN JACOBO BAEGERT**

Con una introducción  
Por  
**Pavl Kirchhoff**



Elizabeth Acosta Mendía  
Editora

México, 2013

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

NOTICIAS DE LA  
PENINSULA AMERICANA DE  
CALIFORNIA

Por el Rev. Padre

JUAN JACOB BAEGERT

NOTICIAS

DE LA  
PENINSULA AMERICANA

DE  
CALIFORNIA

Elizabeth Acosta Mendía  
Edición

México, 2013

Archivo Histórico Pablo L. Martínez



**NOTICIAS DE LA  
PENINSULA AMERICANA DE  
CALIFORNIA**

Por el Rev. Padre  
**JUAN JACOBO BAEGERT**

Con una introducción  
Por  
**Pavl Kirchhoff**

Elizabeth Acosta Mendía  
Editora

México, 2013

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. MARCOS ALBERTO COVARRUBIAS VILLASEÑOR

*Gobernador del Estado de Baja California Sur*

LIC. RAFAEL TOVAR Y DE TERESA

*Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes*

LIC. ARMANDO MARTÍNEZ VEGA

*Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur*

LIC. JESÚS SILVESTRE FABIAN BARAJAS SANDOVAL

*Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

C. JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR

*Subdirector General*

MC. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA

*Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez*

C. SANDINO GÁMEZ VÁZQUEZ

*Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

FORMAS E IMÁGENES, S.A. DE C.V.

*Formación electrónica y cuidado editorial*

PRIMERA EDICIÓN EN ALEMÁN: MANNHEIM, 1772

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL: MÉXICO, D.F. 1942

SEGUNDA EDICIÓN EN ESPAÑOL: LA PAZ BCS, 1989

TERCERA EDICIÓN EN ESPAÑOL: LA PAZ BCS, 2013

D.R. © 2013 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

D.R. © 2013 ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

UNIDAD CULTURAL *Profr. Jesús Castro Agúndez,*

NAVARRO E/ ALTAMIRANO Y H. DE INDEPENDENCIA,

ZONA CENTRO, C.P. 23000, LA PAZ, BAJA CALIFORNIA SUR

ISBN: 978-607-9314-24-8

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

Este libro no puede ser reproducido total o parcialmente sin permiso escrito del editor. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en alguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso por escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez.

# INDICE

DE LA

OPERA DE LA COMISIÓN NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

DE LA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

## INDICE DE MATERIAS

### INDICE DE MATERIAS E ILUSTRACIONES

#### INDICE DE MATERIAS

INDICE DE MATERIAS DE LA PARTE I

1. El ser humano y su entorno	1
2. El ser humano y su entorno	2
3. El ser humano y su entorno	3
4. El ser humano y su entorno	4
5. El ser humano y su entorno	5
6. El ser humano y su entorno	6
7. El ser humano y su entorno	7
8. El ser humano y su entorno	8
9. El ser humano y su entorno	9
10. El ser humano y su entorno	10

# INDICE

## DE LAS NOTICIAS DE CALIFORNIA

### PROEMIO INTRODUCCION

	<u>Págs.</u>
LAS TRIBUS DE LA BAJA CALIFORNIA Y EL LIBRO DEL P. BAEGERT .....	xxi
NOTA DEL TRADUCTOR .....	xlix

### PRIMERA PARTE

#### DE CALIFORNIA EN GENERAL, SU CARÁCTER, CLIMA Y PRODUCTOS

Prólogo .....	3
I.—De la posición, longitud, latitud y extensión de California así como del Golfo de California .....	9
II.—Del calor, del frío y de las cuatro estaciones del año en California .....	15
III.—De la lluvia y otras aguas en California .....	21
IV.—De las cualidades, fertilidad y aridez de la tierra en California .....	29
V.—De los matorrales y espinas .....	37
VI.—De las frutas de California .....	43
VII.—De los cuadrúpedos, pescados y aves en California .....	47
VIII.—De las sabandijas de California .....	53
IX.—De las minas y perlas en California .....	59

### SEGUNDA PARTE

#### DE LOS HABITANTES DE CALIFORNIA

I.—Del aspecto, color y número de los californios, de dónde y cómo pueden haber llegado a California .....	69
II.—De las habitaciones de los californios .....	77
III.—De la indumentaria de los californios .....	81
IV.—De los bienes y utensilios, idem del trabajo y actividades de los californios .....	85
V.—De los alimentos, arte culinario y glotonería de los californios .....	89
VI.—De los matrimonios y crianza de los niños entre los californios .....	97

INDICE

	Págs.
VII.—De las enfermedades y medicinas de los californios; cómo mueren y cómo se entierran .....	103
VIII.—Del carácter, costumbres y naturaleza de los californios .....	109
IX.—De ciertas costumbres y modo de vivir de los californios .....	119
X.—Del idioma de los californios .....	129

TERCERA PARTE

DE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A CALIFORNIA E INTRODUCCIÓN DE LA FE CRISTIANA; DE LAS MISIONES Y OTRAS COSAS ANEXAS

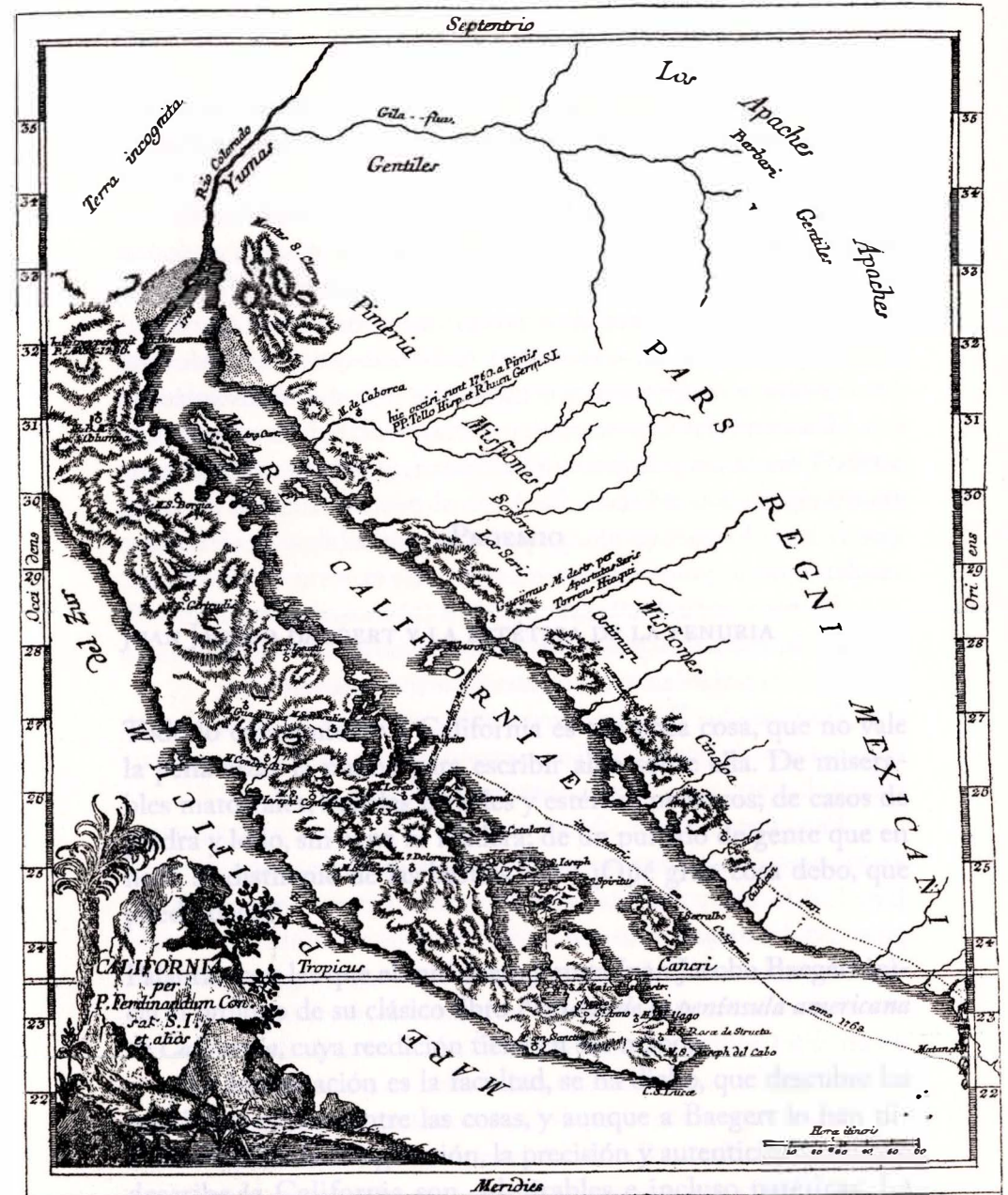
I.—Expediciones infructuosas de los Españoles a California. El P. Salvatierra, un jesuíta, pone pié firme en ella y funda la misión de Loreto .....	143
II.—Progreso de la misión fundada y establecimiento de otras nuevas .....	149
III.—De los ingresos y de la administración de las misiones .....	161
IV.—De las iglesias y sus ornamentos en California .....	169
V.—De la agricultura en California .....	175
VI.—De los animales domésticos en California .....	179
VII.—De los soldados, marineros, artesanos y así como del modo de comprar y vender en California .....	187
VIII.—De la muerte de los PP. Tamaral y Carranco... ..	193
IX.—Algunas preguntas dirigidas a los señores protestantes, principalmente a sus señores ministros ..	201
X.—De la llegada de don Gaspar Portola y salida de los jesuítas de California .....	213

ANEXOS A LAS NOTICIAS DE CALIFORNIA

PRIMER ANEXO: Noticias falsas acerca de California y de los californios .....	225
SEGUNDO ANEXO: Noticias falsas acerca de los misioneros en California. ....	239
INDICE ALFABETICO .....	255

INDICE DE ILUSTRACIONES

Carta geográfica de California, por el P. Fernando Consag. frente a la página.....	ix
Facsimile de la portada de edición de Mannheim, 1772... ..	xlvii
Mujer Californiana. ....	108
Hombre Californiano. ....	174



*Nota: Triplo latior et amplius descripta hic California est, quam re ipsa sit, ut scilicet aspectui melius pateret. hinc Scala horaria metiendae secundum longitudinem tantum Californiae servit, non secundum latitudinem. Omnes etiam sunt longitudinis gradus, eo quod incerta illa adhuc sit.*

VII.—De la infernalidad, maldad de los californios como guerra y cómo se gu... 103

VIII.—Del carácter, costumbres y naturalidad de los californios... 104

IX.—De ciertos costumbres y modo de vivir de los californios... 105

X.—Del idioma de los californios... 106

TERCERA PARTE

DE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A CALIFORNIA Y DE LA DE LA CRISTIANIDAD DE LOS MISMOS

I.—Expediciones infructuosas para descubrir California. El P. Salvaterra, un jesuita... 107

II.—Desembarco de la misión de San Francisco... 108

III.—De los sucesos que precedieron a la fundación de la misión de San Francisco... 109

IV.—De las ideas y sentimientos que prevalecieron en San Francisco... 110

V.—De la agricultura en San Francisco... 111

VI.—De las artes y oficios en San Francisco... 112

VII.—De los soldados en San Francisco... 113

VIII.—De la guerra de San Francisco... 114

IX.—Algunos sucesos de San Francisco... 115

X.—De la fundación de San Francisco... 116

INDICE ALFABETICO

INDICE DE ILUSTRACIONES

Carta geográfica de California, por el Sr. ...

NOTICIAS DE LA PENINSULA AMERICANA DE CALIFORNIA

Todo lo concerniente a California es tan poca cosa, que no vale la pena alzar la pluma para escribir algo sobre ella. De miserables matorrales, inútiles zarzales y estériles peñascos; de casos de piedra y lodo, sin agua ni madera; de un puñado de gente que en nada se distingue de las bestias (...) ¿Qué gran cosa debo, que puedo decir?

PROEMIO

JUAN JACOBO BAEGERT Y LA ESTÉTICA DE LA PENURIA

Palabras, con las que el misionero jesuita Juan Jacobo Baegert inicia el prólogo de su clásico libro *Noticias de la península americana de California*, cuya reedición tiene en sus manos.

La imaginación es la facultad, se ha dicho, que descubre las relaciones ocultas entre las cosas, y aunque a Baegert lo han tildado de falta de imaginación, la precisión y autenticidad con que describe la California son, admirables e incluso patéticas. La



desolación del paisaje, natural y humano, y su reiterada recurrencia, van creando un insólito clima y una atmósfera irrespirablemente bella.

La preocupación estilística de Baegert está perfectamente preconcebida, pensada y razonada. De ninguna manera podemos creer que se trate de una mera contingencia fortuita: "Los señores españoles gustan de escribir tomos gruesos y llenarlos algunas veces con la suerte de descripciones y datos innecesarios, traídos por los cabellos y exagerados por medio de palabras rimbombantes (...) Para qué, digo, sirven tantos rodeos, si no es para aumentar el costo de los libros y despertar en el lector enojo y ganas de dormir, en vez de gozo e interés?". Reclama el mismo Baegert, y apunta que su libro lo escribió sin apoyo bibliográfico alguno, sino como resultado de su propia experiencia; lo que vio, vivió y le contaron.

El tono sacerdotal del que el mismo traductor, Pedro R. Hendrich, nos habla, y la recurrencia continua hacia el pleonasma contribuyen notablemente a crear esa atmósfera referida.

Juan Jacobo Baegert, desde 1751 y hasta 1768 se enfrentó, en la misión de San Luis Gonzaga, a un esquema de vida radicalmente distinto a sus acostumbrados ambientes.

Para don Pablo L. Martínez, NOTICIAS DE LA PENÍNSULA AMERICANA DE CALIFORNIA, constituye un libro negro sobre la Baja California, y además, "permite darnos cuenta de que el religioso estaba inconforme con su profesión de fe". Esta aseveración de don Pablo se debilita notablemente cuando el mismo Baegert nos dice en la obra referida, que toda lucha, todo sacrificio realizado en una California hostil se justifica por los más de catorce mil jóvenes californios rescatados para la fe.

La enumeración pues, de las inconveniencias numerosísimas que representaba la California, constituye un libro negro sobre la Baja California, era también un canto al esfuerzo religioso, a

la empresa misional. En la medida en que se hiciera evidente la penuria y los sacrificios, se podría estimar el valor de la conquista espiritual.

José Mariano de Iturriaga escribe un poema para celebrar el segundo siglo de la Compañía de Jesús en el Colegio de San Pedro y San Pablo, el 27 de septiembre de 1740 y ese poema fue bautizado por su traductor (del latín al castellano), doctor Gabriel Méndez Plancarte, como *La Californiana*. Es un poema preéptico, proclive, naturalmente, a lo divino, que describe las peripecias y dificultades de los jesuitas, las hazañas, súplicas y gestiones que precedieron a la evangelización. El poema coincide en distintos momentos del texto, con la visión de Juan Jacobo Baegert, en lo que he denominado la estética de la penuria:

Existió una gran isla por mucho tiempo ignorada,  
situada en el cálido trópico de Cáncer, llamada California  
por el constante fulgor de Titán de la calcina,  
por todos lados esta ceñida de cordilleras  
y a la vez de horrendos abismos,  
a los que no se les ve fondo solido;

De la exigua humedad del cielo caen gotas que, al momento  
precipítense por las altas vertientes,  
y azotándose contra solidas rocas, van a dar al mar  
y para que la gran obra que se proponían tuviera un sentido esencial:  
...hay que conceder esta victoria a la Compañía de Loyola;

Solo la ínclita gloria de tu nombre  
rige esta multitud de varones,  
y el dar la cara a rabiosas tormentas  
Y el soportar cuantas amenazas fragua la demente arbitrariedad.

Cuenta las fortalezas vencidas, los triunfos alcanzados  
y los héroes muertos valerosamente.

Los valles blanqueados con sus huesos;  
están rojos con su sangre los campos del Etiope, del chino  
y feroz Batavo; también los campos de Oriente  
están saturados de sangre cristiana.

La misión de San Luis Gonzaga, donde trabajó Baegert, se encontraba fuera de las rutas que conectaban las misiones más importantes, y se hallaba en la parte más árida de la península, en pleno desierto. Por ello, no es fortuito que ese ambiente lo haya marcado profundamente, al grado de llevarlo a plasmar en su obra un testimonio de un realismo más que mágico, magistral.

Comparemos este fragmento de un poema de Paul Eluard:

cuando las cimas de nuestro cielo  
se reúnan  
mi casa tendrá un techo.

Con esta prosa tomada del libro de Baegert y que yo mismo he cortado en forma de verso:

Los indios peninsulares  
no podían tener más autoridad  
ni policía ni leyes.  
Juntos  
no poseían otra cosa  
que su cuerpo  
su alma  
su piel morena.

El suelo venía a ser su mesa  
su cocina  
su comedor.  
Las desiertas serranías  
y los peñascos  
sus cortinas y tapicerías.  
Los zarzales y espinares  
sus parques y vergeles.  
Los charcos de agua  
siempre estancada  
les dieron perpetuos espejos  
y salones enteros de cristal.

¿No es esto más bien un canto a los grandes espacios y no un reproche denigratorio de la península? Su tono no es pesimista, sino intimista ¿Por qué pesimista? El asunto no es tan superficial.

Baegert nos hace "leer una casa", la casa de la California. Casa, habitación, espacio, son diagramas de la sociología que guían a los escritores, a los historiadores, a los poetas, en el análisis de la intimidad.

La inmensidad, los espacios abiertos, el desierto, el mar, son categorías filosóficas del ensueño, ensueño que se nutre de una inclinación por la grandeza, una contemplación del mundo, incluso en sus más mínimos detalles. Baegert va al detalle continuamente, como en este pasaje de su obra:

En cuanto a las espinas de California, su cantidad resulta asombrosa y hay muchas de terrible aspecto. Parece que la maldición que Dios fulminó sobre la tierra después del pecado del primer hombre, haya recaído de una manera especial sobre California; hasta podría dudarse que en las dos terceras partes de Europa haya tantas púas y espinas

como en California sola (...) Cierta vez me hice el propósito de contar las espinas que había en un pedazo de mata espinosa (...) no conté menos de mil seiscientos ochenta (...); de modo que resulta, después de hacer la cuenta, que una sola mata tiene más de un millón de espinas.

¿Qué impulsaba a Baegert a contar minuciosamente las espinas de los cactus?

¿Qué impulsaba a asumir este mundo a esos niveles de minuciosidad? ¿Qué espíritu de la grandeza intuita en ellos? ¿Que valores éticos o estéticos le sugeriría la espina?

A través del minucioso conteo y observación de la penuria vegetal “habitaba delicadamente el bosque o los bosques de el mismo”, sus bosques internos asimilados desde el norte de Europa; al tiempo en que lo guiaba una compasión religiosa por los vaivenes de la Creación.

De los fenomenólogos de la imaginación aprendemos que lo minúsculo y lo inmenso son consonantes; que lo precario y lo abundante se tocan; y, aunque el poeta mire por el microscopio o por el telescopio, vera siempre lo mismo.

Parecería que Baegert hubiera redactado las siguientes líneas tomadas del libro *El anticuario*, de Henri Bosco:

En el desierto oculto que llevamos en nosotros, donde ha penetrado el desierto de la arena y de la piedra, la extensión del alma se pierde a través de la extensión infinitamente inhabitada que asuela las soledades de la tierra.

¿No es posible advertir una extraña y fascinante comicidad entre la vegetación precaria de la California y la abundante y frondosa de Europa, en el párrafo siguiente?: “Todos estos palos (mezquite, “palo blanco”, “palo hierro”, “uña gato”, etc...) sentirían vergüenza

presentarse ante un encino o nogal europeo”. Y luego agrega, casi como en un acto de contricción: “sus hojitas son casi las mismas que las del mezquite”.

#### LOS HOMBRES HIJOS DE LOS PÁJAROS Y DE LAS PIEDRAS

Baegert escribió con sensibilidad poética: “Algunos de la gente mía creían que descendían de un ave, otros, de una piedra, otros soñaban a este respecto en algo todavía más fantástico y disparatado que el otro”.

Para Baegert no resultó ajena, seguramente, esta circunstancia de ser o de querer ser originario, tanto del cielo, como de la tierra, ya se tratara del ave o de la piedra, dos elementos antagónicamente cerca para la imaginación de los elementos de la materia y religiosos. Sin embargo, los toca como de paso, ya que concederles demasiada importancia no correspondería al espíritu religioso que particularmente lo sostenía.

Estos deseos de pertenencia o de procedencia por parte de los indios pueden ser entendidos también con el deseo de agrandar los límites del espacio, agrandar los límites de un espacio que de por sí es vasto, venir del aire y ser libre como los pájaros en el aire o ser sólido y negar al tiempo como la piedra.

Más adelante veremos lo que se refiere al carácter de los californios, a su lengua, al cielo azul y a su majestad, las nubes. Las nubes que ocupan un capítulo especial en el estudio de los elementos de la materia. “Al que quiera negar el papel de la imaginación dinámica en la vida imaginaria, bastaría pedirle una explicación acerca de la nube pesada y la nube ligera, la nube que nos oprime y que nos atrae a lo más alto del cielo”

Indudablemente que a Baegert le fascinaba la presencia de las nubes peninsulares y la actitud de los californios frente a ellas: Los californios no sienten temor por nada, y ante peligros de muerte, parecen apáticos o faltos de razón. De igual manera no dan señas de miedo, cuando retumban los truenos y caen los rayos, pues siguen con sus risas y bromas aunque pareciera que el cielo amenazara con venirse abajo”.

En nuestras casas, apretadas unas contra otras, tenemos miedo. En el campo la casa parece temer junto con nosotros. Tiembla con nosotros; la naturaleza se vive a plenitud. ¿Dónde existe más intimidad, en la casa amontonada de la ciudad o en la casa solitaria del campo?

Baegert no fue ajeno a esta percepción sensorial en donde todos sus sentidos se involucraban.

Los grandes espacios abiertos de la California le influyeron a él, con su vocación de niño y de santo, abierto a los asombros infinitos de la aventura de vivir y soñar, se dejó llevar por los corredores de la gran estancia California.

Por supuesto que el californio asume sus espacios con una dosis menor de asombro. Para ellos es lo cotidiano, su costumbre, su piel. Para el europeo era y es la posibilidad del contraste.

Si un marinero es un trabajador del océano, Baegert es un trabajador del desierto; no menos heroico en su labor. Es un héroe del desierto, un héroe de la penuria; es el héroe de la muerte-vida, es decir, de la glorificación íntima de la penuria, como mecanismo para exaltar el gesto de infinita vida que el desierto provoca.

Soledad en llamas, llamas mojadas por el mar, agua quemada al pisar los pliegos del desierto. Esta unión se nos antoja inevitablemente complementaria y recreadora de símbolos.

Raúl Antonio Cota

## LAS TRIBUS DE LA BAJA CALIFORNIA Y EL LIBRO DEL P. BAEGERT

### INTRODUCCION

Por el mar y el desierto, la Baja California estaba predestinada a jugar un papel importante, aunque esencialmente pasivo, en la historia indígena del continente.

Según sabemos, e podemos inferir, los movimientos migratorios de las tribus americanas siguieron, a grandes rasgos, una dirección de norte a sur. Aquellas tribus que en sus migraciones habían llegado a la desembocadura del Río Colorado o a la región al norte de ella, pudieron seguir hacia el sur con igual facilidad que otras tribus al este de ellas. Pero al mar en una península, se habría que tenerle debido ser muy difícil.

Se trataba de una península muy grande, de hecho una de las más grandes del mundo. Para llegar hasta su extremo sur, los navegantes tuvieron que recorrer una distancia igual a la existente entre las ciudades de México y San Salvador, o entre Nueva York y Chicago, o entre Berlín y Roma. Debía pasar bastante tiempo hasta que se dieran cuenta de que habían entrado en un callejón sin salida.

Halla, desde un principio, una diferencia notable entre la migración de aquel grupo de tribus que entró en este callejón y la de las otras que pudieron seguir hacia el sur, por un ancho

Indudablemente que a Baegert le fascinaba la presencia de las nubes peninsulares y la actitud de los californios frente a ellas: Los californios no sienten temor por nada, y ante peligros de muerte, parecen apáticos o faltos de razón. De igual manera no dan señas de miedo, cuando retumban los truenos y caen los rayos, pues siguen con sus risas y bromas aunque pareciera que el cielo amenazara con venirse abajo.

En nuestras casas, apretadas unas contra otras, tenemos miedo.

En el campo la casa parece temer junto con nosotros. Tiembla con nosotros; la naturaleza se vive a plenitud. ¿Donde existe más intimidad, en la casa amontonada de la ciudad o en la casa solitaria del campo?

Baegert no se aburre en la gran estancia californiana en donde todos sus sentidos se involucran.

Los grandes espacios abiertos de la California le infundieron a él, con su vocación de niño y de santo, abierto a los asombros infinitos de la aventura de vivir y soñar, se dejó llevar por los corredores de la gran estancia California.

Por supuesto que el californio asume sus espacios con una dosis menor de asombro. Para ellos es lo cotidiano, su costumbre, su piel. Para el europeo era y es la posibilidad del contraste.

Si un marajero es un trabajador del océano, Baegert es un trabajador del desierto; no menos heroico en su labor. Es un héroe del desierto, un héroe de la penuria; es el héroe de la muerte-vida, es decir, de la glorificación íntima de la penuria, como mecanismo para exaltar el gesto de infinita vida que el desierto provoca.

Soledad en llamas, llamas mojadas por el mar, agua quemada al pisar los pliegos del desierto. Esta unión se nos antoja inevitablemente complementaria y recreadora de símbolos.

Raúl Antonio Cota

## LAS TRIBUS DE LA BAJA CALIFORNIA Y EL LIBRO DEL P. BAEGERT

**P**OR su carácter peninsular, su ubicación, extensión y clima, la Baja California estaba predestinada a jugar un papel interesantísimo, aunque esencialmente pasivo, en la historia indígena del continente.

Según sabemos, o podemos inferir, los movimientos migratorios de las tribus americanas siguieron, a grandes rasgos, una dirección de norte a sur. Aquellas tribus que en sus migraciones habían llegado a la desembocadura del Río Colorado o a la región al oeste de ella, pudieron seguir hacia el sur con igual facilidad que otras tribus al este de ellas. Pero al entrar en una península, su historia posterior debió ser muy distinta.

Se trataba de una península muy grande, de hecho una de las más grandes del mundo. Para llegar hasta su extremo sur, los inmigrantes tuvieron que recorrer una distancia igual a la existente entre las ciudades de México y San Salvador, o entre Nueva York y Chicago, o entre Berlín y Roma. Debió pasar bastante tiempo hasta que se dieran cuenta de que habían entrado en un callejón sin salida.

Había, desde un principio, una diferencia notable entre la migración de aquel grupo de tribus que entró en este callejón y la de las otras, que pudieron seguir hacia el sur, por un ancho

frente que ocupaba toda la región entre las desembocaduras de los ríos Colorado, en el oeste, y Bravo, en el este. El meterse en el callejón bastante angosto de la Península de California, traía como consecuencia inevitable un aislamiento muy considerable de esas tribus. Aunque es probable que en vez de tratarse de la llegada de un solo grupo de inmigrantes, llegaran varias oleadas de ellos, entrando por la misma puerta en el norte, no es fácil que los grupos más recientes se hayan podido poner en contacto directo más que con la retaguardia de los inmigrantes más antiguos de la península, ya que lo angosto del callejón impedía, excepto en casos muy contados, movimientos migratorios que pasaran al lado de los grupos ya establecidos. En la gran mayoría de los casos, nuevos inmigrantes podían avanzar sólo empujando a los otros hacia el sur, con el resultado de que a éstos les separaba un número de tribus cada vez mayor de aquella puerta en el norte, por la cual ellos mismos habían entrado a la península.

En muchos, si no en todos los casos, los recién llegados debieron tener ciertas ventajas sobre sus adversarios, por participar en adelantos culturales (nuevas armas y técnicas y una organización social e ideario nuevos) los cuales se habían logrado en otras partes de América sin haber penetrado todavía hasta las tribus aisladas de la Baja California. Pero el proceso de continuo desalojamiento de tribus hacia el sur, que durante un largo plazo debió caracterizar el movimiento de población al este del Golfo de California, debió encontrar en la Baja California un límite difícil de franquear: este límite lo constituía precisamente su carácter peninsular, agravado por el hecho de que mientras las rutas de migración a través de otras penínsulas de comparable extensión (Malaca y Kamchatka) tienen su continuación natural en cadenas de islas, el punto sur de la Baja California es un verdadero finis terræ.

Tarde o temprano la población de la península tuvo que llegar a un máximo en el que no había lugar para nuevos inmigrantes, a menos que ellos hubieran poseído una cultura muy distinta y mucho más avanzada, lo cual les hubiera permitido

hacer un uso enteramente nuevo de los escasos recursos naturales de la península. Y, una vez que los nuevos inmigrantes encontraron una resistencia más fuerte, debido precisamente a la imposibilidad de sus adversarios para empujar a otros grupos aun más hacia el sur, no parece muy probable el que hayan seguido luchando con mucho empeño para abrirse paso, pues ya en aquel tiempo debió ser bastante generalizado, entre las tribus cercanas a la entrada de la península, el conocimiento de lo poco atractivo de las regiones meridionales (con excepción de la propia punta de la península).

Aunque entre las tribus septentrionales de la Baja California las tradiciones acerca de desalojamientos de tribus hacia el sur, como resultado de encuentros bélicos, sobrevivían hasta tiempos recientes, las inmigraciones de grupos enteros remontan probablemente a una época bastante remota, y lo que caracterizaba tiempos posteriores era más bien la transmisión de nuevos inventos, costumbres e ideas de tribu en tribu, sin que éstas se movieran ya mucho del lugar que desde hacía mucho tiempo ocupaban.

La dirección de estas nuevas influencias era, sin duda alguna, principalmente la misma seguida por las migraciones de pueblos: de norte a sur. El estudio de la distribución geográfica de instrumentos, técnicas, conocimientos, costumbres e ideas entre las tribus de la Baja California y regiones colindantes lo muestra claramente.

Hay que contar, sin embargo, con otras dos posibilidades: por un lado, influencias (y tal vez hasta una verdadera inmigración) desde la costa de Sonora a través del puente natural que en la mitad norte del Golfo de California constituyen la Isla de Tiburón y algunas otras; y, por otro lado, la llegada de pequeños grupos de gentes directamente por el mar, procediendo de regiones más lejanas, sea de las costas al norte o sur de la Baja California, sea de remotas islas del Océano Pacífico. Parece probable que tales influencias, en caso de haber llegado hasta nuestra península, no influyeron sino en pequeñas partes de ella.

Cuenta las fortalezas vencidas, los triunfos alcanzados  
y los héroes muertos valerosamente.

Los valles blanqueados con sus huesos;  
están rojos con su sangre los campos del Etiope, del chino  
y feroz Batavo; también los campos de Oriente  
están saturados de sangre cristiana.

La misión de San Luis Gonzaga, donde trabajó Baegert, se encontraba fuera de las rutas que conectaban las misiones más importantes, y se hallaba en la parte más árida de la península, en pleno desierto. Por ello, no es fortuito que ese ambiente lo haya marcado profundamente, al grado de llevarlo a plasmar en su obra un testimonio de un realismo más que mágico, magistral.

Comparemos este fragmento de un poema de Paul Eluard:

cuando las cimas de nuestro cielo  
se reúnan  
mi casa tendrá un techo.

Con esta prosa tomada del libro de Baegert y que yo mismo he cortado en forma de verso:

Los indios peninsulares  
no podían tener más autoridad  
ni policía ni leyes.  
Juntos  
no poseían otra cosa  
que su cuerpo  
su alma  
su piel morena.

El suelo venía a ser su mesa  
su cocina  
su comedor.  
Las desiertas serranías  
y los peñascos  
sus cortinas y tapicerías.  
Los zarzales y espinares  
sus parques y vergeles.  
Los charcos de agua  
siempre estancada  
les dieron perpetuos espejos  
y salones enteros de cristal.

¿No es esto más bien un canto a los grandes espacios y no un reproche denigratorio de la península? Su tono no es pesimista, sino intimista ¿Por qué pesimista? El asunto no es tan superficial.

Baegert nos hace "leer una casa", la casa de la California. Casa, habitación, espacio, son diagramas de la sociología que guían a los escritores, a los historiadores, a los poetas, en el análisis de la intimidad.

La inmensidad, los espacios abiertos, el desierto, el mar, son categorías filosóficas del ensueño, ensueño que se nutre de una inclinación por la grandeza, una contemplación del mundo, incluso en sus más mínimos detalles. Baegert va al detalle continuamente, como en este pasaje de su obra:

En cuanto a las espigas de California, su cantidad resulta asombrosa y hay muchas de terrible aspecto. Parece que la maldición que Dios fulminó sobre la tierra después del pecado del primer hombre, haya recaído de una manera especial sobre California; hasta podría dudarse que en las dos terceras partes de Europa haya tantas púas y espigas

como en California sola (...) Cierta vez me hice el propósito de contar las espinas que había en un pedazo de mata espinosa (...) no conté menos de mil seiscientos ochenta (...); de modo que resulta, después de hacer la cuenta, que una sola mata tiene más de un millón de espinas.

¿Qué impulsaba a Baegert a contar minuciosamente las espinas de los cactus?

¿Qué impulsaba a asumir este mundo a esos niveles de minuciosidad? ¿Qué espíritu de la grandeza intuida en ellos? ¿Que valores éticos o estéticos le sugeriría la espina?

A través del minucioso conteo y observación de la penuria vegetal “habitaba delicadamente el bosque o los bosques de el mismo”, sus bosques internos asimilados desde el norte de Europa; al tiempo en que lo guiaba una compasión religiosa por los vaivenes de la Creación.

De los fenomenólogos de la imaginación aprendemos que lo minúsculo y lo inmenso son consonantes; que lo precario y lo abundante se tocan; y, aunque el poeta mire por el microscopio o por el telescopio, vera siempre lo mismo.

Parecería que Baegert hubiera redactado las siguientes líneas tomadas del libro *El anticuario*, de Henri Bosco:

En el desierto oculto que llevamos en nosotros, donde ha penetrado el desierto de la arena y de la piedra, la extensión del alma se pierde a través de la extensión infinitamente inhabitada que asuela las soledades de la tierra.

¿No es posible advertir una extraña y fascinante comicidad entre la vegetación precaria de la California y la abundante y frondosa de Europa, en el párrafo siguiente?: “Todos estos palos (mezquite, “palo blanco”, “palo hierro”, “uña gato”, etc...) sentirían vergüenza

presentarse ante un encino o nogal europeo”. Y luego agrega, casi como en un acto de contrición: “sus hojitas son casi las mismas que las del mezquite”.

#### LOS HOMBRES HIJOS DE LOS PÁJAROS Y DE LAS PIEDRAS

Baegert escribió con sensibilidad poética: “Algunos de la gente mía creían que descendían de un ave, otros, de una piedra, otros soñaban a este respecto en algo todavía más fantástico y disparatado que el otro”.

Para Baegert no resultó ajena, seguramente, esta circunstancia de ser o de querer ser originario, tanto del cielo, como de la tierra, ya se tratara del ave o de la piedra, dos elementos antagónicamente cerca para la imaginación de los elementos de la materia y religiosos. Sin embargo, los toca como de paso, ya que concederles demasiada importancia no correspondería al espíritu religioso que particularmente lo sostenía.

Estos deseos de pertenencia o de procedencia por parte de los indios pueden ser entendidos también con el deseo de agrandar los límites del espacio, agrandar los límites de un espacio que de por sí es vasto, venir del aire y ser libre como los pájaros en el aire o ser sólido y negar al tiempo como la piedra.

Más adelante veremos lo que se refiere al carácter de los californios, a su lengua, al cielo azul y a su majestad, las nubes. Las nubes que ocupan un capítulo especial en el estudio de los elementos de la materia. “Al que quiera negar el papel de la imaginación dinámica en la vida imaginaria, bastaría pedirle una explicación acerca de la nube pesada y la nube ligera, la nube que nos oprime y que nos atrae a lo más alto del cielo”



Indudablemente que a Baegert le fascinaba la presencia de las nubes peninsulares y la actitud de los californios frente a ellas: Los californios no sienten temor por nada, y ante peligros de muerte, parecen apáticos o faltos de razón. De igual manera no dan señas de miedo, cuando retumban los truenos y caen los rayos, pues siguen con sus risas y bromas aunque pareciera que el cielo amenazara con venirse abajo”.

En nuestras casas, apretadas unas contra otras, tenemos miedo.

En el campo la casa parece temer junto con nosotros. Tiembla con nosotros; la naturaleza se vive a plenitud. ¿Dónde existe más intimidad, en la casa amontonada de la ciudad o en la casa solitaria del campo?

Baegert no fue ajeno a esta percepción sensorial en donde todos sus sentidos se involucraban.

Los grandes espacios abiertos de la California le influyeron a él, con su vocación de niño y de santo, abierto a los asombros infinitos de la aventura de vivir y soñar, se dejó llevar por los corredores de la gran estancia California.

Por supuesto que el californio asume sus espacios con una dosis menor de asombro. Para ellos es lo cotidiano, su costumbre, su piel. Para el europeo era y es la posibilidad del contraste.

Si un marinero es un trabajador del océano, Baegert es un trabajador del desierto; no menos heroico en su labor. Es un héroe del desierto, un héroe de la penuria; es el héroe de la muerte-vida, es decir, de la glorificación íntima de la penuria, como mecanismo para exaltar el gesto de infinita vida que el desierto provoca.

Soledad en llamas, llamas mojadas por el mar, agua quemada al pisar los pliegos del desierto. Esta unión se nos antoja inevitablemente complementaria y recreadora de símbolos.

Raúl Antonio Cota

## LAS TRIBUS DE LA BAJA CALIFORNIA Y EL LIBRO DEL P. BAEGERT

### INTRODUCCION

*D*URANTE los siglos y años, la Baja California estaba acostumbrada a jugar un papel secundario, aunque considerable, en la historia indígena del continente.

Según sabemos, o podemos inferir, los movimientos migratorios de las tribus americanas siguieron, a grandes rasgos, una dirección de norte a sur. Aquellas tribus que en sus migraciones habían llegado a la desembocadura del Río Colorado y a la región al oeste de ella, pudieron seguir hacia el sur con igual facilidad que otras tribus al este de ellas. Pero al entrar en una península, su historia posterior debió ser muy distinta.

Se trataba de una península muy grande, de hecho una de las más grandes del mundo. Para llegar hasta su extremo sur, los emigrantes tuvieron que recorrer una distancia igual a la existente entre las ciudades de México y San Salvador, o entre Nueva York y Chicago, o entre Berlín y Roma. Debú pasar bastante tiempo hasta que se dieron cuenta de que habían entrado en un vallejo sin salida.

Había, desde un principio, una diferencia notable entre la migración de aquel grupo de tribus que entró en este vallejo y la de las otras, que pudieron seguir hacia el sur, por un ancho

Indudablemente que a Baegert le fascinaba la presencia de las nubes peninsulares y la actitud de los californios frente a ellas. Los californios no sienten temor por nada, y ante peligros de muerte, parecen apáticos o faltos de razón. De igual manera no dan señas de miedo, cuando retumban los truenos y caen los rayos, pues siguen con sus risas y bromas aunque pareciera que el cielo amenazara con venarse abajo.

En nuestras casas, apretadas unas contra otras, tenemos miedo.

En el campo la casa parece temer junto con nosotros. Tierra-bla con nosotros; la naturaleza se vive a plenitud. ¿Dónde existe más intimidad, en la casa amontonada de la ciudad o en la casa solitaria del campo?

Baegert no se aburre. En el desierto, donde todos sus sentidos se involucran.

Los grandes espacios abiertos de la California le influyeron a él, con su vocación de niño y de santo, abierto a los asombros infinitos de la aventura de vivir y soñar, se dejó llevar por los corredores de la gran estancia California.

Por supuesto que el californio asume los espacios con una dosis menor de asombro. Para ellos es lo cotidiano, su costumbre, su piel. Para el europeo era y es la posibilidad del contraste.

Si un marino es un trabajador del océano, Baegert es un trabajador del desierto; no menos heroico en su labor. Es un héroe del desierto, un héroe de la penuria; es el héroe de la muerte-vida, es decir, de la glorificación íntima de la penuria, como mecanismo para exaltar el gesto de infinita vida que el desierto provoca.

Soledad en llamas, llamas mojadas por el mar, agua quemada al pasar los pliegos del desierto. Esta unión se nos antoja inevitablemente complementaria y recreadora de símbolos.

Raúl Antezco Cota

## LAS TRIBUS DE LA BAJA CALIFORNIA Y EL LIBRO DEL P. BAEGERT

**D**OR su carácter peninsular, su ubicación, extensión y clima, la Baja California estaba predestinada a jugar un papel interesantísimo, aunque esencialmente pasivo, en la historia indígena del continente.

Según sabemos, o podemos inferir, los movimientos migratorios de las tribus americanas siguieron, a grandes rasgos, una dirección de norte a sur. Aquellas tribus que en sus migraciones habían llegado a la desembocadura del Río Colorado o a la región al oeste de ella, pudieron seguir hacia el sur con igual facilidad que otras tribus al este de ellas. Pero al entrar en una península, su historia posterior debió ser muy distinta.

Se trataba de una península muy grande, de hecho una de las más grandes del mundo. Para llegar hasta su extremo sur, los inmigrantes tuvieron que recorrer una distancia igual a la existente entre las ciudades de México y San Salvador, o entre Nueva York y Chicago, o entre Berlín y Roma. Debió pasar bastante tiempo hasta que se dieran cuenta de que habían entrado en un callejón sin salida.

Había, desde un principio, una diferencia notable entre la migración de aquel grupo de tribus que entró en este callejón y la de las otras, que pudieron seguir hacia el sur, por un ancho

frente que ocupaba toda la región entre las desembocaduras de los ríos Colorado, en el oeste, y Bravo, en el este. El meterse en el callejón bastante angosto de la Península de California, traía como consecuencia inevitable un aislamiento muy considerable de esas tribus. Aunque es probable que en vez de tratarse de la llegada de un solo grupo de inmigrantes, llegaran varias oleadas de ellos, entrando por la misma puerta en el norte, no es fácil que los grupos más recientes se hayan podido poner en contacto directo más que con la retaguardia de los inmigrantes más antiguos de la península, ya que lo angosto del callejón impedía, excepto en casos muy contados, movimientos migratorios que pasaran al lado de los grupos ya establecidos. En la gran mayoría de los casos, nuevos inmigrantes podían avanzar sólo empujando a los otros hacia el sur, con el resultado de que a éstos les separaba un número de tribus cada vez mayor de aquella puerta en el norte, por la cual ellos mismos habían entrado a la península.

En muchos, si no en todos los casos, los recién llegados debieron tener ciertas ventajas sobre sus adversarios, por participar en adelantos culturales (nuevas armas y técnicas y una organización social e ideario nuevos) los cuales se habían logrado en otras partes de América sin haber penetrado todavía hasta las tribus aisladas de la Baja California. Pero el proceso de continuo desalojamiento de tribus hacia el sur, que durante un largo plazo debió caracterizar el movimiento de población al este del Golfo de California, debió encontrar en la Baja California un límite difícil de franquear: este límite lo constituía precisamente su carácter peninsular, agravado por el hecho de que mientras las rutas de migración a través de otras penínsulas de comparable extensión (Malaca y Kamchatka) tienen su continuación natural en cadenas de islas, el punto sur de la Baja California es un verdadero finis terræ.

Tarde o temprano la población de la península tuvo que llegar a un máximo en el que no había lugar para nuevos inmigrantes, a menos que ellos hubieran poseído una cultura muy distinta y mucho más avanzada, lo cual les hubiera permitido

hacer un uso enteramente nuevo de los escasos recursos naturales de la península. Y, una vez que los nuevos inmigrantes encontraron una resistencia más fuerte, debido precisamente a la imposibilidad de sus adversarios para empujar a otros grupos aun más hacia el sur, no parece muy probable el que hayan seguido luchando con mucho empeño para abrirse paso, pues ya en aquel tiempo debió ser bastante generalizado, entre las tribus cercanas a la entrada de la península, el conocimiento de lo poco atractivo de las regiones meridionales (con excepción de la propia punta de la península).

Aunque entre las tribus septentrionales de la Baja California las tradiciones acerca de desalojamientos de tribus hacia el sur, como resultado de encuentros bélicos, sobrevivían hasta tiempos recientes, las inmigraciones de grupos enteros remontan probablemente a una época bastante remota, y lo que caracterizaba tiempos posteriores era más bien la transmisión de nuevos inventos, costumbres e ideas de tribu en tribu, sin que éstas se movieran ya mucho del lugar que desde hacía mucho tiempo ocupaban.

La dirección de estas nuevas influencias era, sin duda alguna, principalmente la misma seguida por las migraciones de pueblos: de norte a sur. El estudio de la distribución geográfica de instrumentos, técnicas, conocimientos, costumbres e ideas entre las tribus de la Baja California y regiones colindantes lo muestra claramente.

Hay que contar, sin embargo, con otras dos posibilidades: por un lado, influencias (y tal vez hasta una verdadera inmigración) desde la costa de Sonora a través del puente natural que en la mitad norte del Golfo de California constituyen la Isla de Tiburón y algunas otras; y, por otro lado, la llegada de pequeños grupos de gentes directamente por el mar, procediendo de regiones más lejanas, sea de las costas al norte o sur de la Baja California, sea de remotas islas del Océano Pacífico. Parece probable que tales influencias, en caso de haber llegado hasta nuestra península, no influyeron sino en pequeñas partes de ella.

De hecho, no hemos podido discernir en la Baja California ningunos indicios claros de influencias por el mar; por otro lado, las semejanzas entre algunas de las tribus de la península y los Seri, al otro lado del Golfo de California, no necesitan ser el resultado de influencias llegadas desde la costa de Sonora a la Baja California, sino que pudieron seguir la dirección opuesta, o ser más bien restos de una cultura antigua, común a las tribus tanto al oeste cuanto al este del Golfo de California, que haya llegado a ambas regiones directamente desde un lugar más hacia el norte, sin tener que pasar por el Golfo.

Aun si tuviéramos que contar con algunas relaciones culturales y hasta migraciones llegadas a la Baja California, o partidas de ella, sin pasar por la entrada normal a nuestro "callejón", es decir, por aquella región que conecta la península con el continente, tales excepciones serían bien pocas y no cambiarían lo esencial y característico de la situación que debió condicionar toda la vida y evolución de las tribus de la Baja California: nos referimos al hecho antes expuesto de que la gran mayoría si no la totalidad, de esas tribus y de esas nuevas influencias culturales llegaron a la península por aquella "puerta" bastante angosta en el norte.

De todo ésto resultó toda una serie graduada —hablando grosso modo— del sur al norte, con los inmigrantes e influencias culturales tanto más antiguos y primitivos cuanto más nos quedamos en la parte sur de la península; y con inmigrantes e influencias tanto más recientes cuanto más nos acercamos a la entrada de nuestro "callejón sin salida".

Sería difícil encontrar, en todo el continente, una región de igual extensión que nos ofreciera condiciones igualmente favorables para un estudio de los efectos de aislamiento vs. contacto con otros pueblos e influencias externas.

\* \* \*

A pesar de estas diferencias regionales que dividen la Baja California culturalmente en una serie de fajas escalonadas de

sur a norte, siendo las más septentrionales entre ellas en muchos aspectos más semejantes a las situadas inmediatamente al norte de la península, que a las más meridionales dentro de ella, hay, sin embargo, algunas características comunes a todas las tribus de la Baja California y al mismo tiempo su propiedad exclusiva, las cuales no se encuentran ni siquiera entre las tribus del sur de la Alta California. La existencia de esos rasgos, comunes al norte y sur de la península, nos parece indicar que, aunque ciertas influencias extrañas pudieron alcanzar por lo menos las tribus de la parte norte y algunas pocas llegaron aun más hacia el sur, para otras la "puerta" de nuestro callejón significó una barrera suficientemente efectiva para conservar a la cultura de todas las tribus de la Baja California cierta uniformidad básica, aunque sólo en relativamente pocos aspectos, los cuales diferencian a la península, como conjunto, del resto de las Américas.

Uno de estos rasgos comunes, según parece, a todas las tribus de la Baja California, pero desconocido fuera de ella, es el curioso capote usado por los shamanes en sus curaciones y otras ceremonias, fabricado con cabellos de los muertos, y en algunas partes, de los enfermos. Otro rasgo, negativo, común a todas las tribus de la península, es el desconocimiento del cultivo, el cual en tiempos precolombinos había llegado exactamente hasta la entrada de ella, sin pasarla. Todos los habitantes de la Baja California, sin excepción alguna, se habían quedado en el nivel de recolectores, cazadores y pescadores. Estos rasgos culturales, incluyendo los negativos, como la ausencia del cultivo, no son, sin embargo, lo suficientemente numerosos y distintivos para autorizarnos a considerar la Baja California, en su conjunto, como una sola área cultural.

La mayoría de los rasgos comunes al norte y al sur de la Baja California tienen una distribución geográfica que rebasa en mucho los límites de la península, de modo que no nos pueden servir para establecer una unidad cultural especial de las diferentes partes de ella entre sí. En gran parte se trata de ras-

gos y complejos culturales, los cuales, aunque tienen una distribución amplia fuera de la Baja California (como, por ejemplo, la costumbre de tostar semillas, sacudiéndolas junto con brazas vivas en una sartén) están, sin embargo, confinados a determinadas partes de aquella zona que los antropólogos estadounidenses a veces han llamado "The Greater Southwest" y la que nosotros proponemos llamar "La Norteamérica Árida", región que abarca el sudoeste de los Estados Unidos de Norteamérica y el noroeste de la República Mexicana.

Es una zona cultural que hasta cierto punto coincide con una zona natural, caracterizada por un clima seco y una vegetación especial debida a este clima.

En la cultura de la Norteamérica Árida se nota, por un lado, una indudable base común, de bastante antigüedad, íntimamente ligada a las particularidades naturales de la región y caracterizada por una vida basada en la recolección y, en menor escala, la caza o la pesca; y, por otro lado, en algunas partes, una transformación profunda de esta base común, por la introducción de un tipo más avanzado de vida, basado en el cultivo.

Ahora bien, dondequiera que esta transformación no ha tenido lugar, como en la Gran Cuenca (Great Basin) de las Montañas Rocallosas, el norte de la actual República Mexicana y otras partes, se encuentra cierto tipo de cultura que hallamos también en la Baja California, pero no en toda la península sino sólo en el norte. Todas estas regiones representan indudablemente una capa cultural bastante antigua, desaparecida en otras partes de la Norteamérica Árida.

No podemos, sin embargo, considerar esta cultura como la más antigua, ya que en la Baja California aparece claramente como una capa relativamente reciente, superpuesta sobre otra, más antigua, que con cierta pureza se ha preservado sólo hacia el sur.

\* \* \*

En esta interesante situación todas y cada una de las fuentes sobre las tribus surianas de la Baja California tienen una

importancia muy grande. Existen en número reducidísimo, y entre ellas el libro de Baegert, del cual ahora, 170 años después de su publicación, por vez primera se ofrece una traducción al público de habla española, ocupa sin duda alguna el primer lugar. De hecho, es la única fuente que en forma más o menos completa describe la cultura de una sola tribu. Los conocidos libros de Venegas-Buriel y Clavijero, para no mencionar las fuentes de menor importancia, son compilaciones de informaciones aportadas por otros; y aun cuando traen más datos sobre una o dos tribus que sobre las demás, de ninguna manera participan de la característica más marcada del libro de Baegert: la de ser, en su parte etnográfica, esencialmente una monografía tribal basada en las observaciones personales del autor.<sup>1</sup>

Los otros autores citados, jesuitas como Baegert, al reunir las observaciones de sus cofrades, no pudieron incluir aquellas de nuestro autor, quien vivía aislado de los centros de las actividades misioneras y según parece, no seguía la costumbre de tantos otros jesuitas, de una extensa correspondencia con sus compañeros y superiores. Así es que aun en el caso de que los méritos de las observaciones de Baegert no fuesen tan grandes como lo pensamos los antropólogos, siempre quedaría como una fuente cuyo conocimiento resulta indispensable para el estudioso de formas primitivas de la vida humana.

Aun quienes como Gerard Decorme, autor de un reciente libro sobre "La Obra de los Jesuitas Mexicanos durante la Época Colonial, 1572-1767" critican la "falta completa de imaginación" que, según ellos, demostró nuestro autor en su descripción de la tierra, sus habitantes y su conversión a la religión cristiana, tienen que admitir y hasta admirar "la exactitud y sinceridad de las informaciones del P. Baegert". Si de esta manera la obra de Baegert, "de los tres libros de los nuestros sobre Cali-

<sup>1</sup> La importantísima obra, todavía no publicada, del Padre del Barco, una copia fotográfica de la cual fué traída de la Biblioteca Nacional de Roma al Museo Nacional de Antropología de México por la Srta. Eulalia Guzmán, pertenece a la misma clase de fuentes que las citadas obras de Venegas-Buriel y Clavijero.

fornia<sup>2</sup> sin duda el más realista y pesimista", tiene para el historiador jesuita sólo el mérito de que "sirve mejor para ver las sombras, aunque reales, de las empresas de los jesuitas en aquella noble conquista", ella proporciona, por otro lado, al estudioso de la vida indígena en la Baja California, el cuadro más realista que se puede encontrar en la literatura etnográfica.

Es este realismo de Baegert, esta exactitud y sinceridad, y, en cierto sentido, precisamente este pesimismo engendrado por el espectáculo de una vida tan primitiva, el que le permitió hacer una contribución importantísima a lo que nos parece ser la obra de valor permanente de los misioneros y entre ellos en primer lugar los jesuitas: el enriquecimiento de nuestro conocimiento de nosotros mismos, a través del estudio de cientos de pueblos y culturas en todas partes del mundo.

El pesimismo de Baegert era el resultado del ambiente en el cual este misionero vivió durante 17 años, como el carácter monográfico de su libro es el resultado de que nuestro autor se pasó todos estos 17 años en la misma misión, sin participar en esa continua serie de cambios de lugar que caracterizaban la vida de los otros jesuitas en la Baja California, los cuales después de pocos años en determinado lugar, casi siempre pasaban adelante para fundar nuevas misiones. La misión de San Luis Gonzaga, donde trabajó Baegert, era la más aislada de todas, no por la distancia que la separaba de otras, sino por encontrarse fuera de las rutas que conectaban las misiones más importantes; y se hallaba en la parte de la península más pobre en cuanto a plantas y animales que pudieran servir a sus habitantes como base de su alimentación y de sus industrias. El aislamiento de la misión de San Luis parece haber sido una simple continuación del aislamiento de la región a la cual servía, en los tiempos anteriores a la llegada de los misioneros.

No nos puede sorprender que los habitantes de ese rincón de la península reflejasen en su cultura la pobreza y el aisla-

2. Los otros dos a los cuales se refiere Decorme, son los de Venegas-Buriel y Clavijero.

miento de su tierra; ni nos puede sorprender que un hombre, que durante tantos años vivió solo entre ellos, divorciado no sólo de la cultura europea en la cual se había formado, sino aislado hasta de lo poco de esta cultura que los jesuitas habían logrado transplantar a otros lugares de la Baja California, supiese captar mejor que otros lo primitivo y atrasado de la vida de sus feligreses, dándonos un libro cuyo realismo y pesimismo buscan su igual en toda la literatura misionera.

\* \* \*

No puede haber duda de que no todo lo que nuestro autor declara inexistente entre los indígenas por él estudiados, de hecho faltaba en su cultura; debemos reconocer que para la observación de ciertos fenómenos le faltaban ojos, y entre éstos se encuentra, curiosamente en primer lugar, todo lo que se refiere a ideas y costumbres religiosas.<sup>3</sup>

Pero en cuanto a otros aspectos de la cultura indígena, aquellos que por su carácter más material se prestan mejor para una observación directa, sus descripciones son tan detalladas, que en la mayoría de los casos podemos estar seguros de que lo que él no menciona, o no existía, o por lo menos no tenía mucha importancia; con más razón podemos aceptar sus afirmaciones negativas, cuando se trata de cosas que él tenía oportunidad diaria de observar. Así, cuando nuestro autor, tratando de refutar las afirmaciones de otros, nos dice: "todavía he visto a muchos ancianos y también a gente de una edad mediana con las perillas de las orejas agujereadas, pero a nadie con una perforación en la nariz", quedamos convencidos de que esta costumbre, existente, según parece, en la gran mayoría de las demás tribus, no era conocida de los Guaicurús de San Luis Gonzaga.

3. Sin embargo, encontramos también en este aspecto algunos datos interesantes en este autor, que no se hallan en ninguna otra fuente, sin que por ello debamos de dudar de su veracidad, p. ej., las tradiciones acerca de una ascendencia de pájaros y piedras.

ga, siendo su ausencia uno de los varios indicios existentes de que aun entre las tribus del sur estos indígenas ocupaban un lugar especial, en el sentido de no haberse difundido hasta ellos, por las razones ya explicadas, ciertos elementos culturales que tienen una distribución casi general en la península, y de haber conservado algunas costumbres desaparecidas entre sus vecinos. Citamos como ejemplos el uso de tripas para acarrear agua y la idea ya mencionada de descender de aves, piedras, etc.

\* \* \*

Los indígenas descritos por Baegert, o por lo menos la mayoría de ellos, pertenecían según su propia afirmación y la de otros misioneros, a los Guaicurús. Dentro de este grupo étnico Baegert distingue una serie de "tribus": "Puede suceder", nos cuenta nuestro autor, "que una sola misión consista de mil almas y que, sin embargo, haya entre sus feligreses tantas tribus diferentes como Suiza tiene Cantones..." Cita, como prueba, el hecho de que entre sus propios feligreses, cuyo número en sus tiempos ya no era más que de 500 (antes de la llegada de los europeos a la península debió ser mayor), había once tribus.

De este elevado número de tribus sólo una o dos se mencionan también en otras fuentes como feligreses de misiones vecinas, aunque los nombres de otras tal vez estén escondidas detrás de sinónimos; sin embargo, es muy probable que el número de esas "tribus" haya sido muy considerable. Pero el problema es precisamente saber qué entendía Baegert por esta palabra tribu. El mismo dice sólo de una de las once tribus de su misión, que hablaba "otra lengua distinta", contrastándola con "la del resto de mi gente". Así queda claro que diez de las once tribus hablaban un solo idioma, aunque tal vez dialectos locales distintos entre sí. Parece, por consiguiente, que las "tribus" de Baegert eran más bien grupos locales que habitaban determinadas rancherías dentro del territorio de sus respectivas tribus (en este caso dos).

De diferencias de costumbre entre los habitantes de diferentes rancherías, separadas muchas veces por grandes distancias, Baegert no dice nada, aunque otros autores, refiriéndose a otras partes de la península, mencionan costumbres conocidas solamente en ciertas rancherías y, en casos extremos, en una sola.

En cuanto a idiomas (y tribus, si usamos esta palabra en el sentido del conjunto de rancherías que hablaban un solo idioma), diferentes misioneros reconocían un número diferente, tres, cuatro y aun más. Los idiomas de los Pericúes, en el extremo sur de la península, y de los Guaicurús, parecen haber sido distintos entre sí y de los idiomas del norte.

Los jesuitas llamaban a la mayoría de los indígenas de la zona al norte de los Guaicurús, "Cochimies", sin aportar datos capaces de comprobar la unidad étnica de los habitantes de aquellas dilatadas regiones. De los datos lingüísticos proporcionados por ellos mismos se desprenden marcadas diferencias entre los "Cochimies" de diferentes zonas, pero la escasez de material no permite decidir si se trata de diferentes idiomas o solamente de diferentes dialectos de un solo idioma. (Mientras que los idiomas Pericú y Guaicura se consideran como aislados, el Cochimí forma parte de la Familia Yuma, la mayoría de cuyos miembros viven fuera de la península).

Las diferencias culturales entre unos Cochimies y otros son aun más marcadas que las lingüísticas. De hecho el territorio habitado por "Cochimies" es tan grande que los más meridionales entre ellos casi no participaron en las difusiones culturales desde el norte, que representan una parte tan considerable del acervo cultural de los Cochimies septentrionales, siendo, como resultado de ello, tan profunda la diferencia entre unos y otros que los primeros tienen más en común con los Guaicurús y Pericúes, es decir, con tribus de muy distinto origen, que con sus congéneres, los "Cochimies" del norte. Resulta difícil reunir una lista de rasgos culturales comunes a todos los Cochimies que no se conocieran también entre otras tribus del sur y del norte de la península y hasta fuera de ella. La única costumbre que parece ser típicamente Cochimí, en el sentido de ser un ras-

go distintivo de todas las subdivisiones de esa tribu, es la de usar redes como "cunas" portátiles.

Esta interesante situación demanda su explicación. ¿Se distinguen los Cochimíes meridionales de los septentrionales y de los otros Yumas porque son representantes de una cultura Yuma antigua, esencialmente igual a la de los Guaicurús y Pericúes? ¿O debemos pensar que los Cochimíes del sur hayan sido originalmente un elemento no Cochimí que con la llegada de éstos desde el norte aprendió su idioma y asimiló una pequeña parte de su cultura? El autor de estas líneas se inclina más a la primera hipótesis, reconociendo, sin embargo, que sólo un análisis comparado de la cultura de todas las tribus de filiación Yuma, dentro y fuera de la península, permitirá llegar a una claridad más grande sobre tan interesante problema.

Diferentes tribus de la Familia Yuma debieron padecer, en el transcurso de su historia, influencias culturales sumamente variadas en cuanto a su origen e intensidad, con el resultado de que entre algunas de ellas existen diferencias aun mucho más marcadas que aquellas que hay entre los Cochimíes del sur y del norte y que ya mencionamos. El contraste extremo, dentro de esta Familia de tribus, lo representan, indudablemente, los citados Cochimíes del sur y las tribus a lo largo de los cursos inferiores del Colorado y del Gila quienes conocían el cultivo, practicado en los terrenos fertilizados por las inundaciones del río, y fabricaban cerámica, para mencionar solamente dos rasgos distintivos de su vida económica.

De hecho encontramos en la Baja California diferencias culturales muy marcadas, no sólo entre diferentes Cochimíes, sino igualmente entre diferentes Guaicurús (por ej., entre los de San Luis y los de Loreto, en caso de que de veras en ambas regiones se trate de Guaicurús) y entre diferentes Pericúes, hasta tal punto que los Guaicurús de Loreto culturalmente parecen tener más cosas en común con los Cochimíes del sur que con los Guaicurús de San Luis, los cuales se distinguen de ambos por su cultura más sencilla y más pobre. Esta falta de coincidencias entre las divisiones étnicas y la distribución geográfica de elementos y

complejos culturales, con toda probabilidad es el resultado de difusiones que llegaron sólo a determinadas partes de diferentes tribus cuando éstas ya habían dejado de migrar y se encontraban en regiones con un grado variado de accesibilidad para esas influencias desde el norte.

\* \* \*

Al tratar, en los párrafos que siguen, de esbozar, a grandes rasgos, el probable curso de la historia indígena de la Baja California, daremos igual importancia a la ausencia como a la presencia de rasgos y complejos culturales, siempre que se trate de rasgos y complejos que en otras partes de la Norteamérica Arida, o del Continente americano en general, parecen ser características del nivel de los habitantes de nuestra península: el de los recolectores-cazadores-pescadores.

Una de las primeras cosas que llamaron la atención a los jesuitas estacionados entre las tribus de la Baja California (de la cual ellos durante mucho tiempo no conocían más que aquella parte que corresponde más o menos al actual Territorio Sur), fué la de que los indígenas no tenían perros, ni usaban en la preparación de sus comidas la sal, a pesar de encontrarse en el territorio de algunas tribus, importantes yacimientos de este mineral.<sup>4</sup>

Hasta el año de 1746, más o menos cincuenta años después de que los jesuitas iniciaron su labor en la Baja California, y 210 años después de la llegada de los primeros europeos a ella, el P. Conzag, en un viaje de exploración al noreste, vió, en una ranchería cerca de la Bahía de Los Angeles, el primer perro en la península; desde este punto en adelante, todas las tribus de Norteamérica conocían, sin duda alguna desde tiempos precolombinos, el perro, (y también pulgas, desconocidas donde se desconocía el perro). ¿Podemos deducir de esta distribución

4. En cuanto al uso de la sal entre los Pericúes del extremo sur, véase adelante en la pág. xxxiv.



del perro en Norteamérica, que los primeros inmigrantes a la Baja California formaban parte de un grupo de tribus que no conocían todavía el perro doméstico? Nosotros pensamos que sí. Ciertamente en ningún caso de ausencia en cierto grupo étnico de determinado elemento cultural, se puede excluir por completo la posibilidad de que haya existido una vez, habiéndose perdido más tarde; pero ello parece poco probable en este caso, principalmente porque el límite de la distribución del perro coincide, a grandes rasgos, con el límite de la distribución de otros elementos culturales, ausentes en el sur pero presentes en el norte.

En cuanto a Norteamérica (y no sólo la Norteamérica Árida) se trata de un caso absolutamente único. Es verdad que más al norte, entre las tribus que rodean la Bahía de San Francisco (en la Alta California) por el norte y en parte por el este, eran muy raros los perros, como Alfred Kroeber lo ha demostrado recientemente; pero para encontrar tribus que desconocían por completo el perro doméstico, tenemos que ir hasta Sudamérica (la región de las fuentes del Río Xingú, en el Brasil, y la Tierra del Fuego). La ausencia del perro en la mayor parte de la Baja California es tanto más notable cuanto que inmediatamente al norte de la península, en el sur de la Alta California, comienza una región donde el perro habitualmente servía de alimento, mientras más hacia el oriente, con los Comanches, llegaba hasta los propios límites de la Norteamérica Árida, la zona del uso del perro como animal de carga o de tiro.

La costumbre de no usar sal no es algo tan excepcional en Norteamérica como la ausencia del perro, ya que según las investigaciones del mismo Kroeber, existe en la parte noroccidental de Norteamérica un grupo considerable de tribus que, al igual de las de la Baja California, desconocen el uso de la sal. Dentro de la Norteamérica Árida, sin embargo, el caso de la Baja California es enteramente excepcional, hasta tal punto que precisamente al norte de la península comienza una zona en la que prevalece la costumbre de abstenerse del uso de sal en ocasiones rituales, cuya costumbre, según la acertada observación de Kroeber, pudo surgir sólo en una región donde el uso de la

sal tiene mucha raigambre. De hecho, esta región parece ser una simple continuación hacia el norte o mejor dicho noroeste, de aquella parte de México (y Centro y Sudamérica) donde abstenciones rituales incluyen, además de la sal, el chile y otras sustancias estimulantes o alimenticias.

Otra de las características culturales negativas más notables de las tribus de la parte sur de la península, era la ausencia de habitaciones con techo o cuyas paredes pudieran servir al mismo tiempo de techo, ya que las únicas habitaciones que se conocían,<sup>5</sup> tenían la forma de simples mamparas, sea de piedras amontonadas o de un tejido de ramas, y con un plano circular o rectangular, que protegían sólo del aire, pero no de las lluvias, seguramente muy raras en esta región. Construcciones semejantes se conocen en otras partes de la Norteamérica Árida, pero nunca como único tipo de habitación.

\* \* \*

Junto a perro, sal y chozas, los misioneros jesuitas y franciscanos encontraron entre las tribus del norte de la península, comenzando con los Cochimies septentrionales, toda una serie de otros elementos y complejos culturales desconocidos entre los Cochimies meridionales, los Guaicurás descritos por Baegert y otras tribus del sur. Seguramente no todos los rasgos culturales del norte de la Baja California se encuentran desde el mismo punto en adelante; algunos han penetrado más hacia el sur que otros, tal vez por haber sido introducidos antes de éstos; además parece que algunos han entrado, o primera o solamente, a la parte nororiental de la península y otras a la noroccidental, aunque hay que reconocer que en algunos casos la impresión de que haya sido así, pueda deberse simplemente a la insuficiencia de datos sobre la presencia o ausencia de tales rasgos entre las tribus de diferentes partes del norte de la península.

5. Excepto entre los Pericúes, véase adelante, página xxxiv.

Nos parece una tarea muy interesante para el futuro, tratar de averiguar, sobre la base de un estudio de su distribución dentro y fuera de la península, los probables lugares de procedencia de esas innovaciones en el norte y las probables épocas de su llegada a la Baja California. Lo único que se puede afirmar ahora, es que parecen haber sido llevados al norte de la península desde diferentes regiones y en diferentes tiempos.

La lista de estos elementos intrusos es bastante grande. Sin pensar agotarla mencionamos los siguientes rasgos: el perro (tal vez sólo en el noroeste), la sal (sólo en el noreste); chozas (de diferentes tipos; además de construcciones pequeñas se menciona en un lugar de la costa del Pacífico, la Bahía de San Hipólito, "una grandísima cabaña toda cubierta con hojas de palma brava, bien ancha, que cabrían en ella más de cincuenta personas"); toda una serie de armas para caza y guerra: bumerang (del tipo que no regresa); mazas y macanas de diferentes formas, hondas, fosas con púas, escudos y carcajes para las flechas, las que en toda la península se tiraban con arcos, sin que, fuera del extremo noroeste, se conocieron carcajes; anzuelos; capotes de pieles como prenda de vestir femenino y de los jefes de la tribu; cunas planas sobre las cuales se amarra al niño (hacia el sur se usan recipientes, como corazas de tortuga, canastas o redes, dentro de los cuales se mete al niño); el uso de barro para hacer vasijas y pipas, para fumar el tabaco silvestre que usaban principalmente los shamanes en sus curaciones y otros ritos (hacia el sur las pipas son de piedra); la preparación de alimentos mediante la ebullición (la que en la Baja California parece depender de la posesión de vasijas que se pueden colocar sobre el fuego, es decir, de barro, ya que el método de hacer hervir un líquido dentro de una vasija, por medio de piedras calientes, se desconoce en toda la península); todo un complejo de costumbres rituales, de meter a una persona, sea un niño recién nacido a una mujer después del parto, en un hoyo precalentado, tapándola con arena o piedras; el baño de vapor; el zumbador, usado en ceremonias de los hombres de las cuales se excluye a las mu-

jes; representaciones dramáticas de tradiciones mitológicas; ídolos; pinturas de arena; linajes patrilineales.

Todos estos rasgos, resultado de una serie de oleadas de difusión cultural que llegaron a unas u otras de las tribus del norte de la península, están ausentes entre las tribus más al sur. Todos ellos, por otro lado, se conocen entre tribus inmediatamente al norte y noreste de la Baja California o, por lo menos, a una distancia no muy grande. La alfarería de las tribus del noreste de la península, por ejemplo, es una mera extensión geográfica de la región a lo largo del curso inferior del Río Colorado, donde tribus cultivadoras fabrican objetos de barro cocido; de ellas, sin duda, este arte se difundió a las tribus nororientales de la Baja California.

Otros rasgos culturales que dentro de la península se encuentran sólo en el norte, parecen ser geográficamente aislados, o conociéndose en toda la América exclusivamente en esas partes de la Baja California, o sólo en ellas y regiones bastante lejanas.

Dos ejemplos del primer tipo son la curiosa costumbre, prevalectante entre algunos de los Cochimíes septentrionales, de comer los mismos bocados de carne o pescado repetidas veces, bajándolos al estómago atados a un cordón para volverlos a subir, repitiendo este procedimiento varias veces y juntándose para ello a menudo varias personas, como si fuera para un banquete; y la costumbre, observada en una sola ranchería del noreste, de fijar las redes para cargar niños en el extremo doblado de un palo, sosteniendo éste en el otro extremo para llevarlo sobre el hombro. La primera de estas dos costumbres debe considerarse, probablemente, como una solución local del gran problema con que se enfrentaban todas las tribus de la Baja California: el de sacar el provecho máximo de sus escasos recursos alimenticios, y el cual hizo a ciertas tribus hacia el sur, al igual de ciertas tribus en otras partes de América (Sonora; Península Goajira en Sudamérica) preparar como alimento las semillas de la Pitahaya que sin digerir se encontraban en las deposiciones. La segunda costumbre que citamos podría ser

una combinación modificada de dos técnicas: la peninsular (Cochimí) de cargar niños en redes, y la sonorese (Seri) y de otras partes de la costa pacífica hasta Panamá, de llevar dos cargas en redes fijadas en los extremos de un palo colocado sobre un hombro; es significativo que la costumbre que estamos discutiendo, se conocía sólo en aquella parte de la península que puede considerarse como una continuación, al otro lado del Golfo de California, de la costa sonorese.

Dos otros rasgos conocidos aisladamente en el norte de la Baja California son el uso de bezotes, en el extremo noroeste, y una prenda de vestido femenino de algunos Cochimíes del norte, la cual consistía en una tira de fibras que pasaba entre las piernas, en contraste marcado con las dos pampanillas, una enfrente y otra atrás, que vestían todas las otras mujeres de la península, las otras Cochimíes incluídas, y también las mujeres de amplias zonas fuera de la península y colindantes con ella. Sobre el problema de cómo y de dónde este estilo de vestir haya llegado a algunos Cochimíes, a exclusión de los más septentrionales y de los más meridionales (¡ambos llevan las pampanillas corrientes en toda la península!), no podemos sugerir ninguna hipótesis. Los bezotes, usados en las rancherías de la costa noroccidental, podrían derivarse de la lejana costa de la Colombia Británica, tal vez a través del archipiélago de Santa Bárbara, frente a la costa sur de la Alta California, cuyos habitantes muestran en su cultura tanta semejanza con la costa noroccidental de Norteamérica.

Debido a la ausencia de todos los rasgos y complejos que acabamos de enumerar en los últimos párrafos, en la cultura de las tribus del sur, comenzando con los Cochimíes meridionales, ésta nos causa una fuerte impresión de pobreza. De hecho, se caracteriza más por la ausencia que por la presencia de determinados rasgos culturales, y dentro del conjunto de esas tribus los Guaicurús estudiados por Baegert parecen presentar el extremo de pobreza cultural, estando ausentes entre ellos hasta elementos presentes en la casi totalidad de las tribus del sur, co-

mo, p. ej., la ya mencionada costumbre de agujerearse el tabique de la nariz.

Pero aun siendo la característica fundamental de la cultura de las tribus surianas su pobreza, y la explicación de esta pobreza el hecho de que muchos elementos y complejos culturales que encontramos entre los recolectores-cazadores-pescadores de otras partes de la Norteamérica Árida no han penetrado hasta ellos, sino solamente a las tribus del norte de la península, quedan, sin embargo, algunas características positivas de la cultura de las tribus surianas de gran interés. Mientras que los famosos capotes de pelo humano se encontraban también entre las tribus del norte, tan distintas en otros aspectos, hay otro rasgo conectado con los shamanes que, según nuestras fuentes, parece confinado al sur, o tal vez solamente a una parte de las tribus surianas. Nos referimos a unas curiosas "tablas con signos" que usaban los curanderos en sus curaciones y otros ritos y cuyo significado ellos, por lo menos en la región de Loreto, enseñaban a los novicios en "escuelas" especiales. De los datos a nuestra disposición se desprende la probabilidad de que estas tablas se hayan usado sólo entre los Cochimíes meridionales, los Guaicurús de Loreto, y tal vez, ciertos Pericúes, siendo su uso desconocido entre otros Pericúes y los Guaicurús de San Luis.

La presencia de un elemento cultural de esta índole, entre tribus del sur de la Baja California, radicados en él, sin duda, desde tiempos bastante remotos, resulta sorprendente. ¿Debemos considerar la costumbre de usar esas tablas rituales como parte de la cultura de los primeros inmigrantes o, por lo menos, de cierta parte de ellos? ¿O debemos buscar el origen de esas extraordinarias "tablas con signos" en regiones lejanas, habitadas por gentes de cultura más avanzada de la que encontramos, por lo general, en la Baja California, —regiones desde las cuales hayan llegado directamente al sur de nuestra península, sin pasar por su puerta en el norte? Aun en este caso, hay un hecho que hace pensar que estas tablas formen parte de la cultura de las tribus del sur, desde tiempos anteriores a la llegada de las

antes discutidas innovaciones al norte de la península, y este hecho es la distribución de ese curioso rasgo, la cual incluye hacia el norte precisamente a los Cochimíes meridionales y excluye a los septentrionales, como tantos otros rasgos surianos, positivos o negativos.

Entre los Guaicurús de San Luis, Baegert no solamente notó, como ya se ha dicho, la ausencia de algunos rasgos culturales presentes en otras tribus del sur, sino encontró otras que ningún autor menciona de esas otras tribus: p. ej., el uso de tripas para acarrear agua y la creencia de descender de piedras o aves. En un número mucho mayor encontramos tales rasgos únicos, en cuanto a su presencia en la Baja California, entre los Pericúes. No sólo su cultura, sino también el medio ambiente en el cual vivía la mayoría de ellos, tiene aspectos muy especiales.

Aunque en manera general las condiciones naturales en la Baja California empeoran progresivamente desde el norte hacia el sur, el extremo meridional de la península no es la región más desfavorable ni mucho menos. Al contrario, cerca de la punta sur aumentan súbitamente las precipitaciones pluviales y con ellas la densidad de la vegetación y, sobre todo, el número de especies aprovechables por el hombre, en gran parte desconocidas en el resto de la península (entre ellas se destacan, por su utilidad, ciertas palmas). El contraste entre el habitat de la mayoría de los Pericúes —decimos mayoría, pues una parte de ellos vivía en un medio ambiente desfavorable— y el de los Guaicurús de San Luis descritos por Baegert, aunque colindan unos con otros, es notable: se trata de dos extremos, en cuanto a la serie de medios ambientes que se encuentran en la Baja California.

Las diferencias entre las dos culturas, marcadas a pesar de cierta semejanza básica, sin duda alguna son, en gran parte, el resultado directo o indirecto del medio ambiente en que se desarrollaron. Los Guaicurús de San Luis no sólo no sabían nada de la pesca, tan importante entre los Pericúes, por no llegar su territorio hasta la costa, sino que carecían de una serie

de plantas alimenticias o de utilidad industrial que hacían más variada y más estable la base económica de sus vecinos surianos. La esterilidad de la región de San Luis debió formar, al propio tiempo, una barrera bastante efectiva contra el contacto con nuevos núcleos de inmigrantes (los cuales seguramente se dirigían preferentemente a las regiones más favorables, lo que en esta parte de la península quiere decir: a la tierra de los Pericúes) y contra nuevas influencias culturales. En realidad, llegaron a este extremo sur algunas influencias que por regla general se encuentran sólo en el norte y de las cuales hablaremos más adelante.

Pero antes tenemos que mencionar un hecho de gran interés e importancia: la conservación, entre los Pericúes, de rasgos culturales de indudable antigüedad que han desaparecido en todo el resto de la Baja California. El elemento más interesante entre ellos es el lanzadardos o atlatl, arma desconocida, en el momento de la llegada de los europeos, no sólo entre las demás tribus de la península, aún las otras del sur, sino en casi toda la Norteamérica Árida. Sabemos, sin embargo, por hallazgos arqueológicos, que en un pasado no muy remoto, en el suroeste de los Estados Unidos, entre los llamados basket makers ("cesteros"), se usaba el arma referida, antes de que se conociera el arco. La sobrevivencia del lanzadardos entre los Pericúes en el extremo sur de la Baja California, demuestra la respetable antigüedad de su cultura, o por lo menos de una parte de ella.

Además de atlatl y dardos, tostados con el fin de endurecerlos, los Pericúes usaban también arcos y flechas. Sus vecinos al norte, comenzando con los Guaicurús de San Luis, conocían solamente éstos.

No sabemos si las tribus al norte de los Pericúes, de las cuales parece lógico pensar que llegaron después de éstos, originalmente usaban también lanzadardos, sustituyéndolos más tarde por arcos, cuando aprendieron esta innovación de tribus más hacia el norte; o si llegaban ya provistos de este nuevo tipo de armas; ni sabemos si los Pericúes al inmigrar a la penín-

sula, conocían ya el arco, junto con el lanzadardos, o si lo agregaron a su cultura más tarde, bajo la influencia de las tribus al norte de ellos. De cualquier manera el lanzadardos aparece, a pesar de la presencia del arco en absolutamente todas las tribus de la Baja California, también aquí como el arma más antigua, exactamente como en el resto del Nuevo Mundo y en el Viejo.<sup>6</sup>

Tanto más sorprendente es el hecho de que el bumerang, en el Viejo Mundo también anterior al arco y más o menos contemporáneo al lanzadardos (en Australia se usan las dos armas, con exclusión del arco), aparece en la Baja California como un elemento bastante reciente cuyo uso entre algunas tribus del norte de la península se añade al del arco, ya conocido con anterioridad.

Otro elemento cultural cuya distribución en la Baja California coincide a grandes rasgos con la extensión del territorio Pericú, es la balsa hecha de troncos del árbol llamado corcho. Es, sin embargo, difícil decidir en este caso si se trata de un tipo de embarcación más antiguo que aquel que usan las otras tribus de la península, a saber, balsas hechas de manojos de tule, o si estas, al revés, representan el tipo más antiguo y las balsas de los Pericúes una adaptación a un material local. Ni nos ayuda, para resolver esta disyuntiva, el dato adicional de que en la Isla de Cedros, frente a la costa pacífica de la Baja California, habitada, según parece, por Cochimies, se usaban también balsas de troncos de árboles (en este caso cedros), de una hechura algo distinta.

Uno se ve tentado a atribuir a una simple influencia del medio ambiente el uso de la sal por los Pericúes y la construcción de chozas cuyos techos los protegían de las lluvias de su territorio. Resulta difícil interpretar la presencia de estos rasgos culturales en los dos extremos de la Baja California, separados por

6. En cuanto al Nuevo Mundo hay que reconocer, sin embargo, que no sabemos todavía con seguridad cuál de las dos armas usaban las tribus mucho más antiguas que los basketmakers (culturas Folsom, Cochise, etc.), que se han descubierto en Norteamérica en las últimas décadas.

una distancia de más de mil kilómetros, como el resultado de una difusión a través de la península, desde el norte hacia el sur.

Hay, sin embargo, además de estos dos, algunos otros elementos comunes a las tribus del extremo norte y los Pericúes en el extremo sur, cuya presencia entre éstos no se puede explicar, de ninguna manera, por una influencia del ambiente. Entre ellos mencionamos el uso de anzuelos en la pesca y de capotes en el vestido de las mujeres.<sup>7</sup>

Estas y otras semejanzas verdaderamente sorprendentes entre las tribus del extremo norte y del extremo sur si se explican, a nuestro parecer, por difusión de norte a sur, pero tal vez no por tierra, sino a lo largo de la costa pacífica.

Efectivamente hay en la cultura de los Pericúes ciertos rasgos (como la existencia de dos grupos de shamanes con tradiciones religiosas no sólo distintas, sino antagónicas) que nos hacen pensar en la llegada de un grupo de forasteros originarios de una cultura algo superior, los cuales, junto con estas tradiciones, fácilmente pudieron introducir también los otros elementos mencionados. La esterilidad de las regiones al norte de los Pericúes podría explicar por qué esos forasteros, de origen lejano en el norte, hayan proseguido su viaje a lo largo de la costa, hasta llegar a la tierra mucho más atractiva de la última tribu del sur.

De esta manera se explicaría la presencia, en la cultura de los Pericúes, de elementos relativamente recientes, junto con los rasgos más antiguos que se conocen en toda la península, como el lanzadardos.

\* \* \*

Aunque nos parece un hecho indudable el que exista cierta correlación entre las diferencias tan marcadas entre el medio ambiente y la cultura de los Guaicurús de San Luis y los Pericúes, no es necesario pensar que la influencia de las condiciones

7. Es interesante que ambos rasgos se han encontrado entre los Pericúes sólo en algunas rancherías y no en todo el territorio tribal.

tanto más favorables en las que se desarrollaba la vida de estos últimos, se haya mostrado solamente en una mayor receptividad suya para nuevos rasgos culturales; de ella podría resultar también una mejor conservación de rasgos antiguos, como lo observamos en el caso ya discutido de la sobrevivencia del lanzadardos.

Llevando esta idea a sus últimas consecuencias, podríamos pensar que en un pasado remoto, establecidos ya los Guaicurús y los Cochimies en la península, haya existido en la cultura de estas tribus todo o por lo menos mucho de lo que, a la llegada de los europeos, se conocía sólo entre los Pericúes, habiéndose perdido mientras entre los Guaicurús y Cochimies por la influencia negativa del ambiente en que vivían. Así, como ejemplo de una influencia directa, habrían dejado de construir chozas, ya que en su territorio no caían lluvias de qué protegerse; o, como ejemplo de una influencia más bien indirecta, las mujeres, en una cultura empobrecida por su aislamiento en un medio ambiente estéril, habrían dejado de fabricar y llevar capotes, conformándose con las dos pampanillas (usadas también, dicho sea de paso, por las mujeres de los Pericúes.)

El autor de estas líneas, aun cuando rechaza esta explicación en cuanto a los rasgos citados y a la gran mayoría de elementos individuales en los que se diferencian unas tribus de la península de otras, reconoce, sin embargo, las huellas muy profundas que un proceso general de estancamiento y empobrecimiento ha dejado, en grado mayor o menor, en la cultura de todas las tribus de la Baja California, los Pericúes incluidos.

El grupo más aislado, el de los Guaicurús de San Luis, nos demuestra este proceso en su punto más avanzado. La extrema fragmentación de la vida social de estos indios, descrita por Baegert en colores tan sombríos y al mismo tiempo tan fuertes, con seguridad no nos da la imagen de una tribu "primitiva" en el sentido de un grupo todavía muy cercano a la vida de los primeros verdaderos hombres, sino, muy al contrario, de una tribu con una historia tan larga como la de muchos otros grupos más afortunados, pero que careció de todos aque-

llos estímulos y oportunidades que a éstos permitieron subir en su evolución de escalón en escalón.

Los Guaicurús de Baegert, desde cierto momento de su historia en adelante, no sólo no siguieron subiendo, sino, por la lógica de los procesos históricos que a ningún pueblo permiten quedarse más de un breve momento en el mismo punto de su evolución, comenzaron a bajar y seguían bajando cuando nuestro autor los conoció.

Haber captado esta situación, aun sin comprenderla teóricamente, y haberla descrito, en un estilo muy vigoroso, con ese "realismo y pesimismo" que en él critica su cofrade Decorme y que elogian los antropólogos, es el gran mérito de Jacobo Baegert.

1º de Marzo 1942.

Paul Kirchhoff.

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA  
MÉXICO, D. F.

... de la Californie, ...

... de la Californie, ...

... de la Californie, ...

... de la Californie, ...

... de la Californie, ...

# Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien:

mit einem  
zweyfachen  
Anhang falscher Nachrichten.

Geschrieben  
von einem  
Priester der Gesellschaft Jesu,  
welcher lang darinn diese letztere Jahr  
gelebt hat.

Mit Erlaubnuß der Oberen.

Mannheim,  
gedruckt in der Churfürstl. Hof- und Academies  
Buchdruckerey 1772.

Noticia de  
la  
Historia de  
la  
Compañía de  
San Pedro de  
Nueva España

de  
la  
Compañía de  
San Pedro de  
Nueva España

de  
la  
Compañía de  
San Pedro de  
Nueva España

de  
la  
Compañía de  
San Pedro de  
Nueva España

NOTA DEL TRADUCTOR

**N**O tanto para explicar las muy marcadas deficiencias de esta traducción, sino más bien para solicitar al lector disculpas por ellas, me permito señalar, con breves palabras, algunas de las peculiaridades del texto, escrito en lengua alemana de mediados del siglo XVIII.

En el prólogo de su obra, el autor mismo confiesa que, durante su larga permanencia entre los indios, se ha desacostumbrado a expresarse en su idioma materno, motivo por el cual teme que su manera de escribir resulte algo torpe y áspera. Además, hace la ingenua advertencia a sus lectores, que no piensa acomodarse a la nueva ortografía ni a los neologismos que ha encontrado en boga al regresar a su patria. Que esta advertencia no es simplemente una mera frase de modestia de un hombre poco acostumbrado a trabajos literarios, sino que expresa el verdadero modo de pensar del autor, lo comprueba el texto mismo que resulta sembrado de palabras anticuadas y metáforas extrañas, así como de infinidad de regionalismos, desconocidos en el alemán literario. Leyendo cuidadosamente palabra por palabra y fijándose en la estructura de las frases, se tiene la impresión de que el autor escribió originalmente el texto, o por lo menos, sus apuntes preliminares, en castellano y que después se vió a menudo en apuros al tratar de encontrar



las expresiones equivalentes en alemán, hasta el grado de tener que valerse de regionalismos de su dialecto renano o de tener que inventar traducciones artificiales de palabras alemanas que ya se habían escapado de su memoria. Uno de los ejemplos más curiosos de estos apuros del autor, lo encontramos en el capítulo 7 de la I. parte, donde habla de la fauna de California. Entre otros, menciona un animal que llama "Königlein", lo que en alemán significa simplemente "reyezuelo". Después de consultar yo en vano algunos libros antiguos de zoología, para ver si a mediados del siglo XVIII se daba este nombre a un animal hoy día conocido con otra denominación, encontré la solución de este problema de una manera inesperadamente sencilla: el autor debe haber olvidado la palabra alemana "Kaninchen" por "conejo", por eso, hizo de "conejito" un "konigito" y, traduciendo aislada y literalmente la posposición castellana del diminutivo "ito" con las misma posposición alemana "lein" produjo la palabra "königlein", la cual, en este contexto, no tiene significado alguno y que los lectores alemanes de sus tiempos tampoco deben haber comprendido.

En cuanto a los muchos regionalismos que emplea el autor, y cuyos equivalentes en alemán literario no siempre resultaba fácil averiguar, mucho me sirvió la circunstancia de que el dialecto que todavía se habla en mi tierra de la Provincia del Rin, y que acostumbraba yo hablar en mi juventud, tiene cierta semejanza con el que hablaba el P. Baegert, logrando de esta manera encontrar la traducción correcta de todas las palabras sin excepción alguna, que de otro modo tal vez hubieran sido muy difíciles de comprender.

Una particularidad más del texto en alemán, consiste en la tendencia hacia un pleonasma exagerado, que, a la larga, resulta fastidioso. No hay frase que no tenga dos verbos sinónimos, ni suceso que no se describa con dos metáforas. Esta fraseología se explica por el carácter sacerdotal del autor, quien escribió como si estuviese sermoneando ante sus feligreses. A pesar de la pesadez que a veces adquiere el texto con esta redundancia superflua, no me ha parecido correcto eliminarla, para no quitar

nada de este sabor muy peculiar del estilo de un hombre sincero y verdaderamente bondadoso.

Lo que sí no pude evitar, en bien de una mayor claridad del texto, fué la necesidad de dividir algunas veces en varias frases cortas, los larguísimos periodos que el autor gusta formar, al estilo de sus tiempos, y que a menudo abarcan el espacio de una página entera o hasta página y media.

P. R. Hendrichs.

PRIMERA PARTE  
DE CALIFORNIA Y SU CARACTER, CLIMA Y PRODUCTOS





te a la de ninguna manera punible curiosidad del público, sino también a las falsedades y difamaciones de algunos escritores.

No me es difícil hacerlo, porque me ha tocado en suerte vivir diecisiete años en California. En este tiempo, la he recorrido, a lo largo, por más de ochenta horas; he visitado ambas costas varias veces y he tenido pláticas con otras personas que han estado allá por más de treinta años y que han recorrido este país, (hasta donde se ha descubierto), de un extremo al otro, o que han residido largo tiempo en las diferentes regiones del Sur, del Norte o del centro.

Hace aproximadamente unos doce años, se dieron a luz en Madrid, tres tomos bastante gruesos, tamaño de cuarto, con noticias de California, que los ingleses han traducido en forma harto abreviada, como parece comprobar otra traducción francesa hecha del inglés hace poco. Ahora llego a saber —y he recibido además noticias de Austria, pocos días antes de empezar a escribir, —que se ha publicado también una traducción alemana del texto inglés, de modo que la presente obrita podría parecer, razonablemente, superflua.

Mas, la primera traducción inglesa, de la que la versión alemana parece ser una copia, tiene dos defectos esenciales que he visto en la francesa, si es que ésta es exacta; primero, porque contiene varias falsedades, (inclusive la portada fanfarrona), que no pueden hallarse en el original español, o, si estuviesen allí, deberían haberse suprimido y tachado; y segundo, porque, a pesar de tener menos de la mitad del tamaño de la gran obra española, debería y podría haberse economizado todavía otra mitad, si el propósito era solamente el de dar al público noticias de lo que desea saber sobre California. Y esto es justamente lo que me he propuesto hacer.

Los señores españoles gustan de escribir tomos gruesos y llenarlos algunas veces con toda suerte de descripciones y datos innecesarios, traídos por los cabellos y exagerados por medio de palabras rimbombantes, que el traductor inglés debía haber suprimido y eliminado, aun más de lo que ya hizo. Porque, por

ejemplo: ¿para qué sirven introducciones ampulosas, casi para cada capítulo? ¿para qué larguísimos e insípidos cuentos y ceremonias de los que en Inglaterra, Francia y Alemania, nadie hace caso? ¿para qué, digo, sirven tantos rodeos, si no es para aumentar el costo de los libros y despertar en el lector enojo y ganas de dormir, en vez de gozo e interés? ¿qué tienen que ver en California o en una historia de ella, Roma y Cartago, Cristóbal Colón y Marco Polo Venero? ¿qué los quippos peruvianos o la escritura de los Peruvianos o un índice inmensamente largo de no menos de cuarenta y tres naturalistas? ¿qué las luchas de los apaches, de los seris o de los tepocas, que distan todo un mar de California y que nunca han tenido tratos con los californios? ¿qué las expediciones de un tal Vázquez Coronado a la legendaria CIBOLA; y, por otro lado, Patarax, rey de los imaginarios QUIVIRA? ¿qué los viajes de un tal P. Sedelmayer a los ríos de Gila y Colorado que quedan fuera de California? ¿qué importan a un inglés, francés o alemán, las demoras y muchas deliberaciones de los tribunales de México y Guadalajara? En cambio, en este libro, el lector no encontrará nada, con excepción de algunas moralejas y del Capítulo IX de la Parte Tercera, que no corresponda a California de una manera directa, lo cual podrá satisfacer en parte, y estimular por la otra, el loable interés y la curiosidad del lector. En todo caso, esta obrita no es otra cosa que, por decirlo así, una respuesta a las muchas preguntas que se me han hecho después de mi regreso.

Lo que, además, tengo que manifestar al benévolo lector, es lo siguiente: 1) Para fijar por escrito las presentes noticias, no me he valido ni del libro grande español, que en parte leí en California, hace más de diez años y que ya se me olvidó hace mucho, ni de la traducción inglesa que no entiendo, ni tampoco de la francesa; sino que me he servido única y exclusivamente de mi propia experiencia, motivo por el cual solamente cito como comprobación, lo que me ha pasado a mí en persona;

lo que ví y como lo ví yo mismo, o que he oído de las personas que conmigo vivieron en California.

2). En estas noticias, el lector no debe esperar que haya grandes portentos de la naturaleza, ni acontecimientos o sucesos de importancia. California no es el país en donde ocurran, ni ha sido la voluntad del Creador la de hacerlas acontecer en ella. Realmente, tampoco deben buscarse aquí cosas tales como las que se leen de ordinario en descripciones de otras regiones o naciones de América, también pequeñas. Debido a la excesiva aridez del país, a su estrechez y a su muy reducido número de habitantes, los californios, ni aun aquellos que hablan una misma lengua, han podido establecer, entre sí, un CORPUS NATIONALIS o verdadera república, sino que siempre han vivido aislados en grupitos muy reducidos, habitando, como en una larga sarta de Sur a Norte, muy distintamente los unos de los otros, sin autoridad, sin comercio y sin ninguna comunicación entre sí, con la única excepción de las visitas entre vecinos inmediatos. De igual manera como hay que decir muy poco, en lo particular, de lo que puede ocurrir en cada una de las —como quien dice— familias; así hay también muy poco o nada de notable de qué informar con respecto a todos los californios en conjunto. Igualmente, poco ha de apuntarse aquí de ellos en cuanto a lo que pudiera servirnos de edificante, porque los frutos que se alcanzaron, concuerdan poco con el empeño y las fatigas prodigadas y habidas; la causa de lo cual hay que imputarla en parte y no sin justificación, al carácter de este miserable país. No costó mucho trabajo inducir a los californios a dejarse bautizar, después de haberlos enseñado en el catecismo; tanto más fácil fue, porque no tenían otra religión opuesta a la cristiana; pero para poner en práctica lo que habían prometido en el bautizo, para esto no era suficiente, entre la mayoría de ellos, ningún esfuerzo humano.

Sin embargo, aún en el caso de que todo hubiera sido infructuoso con los adultos, lo que no fue así siempre, los más de catorce mil jóvenes californios, que fueron remitidos al cielo

han sido una recompensa, más que suficiente, a las fatigas que para California aportaron, en parte, tres reyes católicos, y parte otros particulares.\*

3). Mucho de lo que diré en estas noticias, no es tan exclusivo de California que no sea también común de otras regiones, habitantes y misiones de América. ¿Pero, cuántos habrá entre mis lectores que no tengan conocimiento ni de lo uno ni de lo otro?

4). California es un país extenso, muy árido, pero habitado por muchas tribus de las que una queda frecuentemente distante de la otra treinta y más horas. Por eso, si alguien llegara a leer o a oír algo tocante a clima, usos y costumbres, idiomas, etc. por conducto de otras personas que, igual a mí, han vivido muchos años en California, y no estuviese de acuerdo íntegramente con lo que yo escribo, que recuerde lo que acabo de escribir: que no es de extrañar que haya diferencias entre regiones tan apartadas y pueblos tan numerosos; aunque positivamente, y en términos generales, todo en California está medido con la misma vara.

5). Se han introducido en las tablas de materias o índice que sigue, algunas cosas para poder informar al lector, no sólo sobre lo que hay en California, sino también sobre lo que allá no hay.

6). De vez en cuando, dejo colarse una que otra moraleja, como se me ocurrieron mientras estaba escribiendo. Si a alguien esto le pareciera en contra de mis propósitos, que sólo prometieron noticias, por lo menos no lo es en contra de mi posición y profesión.

7). Por regla general, me sirvo de la palabra HORA en vez de LEGUA porque las leguas no son iguales en todas partes, ni tampoco en Alemania, mientras que lo que significa una hora o una hora de camino, todo el mundo puede imaginárselo.

\* Se cuenta que Felipe V, cuando se aconsejó a su Majestad que abandonara las Islas Marianas por no darle ganancias y causarle grandes gastos, preguntó que si se seguía bautizando a niños en tales Islas Marianas, y al contestársele que sí, respondió: "Entonces, está bien empleado lo que nos cuestan estas islas".

8). Si mi modo de escribir resulta algo áspero y chocante y si a veces he pecado también contra la ortografía, recuérdese que durante 17 años, es decir, de 1751 a 1768, he tenido poca oportunidad de hablar el alemán y en consecuencia, casi he olvidado mi lengua materna. Pero en cuanto a ciertos modernismos que he encontrado en este mismo idioma al regresar al Rhin, deliberadamente no he querido acomodarme a ellos, porque algunos me parecen un poco amanerados y otros, innecesariamente reintroducidos de tiempos remotos.

EL AUTOR

## I

DE LA POSICIÓN, LONGITUD, LATITUD Y EXTENSIÓN DE CALIFORNIA ASI COMO DEL GOLFO DE CALIFORNIA\*

CALIFORNIA, el país más occidental y, entre las penínsulas más largas, la más angosta, forma parte de la América septentrional y, como puede verse en el mapa, es, en cierto modo un aditamiento o la cola de ella. Queda separada del imperio mexicano por un brazo del Océano Pacífico, como Egipto de Arabia por el Mar Rojo, o Italia de Grecia por el Adriático, cuyo brazo bien puede tener, a la altura del Cabo de San Lucas, un ancho de unas ciento cincuenta horas, pero que se va encogiendo, más y más, a medida que se acerca al Río Colorado, donde California se junta con la tierra firme hacia el Norte. En el año 1751, crucé este Mar Rojo Californiano, como algunos suelen llamarlo, en un palo hueco, es decir, en una pequeña canoa de una sola pieza, a los veintiocho grados de latitud Norte y en un día y medio, sin que hubiera podido ver, durante todo el segundo día, ni la tierra que acababa de dejar,

\* NOTA DE LOS EDITORES: Esta traducción corresponde al ejemplar de la obra original de P. Jacob Begert "Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien", Mannheim 1772, que pertenece a la biblioteca Humboldtiana de La Sociedad México-Alemana, Alejandro de Humboldt.

Esta Sociedad ha contribuido a los gastos de la traducción.

ni aquella donde me dirigía; lo que servirá para formarse una idea del ancho que mide ese brazo de mar.

El mencionado Río Colorado es entre todas las aguas que desembocan en el Mar Californiano, y que mide a lo largo casi cuatrocientas horas, el único que merece el nombre de río y que tiene, cerca de California, un ancho de más de un cuarto de hora. Todos los otros ríos que se ven en el mapa, apenas son algo más que arroyos, los que, durante la mayor parte del año, llevan bien poca agua y pueden atravesarse a caballo sin mojarse los zapatos; pero en todos ellos viven caimanes de grandes dimensiones, de los que hay que cuidarse mientras se saca agua, se baña o se lava, porque algunos de ellos pueden tragarse a un hombre entero. He visto varios. Como es bien sabido, se parecen algo a las lagartijas, pero están armados de coraza, como las tortugas. No hace muchos años que se llegó a saber en América, que los colmillos de estas bestias sirven muy bien de contraveneno. Aplicándolos a las heridas o tomando tragos con el polvo raspado de dichos colmillos, ya se ha salvado la vida, también en California, de mucha gente que fue mordida por víboras.

Del lado de California, el Golfo está sembrado de islas de diferentes extensiones que hacen suponer que California ha sido, en otros tiempos, mucho más ancha que lo que es ahora o, quizá, ha estado unida con la tierra mexicana, formando un solo país. Todavía en el siglo actual, algunas de estas islas estaban habitadas, especialmente La Catalana, Serralvo y la que se llama San José. Sus habitantes empezaron a dedicarse a la piratería con pequeñas embarcaciones, que habían comprado o quitado a los pescadores de perlas; pero en el año de 1715, los soldados californianos pusieron fin a estas actividades, y, después, algunos murieron y otros fueron trasladados a las misiones de California. Todas estas islas, tanto las grandes como las pequeñas, están ahora desiertas y sólo se ven en ellas cerros pelones y peñascos. Pueden considerarse como antesalas o arrabales de California, cuya pobreza ayuda a formarse un concepto preliminar

de la miseria californiana y darse cuenta de los horrores del conjunto.

Después de que el P. Ferdinandus Konsak, un jesuita de Hungría, había investigado y explorado, por agua, toda la costa interior californiana hasta el río Colorado, en el que se internó por algunas horas, nadie dudó ya de que California no estaba totalmente rodeada por el mar, como desde tiempos remotos se había venido creyendo, sino solamente por tres lados y que, por consiguiente, era una península. Sin embargo, para confirmarlo por todos los medios posibles, y debido a que la exploración del P. Konsak había despertado ciertas dudas entre los científicos de México y España con respecto a los ángulos al lado izquierdo de la desembocadura del citado río, donde la orilla, baja y pantanosa por varias leguas, no había permitido arriarse completamente, ni menos desembarcar, ordenóse en el año de 1766 al P. Wenceslao Linck de Bohemia, (quién tenía a su cargo la misión de San Borjas, en aquel tiempo la última hacia el Norte), que hiciera un viaje a través de California, hasta el citado río. Con la cinta o en línea recta, no son más que unas 90 horas de camino de San Borjas hasta allá; pero la persona que no ha visto California u otros países parecidos de América, no puede imaginarse lo que quiere decir el emprender un viaje de 90 horas en un país donde no hay camino hecho y donde todo está lleno de rocas y piedras, donde no se conocen depósitos de agua y donde todo el equipo, algunas veces también hasta el agua, tiene que ser llevado a cuestas. No se cuentan más que 30 horas de camino, en línea recta, de la misión de San Xavier hasta la Bahía de Santa Magdalena; sin embargo, el primero que hizo este viaje, necesitó 19 días. De modo que el P. Linck se puso en camino, acompañado de 16 soldados y más de cien californios, pero en cuatro semanas no llegó más lejos que un poco más allá del lugar que se llama San Bonaventura, que todavía dista 20 ó 30 horas del Río Colorado. Allí no vió más que pura arena hasta donde alcanzaba la vista, entre Norte y Este hacia el Mar de California.

Muchos indios cayeron enfermos; los caballos y mulas, (a

los que por primera vez durante este viaje, se les herró de mala manera con herraduras delgadas), estaban cansados, pero aun mucho más los soldados, por ser esta una expedición que no les prometía ninguna ganancia, como no fueran penalidades y peligros de vida. En consecuencia, empezaron a reclamar, poniendo de pretexto que era imposible seguir adelante hacia el Norte. Si hubieran abrigado la esperanza de dar con cerros de oro, no les hubieran faltado las fuerzas para avanzar otras cien leguas, a pie, semidesnudos y sin provisiones, como lo han hecho los españoles, más de una vez, en otras ocasiones. Es lástima que esta expedición hubiera tenido este desenlace, pues ahora pasará, tal vez, otro medio siglo hasta que otro hombre llegue al Non Plus Ultra del P. Linck, si no es que las conquistas de los ingleses durante la última guerra en América del Norte, obligan a los españoles a hacerlo, o las expediciones de los rusos en Kamchatka, (quienes ya realizaron un desembarque en América desde California, en el año de 1741).

Hay que calcular la extensión de California, a lo largo, en mucho más de 300 horas, porque con los 10 grados, (calculando el grado a 15 leguas alemanas y la legua a 2 horas), desde el Cabo de San Lucas a los 22 grados, hasta la desembocadura del río Colorado a los 32 grados, (entre cuyos dos puntos estimo está comprendida California), esta cifra de 300 horas ya estaría más que completa, aunque este país sólo se extendiera perpendicularmente de Sur a Norte; pero California está fuertemente inclinada de Este a Oeste, con lo que gana todavía muchas leguas de extensión.

He dicho que está comprendida California entre el Cabo de San Lucas y la desembocadura del Río Colorado, porque querer extenderla hasta el Cabo Blanco o, todavía más, hasta el Mendocino a los 41 grados, como lo hacen muchos geógrafos y ante todo los españoles, sólo porque la costa occidental de América del Norte ha sido explorada por mar hasta este punto bajo el capitán Sebastián de Viscaya, ello significaría querer agrandar California sin necesidad y sin causa justificada. Yo pongo los límites a California donde parece que se los puso

la naturaleza misma, es decir, donde la naturaleza ha unido o enganchado esta terriblemente larga y no menos estrecha lengua de tierra con América del Norte, (la que tiene una extensión a lo ancho de más de mil horas). Y hago esto con tanta más razón, en vista de que el paisaje y otras cosas arriba de los 32 grados, (como puede leerse en el diario de navegación del citado capitán vizcaíno), tienen un carácter enteramente diferente de aquel de la parte de California, que hasta hoy es conocida y explorada, y tiene, además, otra clase de gente y otros idiomas.

Sé muy bien que el Ducado de Milán y el resto de la Lombardía, que son regiones continentales, forman parte de Italia, la que se considera como península, pero también sé, que no son muchas las leguas de Génova o de Venecia al Tirol o a Carintia, que Italia, desde Calabria hasta la Lombardía, se va ensanchando, más y más, y que pueden encontrarse en todas las provincias que forman Italia, con excepción de pequeñas diferencias, la misma fertilidad, la misma lengua y las mismas costumbres. En el caso nuestro, tenemos en todo, justamente lo contrario.

En cuanto a la extensión de California a lo ancho, ésta no concuerda en nada con su excesivo largo; California es, más o menos, 16 veces más angosta que larga, porque en ninguna parte tiene más de 15 a 20 horas de anchura. He vivido en el centro del país, a los 25 grados y en frente de la pequeña Bahía de Santa Magdalena y pude llegar, en ocho horas a caballo, tanto a la una como a la otra costa, entre las que se levanta California; y esto, pasando por caminos que son todo menos que parejos y trazados en línea recta.

Por consiguiente, hasta ahora, los cartógrafos le han asignado a la extensión de California, a lo ancho, desmesuradamente más leguas que las que le corresponden, tal vez por falta de noticias fidedignas, o tal vez, para que California no aparezca, por lo menos en los mapas universales, totalmente invisible.

En cuanto toca a la longitud, quizá nos saque de nuestros sueños el astrónomo francés que ha sido comisionado para ir a California, para observar el paso de Venus, porque hasta aho-



ra, nadie ha querido encargarse del trabajo de fijar dicha longitud, lo cual ha dado por resultado la diferencia que se nota a este respecto. Dicho de paso, parece que el sol sale para los californios aproximadamente nueve horas más tarde que para los que viven a orillas del Rhin.

Ahora, si se prefiere considerar a California con una extensión, a lo largo, de sólo 300 horas y de 20 horas a lo ancho, resultaría entonces que abarca un territorio con tantas toesas cuadradas como las tienen los Cantones de Suabia y Baviera juntos. ¡Realmente, un respetable principado o reino, si sólo fuera cuestión del tamaño! Pero puedo afirmar y asegurar solemnemente que su Católica Majestad no haría gran merced a la persona a quien quisiera dar en feudo la California, como se hará manifiesto por medio de estas Noticias. Para cualquiera hombre será mucho más provechoso, tener la encomienda de una aldea de 100 campesinos o ser alcalde de un pueblo, que ser Gran Duque u Hospodar de California. Tan contra nuestra voluntad, la mía y la de mis compañeros, que tuvimos que abandonar California, de mil ganas, en cambio, hubieran querido emprender con nosotros la retirada de esta triste tierra, los dragones españoles y sus oficiales que apenas habían llegado para expulsarnos de ella.

## II

DEL CALOR, DEL FRÍO Y DE LAS CUATRO ESTACIONES DEL AÑO  
EN CALIFORNIA

CALIFORNIA tiene una extensión de 300 horas de Sur a Norte, y por eso, admito que el clima no pueda ser igual en todas sus regiones, pero también es cierto que no pasa de los 33 grados de latitud norte, ni tiene selvas extensas, ni serranías excepcionalmente altas, y, por consiguiente, el invierno no puede ser de mucha duración, ni hacer mucho frío. Esto nos lo comprueban los ejemplos de otros países: es bien sabido que los jardines y los campos de la provincia española de Andalucía son tan verdes en Diciembre y Enero, como las regiones a orillas del Rhin a fines de Mayo; no se ha visto nevar en Cádiz desde tiempos inmemoriales, ni hay allí más hielo que el que se trae de la Sierra de Granada, y las mujeres de allí, acostumbran no dejar de la mano su abanico durante todo el año; y todo esto, a pesar de que Cádiz queda tres grados más al Norte que la parte más septentrional de California. Sin embargo, como el calor o el frío no dependen únicamente de la mayor o menor distancia a que esté un país del sol, en la Misión de San Borjas, a los 30 grados, se ha visto más de una vez nevar y congelarse el agua en los trastos. También en la parte meridional caen heladas y escarchas casi todos los años, y en la Misión de Todos Santos,

que casi está bajo el trópico en la costa sur, las uvas nunca se dan bien a causa de los vientos cortantes y brumas que se levantan del Mar del Sur. Pero esto no debió haber sido motivo para Juan Hübner, para manchar su honor y llamarla un país frío, e inducir de esta manera al lector, a comparar California con Noruega o Nowaya Semlya. No importaría si esta fuera la única mentira que ha escrito este señor, porque entonces no se le hubiera dado, en círculos católicos, el apodo de Juan Mentiroso. Todo lo contrario es cierto, y para ser justo, hay que dar a California su lugar entre los países cálidos y templados. Algunos van tan lejos de querer derivar la palabra California de *calida fornax*, que significa un horno caliente, aunque yo personalmente no puedo aceptar esta opinión. Lo cierto es que los españoles no oyeron este nombre de los californios, porque éstos no sabían si el país era grande o chico; dónde empezaba o dónde terminaba, y para ellos sólo tenían nombres aquellas regiones, donde cada grupo solía vivir y hacer sus correrías; y entre estos nombres indígenas no hay ninguno que se llame California.

Mientras yo estuve allí, nunca sentí más frío que a orillas del Rhin a fines de Septiembre o de Abril durante un año regular, y, cuando algo se sentía, esto era durante unos cuantos días en la noche, lo mismo bajo techo que al aire libre, y antes de que el sol se levantara algunas varas por encima del horizonte. Otra cosa era, cuando, durante todo un día, soplaba un viento muy recio, lo cual pasaba a veces. En este caso, el día resultaba algo fresco en la casa o en la sombra. Nunca me he arrimado a la lumbre por motivo del frío, a pesar de que mi traje sólo se componía de mi hábito de camelote sin forro, y sin traje de abajo. Cierta vez cuando tuve que caminar de las 3 hasta las 8 horas de la tarde de un mes de Enero, con motivo de haberse declarado una epidemia de viruela en una misión vecina, estuve bañado en sudor, a pesar de que soplaba bastante aire y yo no caminaba aprisa. De todo esto se deduce, por consecuencia natural, que las hortalizas son las plantas que se dan mejor y de ellas se puede sacar mucho provecho si se siembran a fines

de Octubre y los meses siguientes, porque ya desde Mayo, poco puede hacerse, pues, las lechugas, los nabos y las coles, etc., echan luego tallos y empiezan a dar semilla; de igual manera, se ven ya a principios de Enero las primeras espigas del trigo que se sembró en Octubre; y el maíz que se sembró en Septiembre, suele cosecharse en Diciembre o Enero.

En Julio empieza la época de más calor que dura hasta mediados de Octubre. Fue a principios de este mes, cuando, estando de hinojos en el umbral del portal de la iglesia, o mejor dicho, casi al aire libre, rezando con mis indios el rosario, me ví obligado a abandonar mi lugar, debido al calor inaguantable que me producía copiosísimo sudor; ví salir de la iglesia abovedada a varias personas de entre el pueblo, bañadas también en sudor y medio desmayadas a pesar de que iban casi desnudas. Esto me dió motivo para ordenar, que en los años siguientes se rezaran estas sencillas vísperas fuera de la iglesia y al aire libre. Todos los años, al acercarse el verano, tuve que arrumbar mi colchón de apenas 3 dedos de grueso, y dormir en un cuero extendido, y ni así conseguí muchas veces conciliar el sueño antes de la media noche, debido al fuerte calor que me bañaba en sudor y a pesar de haberme colocado entre dos ventanas abiertas. En estos meses me cuidaba de no pararme al medio día, ni un minuto al sol, sin sombrero, pero si algún asunto urgente me obligaba a alejarme a tales horas, aunque fueran sólo algunos tiros de carabina de la casa o de la sombra, mi ropa quedaba inmediatamente empapada en sudor, porque el reflejo de la tierra ardiente estaba tan fuerte como si se encontrara uno en frente de la puerta de un horno encendido. Por el mismo motivo, cuando tenía que pernoctar a campo abierto, por tener que atender a algún enfermo lejos de la misión, siempre trataba de emprender el viaje de regreso a caballo y a las 2 horas o a medianoche para llegar a la casa antes del mediodía, porque en todo el camino no había sombra. Conozco a un padre que me ha asegurado que, si por cualquier motivo se veía obligado a posponer la misa hasta las 10 horas, quedaban empapadas en sudor, no sólo su camisa y hábito, sino hasta el alba

y la casulla. Cuando se ve uno obligado a hacer un alto en campo abierto, no puede uno sentarse en una piedra si no es que se la cubre antes con un abrigo doblado u otra cosa parecida. Bastan 8 horas, también en la sombra, para que se ponga la carne verde y llena de gusanos, y no hay otra manera de guardarla para poder comer de ella durante toda la semana, (si no se puede matar diariamente), que la de quitarle el cuero y cortarla en tiras largas, como salchichones, salarla y dejarla que se seque al sol, con lo que se vuelve durísima e insípida.

A pesar de que la temperatura sube mucho en California y el verano es muy duro, nunca he oído a un californio quejarse del calor, pero sí, mucho del frío muy moderado de la mañana o de la tarde en invierno. No hay que admirarse de esto, porque viven casi desnudos y sin techo, no teniendo otro abrigo contra el frío que la lumbre, alrededor de la cual se echan de noche, haciendo girar su asado y atizando continuamente las brasas. Y no les da vergüenza quedarse tirados alrededor de las brasas hasta muy entrada la mañana, mientras otros ya están sudando con el trabajo.

Aquí hay que observar, que no sólo hay diferencias, con respecto al calor y el frío, entre las regiones meridionales y septentrionales de California, (lo que es fácil de imaginarse y que ha sido mencionado al principio de este capítulo), sino también entre muchas partes que están situadas bajo la misma latitud. Durante todo el año, la temperatura es siempre mucho más fresca en toda la costa occidental, que en la oriental. Esto, lo ocasiona el fuerte viento del Noroeste que predomina en aquel litoral. Bajo el mismo paralelo, pero en costas opuestas, tuve que salir de mi cuarto, a fines de noviembre a la medianoche, debido al calor inaguantable, y a mediados de Mayo andar todo el día con una buena cachucha en la cabeza y envuelto en un grueso abrigo, a causa del viento cortante y del frío que trajo consigo. Pero, naturalmente, no son iguales todos los días y menos en California.

Si se considera la primavera sólo como el tiempo en que comienza a subir la temperatura y en cambio, el otoño sólo co-

mo aquel en que vuelve a bajar, se puede decir entonces, que hay ambas estaciones del año en California. Pero si se juzga que la primavera significa el tiempo en que desaparece el frío y que la hierba es nueva y cientos de flores encantan la vista; que los prados y campos se visten de verde de todos matices; que los árboles frutales o de ornato deponen el luto de los últimos seis meses, y que los ruiseñores y otros pájaros nos deleitan con su canto; y, si se juzga la otra estación, es decir, el otoño, como el tiempo en que se llenan las bodegas y despensas con frutas para el invierno o el año entrante; que la gente se ocupa y se divierte con la caza de alondras u otros pájaros, o cuando comienzan a molestarnos la niebla y las lluvias frías; en que los dedos empiezan a entumecérsenos y las praderas se vuelven amarillas o la escarcha hace desprenderse a los bosques de sus adornos; entonces no se sabe nada en California, ni de la primavera, ni del otoño. Si sólo se toma en cuenta lo verde y la fertilidad, la serenidad del cielo y lo caluroso del aire, entonces se tiene allá un invierno eterno y un verano sin fin, pues, con excepción de algunos arbustos ralos que se dan acá y allá y que nunca pierden su follaje, todo el resto de los matorrales no se cubrirá de hojas, ni el suelo de hierbas, si no es que cae una buena lluvia unos 6 u 8 días antes, lo que siempre suele acontecer harto tarde, (como se dirá en el capítulo siguiente). Pero el gozo, en este caso, no dura más que 3 ó 4 semanas, pues el calor excesivo y el sol abrasador de esos mismos meses, hace marchitarse luego todo lo verde y caerse las hojas.

No hay día en California que no sople el viento con bastante fuerza; algunas veces se levanta en la mañana y si no, a más tardar, infaliblemente, al medio día, y dura hasta entrada la noche. Si este aire deja de soplar, aunque sea nada más por un minuto durante los días calurosos del verano, el cuerpo lo siente inmediatamente, porque en seguida aumenta el sudor, empezando desde luego a correr a torrentes. El viento que mayormente predomina en California, viene del Noroeste o Suroeste. Es raro que venga exactamente del Norte, lo que sólo acontece uno que otro día en los meses del invierno; pero, en cambio, un

viento del Este, no me acuerdo haberlo notado ni una sola vez en 17 años, (excepto durante las verdaderas tormentas); este fenómeno es muy extraño, porque las nubes, si acaso se dejan ver en el cielo, vienen todas e invariablemente de tal dirección.

III

DE LA LLUVIA Y OTRAS AGUAS EN CALIFORNIA.

**H**ACE algunos años que se acusó a las misiones de California, de cierto comercio con Inglaterra. Pero California no posee más que piedras rodadas y rocas inútiles, ni produce otra cosa que espinas. Si los ingleses quisieran aceptarlas e importar por vía de trueque, otras mercancías a California, sobre todo madera y sombra, lluvia y ríos, no cabe duda que podría establecerse un comercio extraordinariamente provechoso con la Gran Bretaña; de otra manera, no se podrá hacer nada en cuanto a tráfico. Porque madera y agua, piedra y espinas, son 4 elementos, de los que California tiene, en cuanto a los dos primeros, una indecible escasez, y, en cuanto a los dos restantes, una enorme abundancia. No hay nada tan común en California como rocas y zarzales, pero nada tan raro como humedad, madera y el frescor de la sombra. En California hay que temer todo, menos ahogarse en agua, y por otro lado, sí es fácil morir de sed. Basta que alguien pierda el camino, que es muy sencillo, y puede caminar errando, por días y hasta semanas enteras, sin llegar a ver una gota de agua. Hace algunos años que varias personas, con no poca experiencia en California, naufragaron en la costa y murieron miserablemente de sed, por no encontrar nada de agua, a pesar de sus búsquedas y esfuerzos desesperados.

Así como el suelo de California consiste de pura roca, así parece que su cielo está hecho de acero o de bronce vaciado, y como tal, muy raras veces cede a los ruegos de los hombres, que imploran que les mande algunas benéficas lluvias sobre la tierra seca y quemada. Julio y Agosto, Septiembre y Octubre, son los meses en que pueden esperarse. Si llueve fuera de este tiempo, se considera como algo excepcional y no acontece todos los años. Pero en los primeros dos de los citados meses, es cuestión de vivir de la mano a la boca, porque todo el tiempo que en tal época llueve, no pasa, en total, de 3 a 4 horas. A los 5 ó 6 días después del primer aguacero, se vuelve verde todo lo que es capaz de enverdecer, y, entonces, se goza de algo que podría llamarse una vislumbre de primavera, (algunas veces también en Septiembre, pero en este caso, nunca antes de los últimos días de este mes). Igual cosa sucede, si al tiempo se le viene en gana, es decir: llover de improviso, en Diciembre o Enero, fuera de todo orden y contrario a toda costumbre.

Estos aguaceros que tan raras veces concede el cielo, vienen comúnmente asociados a tormentas y son todo menos lluvias generales: sólo cubren una superficie de media legua o cuando mucho, unas cuantas leguas; y como hoy llueve aquí y mañana en otra parte, quedan grandes extensiones de tierras, donde no se moja ni el polvo en 3 ó más años. Las tormentas que he observado, (y tuve oportunidad de observarlas todas, ya que, por un lado, en muchos años no hubo dos en el curso de una misma noche, ni suelen presentarse antes de las once horas de la mañana; y por el otro, no hubo nada que me lo impidiera), todas proceden del Oriente o del Norte. Por lo regular, no son muy violentas, nunca vienen dos durante el mismo día, ni duran más de una hora en su parte más violenta. Después, muy pronto se vuelve el cielo azul, queda el aire sereno y se restablece la calma.

Los californios no sienten temor ante nada, y ante peligros de muerte, parecen apáticos o faltos de razón. De igual manera no dan señas de miedo, cuando retumban los truenos y caen los rayos, pues siguen con sus risas y bromas aunque pareciera que

el cielo mismo amenazara venirse abajo. Tal vez, una de las causas de esta temeridad es la de que no tienen idea de lo que es un trueno y no saben lo que significa el rayo. Cuando la tempestad no pasa en seco, sólo cae pura agua, pues en todo el tiempo que estuve allá, sólo una vez hubo algo de granizo fino y casi nada de granizo grueso, aunque, de seguro, no había inconveniente para que cayera, porque en aquel país causaría menos daño que en ninguna otra parte, ya que no era posible que rompiera los vidrios, ni tampoco que les echara a perder sus huertas o viñedos a los pobres californios. En los 4 meses antes mencionados, no es que falten las nubes o los preparativos para la lluvia, pero oí decir que, para que este hecho aconteciera de veras, era preciso que amenazara 24 veces, antes de que hubiera una descarga o que lloviera. En cierto año, no pasó ningún día del mes de Agosto sin que no hubiera una tempestad, pero en cambio, durante los 31 días y noches del mismo mes, no llovió más de lo que en otras partes suele llover durante media mañana o media tarde.

Si, al fin, ha caído un buen aguacero durante una media hora o tres cuartos, luego se junta toda el agua de los cerros y laderas, y forma, debido a la sequedad del suelo, un arroyo que, en muchas partes, alcanza el ancho de un respetable río y cuyo ruido se oye, a veces, con gran estrépito media hora antes de que aparezca la corriente. El agua baja con miles de vueltas entre las rocas y escollos, disminuye en seguida para desaparecer a las pocas horas, dejando tras de sí la misma sequedad de antes, además de sapos y algunos charcos y baches. Entonces la gente se entusiasma y dice: ahora sí ya volvieron a llenarse las bodegas y las tinajas para un año; porque hay que saber que, con muy contadas excepciones, toda el agua con la que hombres y bestias habrán de apagar su sed durante un año entero, se encuentra represada en charcos y pequeños depósitos que se forman entre los bordes de los arroyos. Algunos de estos charcos desaparecen a los pocos meses o semanas de terminada la temporada de aguas, mientras que otros permanecen durante

todo el año, tanto más llenos y ricos y tanto mejor apropiados para la siembra, cuanto más ha llovido.

A veces, estas corrientes causan graves daños, porque destruyen las presas que se construyeron con grandes trabajos para poder sembrar con tranquilidad un pedazo de terreno y se llevan la tierra o una buena parte de ella que se ha dispuesto para la siembra, dejando al campesino u horticultor, las puras rocas. Así me pasó en el año de 1763, cuando llegué a una misión y busqué inútilmente la huerta con quince o más higueras frondosas e igual número de granados que miles de veces había contemplado el año pasado: no encontré ni la tierra donde habían estado dos días antes, ni pude siquiera localizar el terreno.

De las lluvias y arroyos, (que tan raras veces asoman la cara y que rápidamente desaparecen), vamos a pasar ahora a los ríos y riachuelos que sí se encuentran en los libros impresos y mapas, pero no en California.

Salvo unos cuantos manantiales que aquí y allá, (muchas veces separados veinte y más horas el uno del otro), brotan de las rocas con un chorro de agua del grueso de una paja o cuando mucho, de un dedo, y que pronto vuelven a perderse, hay en la parte hasta ahora descubierta de California, (es decir, en un territorio de más de trescientas horas), solamente seis corrientes de agua que tiene un curso de una o varias horas y a los que se puede llamar, sin agraviarlos, riachuelos o riachuelitos. Estos se hallan en las misiones de San José, Santiago y De Todos Santos, en la parte Sur, y en San José Comantù, de la Concepción Inmaculada y Santa Rosalía, en la parte Norte. De estos seis, sólo cuatro llegan al mar porque nacen cerca de él; los otros dos desaparecen y se pierden no muy lejos de su nacimiento, entre las piedras y arenas; y los seis, pueden vadearse o saltarse sin peligro de que entre a uno el agua a la boca.

Queda, pues, después de haber dejado de correr los mencionados arroyos, muy poca agua y humedad en California, salvo la de los pantanos y charcos tampoco numerosos, es decir, puras aguas estancadas. Estas aguas muertas son de diferentes extensiones y calidades. Algunas hay que tienen un largo o an-

cho de un tiro de carabina, otros, apenas vara y media; algunas quedan verdes de inmundicias y podredumbres, algunas bien saladas, otras claras y de buen sabor, pero todas, sean como fueren, tienen que servir de agua potable. Algunas alcanzan para todo el año, otras se secan pronto. De estas bodegas sacan, tanto los californios como otros habitantes de esta península, sus vinos del Rhin o del Mosela, su Rosóli y su aguamiel. En estos pantanos se bañan; con estas aguas se recrean o se refrescan las gentes y las bestias, y, en fin, ante ellas se echa de barriga el californio y bebe como una vaca, porque generalmente no tiene con qué tomarla. ¡Y quisiera Dios que hubiera de estas bodegas o fondas en todas las partes, donde hacen falta y que no estuviesen, algunas veces, distantes días enteros las unas de las otras! Quien tenga que encaminarse, como yo, a cierto lugar que dista quince horas bien medidas de mi misión y en donde, de vez en cuando, una parte de mis feligreses acostumbraba acampar, tendrá que llevar consigo el agua en odres o tripas, porque en todo el camino no se encuentra agua, si no es a riesgo de grandes rodeos, y en el lugar mismo, donde sí la hay, está el agua tan salada, que hasta los caballos se rehusan a tomarla. Cierta vez, a mediados de Octubre, me llamaron a un lugar distante. El viaje duró todo el día, el calor era fuerte y la sed me agobiaba. Desmonté y pedí agua, pero la encontré tan caliente como si hubiera estado arrimada a la lumbre, y además, sabía bastante a sal; pero tuve que tomarla, pues no hubo otra taberna a la mano, pero antes, tuve que poner la botella, por un cuarto de hora, a la poca sombra que había, y después ya saboreé el líquido a mis anchas. El californio no puede hacer otro tanto, porque en California no se sabe nada todavía de fábricas de vidrio; él tiene que tomar el agua fría o caliente, como salga del barril. Sin embargo, con todo esto, está sano y fuerte. Es cuestión de costumbre y hay que bailar al son que tocan.

Durante la temporada de las pitahayas, (que son frutas jugosas de las que hablaré en otro capítulo), los californios pueden pasar varios días sin probar agua; en otros tiempos llevan el agua consigo en una tripa o vejiga de tortuga, siempre que van

a cruzar terrenos por donde no hay agua. Esas tripas tienen un grueso mayor que el de un brazo.

En California, son muy frecuentes las neblinas, pero solamente en la mañana, tanto al fin del año y durante los meses de invierno, como también algunas veces en verano y aún en Agosto; lo cual no impide que después suba el calor de una manera inaguantable y también empieza a tronar y relampaguear a poco rato. Todas las neblinas se alzan del mar occidental, cuya costa sufre más con ellas que el litoral oriental. A veces, estas neblinas traen consigo algo que los mexicanos llaman *chahuixtle*, que daña mucho el trigo en el campo. El rocío nunca me ha llamado la atención de una manera especial, mientras que otros autores lo describen como muy frecuente y muy copioso: no cae más copioso ni con más frecuencia que en Alemania con cielo despejado. Pero el maná del que otros han hecho tanto bombo, puede arrumbarse entre los cuentos de los viejos naturalistas: es un rocío algo dulce que muy raras veces aparece sobre las hojas o sobre las pencas de la caña común y que sirve tan poco en California, como sobraría en Alemania una quinta rueda en los carros, motivo por el cual no he querido ni verlo.

De todo lo que he escrito en este y el anterior capítulo, se deduce: primero, que no se puede sembrar ni plantar nada en este país, a base de la humedad que la tierra recibe de arriba, sino solamente en algunos sitios, que están siempre húmedos por la proximidad de algún charco o de agua subterránea, o, donde se lleva agua corriente o estancada a un pedazo de terreno que puede regarse, como las praderas en Europa, casi todos los días; aunque esto sólo es posible en muy contados lugares, hasta el grado de que ha habido misiones donde no se pudo arreglar o mantener ni un jardincito siquiera. Donde hay agua, allá muchas veces no hay tierra, sino puras piedras y arenas; y donde hay tierra, comúnmente no se encuentra agua, o, si la hay, es a tan gran profundidad, que sólo sirve para tomar, lavar y bañarse.

Segundo, que California es, según mi parecer y experiencia, un país sano y, en cuanto a clima, agradable. Un cielo azul y se-

reno durante casi todo el año, y en todas las horas del día y de la noche, una sequedad general y eterna, así como una brisa perpetua que limpia la atmósfera, estas tres cosas parecen ser benéficas para la vida y el cuerpo humanos. Por eso, lo que yo hubiera deseado traerme de California, no sería más que su clima único. Que allá se suda más que en otras partes, muy bien, pero esto es fácil de aguantar en comparación al otoño, al invierno y a la primavera de otras regiones, que son tan melancólicos, inclementes, húmedos, nublados y hurraños, y que duran más de 7 meses.

#### DE LAS CUADRIERAS FERTILIDAD Y ABUNDANCIA DE LA TIERRA EN CALIFORNIA

Si quisiera dar un resumen de la descripción de California, diría: (de la que se hizo de arriba se ve lo que dice que de los cuatro elementos sólo le ha quedado el agua y el fuego, por lo que dice que el producto es el fuego y que este país es un desierto sin agua y estérilísimo. Debido a esta piedra y espuma, tierra dura, el agua, el resaca, y en otras palabras, una cateneta roja que emerge del agua, en forma de inmensas cascadas y caídas de bombas, praderas, montes, cerros, ríos y lagos). Es como que se halla piedras y arenas o rocas, especialmente hacia el Sur, pero no puede ser una muy honda, porque, por lo regular, se troza luego que toca a piedras, y hasta la tierra misma está en muchas partes arenosa al no ser que se compone de pedruzcos. Por tal motivo, he tenido que mostrar llenar con tierra los cuatro lados de un cuadrado para quitarle trabajo a mi sepulchro y no gastar las piedras de la hermandad.

En ciertas regiones, las serranías y pedruzcos alcanzan alturas considerables y son fuertemente de color rojo, de donde se ve la vegetación y están cubiertas con muy poca tierra, lo que tal vez es el resultado de la descomposición de rocas, bombas y...





tas. Es de admirarse qué bien saben crecer estas plantas entre tanta piedra y cómo logran alcanzar una altura de muchas varas. En consecuencia, cuando se ha logrado, con grandes trabajos, abrir una vereda a través de las serranías, desmontando los matorrales y espinales, los primeros aguaceros deslavan la brecha y, ya después, la roca desnuda y escabrosa tiene que servir de camino. La roca contiene bastante humedad y es de poca consistencia, sirve apenas para pilastras o marcos de puertas, porque se parte con la acción del sol y cae en pedazos, lo que pude comprobar con mi casa nueva.

Esta roca que acabo de describir, es la médula, el corazón, la substancia y, como quien dice, el ingrediente principal de todo el cuerpo de California, sobre el cual están diseminados también en algunos lugares, la poca tierra que hay y las arenas, a la vez que existen otras rocas que son las siguientes:

1) grandes peñascos o lomas y también grandes vetas anchas sobre el terreno, que se parecen a un marmol blanco, áspero y duro y que no son otra cosa que conchas marítimas, petrificadas y conglomeradas, de las que se puede hacer una magnífica cal. Otras personas y yo, hemos edificado iglesias y casas con este material;

2) hay cerros enteros que parecen que consisten de un solo guijarrón, vaciado a altas temperaturas;

3) otros cerros consisten de un conglomerado de inmensas cantidades de piedras rodadas que quedan tan firmemente pegadas entre sí por medio de una argamasa muy parecida a nuestro mortero, que ninguna fuerza es capaz de separarlas;

4) en muchos cerros y laderas, especialmente al norte de los 25 grados de latitud, se ven grandes cantidades de piedras de diferentes tamaños, lisas y pulidas, que causan la impresión de que alguien las hubiera colocado allí a propósito, amontonándolas y colocando la una al lado de la otra; en medio de ellas, no se nota ninguna otra cosa, ni vegetación alguna. Donde los caminos pasan a través de estos pedregales, a los que los españoles llaman *malpaís*, se camina a veces entre dos paredes de

dichas piedras, y son tan altas, que casi esconden jinete y caballo.

5) Con menos frecuencia, se encuentran también areniscas y piedra de cantera que son propias para construcciones; grandes yacimientos de pedernal, de yeso y, finalmente, tan extrañas mezcolanzas, costras y capas, una encima de otra, (que no son tierra, ni piedras, ni arenas, ni cal, ni ninguna otra cosa que se conozca en Europa), que no sabe uno qué nombres darles o cómo bautizarlas de otro modo que no sea "minerales de California",

Que California, más o menos, no es otra cosa que una piedra o un montón de piedras muy quebradas, resulta ya del hecho de que todas las paredes de las barrancas o arroyos están formadas de todo, menos de lo que acostumbramos llamar tierra, sino de un material duro y pétreo. A nadie se le ha ocurrido nunca en California servirse de un coche para sus viajes o de un carro para transportar cosas. Ya se contentaría la gente si pudiera pasar por todas partes con caballos o mulas. En California, el que no está obligado a emprender un viaje, hace bien en quedarse en casa, porque debe tener en cuenta: que no hay sombra en todo el camino, ni tampoco allá donde piensa uno quedarse; que el ojo del viajante no puede recrearse con paisajes agradables; que muy a menudo hay que conformarse con agua desabrida y que no hay otros alimentos que los que se llevan, ni otra cama que el suelo, de todo lo cual resulta fácil imaginarse qué bonitas veredas debe haber en un país tan montañoso y pedregoso, a pesar de que los principales caminos se han compuesto para hacerlos cómodos y transitables. En virtud de todo esto, nunca he montado a caballo sin necesidad, ni he puesto, ni he podido poner, en 17 años, un pie fuera de la casa para salir de paseo. Todos mis paseos, en tan largo tiempo, tuve que hacerlos en el patio frente a mi casa, rodeado de bardas; y esto, sólo después de la puesta del sol.

El que haya leído con atención este capítulo y el anterior, fácilmente podrá formarse una idea de la aridez de California. Duras piedras, sin tierra, ni agua, no producen nada por sí

solas. Querer sembrar y cultivar las subsistencias de la vida en estos terrenos, resultaría igual a querer desteñir la cabeza de un moro y perder tiempo y trabajo. Por eso, es indispensable conseguir en otra parte el pan para el puñado de españoles que viven en California, pues de lo contrario, ellos tienen que aprender a comer la carne si es que la tienen, sin pan. Y los californios que buscan su sustento en el mar, (de ellos hay pocos, porque también esto tiene sus dificultades), se ven forzados a sufrir hambres negras o enfrentarse a una escasez espantosa. Tienen que buscar y devorar toda clase de inmundicias como si fuesen bocados exquisitos, y permanecer durante todo el año en involuntaria holgazanería.

A más de esto, resulta que no hay sombra si no es detrás de un peñasco o dentro de una cueva; que toda la madera que es menester emplear en construcciones o para trabajos de carpintería y ebanistería, hay que importarla de ultramar; que muchas veces, no se alcanza a ver, durante un viaje de todo un día, ni una sola hierba, ni verde ni seca, para el caballo hambriento; que tanto los animales salvajes, como los domésticos, son pequeños y flacos y que con frecuencia mueren por falta de pasto; que a veces, el misionero no se atreve a dar a sus gallinas un poco de las provisiones que necesita para pagar a los indios que vienen a trabajar un poco o que se presentan enfermos. Pero las gallinas pagan luego con la misma moneda, rehusándose por mucho tiempo a poner huevos cuando más necesidad hay de ellos.

Pero, si se dispone de un pedazo de tierra húmeda en las inmediaciones de un pantano, o si se puede llevar agua a un terreno seco, cambian las cosas radicalmente, porque entonces se siembra y se planta todo lo que se quiere; todo se da bien y la tierra rinde fruto centuplicado, incomparablemente más que las mejores regiones de Europa; entonces hay trigo y maíz, arroz, calabazas, sandías y melones que pesan veinte y más libras; algodón,\* limo-

\* El algodón se da en vallados o setos cuya altura no pasa de cuatro piés, medida francesa. Estos se podan anualmente como las parras o espalderas de

nes y naranjas; plátanos\* y granadas, uvas dulces y riquísimas; aceitunas e higos dos veces durante el mismo verano y en el mismo árbol; puede recogerse una doble o hasta triple cosecha de maíz que crece más de una braza y media de cuyo tallo pueden cogerse, a veces, hasta 12 mazorcas bien repletas. He visto parras de California que dieron, en el segundo año, una mediana canasta de buenas uvas, cuya cepa creció en el tercer o cuarto año hasta alcanzar el grueso de un brazo, y que echaron, en un año, renuevos de ocho o más brazas. Lo único que es de lamentarse, es que escasea tanto la tierra húmeda y que la posibilidad de llevar agua a un pedazo de tierra, muchas veces no se encuentra a 60 horas a la redonda. Salvo estos raros y pequeños lugares, el pedazo más miserable de tierra europeo que no estuviera carente de lluvia u otra clase de agua, se consideraría y utilizaría en California como un verdadero paraíso.

El capitán inglés Woods-Rogers que desembarcó en California en el año de 1710, dice en su diario como sigue: "En cuanto a la parte de California que yo mismo he visto, la encontré muy montañosa, árida y, aquí y allá, con pequeños matorrales. . . . entre todos los lugares y países que hemos tocado desde nuestra salida de Inglaterra, California es la tierra menos

---

árboles frutales y tienen una hoja redonda de una pulgada de diámetro, más o menos. También la fruta es redonda y casi del tamaño de una nuez. Cuando madura el algodón, se revienta el capullo y la cáscara se parte por los cuatro lados. Entonces se recoge y se separa el algodón que ya está listo para hilarlo, pero que queda adherido a una semilla negra y casi del tamaño de un grano de café tostado, redonda u ovalada; es decir, estos granos están envueltos en el algodón como el gusano en el capullo de seda. No todo el algodón es blanco, hay otra clase que tiene el color de la canela.

\* La fruta que los españoles en América llaman *plátanos* o *plátanos*, es como un racimo de uvas que a veces pesa medio quintal o mucho más. Hay varias clases y algunas de ellas tienen hasta doscientas bayas en un tallo. Estas bayas son largas y redondas, de igual grueso de arriba hasta abajo, como un cilindro, solamente que sus dos extremidades terminan en punta. Todas las bayas de un mismo racimo, tienen el mismo largo y grueso. Pero hay clases que solamente miden la tercera parte de un palmo y otras que miden palmo y medio y un brazo de grueso; en esto consisten las variedades de los plátanos, aunque hay algunos que son más sabrosos que otros. La carne queda debajo de una cáscara bastante gruesa pero blanda, que se separa sin dificultad. El racimo se cosecha verde y duro y después de haberlo guardado en la casa, colgado o echado, algunas semanas, la cáscara se pinta de amarillo y ya se puede comer la carne; pero si se

capacitada para producir el sustento de sus habitantes". Hasta aquí Rogers. No obstante, Rogers desembarcó en la mejor región de California o sea, en la punta extrema del sur.

Antes de terminar este capítulo, quiero hacer notar las sospechas que muchas veces me vinieron al contemplar esta miserable California, consistentes en que este país tal vez haya surgido paulatinamente del océano, después de la creación de todo el resto del mundo, a causa de fuegos subterráneos, sacudidas sísmicas u otras causas y que de esta manera haya recibido su actual configuración, como ya se sabe que ocurrió con algunos pequeños islotes y penínsulas, y como se cree tener motivos suficientes para suponerlo de otras tierras. Porque, 1) parece que la roca, descrita como el fundamento de toda California, no es otra cosa que arena de mar comprimida; 2) en esta roca o arenisca sumamente blanda, se encuentran frecuentemente incrustaciones de guijarros o piedras rodadas de todos tamaños desde chicas hasta muy grandes que llegan a pesar un quintal o más, (así como también pedazos de madera petrificada), engastadas como el diamante en el anillo, o como cuando se echan piedras o pedacitos de madera en plomo o cera derretidos; algunas de estas piedras se hallan firmemente empotradas muchas varas encima del suelo; de todo esto parece que se puede deducir que la

deja colgado o echado por más tiempo, la cáscara se pone toda negra y la carne agarra un color de oro, como una ciruela bien madura o como mantequilla bien amarilla de Mayo, y entonces tiene mejor sabor todavía. En el centro, de arriba hasta abajo, está la semilla diminuta y casi invisible. Los plátanos son de buen sabor y algo dulces, pero difíciles de digerir.

Los plátanos se dan en una mata que sólo da una vez un racimo; después de haberlo dado, esta mata se marchita como si hubiera cumplido con su deber. Crece hasta alcanzar una altura de 3 ó 4 brazas y sólo tiene hojas delicadas de una braza de largo y un palmo de ancho, en cuyo centro corre un tallo de un grueso proporcional. A la medida que crece la mata, se secan las hojas inferiores, pero los tallos quedan verdes y se vuelven más gruesos, formando así la base de la planta que algunas veces llega a tener un respetable grueso para aguantar el peso de un racimo de un quintal.

No hay necesidad de pensar en el trasplante, porque al rededor de cada mata se desarrollan, a medida que crece, muchos hijuelos de la misma raíz y estos pueden replantarse. Pasan algunos años para que la mata dé su fruto. Si estos plátanos americanos son, acaso, la misma fruta de la que nos hablan tres pasajes de la Sagrada Escritura y de la que hacen mención varios escritores, esto lo dejo para que lo averigüen otros.

base y todo el macizo de California se hayan encontrado antiguamente en estado pastoso, como la masa o cera fundida y que se hayan entremezclado piedras y maderas, durante tal fermentación o efervescencia, para incorporarse a ella; 3) lo mismo puede decirse de aquellas serranías y peñas, ya mencionadas, que parecen compuestas y ensambladas de puros guijarros o piedras rodadas de los más variados tamaños, por medio de un material parecido a nuestro mortero de cal y arena; 4) también en vista de que el suelo de California no es, en muchas partes, otra cosa que una mezcla de toda clase de cuerpos, mantos y estratos que no sabe uno cómo llamarlos ni bajo qué clase agruparlos, pero que parece que fueron formados y amontonados durante una ebullición general; 5) tal vez comprueban algo también las grandes cantidades de conchas y caracoles marinos, así como maderas petrificadas que, en algunos sitios, aparecen a grandes profundidades y cubiertos con muchas rocas. A una distancia de una hora de mi misión y a unas diez del mar, se hallan tiradas al lado del camino, muchas piedras con las conchas fijamente pegadas que todavía conservan perfectamente su color natural; también recuerdo haber desprendido, durante cierto viaje y a una distancia de 2 horas del mar, un pedazo de madreperla de la pared de una barranca, más o menos una braza debajo de la superficie.

Aun en el caso de que todos estos argumentos resulten insuficientes para comprobar la emersión de la península del fondo del mar o, por lo menos, hacerla verosímil, (lo que gustoso aceptaría), en todo caso, el lector estará de acuerdo conmigo, si digo, que la pobre California, igual que otros continentes, arremete, con su ejército de pruebas fehacientes, contra los ilusos de hoy día que quieren que se considere la maravillosa historia del Diluvio, que nos da la Sagrada Escritura, como un simple cuento, y que pugnan, en sus libros malditos, por presentarla dolosamente nada más como un poema hueco. ¿Pues, de dónde podrían venir, de otra manera, estas conchas marinas, si no de una inundación universal?

V

DE LOS MATORRALES Y ESPINAS

Si bien es de admirarse que crezca algo en California a pesar de tanta sequedad y dureza de su suelo, mucho más extraño resulta que casi la mitad de las plantas californianas consistan de pura savia, como los nabos, y aun más, que entre ellas haya muchas tan altas y enormes que podrían hacer competencia a un encino bien desarrollado y que darían diez veces más jugo que este, si alguien quisiera exprimirlas en una prensa o, en dado caso, destilarlas en un alambique.

Hablando de las plantas californianas en general hay que saber, primero, que no existe en todo el país ningún bosque ni bosquecito; segundo, que no hay ningún árbol frutal, aunque en otras provincias americanas se dan muchos y de muchas variedades; tercero, que no se encuentra ningún árbol en cuya sombra podría acamparse o cuya madera podría aprovecharse para trabajos de carpintería o ebanistería; tal vez haya algo en la sierra del Cabo de San Lucas, o en el Cerro de la Giganta cerca de Loreto, o en el de Guadalupe, o en algunas regiones detrás de la última misión hacia el Norte que atravesó el P. Wenceslao Linck y donde se ven unos pinos, encinos y otros palos, desconocidos en Europa, muy distantes el uno del otro. Lo que sí hay, son mezquites, pero estos tienen el tronco muy bajo y su

madera es tan dura que perjudica los serruchos y los cepillos; sus ramas crecen muy torcidas, sus hojas son muy estrechas, como las de nuestros pinabetes, pero no tan juntas como en éstos; los mezquites, en fin, no crecen juntos, en forma de bosques, sino solamente aquí y allá, en los arroyos o sobre sus bordes.

Fuera de los mezquites, sólo hay en la parte Sur de California y en la punta extrema, algunos palos de brasil muy chaparros, y, además, diseminados sobre todo el territorio, unos sauces silvestres y palmeras que no dan fruto, idem, el árbol que los españoles llaman *paloblanco*, (cuya corteza sirve para la curtiduría y de la que dicen que también es un buen remedio para ciertas enfermedades); el *palohierro* o sea madera de fierro por ser todavía más dura que la del mezquite; el *chino*, *uña-gato* e higueras silvestres sin fruto; como ya está dicho, de todos estos árboles, uno crece aquí y otro allá y a veces ninguno en 10 horas a la redonda. Todos estos palos sentirían vergüenza de presentarse ante un encino o nogal europeo; sus hojitas son casi las mismas que las del mezquite.

Lo que ahora falta mencionar, es decir, después de descontar lo que he apuntado y anticipado en el párrafo anterior, no son más que matorrales dispersos, malezas y árboles enanos o de espaldera, de los que ni el más alto podría compararse con un miserable manzano o peral, malogrado y torcido. Un hombre a caballo puede pasear su vista por encima de todos; casi tienen más espinas que hojas, las que son largas y estrechas, como ya lo dije respecto a los mezquites. De cierto arbolito escurre una goma aromática de la que se hace uso en las iglesias católicas en vez de incienso. De otro gotea una clase de alquitrán o resina que allá se emplea para calafatear los barcos.

Esta poca y miserable madera se vuelve más rara y estos montes aún más ralos, a medida que se avanza de sur a norte. El padre de la misión de San Ignacio que está bajo los 28 grados latitud norte, nunca quiso resolverse a construir una iglesia de cal y canto porque le pareció imposible conseguir la leña necesaria para quemar la cal, y esta dificultad, sólo hasta hace muy poco, ha podido ser vencida por su sucesor. Es cierto que

yo hallé suficiente leña para mi cal cuando edifiqué mi iglesia y mi casa, pero treinta mil tabiques tuve que cocerlos con el corazón o esqueleto de las matas o nabos, de los cuales paso en seguida a decir algo.

Todo el resto de plantas californianas que hasta aquí no he mencionado porque aprisionan la vista por su gran tamaño, (sin referirme a los nopales, ni a los magueyes, que ya son bien conocidos), son nabos o matas de diferente altura, figura y grueso, conforme a sus variedades. Algunas de estas plantas pueden verse ahora en Europa, en los jardines de los grandes señores, pero falta mucho para que estén tan altas y gruesas y tan llenas de espinas como las de América y especialmente las de California. Llamo a estas plantas *matas* porque no son ni árboles ni arbustos; las llamo *nabos* por no tener madera sino una sustancia jugosa y por ser tan blandas que pueden partirse en dos sin esfuerzo con un solo hachazo.

El primer lugar entre todas, lo merece la que los españoles llaman allí *cardòn*. Se alza a veces seis brazas verticalmente al aire y sus ramas no son otra cosa que doce o quince vigas verdes y redondas que brotan de un tronco de tres a cuatro palmos y toda su circunferencia muestra canales o estrías bastante profundos, guarnecidos de arriba hasta abajo con espinas, mientras están tiernas. Si por lo menos fueran tan duras y permanentes como la madera, pero no es así, se pudren en pocas semanas cuando se les corta y se deshacen, transformándose en una masa asquerosa y finalmente, en lodo y no queda más que un miserable esqueleto. A estos horrendos monstruos se trepan los californios, ya sea para coger unas cuantas frutas desabridas que crecen en los costados de las vigas, o para explorar el terreno y cerciorarse si no pueden divisar un venado a la redonda. No les importa que esta enorme estructura se estremezca bajo su peso y se bambolee de un lado al otro, debido a que la materia es tan poco resistente y que las raíces penetran apenas dos palmos en la tierra.

Como no hay pizca de bosques en California, así tampoco hay vestigios de un prado o de un pedazo de césped. Bien es

cierto que crecen algunas hierbas cuando ha llovido bastante al estilo californiano, pero comúnmente y en los pocos lugares donde las hay, se dan tan ralas, que resulta todo menos un césped. De manera que no se hace heno en California, ni se almacena heno para el invierno, y todos los caballos y mulas, burros, vacas y bueyes andan durante todo el año, día y noche, sueltos en el campo, sobre los cerros o en el plan, buscando su pasto hasta que alguien necesita de ellos, o se mueren de hambre.

Entre las hierbas hay una que los californios comen cruda tal como Dios la creó y la tierra la produjo, en el lugar mismo donde la hallan; esta verdura me sirvió de hortaliza y fue lo único que, por falta de una huerta, comí algunas veces, porque no se da por mucho tiempo: aparece sólo en Agosto o Septiembre y luego echa tallos y empieza a dar semilla.

Los arbustos y árboles enanos que no producen otra cosa que no sean hojas y espinas, tienen sus frutas, como las de los mezquites y otros palos mencionados, dentro de una vaina larga, casi como nuestros ejotes, guisantes o habas, pero muy pocas sirven de alimento a los indios.

En cuanto a las espinas de California, su cantidad resulta asombrosa y hay muchas de terrible aspecto. Parece que la maldición que Dios fulminó sobre la tierra después del pecado del primer hombre, haya recaído de una manera especial sobre California; hasta podría dudarse que en las dos terceras partes de Europa haya tantas púas y espinas como en California sola, de lo cual voy a dar una demostración en seguida. Cierta vez, me picó la curiosidad y me hice el propósito de contar las espinas que había en un pedazo de una mata espinosa, de un palmo de largo y del grueso de un buen puño, la cual había cortado del centro de una rama; no conté menos de mil seiscientos ochenta. Ahora bien, juzguemos que de estas matas está cubierto el país hasta más allá de los 31 grados Norte, donde terminan. Muchas tienen sesenta, setenta o más ramas; cada rama tiene el mismo grueso de abajo hasta arriba, braza y media de largo y de arriba a abajo está uniformemente cubierta de espinas, agrupadas de diez en diez en pequeños haces y dentro de estos

en perfecto orden y en todas direcciones, como una rosa de los vientos. Estos haces están colocados sobre las costillas que separan las estrías, como en el cardón, de modo que resulta, después de hacer la cuenta, que una sola mata tiene más de un millón de espinas.

Así como la mayor parte de las plantas espinosas de California son muy diferentes de las de Europa, así también las espinas mismas tienen una forma muy distinta de las europeas. Casi todas son muy puntiagudas, como una aguja, algunas son blancas, otras rojas o cenizas y parecen más bien de hueso que de madera; algunas perforan los zapatos o botas como si estos fuesen de cera, si uno no se cuida al pasar a caballo.

Entre todas las espinas, la primacía corresponde a las que crecen en la mata que los españoles americanos llaman *biznaga*. Esta biznaga no es más que un solo vástago blando, de color verde, sin ramas o brazos; su altura es de cuatro a seis palmos y su grueso de tres a cuatro palmos; toda la superficie está estriada desde abajo hasta arriba y bien cubierta de espinas rojas de arriba a abajo; a medida que suben, estas espinas se hacen cada vez más largas y más curvas, de modo que las que están colocadas en el vértice, alcanzan un largo de un dedo y están más encorvados que una atizadera. Sirven espléndidamente para mondadientes y una misma puede servir por muchos años sin necesidad de sacarle punta o afilarla. En presencia de cantidades tan inmensas de espinas, frecuentemente me he asombrado y aun hoy me asombro todavía, de que los californios que siempre andan descalzos y desprevenidos, sobre todo los niños, no se lastimen diariamente o no queden heridos con más frecuencia de tantos "Caballos de Frisia"; lo cual me da motivo de adorar la solicitud de los ángeles guardianes, así como a la Divina Providencia.

que se cultivan en California son de dos especies: la una es la que los españoles llaman tunas y que en Alemania tienen el nombre de higos de Indias, y las pitahayas; estas últimas se dividen en dulces y agrias. Las tunas son muy abundantes; en ciertos años maduran hacia fines de Septiembre, en otros más tarde y su temporada no dura más que 3 ó 4 semanas; además, sólo pueden guardarse pocos días, igual que las pitahayas. En cuanto a su color, son iguales a nuestras frambuesas y su sabor se asemeja también un poco al de la misma fruta. Su cáscara es delgada y su carne contiene muchas pepitas o semillas como lentejas grandes; su tamaño es casi igual al del higo aunque su forma es más bien ovalada, como un cilindro, pero en una extremidad algo puntiaguda. Las tunas pertenecen a las frutas agridulces y, preparadas con un poco de azúcar, me daban siempre una agradable compota al comerlas con un plato de zorzales. La cáscara está cubierta con una infinidad de púas finísimas o aguates que, si llegan a clavarse en los dedos al tratar de cortar la fruta, es cuestión de muchos días de librarse de ellas. Crecen como una aureola alrededor del borde de una hoja verde que tiene el grueso de un dedo y la forma y el tamaño de una raqueta, cuyas dos superficies planas están cubiertas uniformemente de espinas blancas muy puntiagudas. Toda la mata se compone solamente de tales hojas, de las que

que se cultivan en California son de dos especies: la una es la que los españoles llaman tunas y que en Alemania tienen el nombre de higos de Indias, y las pitahayas; estas últimas se dividen en dulces y agrias. Las tunas son muy abundantes; en ciertos años maduran hacia fines de Septiembre, en otros más tarde y su temporada no dura más que 3 ó 4 semanas; además, sólo pueden guardarse pocos días, igual que las pitahayas. En cuanto a su color, son iguales a nuestras frambuesas y su sabor se asemeja también un poco al de la misma fruta. Su cáscara es delgada y su carne contiene muchas pepitas o semillas como lentejas grandes; su tamaño es casi igual al del higo aunque su forma es más bien ovalada, como un cilindro, pero en una extremidad algo puntiaguda. Las tunas pertenecen a las frutas agridulces y, preparadas con un poco de azúcar, me daban siempre una agradable compota al comerlas con un plato de zorzales. La cáscara está cubierta con una infinidad de púas finísimas o aguates que, si llegan a clavarse en los dedos al tratar de cortar la fruta, es cuestión de muchos días de librarse de ellas. Crecen como una aureola alrededor del borde de una hoja verde que tiene el grueso de un dedo y la forma y el tamaño de una raqueta, cuyas dos superficies planas están cubiertas uniformemente de espinas blancas muy puntiagudas. Toda la mata se compone solamente de tales hojas, de las que

VI

DE LAS FRUTAS DE CALIFORNIA

No hay más que dos clases de frutas, o sean: las que los españoles llaman tunas y que en Alemania tienen el nombre de higos de Indias, y las pitahayas; estas últimas se dividen en dulces y agrias. Las tunas son muy abundantes; en ciertos años maduran hacia fines de Septiembre, en otros más tarde y su temporada no dura más que 3 ó 4 semanas; además, sólo pueden guardarse pocos días, igual que las pitahayas. En cuanto a su color, son iguales a nuestras frambuesas y su sabor se asemeja también un poco al de la misma fruta. Su cáscara es delgada y su carne contiene muchas pepitas o semillas como lentejas grandes; su tamaño es casi igual al del higo aunque su forma es más bien ovalada, como un cilindro, pero en una extremidad algo puntiaguda. Las tunas pertenecen a las frutas agridulces y, preparadas con un poco de azúcar, me daban siempre una agradable compota al comerlas con un plato de zorzales. La cáscara está cubierta con una infinidad de púas finísimas o aguates que, si llegan a clavarse en los dedos al tratar de cortar la fruta, es cuestión de muchos días de librarse de ellas. Crecen como una aureola alrededor del borde de una hoja verde que tiene el grueso de un dedo y la forma y el tamaño de una raqueta, cuyas dos superficies planas están cubiertas uniformemente de espinas blancas muy puntiagudas. Toda la mata se compone solamente de tales hojas, de las que

una sale del borde de la otra. Sobre ellas se cría la llamada *cochinilla* o *grana*, o sea el insecto que sirve para teñir de rojo púrpura, motivo por el cual, esta planta se cultiva cuidadosamente en las tierras mexicanas, donde alcanza el tamaño y el grueso de un árbol mediano, mientras que en California es más bien una planta rastrera.

Las pitahayas forman la otra especie de las frutas californianas. Estas tienen forma esférica, del tamaño de un huevo de gallina, y contienen, debajo de su cáscara verde, gruesa y correosa, cuya superficie está cubierta, como un puerco espín, con infinidad de pequeñas espinas muy puntiagudas y resistentes, una carne a veces color de sangre, a veces blanca como la nieve, y llena de semillitas negras, como granitos de pólvora. Esta fruta es dulce pero de un sabor no muy agradable, si no es que se le prepare con azúcar y jugo de limón. Se dan en la punta de las ramas de la mata descrita en el capítulo anterior, que es la misma que tiene un millón de espinas. De estas plantas hay abundancia en todo el país y sobre algunas de ellas se dan las frutas a centenares, creciendo, como en el *cardón*, sobre las costillas de las vigas. Empiezan a madurar a mediados de Junio y duran más de 8 semanas. Para los californios, la temporada de las pitahayas resulta su tiempo de cosecha, su otoño y su carnaval; después de esa temporada, empieza de nuevo el *miserere* de nueve meses. En esta estación del año, pueden hartarse siempre y hasta donde les dé la gana, sin trabajo y sin gastos, lo que no dejan de hacer de una manera exagerada. A muchos les cae tan bien esta cebadura que, a veces, cuando regresaban del campo, a las 3 ó 4 semanas, para saludarme, yo no podía decir a primera vista, quien era este y quien era el otro, a pesar de conocer yo a todos como a mis hermanos; así tenían todo el cuerpo y más que nada, la cara, hinchados de tantas pitahayas.

La tercera fruta, o mejor dicho, la otra variedad de las pitahayas, es la agria que sólo se da en California, pues según siempre oí decir, no se encuentra en ninguna otra parte, si no es que se halla hacia el norte, fuera de la península, a donde nin-

gún europeo ha llegado todavía. Esta variedad difiere de la dulce no sólo por el sabor y el color que siempre es rojo, sino también por el tamaño que es incomparablemente mayor al de la dulce, y a menudo, con una sola me ha sobrado para el postre. He oído platicar también de una especie que pesa 2 libras y de otra amarilla que se da en la parte más septentrional de California. Al acabarse la temporada de las pitahayas dulces, empieza la de las agrias, pero de estas últimas no hay la misma abundancia que de las primeras. En algunos años, no he llegado a ver o tener sobre mi mesa, más que una media docena. Las plantas sobran en el campo, pero entre cientos de ellas, sucede muchas veces que ni una da fruto, y si acaso tiene uno la suerte de encontrárselas en una mata, puede contarlas con los dedos. Sin embargo, en ambas costas las hay con más abundancia.

La planta que produce esta fruta; es de estatura baja y casi se arrastra en el suelo; sus ramas o brazos no tienen más que 6 a 7 dedos de grueso, pero a veces hay tantas que cubren un espacio de muchas brazas a la redonda. En cambio, la poca altura y lo delgado de las ramas quedan compensados, con exceso, con el tamaño y lo fiero de las espinas, contrastando con las de la planta que da la fruta dulce. Al primer golpe de vista, no se nota otra cosa que puras espinas y se tiene la impresión de que todas las ramas estuviesen ceñidas con un cilicio de 12 hileras de púas muy puntiagudas y del largo de un dedo. Unas líneas de fortificación de estas plantas frente a un ejército, deberían ser tan eficaces como todas las palizadas y caballos de Frisia juntas. La pitahaya agria es más sabrosa que la dulce, aunque embota los dientes, de lo cual probablemente no se dan cuenta los californios o que tal vez ni saben, porque nunca comen pan luego después; espolvoreada con azúcar, merecería ser servida en la mesa de príncipes. Y con esto basta de las frutas de California, en vista de que los europeos que viven en California, sacarían muy poco provecho de lo que he dicho y de que no hay necesidad de molestar o turbar la memoria del lector con las muchas variedades y diferencias que hay entre las pitahayas.



## VII

### DE LOS CUADRÚPEDOS, PESCADOS Y AVES EN CALIFORNIA

**T**AMPOCO en este capítulo hay que decir gran cosa. En un país sin ríos, sin lagos ni riachuelos, sin bosques ni verdura, ni sombra, sin prados ni césped, ¿cuántos peces y aves pueden tener allí su morada o encontrar su sustento? Todos los años, al principio de la cuaresma, mandaba traer, desde el Océano Pacífico, mis provisiones para las vigilias de cuarenta días, que consistían de algunos pescados, que salé y guardé frescos, es decir, sin secarlos al sol, tratando de conservarlos hasta las Pascuas. Esto era todo, pues, el mencionado mar quedaba a una distancia de 12 horas de mi casa y no me alcanzaba para pagar muchas veces el flete del arriero y no pude hacerme servir pescado fresco tantas veces como hubiera querido. Los otros días de vigilia o de abstinencia, la comida consistía comúnmente de un poco de leche de cabra y legumbres secas. Si, además de esto, era posible conseguir algunos huevos, no me preocupaba de nada más y me consideraba no sólo muy bien, sino espléndidamente regalado.

Ciertamente, no es de negarse que en las aguas, que he descrito más antes, andan nadando algunas mojarras y carpas, sólo que yo tuve la suerte de vivir a muchas horas de distancia de estos charcos o estanques. El más próximo quedaba en el te-

rritorio de mi vecino, a 6 horas de camino, y tengo la seguridad de que, si hubiera mandado pescar siquiera durante 6 días consecutivos para su propia mesa solamente, hubiera exterminado de raíz toda la dinastía de peces en su reino. Hasta otro charco, un poco más poblado, había que hacer un viaje de nada más 5 días. En el pequeño estanque, en fin, frente a mi casa y que, por consiguiente, estaba bajo mi vigilancia, nunca vi algo que se pareciera a un pez, sino únicamente oí de noche, algo así como sapos o ranas o, tal vez, otra tercera especie de animalitos acuáticos, pues, nunca se dejaron ver fuera del agua, ni en la superficie, ni en la orilla, ni en otra parte. No deben de haber sido cosa de provecho, por sentir tanta aversión a la luz.

El Océano Pacífico, al Oeste de California, es abundante en pesca, pero no así el Golfo de California, con excepción del rumbo de Mulegé o Santa Rosalía, a no ser que los españoles, que vivían en California, a causa de su torpeza o indolencia innata, no sabían pescar. Por eso, en Loreto, que queda sobre la costa de dicho Golfo y que es el cuartel general de la tropa californiana, no aparecen sobre la mesa, en la cuaresma y durante los viernes y sábados, más que frijoles, si no es que se trae algo de pescado desde el citado Mulegé.

La misma historia de los peces, puede contarse de las aves de corral y de la volatería. No es que no me gusten, pero dudo que el número de aves que he comido en California, sea el doble o triple del número de años que he vivido allá. Está fuera de toda duda que se pueda viajar en California uno o dos días consecutivos, sin llegar a ver o a oír un pájaro, a no ser que aparezca, quizá un desgraciado cuervo o zopilote. Sin embargo, no es que no haya pájaros. He visto unos, todo rojos, que se les llama, por su color, cardenales, y otros que son todo azules; otros, de color cenizo, tienen la cola larga, como el pavo real, y un vistoso copete en la cabeza. También hay esos pajarricos que los franceses llaman *moucherons*, es decir, mosquitos, no sólo por su pequeñez, sino también por el zumbido que producen al volar. Realmente, son exageradamente diminutos y creo que podrían hacerse tres de un alionín. Su cabeza es del

mismo tamaño que su cuerpo, el pico sumamente largo y los huevos que ponen, no pasan del tamaño de un guisante.

En algunos pantanos anidan patos, unos de excelente sabor y otros que no saben a carne, ni a pescado, ni a otra cosa. También se dejan ver, de vez en cuando, unas golondrinas, pero en número muy reducido; creo que son turistas que sólo llegan a California a visitar la feria, porque de otra manera deberían verse durante todo el año en un país donde rige un verano perpetuo; y no son, ni con mucho, tan gárrulas como sus compañeras y hermanastras europeas.

Los animales cuadrúpedos salvajes de California son: venados, liebres, conejos, zorras, coyotes, gatos monteses, leopardos, onzas y carneros salvajes. De todos estos hay algunos, de los primeros, ciertamente, un buen número, pero pocos de los cuatro últimos. Las liebres tienen, cuando mucho, la mitad del tamaño de las de Alemania. Si no se cuidan perfectamente, de día y de noche, las siembras de trigo o maíz, estas liebres, los venados y conejos, se lo comen todo. Es de perdonárseles, porque en la extrema necesidad en que se hallan, por decirlo así, también en California es permitido valerse de bienes ajenos.

Los conejos tienen todos el color de las liebres, igual que las zorras, pero estas últimas con la excepción de que son distintas las puntas de los pelos. Sin embargo, aparte de eso, las zorras, con su larga y espesa cola y su figura característica, no lograrían disimular que son zorras.

Los coyotes se asemejan, en el tamaño, a un perro de mediana estatura y tienen algo de todo de su especie, es decir, algo de perro, de zorra y de lobo. Donde quiera que uno esté, se les oye aullar de noche. Si hay varios juntos, uno canta siempre en voz de tenor y cuando los otros ya han terminado, ese mismo sigue repitiendo sus queiebros cientos de veces. Pero de día puede uno caminar a caballo por dondequiera, sin llegar a divisar ninguno. No me asombra que sean muy peligrosos para las gallinas, igual que las zorras, (algo de volatería hubo siempre en California), pero, ¿quién les enseñó a restregar su hocico con melones y uvas, de los que sus antepasados con seguridad nunca

soñaron? Esto no lo he llegado a saber. Los gatos monteses son mucho más grandes que los domésticos y tienen el pelaje blanco, moteado de negro, como los tigres.

Los leopardos, (así los españoles en América tienen a bien llamar a este animal), se asemejan casi en todo al tigre, sólo que su color tira a amarillo y no tienen manchas. Cierta vez, me trajeron un ejemplar entero, medio adulto, que los perros habían cazado; y, de otro, se me remitieron las garras delanteras que parecían como si pertenecieran a un toro de tamaño mediano, a la vez que las uñas tenían en su base el grueso de un dedo meñique. Las onzas se distinguen de los leopardos en que su cuerpo es más largo y sus patas más cortas, a la vez que no tienen más que tripas en la cavidad abdominal. De ambos tienen que cuidarse hombres y bestias. Un día, estando de visita en la misión de mi vecino, una onza se atrevió a atacar a un muchacho de 14 años, al medio día y casi en presencia de la gente; otro animal de la misma especie, hace pocos años, cortó la existencia del soldado más fuerte y más estimado de toda California.

En las cumbres más altas de la sierra que atraviesa California de Sur a Norte, hay animales que son enteramente iguales a nuestros borregos, salvo los cuernos que son muy gruesos, más largos y mucho más encorvados. Cuando se sienten perseguidos, suelen dejarse caer de cabeza sobre estos cuernos desde las cimas más altas, sin sufrir daño alguno. No pueden ser muy numerosos, porque no he visto ninguno, ni nunca la zalea en manos de los indios; pero en cambio, sí muchas pieles de leopardos y onzas.

Finalmente, hay en California, así como en otras provincias de América, un animalito harto gracioso, de figura no muy diferente a la ardilla, que se llama zorrillo, pero —dicho con todo respeto— con una orina tan maloliente, tan apesosa, que, en la habitación donde la deja de susto al querer ahuyentarlo, corta a uno el aliento, y, después de un mes, queda todavía algo de la pestilencia. Cierto misionero de California tiene mucho que contar sobre esto.

De lo que he dicho en este capítulo, nadie podrá deducir que en California haya buena caza y que, en consecuencia, los californios y sus curas coman carne con frecuencia o, que estén bien provistos de carne de venado. Tan raras veces me he llenado con carne de pájaros o aves en general, como con la del venado o de liebres. Lo que falta, es la oportunidad: si se quisiera dar expresamente el encargo a un cazador, como se acostumbra hacer entre nosotros, resultaría un fracaso, porque tendría uno que quedarse en espera del asado desde los Santos Reyes hasta el Miércoles de Ceniza, y, por lo regular, cuando un californio tiene la suerte de matar un venado, anda lejos de la misión y no le cae en mente agasajar a su misionero con un trozo de carne. En cuanto a los californios mismos, supongamos que, entre cien familias maten, cuando mucho, 300 venados al año, (lo que en realidad no acontece), en tal caso resultarían nada más 3 comidas al año para cada familia, con lo que no se curaría el hambre o la miseria de los Californios. La caza de víboras, iguanas, lagartijas, ratones y ratas, que practican con mucho empeño, les es mucho más provechosa y surte su cocina de mucho más asados.

De estos hechos, de que nada importa, es el zorrillo. La procedencia de algunas se menciona. Entre más a la y de otros especies, los perros son los que los franceses llaman perros y perros. Su color es blanco y negro, su cola es negra en parte, como la de otros, pero más y consisten de eslabones, cuyo número corresponde a los años que tienen, (según lo que me asegura un indio). Entre algunas especies, entre el zorro y la cola de los conejos, están blancos y naturalmente blancos. Las víboras producen un ruido, un ruido como ven a ojos a algunos, un fuerte y repetido ruido, lo que permite darse una cuenta de su proximidad y, por consiguiente, del peligro inminente. Cierta vez, uno que tiró un ruido y volvió en media hora a la vera del camino por donde yo pasaba en la cañonada, y muy cerca del lugar donde había perseguido a campo abierto y al res del cielo.

En pocas horas pueden andar con una persona al el viento

En las montañas más altas de esta parte del Estado de California, hay animales que son enteramente iguales a nuestros borregos, salvo los cuernos que son muy gruesos, más largos y mucho más encorvados. Cuando se sienten perseguidos, suelen dejarse caer de cabeza sobre estos cuernos desde las cimas más altas, sin sufrir daño alguno. No pueden ser muy numerosas, porque no he visto ninguno, ni nunca le vi en manos de los indios; pero en cambio, sí muchas pieles de leopardos y zorros.

Finalmente, hay en California, así como en otras provincias de América, un animalito harto gracioso, de figura no muy diferente a la ardilla, que se llama zorrillo, pero —dicho con todo respeto— con una orina tan maloliente, tan apesetosa, que, en la habitación donde la deja de gusto al querer ahuyentarse, corta a uno el aliento, y, después de un mes, queda todavía algo de la pestilencia. Cierta misionero de California tiene muchas que contar sobre esto.

Entre las sabandijas se cuentan serpientes, alacranes, ciempiés, espantosas arañas, sapos, murciélagos, avispas, hormigas y acridios. De las primeras hay unas veinte especies, y muchos miles de ellas son enterradas en el estómago de los Californios. Hay pardas con algo de negro, cenizas, amarillas y rojizas, grandes y pequeñas. De estos bichos, lo que menos importa, es el tamaño. La picadura de algunas es mortífera. Salvo unas 2 ó 3 de otras especies, las peores son las que los franceses llaman *serpents a sonnet*. Su cabeza es ancha y fea, su cola no termina en punta, como la de otras, sino roma y consiste de eslabones, cuyo número corresponde a los años que tengan, (según lo que me aseguran los indios). Estos eslabones encajan entre sí como en la cola de los cangrejos, están huecos y enteramente secos. Las víboras producen con ellos, tan pronto como ven u oyen a alguien, un fuerte y espantoso ruido, lo que permite darse uno cuenta de su presencia y, por consiguiente, del peligro cercano. Cierta vez, tuve que oír este ruido 5 veces en media hora a la vera del camino por donde yo pasaba en la madrugada, y muy cerca del lugar donde había pernoctado a campo abierto y al ras del suelo.

### VIII

#### DE LAS SABANDIJAS DE CALIFORNIA

Entre las sabandijas se cuentan serpientes, alacranes, ciempiés, espantosas arañas, sapos, murciélagos, avispas, hormigas y acridios. De las primeras hay unas veinte especies, y muchos miles de ellas son enterradas en el estómago de los Californios. Hay pardas con algo de negro, cenizas, amarillas y rojizas, grandes y pequeñas. De estos bichos, lo que menos importa, es el tamaño. La picadura de algunas es mortífera. Salvo unas 2 ó 3 de otras especies, las peores son las que los franceses llaman *serpents a sonnet*. Su cabeza es ancha y fea, su cola no termina en punta, como la de otras, sino roma y consiste de eslabones, cuyo número corresponde a los años que tengan, (según lo que me aseguran los indios). Estos eslabones encajan entre sí como en la cola de los cangrejos, están huecos y enteramente secos. Las víboras producen con ellos, tan pronto como ven u oyen a alguien, un fuerte y espantoso ruido, lo que permite darse uno cuenta de su presencia y, por consiguiente, del peligro cercano. Cierta vez, tuve que oír este ruido 5 veces en media hora a la vera del camino por donde yo pasaba en la madrugada, y muy cerca del lugar donde había pernoctado a campo abierto y al ras del suelo.

En pocas horas pueden acabar con una persona si el veneno

que inyectan a través de sus muelas encorvadas, se mezcla con la sangre en la herida casi invisible; porque estas muelas tienen un agujero que sólo puede verse con la ayuda de un lente, lo que ha estudiado pormenorizadamente el P. Franciscus Ináma, un jesuíta de Viena, en Austria. No transcurre un año sin que no sean remitidos algunos californios a la eternidad a causa de las picaduras de estas víboras, pero a pesar de este peligro, ellos no tienen otro remedio que ligarse fuertemente el miembro encima de la herida y en dirección al corazón, o, si se trata de un dedo o mano, hasta cortarse todo el miembro. Conocí a varios que habían llevado a cabo esta curación en su propio cuerpo o en el de sus familiares.

Nunca y en ninguna parte, está uno seguro de estos huéspedes indeseables, porque suben las escaleras y trepan las paredes de la casa. Casi diariamente descubrí su rastro en diferentes sitios de mi habitación o alrededor de ella; pero peor que esto, cierto día encontré una víbora, de un largo de cinco palmos, sobre la tabla superior de mi librero, cuando justamente extendía yo la mano para tomar mi navaja de afeitar, pegada a la cual descansaba la alimaña; en otra ocasión, al levantarme de la cama, ví otra sobre la repisa interior de la ventana, y finalmente, topé con una más en el umbral de una puerta, al abrirla. Esta última, a pesar de tener nada más un largo de un palmo, era de las más venenosas y tenía en la barriga un ratón en perfecto estado. Este hallazgo me hizo creer, al fin, en lo que oí decir a los indios muchas veces, que en las víboras solían hallar frecuentemente liebres chicas o conejos. Tampoco quise creer que estos animales pueden arrastrarse con mucha rapidez y trasladarse instantáneamente de un lugar a otro, hasta que tuve oportunidad de observar a una víbora, persiguiendo a un ratón, que ciertamente no era tardo en correr.

Aunque hay cierta tradición y creencia general de que ningún misionero, en las Indias, ha sido mordido por víbora, es inevitable que se sienta miedo ante estos huéspedes intrusos que andan por todos lados.

No peco de mentiroso al asegurar que he matado, en trece

años y en una casa nueva construída de piedra y mezcla, más de medio millar de alacranes, tal es la abundancia de estos simpáticos animalitos en ciertas regiones de California. Por eso, acostumbraba yo tener siempre a la mano una alesna larga para clavarlos en las paredes en el momento de descubrirlos; por eso tampoco hay que considerar como milagro, si los muy limpios cocineros californianos sirven a uno de repente alacranes entre otros platos exquisitos. En vista de tan grandes cantidades de alacranes, puede decirse por fortuna, que su picadura no es mortífera en California. Solamente produce una pequeña hinchazón que duele por algunas horas, lo que yo mismo he podido experimentar. Su color es amarillo verdoso, y algunos tienen el largo de un dedo, sin contar la cola.

No sé si la picadura de los ciempiés cause daño, por no tener experiencia a este respecto, pero la sola vista de ellos, los hace harto horribles. En cuanto al color, se asemejan mucho a los alacranes, con excepción de sus dos extremos que son negros como de azabache. No sabe uno cuál es la cabeza y cuál la cola. Son planos, y entre los ejemplares grandes, hay algunos que tienen el grueso de un dedo y un palmo de largo. Los dos lados del cuerpo están erizados de incontables patitas, de donde les viene el nombre de ciempiés. Son de vida dura porque siguen moviéndose aun después de haberlos despedazado. Cierta día encontré uno de los más largos en mi cama, al acostarme, y, en otra ocasión, tenía uno entre el hábito y la camisa.

Con las mencionadas preciosidades californianas corre parejas cierta clase de arañas que los españoles de América suelen llamar tarántulas, aunque yo no sé porqué, en vista de que no hay pruebas de que su picadura tenga el mismo efecto que la de las tarántulas del reino de Nápoles. A mí, me gusta más el nombre de *pecado mortal* que, como me han dicho, se ha dado al ejemplar de estas arañas que se conserva en el Electoral Gabinete de Historia Natural en Mannheim. Estos bichos están cubiertos de pelo, mucho más que las orugas, son todos negros, con una pequeña mancha amarilla en el lomo. El cuerpo tiene el tamaño de una nuez de Castilla y, midiéndolo con todo y sus

gruesas zancas recogidas, el de un huevo grande de gallina; pero, cuando extienden las zancas y empiezan a correr, causan la impresión de un bulto mucho más grande y de algo realmente imponente. No se ponen a hilar ni a tejer porque saben muy bien que echarían a perder su propio trabajo con el peso de su cuerpo, y un mosquito o escarabajito resultaría un plato muy pobre para un animal de estos que bien puede sostener una pelea con alondras o gorriones. Viven en el campo, pero también me fastidiaron en mi casa y hasta en el gabinete donde de ordinario acostumbraba trabajar; entre ellas, había dos de otra clase, casi del mismo tamaño que las primeramente mencionadas, pero de color amarillo oscuro. No sé si estas últimas también están peludas o no, porque, durante algunas noches, las ví no más andando sobre mis libros y libreros y no me atreví a estudiarlas de cerca.

Sapos hay durante todo el año y puede uno estar seguro de su visita a casa, en cualquier día. Con más frecuencia se les ve en el verano y durante la temporada de aguas. Cierta mañana, después de que había llovido la víspera, había cinco de ellos, brincando alegremente en mi recámara, mientras me levantaba, y esto, a los tres meses de haberme instalado en mi nueva casa, cuya entrada había mandado construir, a propósito, con cinco escalones altos para quedar más a salvo de la visita de estas y otras sabandijas parecidas.

Los murciélagos tienen en California, entrada libre a todas partes, porque hay que dejar abiertas las puertas y ventanas hasta la hora de acostarse, debido al fuerte calor. En las iglesias y casas, (cuando están techadas con zacate, como la mayoría), se juntan a centenares si la misión está situada cerca de la sierra. Cierta vez, se encontró que en el hábito viejo de un misionero se habían acomodado 25 libras de estos animalitos.

Entre las muchas avispas hay algunas que parecen de fierro pavonado; otras son de color amarillo oro; amarillo azufre o medio negro, otras, y, en fin, entre ellas, las más grandes y casi del grueso de un dedo, son negruzcas con alas de color rojo encendido, como suele pintarse al diablo. Cada especie cons-

truye su casa de distinta manera, casi siempre de lodo, con el que ensucian el interior de iglesias y casas, lo mismo que baúles y cajas, con sólo que encuentren el modo de meterse. Todas las avispas son enemigas juradas de las uvas, y si no se toman grandes precauciones, con sus consiguientes molestias, ponen fin a la vendimia antes del otoño y no dejan en la viña más que las raspas con los pellejos vacíos y colgados, como el ladrón en la horca. Entre ellas hay una variedad cuya picadura produce un dolor sin par: es como si se le diera a uno, a toda fuerza, una estocada con una aguja incandescente.

También las hormigas, que pululan por todas partes, fastidian a uno en ciertas épocas del año, llenando la casa y no dejando sin tocar ningún alimento. De ellas hay grandes y chicas, negras y rojas, aladas y peatonas, zanquilargas y zanquicortas. A veces atacan a uno, mientras se está durmiendo tranquilamente y no se las quita uno ni en 8 días, a pesar de una matanza interminable, si no es que se cambia de posada y se tiende la cama en otra parte. Pero este entretenimiento me dió oportunidad de estudiar su previsión y su laboriosidad que ensalza la Sagrada Escritura, así como no menos, su amor verdaderamente fraternal, al observar que, cuando una docena de ellas no podía con una larga espina de pescado, otra docena acudía presurosa en auxilio de las cansadas y menesterosas.

Finalmente, California se ve frecuentemente castigada por la plaga de la langosta. Estos animales son de color cobrizo y de tamaño muy grande, pero se vuelven amarillas cuando se acercan a su fin. Siempre vienen de la extrema parte sur de la península, (donde parece que tienen una cría eterna); de allí levantan su vuelo hacia el norte. Inundan los terrenos y el ruido que producen, al pasar volando, es parecido a un viento fuerte; oscurecen el sol, y de la poca verdura que encuentran, dejan aún más poco detrás de sí. Cuando la cría tierna que los adultos dejan atrás, empieza a caminar, marchan como un ejército y nada es capaz de desviarlos de su rumbo, de modo que corren o suben derechamente sobre iglesias y casas si las encuentran en su camino, y a través de puertas y ventanas que les dejan un

huevo, por allí se meten por millares. ¡Cuantas fanegas de trigo y de maíz se hubieran levantado más, si no existiera esta plaga de la langosta! El P. Ignatius Tirs, de Commotau en Bohemia, quien ha compuesto bonitos versos sobre este tema, podría escribir todo un libro sobre los destrozos y daños que causaron en su misión de Santiago y San José del Cabo, así como de los sobresaltos y alarmas que casi todos los años le produjeron.

IX

DE LAS MINAS Y PERLAS EN CALIFORNIA

**T**ODOS los que han escrito sobre California con un poco más de detenimiento, hacen mucho bombo de la pesca de perlas californianas. La historia que se publicó en París en el año de 1767 y que se mencionó en el prólogo, pone también en la carátula:

“Description exacte de . . . et de la fameuse pêcherie de perles”, aunque, realmente, apenas vale la pena de hacer mención de ella, como tampoco de las minas californianas.

Ahora bien, esta pesquería de perlas consiste nada más en el hecho de que anualmente, en el verano, llegan a la costa del Golfo unos 8, 6 ó doce españoles que comúnmente no tienen otra cosa de que vivir, que lo que ganan con el sudor de su frente; estos pobres diablos vienen en canoas o pequeñas embarcaciones, dispuestos a hacer una pequeña fortuna. Por lo regular son, con raras excepciones, soldados jubilados de California, Sonora, Sinaloa o de las otras regiones mexicanas que hay frente a la península. Traen consigo algunas provisiones de maíz, unos quintales de cecina dura como las piedras, así como algunos indios mexicanos que consienten en dejarse utilizar en la pesca de perlas, porque, hasta ahora, los californios han demostrado pocas ganas de arriesgar su vida por unas cuantas varas de manta.

Los pescadores bajan por medio de cuerdas, juntan las conchas o madreperlas que encuentran, arrancándolas del fondo o de las rocas y echándolas en un costal; cuando ya no pueden contener la respiración, suben a la superficie con el botín que han hecho y voltean el costal con sus cachivaches, o sea, con el tesoro que han traído del limbo. Las conchas, sin abrirlas, se cuentan y cada quinta es para el rey. La mayor parte de ellas no contienen nada, en otras hay perlas negras, en otras blancas pero diminutas o deformes. Si el español, después de 6 u 8 semanas que ha vivido entre dudas y esperanzas, entre sudores y miserias, y después de descontar sus gastos, saca de ganancia unos 100 pesos americanos o sean 500 libras francesas o algo más de 200 florines de Renania, (que es una suma muy pequeña e insignificante en América), lo considera como un gran éxito, con el que no podrá contar todos los años, ni tocará en suerte a muchos. Sabrá Dios si el quinto de todas las perlas que se pescan anualmente en el Golfo de California, den al rey católico, un año con otro, ciento cincuenta o doscientos de tales pesos, aún si todo se maneja sin fraudes. Sólo he sabido de dos, que además conozco personalmente, que han ganado en veinte y más años de pesca ininterrumpida, algo que valga la pena. Los otros, después de su pesquería, permanecieron siendo los mismos pobres diablos que ya habían sido antes.

La misma cosa sucede con las minas californianas, aunque de ellas, que yo sepa, no han escrito todavía nada hasta ahora los geógrafos, ni nada se lee de ellas en las enciclopedias. Tal vez, porque hace apenas veinte y tantos años que fueron descubiertas. Pero estos escritores, tan pronto que husmeen algo, sabrán hacer de ellas un nuevo Potosí.\* Santa Ana y San Anto-

\* La Gaceta de Frankfort "Correo Imperial", de fecha 26 de Noviembre de 1771, trae bajo las noticias varias, lo siguiente: "Las dos provincias españolas en California, *Senora* y *Einaloa*, (debe decir Sonora y Sinaloa), que forman la nueva Andalucía, son una región muy rica en minas de oro y plata. Los tesoros que se han descubierto en este año son inmensos," etc., etc.

Las dichas dos provincias o sean Sonora y Sinaloa, o Nueva Andalucía, están situadas en California como Dalmacia y Macedonia en Italia. Pertenecen a territorio mexicano y quedan al otro lado del Golfo de California, como puede verse en los mapas. Que las dos provincias son ricas en vetas de oro y plata, ya es cosa conocida desde hace más de cien años.

nio son los dos Reales de Minas de California, nombre que los españoles dan a aquellos lugares donde se establecen para extraer plata. Las dos minas quedan hacia el Sur, distante la una de la otra unas tres horas de camino, no lejos del Cabo de San Lucas y por consiguiente, en la extrema punta de la península. Los descubridores de ambas minas viven todavía, (si no es que hayan muerto últimamente). El dueño de San Antonio se hizo tan rico con su negocio de extraer plata, que salió para España en el año de 1767 con dinero pedido por el amor de Dios, para conseguir de la Corte de Madrid, según los rumores que circulaban, una pensión en su carácter de descendiente del primer capitán español de California. Seguro es que no se ha llevado de California ni ha podido remitir a Madrid, ni seis kreutzer o sea un real español de su mina de plata.

El otro, andaluz de origen, de profesión herrero y soldado de California después, es cierto que tiene algún dinero, porque hace pocos años que le compró en Guadalajara a su hijo y único heredero, una mujer, al precio de 20,000 florines.\* Pero no debe su riqueza tanto a la explotación de su mineral como a la pesca de perlas, (que practica ya desde hace más de 30 años y que le ha dejado algún provecho, según lo que ya tengo indicado), a su carnicería, su comercio, y finalmente, a su increíble tacañería. El es el único que vende a sus compañeros y a los trabajadores de ellos, no sólo la carne, sino también todas las telas y mantas, tabacos y trapos viejos con que se visten ellos y sus familiares, y con que pagan a sus peones. Sólo él tiene los fondos necesarios para comprar tales mercancías en Guadalajara y traerlas por tierra y mar a California, y, además tiene ese dinero, porque fué el primero que tomó posesión del extenso distrito donde ahora andan sus vacas.

Además de este minero, hay unos 4 ó 6 gambusinos, soldados jubilados o antiguos vaqueros de las misiones que, en diversos rincones del distrito de Santa Ana y San Antonio, muy dis-

\* El muchacho nació en California y allí recibió su educación caballeresca entre los vaqueros de su padre, hasta que casó con una mujer respetable, hija de un comerciante en la citada ciudad episcopal, y proveedor de su padre.



tante el uno del otro, rascan la tierra y perforan las rocas, para dar con un pedazo de plata. Entre ellos, el uno deja el oficio hoy y el otro mañana, para ir a vivir a otra parte y buscar pan en vez de plata, porque se ha dado cuenta de que las minas en California cuestan más de lo que dejan.

Los que viven en estas minas, grandes y chicos, blancos y negros, todos juntos, suman a lo más unas 400 almas, y son, en parte, españoles nacidos en América, en parte indios del otro lado del Golfo, porque los indígenas californianos tienen tan pocas ganas de dejarse enterrar vivos por la plata, como ahogarse por las perlas. La pobreza y la miseria son mucho más grandes que el número de estos mineros; la tierra sólo produce un pasto un poco más abundante que en otras partes, pero la poca plata no alcanza para traer el pan desde el otro lado del mar, de modo que la mayoría de estos mineros pueden hablar de buena suerte si consiguen comer, además de su carne, una tortilla algunas veces al año. Ha habido allí familias españolas que se vieron en la necesidad de buscar el sustento, vagando por los campos como los indios. Como es la alimentación, así es la ropa, y muchos de los niños ya crecidos de los españoles, andan en las minas como los californios, es decir, más que semidesnudos.

Muchas veces se ha tratado de persuadir a estos caballeros que pidiesen un cura párroco al señor obispo de Guadalajara, a cuyo obispado pertenece California, porque, por una parte, es demasiado gravoso para el misionero de Todos Santos, que dista 13 horas de camino de las minas, el tener que atender una diócesis tan retirada, y, por la otra, por no ser saludable a los mineros, el vivir a una distancia de tantas leguas separados de su cura. Ellos nunca han querido prestarse a ello, porque el misionero cumplía con esta obra de caridad siempre, sin retribución alguna, llevando consigo sus propios alimentos y hasta el vino sagrado, cuando se le llamaba para atender a un enfermo o al emprender el viaje sin ser llamado, para celebrar misa y predicar a los mineros; en cambio, a un cura párroco tendrían que pagar, fuera de los derechos parroquiales y el sustento, 600,

800 ó hasta 1000 florines anuales, suma que ellos todos juntos, no estarían en condiciones, ni con mucho, de sufragar, (si el mencionado pescador de perlas, comerciante, carnicero y buscador de plata no quisiera dar la mayor parte o todo). Como de las perlas, así también de la plata que se produce en California, corresponde la quinta parte al rey. Y de estos dos quintos se componen todos los ingresos que la corte española recibe de California.

No sé si, además de los dos lugares citados, hay más plata u oro escondido bajo tierra, en otras partes de ese país tan extenso. Algunos se inclinan a creerlo, sobre todo en la región entre los 28 y 29 grados que se llama Rosario. Pero lo que sí sé, es que, (ya sea que haya oro o plata en California donde quiera, pero de preferencia en las regiones septentrionales), resultaría imposible o, por lo menos, enormemente difícil, extraer estos metales de las profundidades y tinieblas de la tierra y subirlos a la luz del sol, a causa de la absoluta escasez de alimentos para hombres y bestias; de la falta de maderas; falta de agua y de trabajadores; los pocos californios no consentirían nunca en prestarse a estos trabajos, ni se les podría forzar si ellos mismos no lo quieren.

Por el rumbo de la misión de San Ignacio se ha descubierto azufre, y en otras partes, según se me asegura, hasta vetas de fierro. Además, se ha encontrado magnífica sal blanca en la isla llamada El Carmen, cerca de la costa y frente a Loreto; en la Isla de San José y en varios otros lugares de ambas costas. Aquí pongo fin a mis apuntes sobre el verdadero aspecto de los recursos naturales de California y ante todo, sobre la desacreditada pesca de perlas, así como de las minas de allá.

De todo lo que he escrito en esta primera parte de las Noticias de California, es de deducirse, y el lector así lo juzgará fácilmente por sí sólo:

Primero, que California es uno de los países habitados más desgraciados del orbe, cuya pobreza y miseria resaltarán y aparecerán más claras, al ponerlas en contraste con la fertilidad y abundancia de Alemania; y estas consideraciones deben des-

pertar nuestros justos sentimientos de gratitud hacia el Creador de todas las cosas. Desde este elevado punto de vista, resulta muy cierto que importa poco en cuál rincón del mundo alguien haya visto por primera vez la luz del sol; o si ha vivido el breve lapso de su peregrinación en este lugar o en el otro, en regiones fértiles o áridas; si ha gozado de una posición holgada o ha llevado una existencia de indigencia y pobreza; porque ni el opulento europeo ni el pobre californio, pueden llevar algo de este mundo. Sin embargo, no es menos cierto que tanto la pobreza como la opulencia, abren la puerta a las más variadas inconveniencias y enseñan el camino de la eterna perdición; esta reflexión indujo al rey Salomón a aborrecer, tanto la una como la otra, es decir, la riqueza como la pobreza, diciendo: *Mendicitatem et divitias ne dederis mihi. Prov. c. 30. v. 8.*

La infertilidad de California y la consiguiente falta de agricultura, de artes mecánicas y de trabajo, corre parejas con la eterna holgazanería y las interminables correrías de los californios, con la falta de vestimenta decente y las habitaciones indispensables. Esta escasez, esta ociosidad y esta vagancia, son el origen de un sinnúmero de vicios y maldades, hasta entre la tierna juventud, de los que el europeo, según todas las apariencias, tampoco hubiera podido protegerse o permanecer incólumne, si hubiera tenido la desgracia de nacer en un país tal como lo es California.

Segundo, es fácil deducir que la vida en California sólo es posible para tres clases de seres humanos; es decir, primero, para algunos Padres que logran decidirse a abandonar su patria por el amor de Dios y caridad cristiana, para pasar su vida en los desiertos californianos bajo los más variados peligros y privaciones; gracias a Dios que hasta ahora, no han faltado estos sacerdotes, entre ciertos religiosos católicos, y con la ayuda de Dios no faltarán en lo futuro; segundo, para unos cuantos españoles pobres, nacidos en América que pasan a California por no poder ganarse la vida en otra parte y para servir como soldados o como vaqueros; tercero, para los californios

mismos, para los que todo resulta bueno y para quienes su patria, como para los lapones la suya, parece ser su paraíso, porque no conocen nada mejor, o porque el amor, innato en todos los hombres, a la tierra que los vió nacer, los arraiga a ella.

Contrastando con lo que ya he dicho sobre los californios y que se dirá todavía en la siguiente parte segunda, según lo cual podrían juzgarse a estos hombres como los más miserables y más dignos de compasión entre todos los mortales, aseguro y digo con toda franqueza, que ellos, por lo que toca a lo temporal, son, sin réplica, incomparablemente más felices que todos los que viven en Europa y en la tan bendita tierra alemana, y hasta más que los que nos parecen viviendo en el colmo de la bienaventuranza temporal, porque no solamente es cierto que la costumbre hace todo llevadero y fácil y que, por ello, el californio duerme tan tranquilo y tan cómodo sobre el duro suelo y al aire libre, como el sibarita europeo más rico lo hace en su cama de suaves plumas, tras una cortina ricamente bordada, en un gabinete dorado, etc., sino también que el californio no tiene nada de triste ni llega a saber nada durante todo el año y durante toda su vida que pudiera entristecerle y preocuparle; que pudiera amargarle la vida o desear la muerte. No tiene a nadie en su país, ni fuera de él, que le moleste, persiga o le cuelgue un pleito; no tiene granizo, ni tropas que desvasten sus campos, ni incendios, ni rayos que reduzcan su granja o rancho a cenizas; no tiene envidias, ni rencores, ni difamaciones, ni calumnias que pudiesen mortificarlo; no tiene miedo de perder los bienes adquiridos, ni ambición de aumentarlos; no existe acreedor alguno que le cobre deudas; ningún funcionario que recaude impuestos, derechos de aduana, contribuciones de caminos, de capitación o cientos de otros tributos; no tiene mujer que se cuelgue en el cuerpo más de lo que aguantan los ingresos, ni hombre que pierda en el juego o con el vino, lo que debía servir para el sustento y el vestir de la familia; no tiene niños que educar, ni hija que casar; ni hijo depravado para vergüenza y ruina de toda la casa. En una palabra, en California y entre los californios, no se conoce

ni "lo mío" ni "lo tuyo", cuyas dos palabras, como lo ha dicho San Gregorio, llenan los pocos días de nuestra vida con amargura e incalculables males.

Aparentemente, los californios no poseen nada, pero siempre tienen algo y todo lo que quieran, porque no quieren nada y no exigen más de lo que su triste y pobre tierra produce, lo cual siempre está dentro de su poder el conseguir. Por eso, no resulta extraño que entre ellos, casi nadie se vuelva canoso, y si sucede, sólo en una edad ya muy avanzada; que siempre están de buen humor y que domina entre ellos una alegría eterna, una risa y bromas ininterrumpidas, con lo que comprueban a las claras que siempre se sienten contentos y siempre alegres, en el cual estado de ánimo consiste, sin duda alguna, la bienaventuranza. Por cierto es ella la que todos anhelan y por la que todos suspiran en este mundo, cada quien según su posición o sus capacidades, pero son muy contados los que alcanzan a poseerla. Sólo resta desear que los californios, que realmente gozan sobre la tierra la verdadera bienaventuranza, (después de que la luz de la fé los ha inspirado,) quisiesen preocuparse un poco más por la bienaventuranza del mundo del más allá de la vida futura.

Los que viven en Europa, pueden, ciertamente, sentir envidia por la bienaventuranza de los californios, pero solamente podrán disfrutar de ella por medio de una perfecta indiferencia ante la cuestión de poseer mucho o poco, algo o nada en este mundo, y de una completa conformidad con la Divina Voluntad en todas las contingencias de la vida.

DEL ESPÍRITU, COSTES Y MÓRBIDOS DE LOS CALIFORNIOS, DE  
MÚJOS Y MUJERES ANTES DE LLEGAR A CALIFORNIA

## SEGUNDA PARTE

### DE LOS HABITANTES DE CALIFORNIA

Los californios, muy parecidos a los mexicanos y otros habitantes de América en cuanto a su estatura, se diferencian en la piel, desde la cabeza hasta la planta de los pies, en color rojo castaño o color claro de esposa, pero en algunos individuos tan a juzgar y en otros a color de carne o colorado. Este color no los es, por decirlo así, suyo, porque siempre se nota una diferencia entre sus niños y otros procedidos por padres blancos cuando son procedidos al nacimiento, pero siempre se hacen visibles poco tiempo después del nacimiento y pronto se fija definitivamente. El cabello es negro, grueso de nacimiento y aumentando luego. Todas las bonanzas son herbáceas y tienen las cejas poco pobladas, en cambio, en lugar de la ceja normal con que nacen generalmente todos los niños, los de ellas nacen ya con el cabello de medio dedo de largo. Son chicos, a pesar de que nunca los fúlpian, ni nunca se levantan la boca, sus dientes blancos, como de marfil. El ángulo de los ojos, hacia la nariz, es en ángulo, más bien recto hacia adelante, como en otros. La parte de buena presencia y bien proporcionada, muy ligera y ágil, son los dos prominentes delos de los pies grandes agorras

ni "lo mío" ni "lo tuyo", como dice Platón, como lo ha dicho San Gregorio. Hasta los pocos días de nuestra vida son amargura e insoportables males.

Aparentemente, los californios no poseen nada, pero saben apreciar algo y todo lo que tienen, porque en nuestros días y no es que sea de lo que se trata y por lo tanto profesa, lo cual siempre está dispuesto de ser poseer el corazón. Por eso, no resulta extraño que entre ellos, casi nadie se vea triste, y si sucede, sólo es una tristeza muy avanzada que viene por causa de buen humor y que siempre causa una gran alegría eterna, una paz y bienestar inintermitentes, así lo que corresponden a los demás que siempre se ven contentos y siempre alegres, en el más alto estado de ánimo posible, en todo y por todo, la felicidad. Por esto es ella la que todos ellos poseen y por lo que todos ellos gozan en este mundo, y por lo tanto, a sus espaldas, a su posterior. Sólo una cosa que los californios, que realmente gozan con la vida, la felicidad, la armonía, la paz, la tranquilidad, de que la vida es la felicidad, la armonía, la paz, la tranquilidad, un poco más por la armonía, la paz, la tranquilidad, del mundo del más allá y de la vida futura.

Los que viven en Europa, pueden, ciertamente, sentir envidia por la felicidad de los californios, pero solamente podrán envidiarlos de ella por razón de una perfecta indiferencia ante la existencia de poder, riqueza o poder alguno en este mundo, y de una completa indiferencia con la Divina Voluntad en todos los momentos de la vida.

Los californios, muy parecidos a los mexicanos y otros habitantes de América en cuanto a su aspecto, se diferencian de los europeos por los rasgos siguientes: la piel, desde la cabeza hasta la planta de los pies, es color castaño-oscuro o color clavo de especia, pero en algunos individuos tira a negro y en otros a color de casca o cobrizo. Este color no les es, por decirlo así, innato, porque apenas se nota una diferencia entre sus niños y otros procreados por padres blancos cuando son presentados al bautismo, pero empieza a hacerse visible poco tiempo después del nacimiento y pronto se fija definitivamente. El cabello es negro, como de azabache y enteramente lacio. Todos los hombres son imberbes y tienen las cejas poco pobladas; en cambio, en lugar de la capa cerosa con que nacen generalmente todos los niños, los de ellos nacen ya con cabello de medio dedo de largo. Sus dientes, a pesar de que nunca los limpian, ni nunca se lavan la boca, son siempre blancos, como de marfil. El ángulo de los ojos, hacia la nariz, no es agudo, más bien tiene forma redonda, como un arco. Es gente de buena presencia y bien proporcionada, muy ligera y ágil; con los dos primeros dedos de los pies pueden agarrar

I

DEL ASPECTO, COLOR Y NÚMERO DE LOS CALIFORNIOS, DE DÓNDE Y CÓMO PUEDEN HABER LLEGADO A CALIFORNIA

Los californios, muy parecidos a los mexicanos y otros habitantes de América en cuanto a su aspecto, se diferencian de los europeos por los rasgos siguientes: la piel, desde la cabeza hasta la planta de los pies, es color castaño-oscuro o color clavo de especia, pero en algunos individuos tira a negro y en otros a color de casca o cobrizo. Este color no les es, por decirlo así, innato, porque apenas se nota una diferencia entre sus niños y otros procreados por padres blancos cuando son presentados al bautismo, pero empieza a hacerse visible poco tiempo después del nacimiento y pronto se fija definitivamente. El cabello es negro, como de azabache y enteramente lacio. Todos los hombres son imberbes y tienen las cejas poco pobladas; en cambio, en lugar de la capa cerosa con que nacen generalmente todos los niños, los de ellos nacen ya con cabello de medio dedo de largo. Sus dientes, a pesar de que nunca los limpian, ni nunca se lavan la boca, son siempre blancos, como de marfil. El ángulo de los ojos, hacia la nariz, no es agudo, más bien tiene forma redonda, como un arco. Es gente de buena presencia y bien proporcionada, muy ligera y ágil; con los dos primeros dedos de los pies pueden agarrar

pedras, huesos u otros cosas y levantarlas del suelo. Todos caminan, con muy raras excepciones, perfectamente erguidos aun hasta edad muy avanzada. Los niños, antes de cumplir su primer año, ya se paran firmemente sobre sus piernitas y caminan con soltura. De los adultos, algunos son altos y fornidos, otros de estatura baja, como en cualquier parte del mundo, pero nunca encuentra uno entre ellos individuos verdaderamente gordos lo que se explica fácilmente con sus correrías diarias; simplemente, no tienen tiempo para engordar.

Se comprende que en un país tan miserable y árido, la población no puede ser numerosa, y, que con toda seguridad, todos perecerían de hambre en pocos días, si California estuviera tan densamente poblada como la mayoría de los países europeos. De modo que los californios son muy poco numerosos y, en comparación con la extensión del país, como si no hubiera ningunos; y todavía se hacen menos cada año. Pero el mundo no perdería gran cosa, ni disminuiría su esplendor. Se viaja en California 3, 4 ó más días en cualquier dirección, sin llegar a ver a un solo ser humano, y creo que la población total de indígenas, antes de la llegada de los españoles, nunca ha pasado de un total de unas cuarenta a cincuenta mil almas, desde el Cabo de San Lucas hasta el Río Colorado. Lo cierto es que en el año de 1767, se contaron solamente 12,000 en misiones, o sea en la totalidad de ellas, desde los 22 hasta los 31 grados de latitud norte. Pero este número exiguo de habitantes y su disminución constante, no son circunstancias exclusivamente características de California, ni tienen causas pasajeras o temporalmente limitadas, sino que son dos fenómenos que se observan en todo el continente americano. Durante mi viaje de Guadalajara al riachuelo Yaqui, en territorio mexicano y sobre el litoral oriental del Golfo de California, no encontré más que 13 pueblitos de indios y, durante la mayoría de los días no ví ninguna alma con razón. P. Charlevoix escribe en su primera carta a la señora Duquesa de Lesdignières que, durante su proyectado viaje a través del Canadá o Nueva Francia, tendrá que recorrer con frecuencia cin-

cuenta leguas sin llegar a ver a un ser humano, con excepción de sus compañeros de viaje.\*

Hay que saber que América, (salvo la región de México y unas cuantas otras), ya era un gran desierto en comparación con Alemania o Francia, y hoy día lo es mucho más todavía. La persona que haya leído la "Historia de la Nueva Francia" del citado historiador, quién recorrió el territorio de México en una extensión de 600 a 700 horas de camino, y quién disponía de noticias fidedignas sobre otras provincias de individuos que habían vivido en ellas por largos años, podrá darse cuenta exacta del número de los habitantes trigueños de la América del Norte. Pues bien, si después de estos argumentos, alguien quisiera decir todavía que la parte meridional del Nuevo Continente o sea la América del Sur, tenga casi cien veces más habitantes que la América del Norte, (lo que estoy muy lejos de creer, no sólo por lo que leí, sino sobre todo por lo que supe de hombres fidedignos que vivieron y viajaron allá por muchos años,) me darían ganas de enviar a estos historiadores a América misma, para que vayan a buscar y pasar revista a estos 300 millones de americanos que aparecen en sus libros. ¡Quién sabe si encontrarán por todos, unos veinte o quince millones!

Si el Nuevo Mundo estuviera tan poblado como pretenden estos escritores,\*\* no encontrarían en él ni lugar, ni acomodo los negros de Guinea, así como de otros países, y saldría sobrando su traslado de un continente a otro. Los llamados "mamelucos" portugueses de Sao Paulo, en el Brasil, y los

\* L'on m'envoye dans un pais, ou je ferai souvent cent lieues et d'avantage, sans reconter un homme, et sans voir autres choses, que des bois, etc. Charlevoix Hist. de la N. France, tom. 5, pág. 66.

\*\* En la Gaceta de Frankfort "El Correo del Imperio", de fecha 12 de Noviembre de 1771, se lee lo siguiente:

"Del Bajo Rhin, Nov. 6: En las tres primeras partes de la excelente obra que acaba de salir de la prensa de Berlín, se especifica, entre otras cosas notables e importantes informaciones, el número de habitantes actuales de América, en 150 millones."

Ni esta especificación, ni el prestigio que tenga el autor de la obra tan encomiada, son capaces de hacer cambiar mi opinión acerca de la población americana.

holandeses de Surináma tampoco tendrían necesidad de ir a cazar hombres, aquellos a la región de Paracuaria, y estos, subiendo el Marañón o Rio Amazonas, porque, en los alrededores y en sus propias colonias, encontrarían más gente que la que necesitan para sus plantaciones de azúcar, tabaco, índigo y demás industrias. Los muchos cientos de idiomas que se hablan nada más en la América del Sur, también comprueban lo limitado del número de habitantes, aunque a primera vista, tanto este hecho, como también el fenómeno de la poligamia, parecen indicar lo contrario. Porque, habiendo más gente, habría más comunicación entre ellos y más roce y, por consiguiente, con toda probabilidad, mucho menos idiomas. En California, los *Ikas* de mi misión, hablaban otra lengua distinta a la del resto de mi gente; sin embargo, tengo la convicción de que toda la tribu de estos *Ikas*, nunca llegó a sumar un total de quinientas almas.

Es fácil encontrar las causas de esta densidad tan reducida de la población de la Américas, en su modo de vivir y en las guerras que continuamente emprenden entre sí. Sin embargo, puede ser que, además de estos datos, haya en el fondo otras causas a qué atribuir el hecho de que los americanos hayan mermado tanto hasta ahora y que sigan mermando más de día en día incluyendo provincias aun no conquistadas y otras en las que los europeos aún no han dominado, y finalmente, en aquellas, donde no se les ha molestado en lo más mínimo o donde han estado ininterrumpidamente en el perfecto goce de su libertad absoluta, como lo atestiguamos el mencionado P. Charlevoix para el Canadá y Luisiana, (es decir, para las regiones a ambos lados del Río Missisipí), y yo personalmente para California. Todo esto, lo dejo para que lo averigüen otros, ateniéndome exclusivamente a lo que está escrito en el Salmo 11, v. 9, a saber, que el aumento y el descenso de la estirpe humana en estos o aquellos países es un misterio impenetrable: *Secundum altitudinem tuam multiplicasti filios hominum*. Espero que el lector no tomará a mal esta pequeña digresión a la que dió motivo el número reducido de

californios, lo que me pareció necesario hacer para que nadie se maravillara demasiado de ello, en vista de que este fenómeno es común en toda la América.

Ahora bien, a pesar de que el número de californios es tan limitado y que forman solamente una ínfima parte del total de habitantes del mundo; entre sí están agrupados en pueblos, tribus, naciones y lenguas excepcionalmente numerosos. Puede suceder que una sola misión consista de mil almas y que, sin embargo, haya entre sus feligreses tantas tribus diferentes como Suiza tiene cantones, aliados, afiliados y ciudadanos. Entre los míos conté *Paurus*, *Atschémes*, *Mitschirikutamáis*, *Mitschirikuteurus*, *Mitschirikutaruanajéres*, *Teackwàs*, *Teenguábebes*, *Utschis*, *Ikas*, *Anjukwáres*, *Utschipujes*: \* todos grupos diferentes, pero entre todos, no llegaban a medio millar de californios.

Alguien podría preguntar porqué había 15 de estas misiones, en vista de que 3 ó 4 debían haber sido suficientes para enseñar y atender a 12 mil indios o más y administrarles la Santa Comunión. La contestación es que esto podrá ser practicable en Alemania y también costumbre en cientos de lugares fuera de Europa donde las circunstancias lo permiten, pero imposible en California, porque, primero: si tres o cuatro mil californios viviesen juntos en un área reducida y perteneciesen a una misma misión, muy pronto los víveres, tan terriblemente escasos en California, resultarían insuficientes para tanta gente en la región; segundo, cada californio, cada grupo y cada tribu, tienen su patria, de la que están tan locamente enamorados como otras gentes de la suya y hasta aun mucho más por ser ellos menos juiciosos, de modo que no se dejarían cambiar ni cincuenta o más horas de camino del lugar donde nacieron; tercero, las tribus que viven en tierras distantes, la una de la otra, siempre están enemistadas entre sí, y por eso, ni vivirían

\* *Nota del traductor*: Dejo la ortografía y la acentuación de todas las palabras indígenas exactamente tal como aparecen en el texto original, aunque, tratándose de un autor alemán, es muy probable que su "j" corresponda, en cuanto a su valor fonético, a la "y" española, y la "tsch" a la "ch" española.

en buena armonía y no sería fácil encerrarlas en el mismo corral; cuanto, en tiempos de epidemias o enfermedades generales que se propagan con frecuencia, no sería posible para sólo un padre visitar a los enfermos dispersados en muchas leguas a la redonda y socorrerlos en sus necesidades espirituales y corporales. Mis feligreses no llegaban, ni con mucho, a mil almas, y, sin embargo, tenían muchas veces sus campamentos a una distancia de 30 horas de camino en todas direcciones. Las lenguas indígenas con sus dialectos, también son numerosos, y un misionero ya se siente satisfecho si llega a dominar uno.

Ahora sólo resta que dé yo mi opinión acerca del problema de dónde y cuándo pueden haber llegado los californios a esta noble tierra. Esto pudo suceder desde varios rumbos y de manera diversa: por voluntad propia o por la fuerza. Lo primero, es decir, que una tribu haya inmigrado a California por libre decisión, sin violencia ni presión, me parece muy inverosímil y hasta imposible de creer. América es lo suficientemente extensa para poder proporcionar subsistencias a cincuenta veces más habitantes que los que tiene California y en tierras mucho más fértiles. ¿Cómo entonces imaginarse que alguien haya tomado la resolución, sin otro móvil que su propia voluntad, de establecer su tabernáculo en medio de tales rocas áridas y salvajes? Naturalmente, no es imposible que los primeros habitantes hayan llegado por una casualidad a California desde el otro lado del Golfo, es decir, desde Sinaloa o Sonora; sin embargo, que yo sepa, la navegación nunca se ha practicado en aquel litoral entre los indios, como tampoco se conoce hoy día, a causa de que se carece de las maderas indispensables, aún para embarcaciones pequeñas, hasta a muchas leguas tierra adentro; más fácil hubiera sido el camino por tierra, desde la Pimería, el último país frente a California hacia el norte, o, en fin, la travesía por agua (porque el Golfo está allí ya bastante estrecho y muy poblado de islas), si no en embarcaciones, por lo menos en balsas o con flotadores, hechos de haces de caña como aun están en uso entre los californios que viven cerca del mar, y que emplean para la pesca y la caza de tortugas o para

pasar a un islote que queda a dos horas de distancia de la costa. Pero yo me imagino que estos pimas, si hubieran hecho la travesía por curiosidad o hubieran sido echados a la costa por una borrasca, muy pronto hubieran buscado y encontrado el modo de regresarse, después de haberse dado cuenta de la miseria californiana. Resta entonces, como última posibilidad, una extrema necesidad con la que los californios deben haber tenido que enfrentarse, al igual que cientos de otras tribus americanas, de la manera siguiente: casi todas las naciones americanas, que habitan comarcas colindantes y que no están bajo el dominio europeo, andan continuamente a la greña, y muchas veces no se da término a la guerra, mientras un bando pueda ofrecer resistencia al otro; estas guerras suelen estallar, también entre distintos grupos de la misma nación o de la misma lengua, por causas realmente baladíes. Cuando las fuerzas de una parte quedan muy debilitadas, sucede lo de siempre, es decir, esta parte toma las de Villadiego y se establece en otra comarca, lejos de sus enemigos. Conforme a esto, mi opinión es que los primeros californios, perseguidos por sus enemigos, llegaron por tierra a la península desde el norte y que allí encontraron un refugio seguro. Los anales de California, o por lo menos, las tradiciones de padre a hijo, podrían darnos la mejor información a este respecto, pero aquellos aun no han visto la luz del día, y en cuanto a las tradiciones, ningún californio sabe algo de lo que sucedió en su tierra antes de su nacimiento, y nadie les revelará quiénes o qué clase de gente fueron sus padres, ni si ya los habían perdido mientras vivieron en su infancia.

Según todas las apariencias, los californios, por lo menos los que viven hacia el sur, creían, antes de ver llegar a los españoles, hace ahora casi dos y medio siglos, que California era el mundo y ellos sus únicos habitantes, porque ellos no se arrimaban a nadie, ni nadie se arrimaba a ellos, y cada pequeña tribu concretaba su existencia a su pequeña comarca. Algunos de la gente mía creían que descendían de un ave, otros de una piedra, y otros soñaban a este respecto en algo todavía más fantástico y más disparatado que el otro.

## II

### DE LAS HABITACIONES DE LOS CALIFORNIOS

**D**ESDE que me encuentro de nuevo en mi patria, de regreso de California, muchas veces se me ha preguntado acerca de las ciudades y pueblos de California, así como también sobre los colegios de los jesuitas, por no poderse nadie imaginar un país poblado sin aquellos, ni monje alguno sin monasterio. El mencionado traductor francés, se vale igualmente con frecuencia de las palabras "villes, villages", es decir, ciudades y pueblos, y hasta de la expresión "Métropole", que, si no estoy equivocado, significa una Capital o Sede Arzobispal, a pesar de que no solamente ningún arzobispo, ni siquiera obispo, existe en California, sino que hasta ahora ninguno de ellos ha pisado aquella tierra, ni la pisará, probablemente, en lo futuro. Cierto es que el capellán de campaña del señor Pórtola, Real Gobernador de California, creía que no escasearían en la Ciudad californiana de Loreto, (como él se lo imaginaba), orfebres que le pudieran componer un pequeño tabernáculo de plata que había sufrido algún desperfecto durante el viaje; pero se encontró miserablemente engañado no sólo en cuanto a este punto, sino en cuanto a algunos otros más.

En California no hay más edificios que los siguientes: las iglesias y casas de las misiones que cada misionero construyó



como Dios le dió a entender —y según se lo permitían el tiempo y las circunstancias— de piedra y cal, de piedra y lodo, de adobes enormemente grandes, o de cualquier otro material; unas barracas que poco a poco iban levantando los indios y que se empleaban en los servicios religiosos o en los quehaceres de la casa, así como algunos otros jacales que unos indios hacían; y, finalmente, las chozas de los pocos soldados, marineros, vaqueros y mineros. Fuera de esto, no se nota nada en California que se parezca a una ciudad, a un pueblo, a una mansión, a una casucha o a una perrera.

Con lo que he dicho, queda demostrado que los californios siempre permanecen al aire libre; que comen, duermen y viven a campo abierto y sobre el suelo pelón. Sin embargo, cuando, en el invierno, el aire sopla fuerte, se hacen una mampara de ramas secas, en forma de media luna y de una altura de dos brazas, pero solamente del lado de donde viene el frío, con lo que demuestran que también saben “irse con el viento que corre”. Es imposible que hagan otra cosa y no se les puede exigir más, sólo que quisiesen cargar con su casa a cuestas como los caracoles o las tortugas o trasportarla en carretas, como los tártaros, aunque para esto, como antes lo he indicado, el terreno bonitamente se prestaría, —pues, toda su vida la pasan vagando por los campos, a lo cual les obliga la necesidad de buscar sus alimentos. No pueden salir, durante todo el año, de un lugar determinado, temprano en la mañana, para regresar al mismo en la noche, porque un terreno limitado no es suficiente para proveerlos todo el tiempo con el sustento diario, y esto, a pesar de que cada horda se compone de tan poca gente; en un lugar se acaba tal vez hoy el agua y mañana tienen que estar en otro lugar para recolectar oportunamente cierta semilla que ya está por caerse y diseminarse. De modo que cumplen al pie de la letra lo que está escrito respecto a todos nosotros: que en este mundo no hemos de tener morada fija.

Sólo Dios, que cuenta todos nuestros pasos, aún antes de haber nacido, sabrá cuántos miles de leguas recorrió un californio al llegar a la edad de 80 años o a la hora de encontrarse

con su tumba, de la que, durante toda su vida, por cierto, nunca ha estado distante más que el largo de un dedo. No me equivoco grandemente, cuando aseguro que la mayoría de estos hombres cambia el lugar de su campamento nocturno más de cien veces al año y que no duermen ni 3 veces consecutivas exactamente en el mismo sitio, ni sobre el mismo terreno, con excepción de que pernocten en la misión. Dicho de paso, se acuestan donde los sorprende la noche, sin preocuparse por sabandijas o inmundicias que pudiera haber en el suelo. De modo que tampoco viven en la sombra de los árboles, como dicen algunos escritores que están de acuerdo con la no existencia de ciudades y pueblos, porque no hay árboles en California que pudieran servir para eso; tampoco viven en guaridas subterráneas, construídas por ellos mismos, como pretenden otros escritores, sino sólo incidentalmente en agujeros o grietas de las rocas y eso cuando llueve de veras muy fuerte y si la casualidad se los presenta a la mano, porque tales cuevas no son ni numerosas, ni las hay en todas partes.

Cuando les da la gana de hacer un refugio para un enfermo, a causa del calor o del frío, la entrada de ese refugio o jacalito resulta por lo regular tan baja, que hay que meterse a gatas; y, además, toda la construcción es tan pequeña, que no puede uno ni pararse, ni acomodarse en el suelo para confesar al enfermo o confortarlo. Casi de la misma manera proceden aquellos indios que viven permanentemente en la misión por motivo de los servicios y quehaceres, y que, debido a eso, suelen construirse una chocita. Estas son muchas veces tan limitadas, estrechas y miserables, que apenas pueden sentarse o acostarse en ellas un hombre y una mujer. La razón de esto estriba en que los californios no saben nada de estar parados juntos o de llevar una conversación estando de pie, y aun mucho menos, de pasearse dentro o fuera de una habitación. Tampoco tienen mobiliario que necesite mucho lugar en sus casas. Los que de hecho no tienen nada que hacer, pasan el tiempo sentados o acostados. Cuando vienen a visitar a su misionero y terminan de echar su discurso, se sientan luego en el suelo, sin esperar a

que se les invite; las mujeres con los pies extendidos y los hombres a la manera asiática, con las piernas cruzadas, costumbre que observan también en la iglesia o en otros lugares. Qué tan poco les importa, en realidad, tener una casita o vivir bajo techo, queda demostrado con la circunstancia muy especial de que, en cierta ocasión, cuando el día anterior había mandado hacer unos refugios para varios viejos enfermos, encontré, el día siguiente, a algunos de ellos acostados al aire libre. Tan poderosa es la fuerza de la costumbre.

III

DE LA INDUMENTARIA DE LOS CALIFORNIOS

Los que informan en sus libros respecto a las Capitales y Sedes Arzobispales en California, deberían también de comunicar algo sobre el número de joyeros, comerciantes en artículos de fantasía y tejedores de terciopelo, sedas o bordados; porque en lugares como los mencionados, suelen juntarse tales artistas y tales comerciantes o artesanos, y los habitantes suelen aderezarse también con tales prendas.

Pero en realidad, no hay nada en California, ni de estos ni de las otras cosas, y como sucede con las habitaciones, lo mismo pasa con la ropa de los californios; y esto no por mera indolencia, (como ocurre con otros indios), sino por miseria y por falta de los materiales y de los medios para adquirirlos.

De todo lo cual resulta que, como el aire libre les es más que suficiente para tener casa, así su piel morena les basta sobradamente en lugar de traje o abrigo; de pantalón o de jubón, de zalea o de camisa; de ropa para verano o invierno; para días de trabajo o de fiesta, y en vez de todo aliño; pero en cambio, con esto logran grandes ventajas, como son: que nunca tienen que temer incendios en sus casas, así como tampoco necesitan cuidarse de daños o de ladrones con respecto a sus ropas o "garderobe"; que nunca les resulta la levita angosta, ni el abri-

go corto; que nunca pueden perder la camisa en el juego, y que, en fin, siempre y a cada hora están listos, enjaezados y vestidos, para cualquier negocio importante, y no les sucede como a algunas mozas que se viven muchas preciosas horas que suelen perder tan irresponsablemente, sin pensar que día llegará en que desearán que se les devuelvan algunas de ellas, pero que entonces, tal vez, no lograrán recuperar.

No obstante lo que acabo de decir, y a pesar del hecho de que se han encontrado, en la parte más septentrional de California, mujeres totalmente desnudas, entre las demás naciones californianas, las mujeres, (muy exclusivamente ellas), siempre han tratado de cubrirse un poco. Entre ellas existía, y aún existe la costumbre de sacar un hilo blanco de las pencas de la planta que en Alemania se conoce con el nombre de áloe; que luego hacen de este lino o cañamo silvestre, unos lacitos delgados, y sobre ellos ensartan muchos cientos de pequeños botones, cortados de cierta caña chica, como rosarios. De estas sartas, así adornadas, fijan una buena cantidad y bien amontonadas, en un cinturón, de modo que las sartas quedan colgando tanto debajo de la barriga, como también atrás con un largo de más o menos un palmo; entre otras naciones, hasta las rodillas; en ciertas otras hasta la pantorrilla y, en algunas más, hasta los pies. Pero los dos costados y todo el resto del cuerpo, no quedan cubiertos con otra cosa que con su propia piel. Algunas entre ellas, para economizar trabajo, se cuelgan atrás, en vez de las sartas, y a la moda de los mineros, un pedazo de cuero de venado crudo o cualquier trapo de lana o lino, como ya hoy día los pueden conseguir.

De dos de estos pedazos de piel de venado, se hacen también, si los tienen a la mano, sus zapatos o sandalias, pero sin traba ni empella, y las fijan, por medio de cordeles toscos, al talón y entre el dedo chico y el grande. Los cordeles, los hacen de la mencionada penca del áloe.

Hombres y mujeres, grandes y chicos, andan siempre, desafiando vientos, neblinas, lluvias y sol, con la cabeza descubierta, aun aquellos que, en cierta misión, saben hacer, para gente ex-

traña, bonitos sombreros de hoja de palma, de los que los misioneros suelen servirse para sus viajes, gracias a su poco peso.

En ciertas ocasiones y en sus días de fiesta, se pintan todo el cuerpo, por aquí y por allá, de rojo y amarillo, colores que consiguen, quemando ciertas piedras.

Así fueron la indumentaria y atavíos de los californios con anterioridad a su conversión al cristianismo; así fueron sus vestidos de luto o de casamiento, de verano o de invierno. Después de haber recibido el bautismo, ambos sexos anduvieron ya un poco más decentes, porque cada misionero daba, una o dos veces al año, a cada uno del sexo masculino, un pedazo de paño azul, de seis palmos de largo por 2 de ancho, para cubrir el bajo vientre; además, les daba a todos, si sus recursos le alcanzaban, unas enaguas cortas de lana azul; pero a las mujeres y muchachas, les daba un velo blanco y grueso, toscamente tejido de lana que les cubría la cabeza y todo el cuerpo hasta las plantas de los pies. En otras misiones se les daba también a las mujeres faldas y jubones de franela azul o camisas de género de punto de algodón, y a los hombres pantalones de paño corriente y levitas largas, estilo polaco. Pero tan pronto como salían de la iglesia, las mujeres se quitaban sus velos y los hombres sus largas levitas por serles muy molestos y pesados en sus correrías, sobre todo en el verano.

Casi todos estos géneros preciosos venían de la Ciudad de México, porque con lo que produce California, no sería posible vestirlos. Es muy reducido el número de ovejas que pueden tenerse allá, y además, la mitad de la lana queda enganchada en las espinas que rozan al pasar las mismas ovejas.

Esta ropa de los hombres y mujeres bautizados de California, juzgándola tanto desde el punto de vista de los materiales, como desde su aspecto artístico, no tiene ciertamente nada que sea contrario a la humildad cristiana, ni podrá ser más mala ni más simple; pero hasta donde alcanzan mis conocimientos, los californios no se pudren más pronto, después de muertos, de como se pudrirían, si en toda su vida hubieren estado envueltos en seda y terciopelo; si hubieren brillado, durante los días

de su vida, en oro y plata; si hubieren lucido, durante unos breves años, las mismas perlas que se pescan en su mar, como un ídolo o como una diosa, o si se las hubieran echado de grandes señores.

Tú, hombre, puedes pavonearte y vestirse como quieras, pero ¡sabel que la tumba te espera, que la podredumbre será tu lecho y que bien pronto, los gusanos serán tus prendas. Isaías, c. 14. v. 11.

## IV

DE LOS BIENES Y UTENSILIOS, IDEM DEL TRABAJO  
Y ACTIVIDADES DE LOS CALIFORNIOS

Los bienes inmuebles de los californios, no son otros que las duras rocas, los cerros pelones y la tierra arenosa y árida; los bienes muebles son los montones de piedra, los zarzales y todo lo que anda o se arrastra sobre y debajo de la tierra. Sus enseres de casa, si he de llamarlos así, son arcos y flechas; una piedra en lugar del cuchillo; un hueso o madero puntiagudo para sacar raíces; una concha de tortuga que hace las veces de canasta y de cuna; una tripa larga o vejiga para acarrear agua o llevarla durante el camino, y, finalmente, si la suerte ha sido benigna, un pedazo de tela tan rala como red de pescador y hecha de la fibra de maguey mencionada, o un cuero de gato montés para guardar o cargar las provisiones, los huaraches o cualesquier andrajos viejos y asquerosos.

Para extenderme un poco más sobre estos utensilios y bienes de los californios, debo decir que el bondadoso suelo viene a ser su mesa para banquetes y juegos, su sillón, su canapé y su consultorio, su gabinete y su alcoba; su cocina y su comedor. Las desiertas serranías y peñascos son sus cortinas y sus tapicerías; los zarzales, verdes o secos, y horribles espinares, son sus parques y vergeles, sus paseos y bulevares; los charcos y

aguas, siempre estancadas, les proporcionan enormes espejos y salones enteros de cristal.

En todo esto consisten los tesoros y riquezas de los californios, con los que pasan los días de su vida en perfecta salud, y con más grande sosiego, tranquilidad y buen humor, que miles y miles de hombres en Europa que nunca ven el fin de sus riquezas y que apenas pueden con las cuentas de sus monedas antiguas y modernas.

Es muy cierto que California tiene sus espinas, pero estas no molestan ni lastiman con tanta frecuencia, ni tan hondamente los pies de los californios, como aquellas otras que se guardan en los cofres de Europa y que desgarran los corazones de sus dueños, por medio de punzantes congojas, conforme a lo que está escrito en San Lucas 8, 14; sin tomar en cuenta las muchas heridas mortales que asestan, por medio de los abusos que se cometen con ellas. Así es que la extremada pobreza de los californios y la absoluta falta de todas las cosas que a nosotros nos parecen indispensables para la vida humana, nos dan una demostración, de ninguna manera despreciable, que nos enseña cómo la naturaleza se conforma con tan poco y cómo con tan poco puede uno mantenerse; y que, por tanto, no es la miseria, sino una opulencia inmoderada y un exceso de lujuria, las que han inventado miles de cosas, con cuyo valor, tántos indigentes podrían y deberían ser alimentados y arropados.

Todos los oficios y artes que sus antepasados podrían haber sabido, y a los que quizá estuvieron acostumbrados, así como también todas las herramientas cuyo uso podrían haber conocido, ya han caído en desuso y en olvido entre todos los americanos y, por consiguiente, también entre los californios. Arcos y flechas son los únicos cuyo uso y arte de elaborar, han quedado y se han conservado, porque todos tienen necesidad de estos útiles y han menester de su manejo para su defensa y su sustento.

Los arcos de los californios tienen más de una braza de alto, son poco curvos y, por lo general, se hacen de la raíz del sauce silvestre; tienen en el centro un grosor de cinco dedos, redondos, que poco a poco va reduciéndose hacia los dos extremos

puntiagudos. La cuerda o cordel, la hacen de tripa. Sus flechas son de carrizo común y corriente, que suelen enderezar perfectamente sobre la lumbre; tienen muy bien sus seis palmos de largo y en su extremo inferior se ve una muesca para el asiento de la cuerda, y tres o cuatro plumas del largo de un dedo, que no sobresalen mucho y que quedan embutidas en unas ranuras hechas a propósito. El otro extremo está provisto de una varita de madera pesada, de palmo y medio de largo, puntiaguda e inserta en la caña, en cuya punta queda comúnmente fijado todavía un pedazo de pedernal, de tres picos, como la lengua de la serpiente, y recortado como los dientes de una sierra.

Desde su infancia, se ejercitan en el arte de lanzar la flecha, y, por tanto, hay buenos tiradores entre ellos. Así resulta que toda la ciencia, trabajo y actividades de los californios del sexo masculino, consisten en la hechura de arcos y flechas que suelen llevar siempre consigo donde quiera que vayan. Las mujeres no saben otra cosa, ni trabajan, ni se ocupan de otra manera, que con la hechura de las mencionadas enaguillas para sí y para los suyos. En cuanto a la cocina, cada quién es su propio cocinero y todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, se dedican a guisar tan pronto como aprenden a andar y a atizar la lumbre. Cuando terminan de hacer las dos cosas mencionadas en líneas anteriores, todos, jóvenes y viejos de ambos sexos, no hacen otra cosa, ni pueden hacerla durante todo el día y durante todo el año, que buscar sus alimentos y comérselos, dormir, platicar y holgazanear; a menos que en las misiones que ahora se han fundado, haya alguna otra cosa que hacer.

DE LOS ALIMENTOS, ARTE CULINARIO Y GLOTONERÍA  
DE LOS CALIFORNIOS

**A**PESAR de lo árido del suelo de California, ningún californio se muere de hambre, sólo que sea un enfermo en el campo y lejos de la misión, ya que los sanos suelen preocuparse bien poco de los enfermos, aunque sean sus propios maridos, mujeres u otros parientes cercanos; o si se trata de una criatura que haya perdido prematuramente su madre, o a su padre también, porque en ese caso ocurre que no hay nadie que la atienda; algunas veces, ni su propio padre se interesa por su criatura o se presta para dispensarle el más insignificante servicio caritativo.

El que mantiene los pájaros del aire, (de los que cinco se compran por un real y que cultivan la tierra tan poco como los californios), El también se encarga de algunos millares de estos miserables que El ha redimido con su sangre y creado para el cielo, alimentándolos en un terreno cubierto de puras piedras y espinares. Los alimentos son malos, pero, en cambio, muy baratos, y los californios se crían con ellos sanos y se vuelven fuertes y llegan a viejos.

Pueden clasificarse estos alimentos y todos los manjares predilectos californianos, (los cuales todos crecen espontáneamente

y sin la intervención del hombre), en cuatro categorías. A la primera pertenecen ciertas raíces, y entre otras, la raíz que se llama yuca, que es el pan de todos los días de muchos americanos y no pocos españoles en la Isla de Cuba, pero que resulta poco abundante en California. En otras partes, se hace de ella una clase de pan; para el californio esto resultaría demasiado fastidioso, de modo que sólo la tuestan en la lumbre como si fuesen papas. También los he visto devorar las raíces de la juncia común, en estado crudo, tal como las sacaban del agua. Pero ante todo pertenece a esta categoría la raíz o, mejor dicho, el cogollo de los magueyes o áloes, de los que hay muchas clases en California, aunque no todos son buenos para comer, ni se encuentran tan a la mano, como quisieran los californios, pues en ocasiones hay que ir a buscarlos a muchas horas de distancia, porque sucede que en el lugar mismo, donde se da el maguey, no hay agua potable. También es muy fatigoso y pasa mucho tiempo, mientras están en condiciones de servirse en la mesa, como después explicaré mejor.

A la segunda categoría pertenecen ciertas clases de semillitas que penosamente juntan, hasta las del zacate seco, las cuales son más diminutas que la mostaza; luego ciertas leguminosas que se dan en zarzas y arbolitos, de las que probablemente hay más de 16 diferentes, como lo describe el P. Pícolo, pero bien poco contribuyen a llenar los graneros californianos; de modo que lo que un hombre puede juntar de estas semillas y leguminosas, durante un año entero, tal vez no llegue ni a doce fanegas.

Entre la tercera categoría se cuenta todo lo que es carne o tiene cierta semejanza con la carne y que proviene de animales vivos, como cuadrúpedos y aves, según las noticias que he dado en la parte primera; igual que, hoy día, perros y gatos, caballos, burros y mulas; también tecolotes, ratones y ratas, lagartijas y serpientes, murciélagos y acridios o grillos; cierta clase de orugas verdes y pelonas, del tamaño de un dedo, y un gusano blanco asqueroso, del largo y grueso del dedo pulgar que sólo

se encuentra, de vez en cuando, en la madera podrida y del que dicen que es de puro tocino.

El cuarto grupo consiste de muchas inmundicias y hasta de todo lo que pueda masticar una dentadura y digerir un estómago; por ejemplo, las hojas de los nopales, cierta clase de maderas tiernas y renuevos, cuero curtido y sin curtir, correas viejas de piel cruda, que por largos años habían servido para atar una cerca, u otra cosa cualquiera; idem lo que otra persona ya ha estado masticando largo rato en la boca y que después ha vuelto a arrojar; huesos de pájaros, de ovejas, chivos y becerros; idem carne y pescado, ya verdes de putridez y reavivados por los gusanos y que despiden una pestilencia insoportable; trigo y maíz crudos y enmohecidos; de todo esto saben sacar provecho los californios y todo esto les sirve de medicamento para el hambre negra.

Creo que en Europa no se echa nada a los puercos que no pudiese también ofrecerse a los californios, sin que corra uno riesgo de ofenderlos y sin que se diesen por mal atendidos. Por tal motivo, en California, a nadie se le ocurre limpiar el trigo o el maíz, que se cuece en grandes ollas para los indios, de los gusanos y escarabajitos negros, aunque hubiese de animalitos tantos como granos mismos.

Cierta vez me encontré con un anciano ciego, de unos setenta años, que estaba despedazando entre dos piedras, un zapato viejo hecho de cuero crudo de venado, y que se llenaba boca y estómago con los trozos duros y rasposos, a pesar de que ya tenía una hija grande y hasta una nieta de veinte años. Con unas doce cargas de salvado diarias, (el cual también comen crudo y seco), hubiera yo podido arraigar en la misión a toda mi gente, con excepción de la temporada de las pitahayas. Apenas se ha matado un buey o una vaca y el cuero ha sido extendido en el suelo para secarlo, cuando ya media docena de muchachos o adultos andan arrastrándose de hinojos sobre el, rascando, royendo y jalando a más no poder, con cuchillos, piedras y dientes; y sin más ni más, llevan el botín a la boca; y esto mientras que el cuero esté al aire libre y sin vigilancia o hasta que queden

sólo agujeros. En la Misión de San Ignacio y en otras que quedan más al Norte, hay gente que se traga doce o más veces el mismo trozo de carne, amarrado con un hilo, y doce veces lo vuelven a sacar, jalando del hilo, como se saca a un pescador de perlas del agua, para saborear la carne mejor y por más tiempo.

Aquí pido permiso hasta a mi más humilde lector, para agregar algo verdaderamente atroz y asqueroso, como quizá no se haya sabido nada parecido de ningún pueblo del mundo; lo relato porque es la mejor evidencia, no sólo de la miseria de los californios, sino también de su voracidad y de la inmundicia en que viven. En la primera parte de estas Noticias, capítulo seis, he hecho saber que las pitahayas encierran una gran cantidad de pequeñas semillas, como granos de pólvora, que el estómago, sin que sepa yo el porqué, no puede digerir y que las evacua intactas. Para aprovechar estos granitos, ellos juntan, en la época de las pitahayas, todos los (c. lic.) excrementos y recogen de ellos la mencionada semilla, tostándola y moliéndola para comérsela entre bromas; lo que llaman los españoles la segunda cosecha o la de repaso. Ahora, si esto lo hacen por necesidad, por glotonería o por amor a las pitahayas, me abstengo de decidir; es muy posible creer que sean los tres motivos los que los conducen a tal asquerosidad. Se me hizo difícil dar crédito al informe que sobre esto me dieron, pero he tenido que verlo varias veces y sé que no pueden, desgraciadamente, desistirse de esta costumbre muy arraigada, como tampoco de otras parecidas.

Sin embargo, siempre se han abstenido de la carne humana, en contraste a tantos otros americanos que hubieran podido prescindir de ella con mucho más facilidad, porque no sufren la misma carestía de alimentos de carne como los californios.

De todo esto resulta fácil imaginarse cómo los californios se pelearían por las migas sobrantes de la mesa de los ricos en Europa; sin embargo, yo no aconsejaría a nadie que las enviara a California, porque esto significaría propasarse. En Europa tampoco hacen falta los pobres, con quienes la gente acomodada

y adinerada tiene todos los días más que suficiente oportunidad de ejercitarse, como es su deber, en las obras de caridad. Además, resulta igual que este o el otro pobre reciba nuestras limosnas, porque es Cristo mismo quien las recibe en la persona del uno como del otro, según este pasaje de San Mateo 25, 40: Amen dico vobis, quam diu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis".

Aquí no hago saber nada de la bebida de los Californios. En el capítulo tres de la primera parte, el lector ya ha tenido noticias de sus preciosos vinos y bodegas, pero bendito sea Dios que no saben nada de otra bebida que no sea el agua, y que en su miserable país no tienen oportunidad, tal como se hace en muchas provincias de América, de preparar bebidas del maíz, del maguey o de otras plantas, porque los americanos sólo suelen beber estas cosas para emborracharse.

Hasta aquí, hemos hablado de los ingredientes de la cocina y despensa californianas; ahora es tiempo de decir algo también de su arte culinario. Los californios no saben nada de lo que en otras tierras se entiende por cocinar, guisar o asar; en parte, porque carecen de los trastos necesarios y de los conocimientos indispensables para fabricarlos; en parte, porque se les haría largo el tiempo si tuviesen que esperar tres o cuatro horas a que estuviera cocido o asado un pedazo de carne. Por eso, ellos queman, chamuscan y tuestan en la lumbre todo lo que no comen crudo. De modo que botan simplemente al centro de la lumbre, o a las flamas o sobre las brasas, la carne o el pescado, pájaros, serpientes, ratones o murciélagos, como si fuesen pedazos de leña; allí los dejan un cuarto de hora, humeando y sudando. El asado que resulta, está negro y quemado por fuera, crudo y chorreando sangre por dentro. Sin cuidado alguno, lo tiran al suelo arenoso o polvoroso, y allí lo dejan para que se enfríe; luego lo sacuden un poco y ya queda listo para el banquete. Todo lo que puede llamarse carne, según la definición que he dado en líneas anteriores, suele prepararse de la manera antes dicha, y sólo falta hacer notar que, antes de asar-



los, no acostumbran despellejar el ratón, ni destripar la rata, ni lavar los intestinos del ganado, ni limpiar los pedazos de carne que han quedado tirados entre las inmundicias.

Los californios, todo lo comen sin sal, aunque les sería fácil conseguirla; pero hay que tomar en cuenta, que no todos los días comen carne y que casi todos los días cambian su campamento, motivo por el cual les resultaría muy molesto cargar siempre con un almacén de sal, sólo para un caso fortuito.

El áloe o mezcal, como lo llaman los mexicanos y los españoles, necesita más tiempo y cuesta más trabajo prepararlo. Primero se quitan todas las pencas, y luego, los cogollos tienen que estarse asando algunas horas; en seguida, los californios los entierran, doce o veinte juntos, en un agujero muy hondo, y allí los cubren con cenizas y piedras calientes y tierra. Doce o catorce horas después, al día siguiente, sacan al muerto. Entonces, las cabezas de áloe, que antes estaban blancas, se han vuelto color de oro y muy tiernas. No es comida mala y varias veces me he servido de ella, sea por necesidad o en lugar de la fruta a la hora del postre; pero a los que no están acostumbrados a este manjar, les causa fácilmente un poco de diarrea y les deja la boca algo áspera durante varias horas.

En California, todo lo que no es asado de la manera descrita, se tuesta, mezclándolo con brasitas en una concha de tortuga o en una sartén que suelen tejer de la fibra de cierta planta y la que, durante el trabajo, levantan frecuentemente en alto, sacudiéndola con violencia. Lo que ha sido tostado, después es pulverizado entre dos piedras y metido a la boca sin humedecerlo y sin que piensen en tomar agua, mientras estén comiendo o hasta medio día después. De esta manera, los californios preparan todas las semillas y leguminosas, así como aquellas piezas de carne que, por diminutas, se perderían entre la leña o las brasas, como acridios, orugas verdes, gusanos de la madera y cosas parecidas, ya mencionadas antes. También los huesos se tuestan en la lumbré y luego se pulverizan. Pero la lumbré que necesitan para su cocina y para calentarse, no la obtienen con yesca y eslabón, sino la producen por medio de la fro-

tación de dos clases de madera: hacen girar un palo redondo con su extremo puntiagudo en un hoyito de otra madera muy seca, como un batidor de chocolate, hasta que, con el tiempo y a causa de la velocidad del movimiento, esta última pieza empieza a echar humo y se produce el fuego.

Los californios, para nada tienen una hora fija. Comen cuando tienen algo que comer y cuando les da la gana, la que raras veces suele faltarles. Nunca he preguntado a uno de ellos, (a pesar de que ví que su barriga estaba bien tiesa, como dicen ellos), que si tenía hambre y no ha habido ninguno que no haya contestado afirmativamente. Lo que menos acostumbran es, comer al medio día, porque ya a tempranas horas se encaminan para buscar provisiones y no regresan al hogar de donde han salido, sino hasta ya entrada la tarde o la noche, (si es que piensan volver a este mismo lugar, o a donde de otra manera se propongan establecer su posada). De modo que durante todo el día andan, vagando por aquí y por allá, buscando comida, y al medio día no tienen nada que masticar ni tiempo para prepararlo, porque no piensan en hacer economías para el día siguiente; y si por casualidad ha sobrado algo en la tarde, esto se lo tragan en la noche, si acaso despiertan o, si no, en la mañana, antes de dejar el campamento.

Pueden aguantar ellos el hambre mucho mejor y por más tiempo que otras gentes, pero también pueden, si les alcanza, banquetear mucho mejor que otras. Varias veces he querido comprarles un pedazo de carne de venado, cuando la piel estaba todavía enteramente fresca, pero siempre me ha tocado en suerte la contestación de que ya no quedaba nada; y esto, aunque yo sabía que el cazador había tenido muy poca ayuda para acabar con la tarea. Veinticinco libras de carne en veinticuatro horas para una persona — no puede decirse que sea demasiado, porque ver ante sí algo que se puede comer, es para un californio una tentación que sería un triunfo que raras veces logra llevar sobre sí mismo.

Uno de ellos había pedido a su misionero que le diera algunos chivos, para vivir "como la gente", como él se expresaba,

es decir, para establecer su casa, pastorear sus chivos y contribuir con la leche y la cría al sustento de su familia; pero no pasaron muchos días de la fecha en que los había regalado el misionero, cuando de los doce chivos ya no quedaba ningún chivito con vida. Un sacerdote, digno de toda confianza, que vivió en California por más de 30 años, frecuentemente me aseguraba, que había conocido a un californio que, de un jalón, se había echado al buche diez y siete sandías; \* y a otro, a quien un soldado, no sé por cuál adeudo, le había pagado con seis libras de azúcar sin clarificar. El californio se sentó al lado de la puerta, donde le había sido entregada la dulce prenda, y no aflojó hasta que, con sus pruebitas, había acabado, pieza por pieza, con todas las seis libras. Este pagó, en pocas horas, su tragantona con el pellejo, mientras que aquel otro pudo ser salvado de la muerte, por medio de cierto medicamento. Una tarde, se me llamó con urgencia para oír la confesión a tres o cuatro moribundos, pero me enteré, al llegar al lugar donde yacían en el suelo, que su enfermedad sólo consistía de dolores de estómago y vómitos, y luego me acordaba que esa misma mañana había sido repartida, en pago de ciertos trabajos, la carne de tres toros entre unas veintiséis y pico de personas. Así que pronto me dí cuenta del origen de la enfermedad, y, después de la bien merecida reprimenda, me regresé a mi casa.

\* Las sandías tienen el tamaño del melón común y corriente, son por fuera enteramente verdes, redondas o también ovaladas; tienen la carne color de rosa y semillas planas muy negras; y por dentro no están medio vacías como los melones.

## VI

## DE LOS MATRIMONIOS Y CRIANZA DE LOS NIÑOS

## ENTRE LOS CALIFORNIOS

UNA vez que los jóvenes californios encuentran un buen partido, no pierden tiempo en esperar la boda; es más, algunas veces piden con energía, sobre todo las muchachas, que el misionero les consiga un marido antes de alcanzar la edad que la ley exige para el matrimonio, o sean los doce años. No obstante, si he dicho "encuentran un buen partido", esto se refiere a los jóvenes de ambos sexos, porque la queja más común en todas las misiones, con excepción de una, era que el número de hombres superaba marcadamente al de las mujeres.

Poco hay que averiguar cuando se presenta una pareja para el casamiento, y poco se fija uno en la conducta o el carácter de la persona que está por recibir la bendición nupcial. Y realmente, para confesar la verdad, no pueden hacerse grandes distinciones entre ellos, ni escoger mucho, en cuanto a sus prendas del intelecto o del corazón. No sé si jamás alguien se ha casado en California, en cuya persona, sea novia o novio, haya sido posible descubrir algo de las cinco cualidades primera, segunda, cuarta y quinta del conocido verso latino: *Sit pia* etc. Con mucho más frecuencia se tropieza con el llamado *impedimentum*

*affinitatis*, por cuyo motivo, muchos matrimonios no llegan a realizarse, si no es que se les puede conceder el recurso de la dispensa. Pero en realidad, y haciendo a un lado todo esto, al casarse con quién sea, ellos tienen la certidumbre de casarse de todos modos con sus semejantes, en cuanto se refiere a inteligencia, virtudes, conducta y riquezas; por consiguiente, siempre cumplen con el precepto: *Si vis nubere, nube pari*.

Parece que no son muchos entre ellos los que contraen matrimonio con la finalidad para la que Dios lo ha consagrado. Lo que ellos buscan, es algo seguro, y, además, el hombre quiere tener su criada para poder darle órdenes, aunque este mando no es para tanto, ni la mujer lo toma muy a pecho.

No saben nada de arreglos entre parientes, ni de promesas entre novios, y mucho menos de capitulaciones o contratos entre consortes; quieren que se les case sin demora y sin las notificaciones ordinarias, con sólo haber manifestado su propósito al padre. Efectivamente, estas notificaciones resultan totalmente superfluas, porque jamás hay quien se oponga a un matrimonio. Ciertamente, se les da la bendición nupcial reglamentaria, conforme al rito de la iglesia católica, pero de su parte, se casan sin ceremonias, sin la presencia de sus padres o amistades, sin manifestaciones de regocijo y sin los consabidos festejos o banquetes, si no es que el misionero mismo les pague la *jura stolæ* con un pedazo de carne o un poco de maíz.

Siempre que yo los unía en matrimonio, costaba mucho trabajo que el novio aprendiera primero, cómo colocar en el dedo correspondiente el anillo de boda que yo tenía para estos casos, y, después, que efectivamente lo hiciera en el momento de la ceremonia. Tan pronto como terminaba este acto, el hombre se iba, v. g. al oriente y la mujer recién casada al poniente, para buscar sus alimentos, cada quien por su lado, como si esta fecha no tuviese más importancia para ellos que cualquiera otra, y sin volver a encontrarse durante todo el día; la causa de lo cual es, sin embargo, fácil de adivinar para uno que los conoce.

Así como lo hacen el primer día de su matrimonio, así lo hacen al día siguiente y siempre en lo de adelante, es decir, si-

guen vagando el hombre y la mujer por aquí y por allá, por donde a cada uno le venga en gana; por semanas no viven juntos, sin ponerse para ello de acuerdo, sin permiso mutuo. Con respecto a sus alimentos, el hombre no cuida de la mujer, ni la mujer del hombre, ni ninguno de los dos de sus hijos, si es que los tienen ya un poco crecidos. Los dos cónyuges comen lo que tengan, cuándo y dónde lo hallen, sin preocuparse de la otra parte ni de los hijos.

En los tiempos anteriores a la época en que recibieron el bautismo, cada hombre tomaba tantas mujeres como podía y como quería. No les importaba nada el cariño, ni la gravidez. Hace pocos años, se pudo averiguar que un hombre contaba a su propia hija entre sus esposas; por lo menos, así él mismo lo creía. También en aquellos tiempos se juntaban sin ceremonia alguna, y ni siquiera tenían en su idioma una palabra para "casar". Hoy, lo llaman, ingeniosamente, *Tikére undiri*, que quiere decir: chocar sus brazos o manos. Pero la palabra "marido" que sí tenían y que todavía usan, puede aplicarse, conforme a su sentido y etimología, a cualquier hombre que abusa de una mujer. En aquel entonces, nadie vivía sin cometer diariamente adulterio, y esto sin temor, ni vergüenza alguna, de modo que su vida conyugal no se parecía en nada a un verdadero matrimonio, pues en el fondo más bien era un negocio común a todos, y los celos constituían una bestia desconocida entre ellos, hasta el grado de que las diversas tribus vecindadas llegaban a visitarse frecuentemente entre sí, con el propósito único de pasar algunos días en una pública convivencia licenciosa, y en estas ocasiones, nada tenía precio para nadie. ¡Que Dios hubiera querido que nos hubiera sido posible desarraigar tales abusos, (después de haber bautizado y casado correctamente a una mujer con un hombre, según la Divina Ley y las usanzas cristianas), por medio de todas las prédicas y enseñanzas católicas; de todas las amonestaciones y exhortaciones, con amenazas y castigos, y suprimir tales excesos bestiales! Hay que tenerles compasión y no guardarles rencor, porque la tentación es grande, constante

y muy difícil para ellos rehuirla y, por el otro lado, para nosotros, evitarles la oportunidad.

Ya he informado, en el primer capítulo de esta segunda parte, lo necesario acerca del número tan reducido de los californios, pero si esta cifra tan baja, tiene su origen más bien en su esterilidad que en su modo desordenado de vivir, esto puede consultarlo el lector con Mr. Pluche, en su "Spectacle de la Nature". Es un hecho que muchas de sus mujeres no dan a luz nunca; otras que no son pocas, sólo una vez, y apenas unas cuantas entre cien o doscientas, ocho o más veces. Si esto último llega a acontecer, raras veces alcanzan uno o dos de los niños la mayor edad. A una mujer recién casada yo le bauticé, con el tiempo, siete niños, pero también enterré a los siete antes de que hubieran llegado a los 3 años, y recomendé a la misma mujer, al despedirme de ella, que procediera a preparar el entierro del octavo del cual estaba en cinta. Las personas solteras, grandes y chicas de ambos sexos, forman, por lo regular, un grupo mucho menos numeroso que el de las casadas y viudas.

El parto se facilita mucho a las mujeres californias. Por lo regular, dan a luz sin ayuda, y si su tiempo las sorprende lejos de la misión, ellas mismas traen sus criaturas, el mismo día y desde distancias de 2 ó más horas, para bautizarlas. En cambio, no es de extrañar que mueran tantos de sus niños antes de alcanzar la mayor edad, y aun más bien resultaría un milagro si viviesen largos años y si fuesen muy numerosos, pues, además de lo que al respecto dice Mr. Pluche en su citado libro, tan pronto como el pobre niño viene al mundo, no encuentra otra cuna que la dura tierra o una coraza de tortuga todavía más dura, en la que la madre lo carga, miserablemente envuelto, por todas partes donde vaya o corra. Frecuentemente, la madre, para poder emprender sus correrías más liviana y con menos estorbos, lo deja con una viejecita con lo que obliga a la criatura a quedarse en ayunas durante diez o más horas. Tan pronto como llega a la edad de unos cuantos meses, la madre

se lo echa, enteramente desnudo, a horcajadas sobre los hombros, de modo que el niño se ve obligado a aprender a cabalgar antes de poder pararse en sus propios pies. En esta postura, la madre anda vagando todo el día, en el calor y en el frío, bajo el sol abrasador y en medio de las tormentas. Hasta que el niño echa dientes, su único alimento es la leche de la madre; si esta falta o es insuficiente para satisfacer su hambre, resulta muy difícil encontrar a otra mujer que quiera realizar una obra de caridad con la criatura agonizante, aunque no falten mujeres que pudieran hacerlo. El caso es, en realidad, que a las mujeres californias, no les importa gran cosa la vida de sus hijos; y tal vez, hasta contenta queda la madre de poder deshacerse de la carga; con más razón, si ya tiene que cargar con uno o dos niños más, y porque, de todos modos, está segura de que sus bienes y los de su marido, no van a caer en manos de extraños. por lo menos, yo no he visto a muchas mujeres que se hayan mesado los cabellos a la muerte de sus criaturas, o que las hayan tratado con mucho cariño mientras vivían, aunque, a la hora de perderlas, se acostumbra un poco de llanto seco. El padre, o el marido de la mujer, es todavía mucho más apático, y ni siquiera echa una mirada al niño suyo, o, más propiamente dicho, al niño de sus mujeres, mientras está pequeño y menor de edad.

Nada hay que cause menos molestias o preocupaciones a los californios que la educación de sus hijos. Toda la crianza se concreta a alimentarlos mientras no sean capaces de buscarse su sustento por cuenta propia, es decir, el de desenterrar raíces, atrapar ratones y cazar serpientes. Una vez aprendido todo esto, y tan pronto como tengan las fuerzas suficientes para ello, resulta lo mismo para los jóvenes californios, tener padres que no tenerlos, porque pueden hacer lo que quieran o portarse de la manera que les convenga, pues de sus padres no tienen que esperar o temer ni enseñanza, ni advertencia, ni cuidado, ni castigo, ni órdenes, ni preceptos, ni mohinas, ni buen ejemplo. En vista de todo esto, los padres procederían en forma más consecuente, si dejaran de enojarse, o, por lo menos, si lo halla-

ran justo o lo aguantaran con paciencia, cuando uno de los hijos es castigado por la autoridad con unos cuantos azotes, aunque el crimen que haya cometido, resulte bastante grave. Lo que en estos casos sucede, es justamente lo contrario, pues, al aplicarse el castigo al hijo o a la hija, prorrumpen sus padres, sobre todo la madre, en lamentaciones, alaridos como de una furia infernal, se arrancan los cabellos, se golpean el pecho desnudo con una piedra y se hieren la cabeza con un hueso o madero puntiagudo, hasta que la sangre corre a torrentes; de lo que he sido testigo no sólo una vez.

Luego después, los hijos hacen todo lo que se les antoje respecto a cosas malas que han aprendido o visto prematuramente de otros de su misma edad o de personas mayores, sin que tengan que temer una reprimenda de parte de sus padres; aunque sea que estos los cojan in fraganti. Aquellos de estos niños que viven en la misión, andan, después de misa y catequismo, todo el día, y aquellos otros que viven en el campo, vagan semanas enteras, por donde y con quien quieren, sin ver la cara de sus padres por muchos días, y sin que estos se preocupen ni pregunten por ellos. En vista de tales condiciones, que el misionero no es capaz de remediar, no es difícil imaginarse qué frutos pueden rendir sus enseñanzas, exhortaciones y castigos.

¡Que Dios quiera iluminar aún más a los californios y que guarde a Europa de tal crianza de los niños, que, en parte, corre parejas con los planes que el infame soñador J. J. Rousseau ha ideado en su "Emile", así como con la moral de algunos filósofos modernos de la cofradía de los canallas! Quieren estos, que se dé rienda suelta a las pasiones e instintos y que no se empiece con la educación de los niños, en cuanto toca a la religión, la fé y el temor de Dios, antes de los dieciocho o veinte años. Lo que mirándolo bien y a la luz del día, quiere decir tanto como relegarla al olvido o, conforme a la bonita usanza de los californios, abandonarla por completo.

## VII

DE LAS ENFERMEDADES Y MEDICINAS DE LOS CALIFORNIOS;  
CÓMO MUEREN Y CÓMO SE ENTIERRAN

**A**PESAR de su mala alimentación y sus muchísimas penurias, los californios raras veces caen enfermos. Son, como ya he dicho, por regla general, gente fuerte, maciza y mucho más sana que miles de otros hombres, a quienes se sirve todos los días con abundancia lo que codicia su corazón y lo que alcanzan a prepararles los cocineros de París. Muy probable es que la mayoría de ellos, después de haber resistido el bárbaro trato de su niñez, alcanzarían una edad muy avanzada, si supieran moderarse en sus glotonerías, sus correrías, sus baños y en ciertas otras cosas, en las que acostumbran excederse.

Poco están expuestos a las enfermedades que se conocen en Europa y en donde sí hacen grandes estragos, con excepción de la tisis y de aquella enfermedad que fué transmitida de América a Nápoles y de allí a otros países. No se ve, ni se oye nada de gota, apoplejía, hidropesía, escalofríos, tifo, etc.

No tienen en su idioma la palabra "enfermedad", ni otras con las que podrían señalar ciertas enfermedades en concreto. Pero "estar enfermo" no lo llaman de otra manera que *atembâtie*, que es "echarse o estar acostado en el suelo", y esto, a pe-

sar de que todos los californios sanos, cuando no están efectivamente ocupados en comer o buscar su comida, también se acuestan o descansan en el suelo. Al preguntársele a un enfermo ¿qué te pasa?, comúnmente se recibe la contestación; me duele el pecho; y esto es todo.

Igual que sucede con todos los otros americanos, los californios deben la viruela negra a los europeos. Entre ellos, esta enfermedad resulta tan contagiosa como la más terrible peste. Un español que apenas se había aliviado de la viruela, regaló un pedazo de paño a un californio, y este jirón costó, en una pequeña misión y en sólo tres meses del año de 1763, la vida de más de 100 indios, sin contar los que se curaron gracias al infatigable empeño y los cuidados del misionero. Nadie se hubiera escapado del contagio, si el principal núcleo de ellos, al darse cuenta del contagio, no hubiera puesto pies en polvorosa, alejándose del hospital hasta una distancia más que suficientemente grande.

En Abril del mismo año de 1763, una mujer joven, sana y fuerte de mi misión, comenzó a tener terribles eructos del estómago y a través de la garganta. Transcurrían pocos minutos entre un eructo y el siguiente. Se oía el ruido a una distancia de 40 y más pasos y tenía una duración casi de medio minuto; parecía como si saliesen truenos del cuerpo. Sin embargo, la enferma siguió teniendo buen apetito y no se quejaba de nada, hasta que a los 8 días cayó al suelo y yo creía que iba a olvidar el levantarse de nuevo. Este ruido y estos truenos, este caerse y levantarse persistieron por casi tres años; después, la mujer empezó a enflaquecerse y el día 20 de Septiembre de 1766 fué enterrada. Pocos días después de haberse enfermado la muchacha, el mismo mal atacó al marido, (al que dejé, al abandonar California en el año 1766, sin esperanzas de que sobreviviera por mucho tiempo); a poco rato quedó contagiado el hermano de la mujer, luego la mujer de éste y finalmente algunos californios más, sobre todo del sexo femenino. Ni los misioneros con una experiencia de 30 años en California, tenían

recuerdos de otros casos de esta enfermedad tan extraordinaria, y según parece, contagiosa.

La paciencia de los californios es algo que realmente llama la atención. Apenas se les oye dar un suspiro, no importa que miserables y adoloridos estén echados en la tierra desnuda. Miran sus llagas y heridas sin espantarse y dejan cauterizarse u operar, y hasta ellos mismos se cortan la carne, cuando se les ha clavado una espina, como si fueren insensibles, o como si la operación se practicase en otra persona. Por lo demás el síntoma que por lo regular indica que la muerte se acerca, es cuando pierden el apetito.

Sus cirujanos y médicos de cabecera no tienen que estudiar mucho, y sus boticas siempre están vacías. No importa el estado que guarde el enfermo, la medicina que se le aplica, —si es que se deja,— siempre consiste en ligar fuertemente con un cordel o una soga, la parte del cuerpo que le duele, sea el pecho o la barriga, el pie o el brazo. De vez en cuando, se hace también uso de una especie de sangría, practicando con una piedra filosa unas cuantas pequeñas incisiones en cualquier parte del cuerpo y hasta en la cara misma o en los tumores. De estos rasguños sacan un poco de sangre para obligar a la enfermedad a emprender la retirada. Hoy día piden también, para cualquier clase de males, un poco de sebo con el que se untan el cuerpo, y rapé español, para dolores de cabeza y de ojos. Fuera de lo que acabo de enumerar, no tienen ni conocen ningún otro remedio, ni para mordeduras de víboras, ni para llagas, heridas u otras lesiones exteriores, ni mucho menos para males interiores. Y aunque hayan observado repetidas veces cómo el misionero aplicaba ciertos remedios caseros para curar ciertas enfermedades, nunca les cae en mente, por olvido o por negligencia, el servirse del mismo remedio en casos parecidos, ni en su propia persona, ni para sus paisanos, ni para sus parientes más cercanos, sino que vuelven siempre de nuevo a molestar al misionero.

Además de los dos mencionados remedios naturales todavía acostumbran acogerse a otro remedio sobrenatural que segura-

mente nunca ha curado a nadie. Es el caso que muchos entre ellos se las echan de curanderos, pero que, en el fondo, no son más que estafadores. Pero los indios son tan ingenuos que creen ciegamente en ellos, y en cuanto se sienten indispuestos, mandan llamar a uno, dos o más de estos bribones. Los charlatanes lamen y chupan al enfermo, y con un tubito le soplan un rato, hacen unas muecas, pronuncian unas frases entre dientes que ellos mismos no entienden y al fin, después de mucho jaldear y batallar, enseñan al enfermo un pedazo de pedernal u otra cosa, que han traído oculta, y anuncian que ahora ha quedado removida la causa del mal que no ha sido otra cosa que dicho pedernal, y que la raíz de la enfermedad ha sido arrancada del cuerpo por completo. Un buen día, dí su merecido a doce de estos embusteros, y todo el pueblo tuvo que prometerme que ya no haría caso de ellos en lo futuro, amenazándolo, en caso contrario, con no predicarle ya, etc. Pero apenas se enfermó, pocas semanas después, uno de los jefes de ellos, quien en primer lugar y en presencia de todos, me había dado su palabra de abjurar al diablo, luego mandó llamar al flautista para que cumpliera con su cometido.

Es de temerse que entre los que caen enfermos en el campo y no son llevados a la misión, haya algunos que sean enterrados vivos, especialmente cuando se trata de ancianos o de personas que tienen pocos parientes, pues acostumbran cavar la fosa dos o tres días antes que se aproxime la agonía del enfermo; parece que les es molesto quedarse sentados al lado de un viejo, aguardando su fin, ya que desde hace tiempo ya no sirve para nada o sólo les es un estorbo y que, de todos modos, ya no podrá seguir con vida. Conozco a una persona que resucitó, con una buena dosis de chocolate, a una muchacha que, según la usanza del país, ya estaba envuelta en un cuero de venado amarrada y lista para ser enterrada, y que después siguió viviendo por largos años. A una anciana ciega y enferma, los cargadores le retorcieron el pescuezo para no cargar con ella unas cuantas leguas más, hasta la misión. Otro individuo murió asfixiado, porque, para protegerlo de los mosquitos que nadie quiso ahuyentarle, le cubrieron de tal manera que le cor-

taron la respiración. El transporte de un enfermo se efectúa en una parihuela, construída con unos palos torcidos, la que en realidad resulta un verdadero caballete de martirio para toda clase de huesos que no sean exactamente de indios. En esta escalera amarran al enfermo, y entre dos hombres lo cargan caminando al trote.

Con respecto a su conciencia y a la eternidad, los californios, hasta donde he visto y sabido, se sienten perfectamente tranquilos durante su enfermedad, y mueren, como si el cielo no pudiera faltarles. Tan pronto como despiden el alma, se levanta una terrible gritería entre las mujeres que están presentes y entre todas las que no lo están, tan pronto como les llega la noticia. Pero a nadie se le nota un ojo húmedo, si no es a los parientes más cercanos, y todo resulta pura ceremonia.

¿Quién, pregunto, se imaginaría que algunos de entre ellos sienten horror y repugnancia ante la idea de ser enterrados conforme a la usanza católico-cristiana? Había yo observado que algunos hombres, todavía bastante fuertes aunque peligrosamente enfermos, no querían dejarse conducir o llevar a la misión, donde hubieran recibido mejor trato para el cuerpo y el alma. Pedí explicaciones y se me dijo que significaría burlarse de los muertos, si se les enterrase con el repique de las campanas, con canciones u otros ritos cristianos católicos.



*Eine Californerin .*

*Mujer Californiana.*

VIII

DEL CARÁCTER, COSTUMBRES Y NATURALEZA  
DE LOS CALIFORNIOS

POR regla general, puede decirse de los californios que son tontos, torpes, toscos, sucios, insolentes, ingratos, mentirosos, pillos, perezosos en extremo, grandes habladores y, en cuanto a su inteligencia y actividades, como quien dice, niños hasta la tumba; que son gente desorientada, desprevenida, irreflexiva e irresponsable; gente que para nada puede dominarse y que en todo siguen sus instintos naturales, igual a las bestias.

Pero a pesar de todo, ellos son seres humanos y verdaderos hijos de Adán, como todos los americanos, y no se han formado de tierra o de las piedras, como el musgo o las hierbas, (como quiere hacer entender cierto librepensador, más desvergonzado que todos los americanos juntos); yo, por lo menos, no he visto a ninguno formarse de tal manera, ni he oído nada auténtico acerca de esto. Ellos tienen razón e inteligencia como otra gente, y mi opinión es que, si se les mandara en su infancia a Europa, los niños a los seminarios colegios y las niñas a los conventos de monjas, progresarían en modales, virtudes, artes y ciencias, iguales a los europeos, porque así ya ha quedado demostrado en otras provincias americanas; que



su estupidez bestial no les es innata, sino que su inteligencia, poco a poco, llegaría a desarrollarse, al igual que sucede con otros niños, y que aumentaría con los años.

He conocido algunos entre ellos que aprendieron un oficio en poco tiempo y hasta observando simplemente el trabajo de los artesanos; pero también hubo otros que me parecieron, después de 12 y más años, mucho más irracionales que cuando los conocí al principio de mi presencia en su país. Por consiguiente, han recibido de Dios y la naturaleza sus dones y talentos, solo que estos, por falta de ejercicio, quedan enmohecidos y se enmohecen cada día más. Tal vez contribuye a este hecho, además de su modo bestial de vivir, el que, desde que nacen, llevan la cabeza siempre descubierta, no solo durante el frío de las noches, sino también bajo el bárbaro calor del día. Por eso, es más que cierto que son muy torpes, groseros y de una inteligencia muy lenta, y que cuesta gran trabajo, mucho tiempo y más paciencia, inculcarles la doctrina cristiana; que puede uno pronunciar ante ellos doce y más veces unas cuantas palabras, sin que sean capaces de reproducirlas o repetir las.

Aquí cabe citar lo que escribe el P. Charlevoix de los canadienses: que nadie debe hacerse ilusiones acerca de que un indio quede convencido, aunque dé por bueno lo que se le cuenta; a todo dice que sí y todo lo acepta, a pesar de que ni siquiera haya comprendido lo dicho ni haya pensado bien su contestación. Sólo lo hace por egoísmo o para complacer al misionero, o simplemente, por pura apatía o indolencia.

Su arte de contar y hacer cálculos sólo llega a seis, y entre algunos nada más hasta tres, así que nadie entre ellos sabe ni puede decir cuantos dedos tiene. La causa de esto estriba en el hecho de que no poseen nada que valga la pena de contar. Les importa bien poco que el año tenga seis o doce meses o el mes tres o treinta días, porque entre ellos siempre es día de fiesta o San Lunes. Tampoco les importa que tengan un niño o ninguno o dos o doce, porque doce ni les cuestan más ni les originan más trabajo que dos, y porque la herencia que corresponde a cada hijo, no disminuye en lo más mínimo por lo numeroso de

los hermanos; y así sucesivamente con todas las cosas. Y aun en el caso de que tengan interés en esto o en lo otro, sea mucho o poco, no les importa lo que sepan o puedan decir, qué mucho o qué poco realmente, porque no tienen que hacer cuentas ni son responsables ante nadie. Luego, lo que es más que seis, en su lengua se llama *mucho*, pero que si este *mucho* sea siete, o setenta, o setecientos, esto, que lo averigüe quien quiera o el padre confesor.

No es fácil que alguno de ellos confiese un crimen, si no es que se le coge infraganti, porque ellos no comprenden la evidencia de los argumentos y como una cosa resulta de la otra, y porque no les da vergüenza decir mentiras. Así se explica por qué aquel ladrón del pan no quiso confesar su segundo hurto: mientras él se comía dos panes, había escondido debajo de una piedra, la carta de su misionero, tapándole a ella por decirlo así los ojos, y pensando que la carta le había visto la primera vez y lo había denunciado ante el otro misionero, a quien, conforme al contenido de ella, tenía que llevar 4 panes.

En la Misión de San Borjas, el cura ordenó a sus californios que sembrasen de hojas y hierbas verdes el camino que iba a pisar para llevar la extremaunción a un enfermo. Los indios, nada perezosos, arrancaron con raíz y todo, las coles y lechugas y todo lo que tenía algo de verde en el jardín del misionero, y las tiraron en el camino.

Sin embargo, a pesar de su incapacidad y poca inteligencia, son muy ladinos, y con mucha frecuencia dan pruebas de una astucia perfecta: vender al misionero sus gallinas cuando empiezan a sentirse enfermos y luego no querer comer otra cosa más que gallinas, mientras le queda una al misionero en su gallinero; fingirse el prisionero moribundo y pedir los santos viáticos, para que, de mera compasión, se le quiten los grillos y poder escapar; robar de mil maneras al misionero y querer confesarse para que la sospecha no caiga en él, por haber dejado abierto el armario, y para que, durante su confesión, el compañero del ladrón tenga tiempo de cerrar la puerta; inventar una falsedad y producirla muy en serio ante el misionero, para hacer

fracasar un matrimonio y poder pasar la novia a otro; estas y otras cien son bribonadas que efectivamente me sucedieron y que comprueban que los californios no son bestias y que, si su egoísmo o las circunstancias lo piden, pueden también raciocinar cuerdamente.

Por un lado son temerarios y por el otro, miedosos y pusilánimes: sin vacilar, se encaraman en un Cardón, tan alto y tan débil que se bambolea bajo su peso; montan un caballo apenas amansado, sin silla y sin rienda, y montados corren de noche por caminos que a mí me daría miedo pasar de día; en un edificio en construcción, corren como gatos sobre andamios increíblemente frágiles; con un manojo de tule o sobre el delgado tronco de una palmera, se atreven a meterse mar adentro hasta distancia de 2 a 3 horas; en cambio, un tiro de escopeta los hace oívidarse de sus arcos y flechas, y media docena de soldados dominan varios cientos de californios.

Sentimientos de gratitud hacia sus bienhechores; respeto ante los superiores; consideraciones para sus padres, amigos o parientes; cortesía para el prójimo, todas estas son cosas desconocidas para ellos y no tienen en su vocabulario tampoco las palabras correspondientes. Ellos hablan con toda naturalidad y no acostumbran hacer caravanas, tengan delante quien sea. Aceptar un regalo y dar la media vuelta para reencaminarse, es para ellos la cosa más natural del mundo, si no es que logra uno, a duras penas, meterles en la cabeza las palabras en lengua castellana "Dios te lo pague" y la costumbre de inclinarse un poco.

Donde no hay honra, como suele decirse, allí no hay deshonra tampoco. Siempre me ha llamado la atención el hecho de que la palabra "iê", que significa "avergonzarse", se haya metido en su idioma, porque, por lo menos entre ellos mismos nunca se sonrojan, por vicio alguno que tengan. Quien haya matado al padre y a la madre, robado iglesias y cometido otros crímenes infames; quien haya sido también apaleado y cien veces expuesto en la picota por tales fechorías, este mismo entrará en la casa con la mirada arrogante, la frente serena y la cabeza

levantada en alto; entre sus paisanos no perderá el afecto, ni la estimación, ni el cariño de que antes ha gozado.

La indolencia, el mentir y el hurtar, estos son los tres vicios innatos y los tres pecados originales de ellos. No son los californios gente en cuya palabra se puede tener confianza. De un aliento, le dicen a uno seis veces sí y seis veces nó, sin sentirse avergonzados y sin darse cuenta ni siquiera de que se están contradiciendo. No trabajan absolutamente nada, y por nada en el mundo quieren preocuparse de lo que no es indispensable para saciar su hambre; y esto, sólo cuando ya la tienen encima o los esté amagando. Por consiguiente, cuando hay que hacer algún trabajo en la misión, nunca se hace nada si no anda uno tras ellos incesantemente y por todos lados. El resultado es que hay enfermos todos los días y hasta que no acaba la semana. Acostumbraba yo llamar el domingo día de los milagros, porque el domingo recobraban infaliblemente la salud todos los que durante la semana habían estado gravemente enfermos.

Los californios podrían mejorar su suerte mucho, si quisieran ser un poco más activos y laboriosos, porque hay lugares donde podrían sembrar unos puñados de maíz, algunas calabazas y un poco de algodón; también podrían tener sus pequeños rebaños de chivos u ovejas y hasta ganado mayor; con la piel de venado, que saben muy bien preparar, podrían hacer jubones y abrigos. Pero no hay que abrigar la esperanza de que lo hagan. No piensan comer palomas, si no les vienen volando, ya asadas, a la boca. Trabajar hoy y recoger el fruto de sus esfuerzos tres meses o medio año después les parece una idea inaguantable. En suma, los trigueños californios, primero se volverán blancos que cambiar sus costumbres y modo de vivir.

De su propensión al hurto, podrían llenarse tomos enteros. Oro y plata no corren peligro, pero todo lo que puede masticarse, sea crudo o cocido, y esté sobre o debajo de la tierra, a hora o a deshora, está ante ellos tan poco seguro como el ratón ante el gato y sólo hasta donde alcanza la vista del dueño. El pastor no respetará la vida del perro que se le ha confiado para la seguridad de sus chivos y ovejas. Un buen día, estaba yo

observando a mi cocinero, sin que él me notara, y pude ver cómo sacaba con la mano, pedazo tras pedazo de carne de la olla que estaba echando vaho sobre las brasas; de todos arrancaba un pedacito a mordiscos y los echaba de nuevo al trasto. Un magnífico caballo, que era indispensable para su dueño un misionero, y por el que hacía poco le habían ofrecido un alto precio, recibió, en pleno día, un flechazo en la barriga, apenas hacía quince minutos que el misionero se había alejado del lugar. En la carne de 19 cabezas de ganado que se sacrificaron en un mismo día en la misión, se encontraron debajo de la piel, más de 8 pedernales y puntas de flecha; los animales, una vez heridos, habían quebrado o se habían sacado las flechas, rasándose en las rocas o malezas. La comida o cena del misionero, ya sea en la cocina, ya en el mismo comedor, cuando éste es llamado fuera con urgencia; la ropa de los monaguillos, la provisión de hostias en la sacristía, nada está seguro con ellos y siempre corre peligro. Pero aun más debe extrañar a uno, que también echan mano de las cosas que no les sirven para nada, v. g., el jabón, porque no acostumbra lavar nada. Hasta tal extremo puede llevarse la propensión al hurto.

Los californios no admiran nada, ni sienten asco ante nada. Puede tener uno el ornato más hermoso y más rico del mundo, de puro oro y plata, y la gente lo mirará tan poco y expresará tan poco su admiración como si la tela fuera de lana y los galones de hilaza. Mucho más que los trabajos más finos de Milán o de Lyon, les gusta mirar un pedazo de carne. Por eso dijo aquel canadiense, cuando estuvo de regreso de la Vieja Francia a la Nueva, que lo que más le había gustado en París, habían sido las carnicerías.

En cambio, un trapo puede estar tan sucio y tan asqueroso como quiera, se lo ponen encima tan pronto como la temperatura lo exige, y no se lo quitan hasta que se les pudre en el cuerpo. Con nada malgastan su tiempo menos que con el adornarse y limpiarse. Un limpiachimeneas encontraría muchas veces en su pecho, espalda, manos y cara, suficiente mugre para abonar medio acre de remolacha. Agarran cualquier inmundicia sin de-

mostrar asco y como si fuesen rosas. Con las manos matan las arañas o echan a un lado a un sapo que les brinca encima.

Pero, que coman cierta clase de arañas que tiene las zancas del tamaño de un dedo, (y las cuales también son conocidas en Alemania), cuando las hallan juntas en grandes cantidades; que se metan al pico los (c. v.) piojos que quitan de la cabeza de otro; que las madres laman y traguen los mocos que salen de las narices de sus niños; todo esto lo he oído asegurar varias veces por sacerdotes muy dignos de confianza, pero no lo he visto personalmente; aunque sí he visto que cargan al medio día su masa de maíz en la misma concha de tortuga que apenas han lavado un poco después de haber sacado con ella, durante toda la mañana, el sirle del corral de mis ovejas y chivos.

Los californios son tremendos corredores. Con gusto les hubiera entregado mis tres caballos para que se los comiesen, si hubiera podido caminar a pie como ellos. Pero, en mis viajes, me cansaba yo siempre mucho más a caballo que ellos a pie. Ellos caminarán hoy veinte horas y mañana regresarán al lugar de donde salieron, sin demostrar mucho cansancio. Cierta vez, cuando se me ofreció un muchacho a acompañarme y yo le replicaba que el camino era largo y mi caballo fresco y que el asunto urgía, el me contestó sin chistar: "Tu caballo se cansará, pero yo no". Un buen día, hacia el fin de Diciembre, despaché a otro muchacho de 14 años de edad, para que fuera al amanecer, (que son las siete horas conforme al calendario californiano), a la misión vecina, situada a una distancia de unas seis horas. Le faltaban para llegar no más una hora y media, cuando el misionero, montado en una buena mula y ya en camino para visitarme ese mismo día, se encontró con el mismo muchacho, quien luego le entregó la carta que yo le mandaba. El muchacho regresó en seguida y llegó a mi casa, junto con el misionero, a las doce horas, de modo que en cinco horas había recorrido un camino de 9 horas.

Ahora, en cuanto a las costumbres y la conducta, con referencia al cristianismo, no me es posible elogiar gran cosa a los californios, entre los que he vivido 17 años, y a quienes, por

consiguiente, me ha sobrado tiempo de estudiar; al contrario, tengo que decir, con mi más grande aflicción, que no sólo muchos otros recursos de que me he servido, sino también la semilla misma de la Divina Palabra, han dado muy poco fruto entre ellos, pues, esta semilla caía en corazones que ya estaban endurecidos en el mal desde su más tierna infancia o desde los tiempos de su juventud, por la seducción y por el mal ejemplo. Ni el celo más ardoroso de los misioneros podrá ser suficiente para guardarlos de esta seducción. Las oportunidades para el mal, entre viejos y jóvenes, son innumerables y se presentan diariamente. Los padres mismos dan el ejemplo, y los soldados españoles, los pastores y unas cuantas pocas personas más que llegan al país de paso o para dedicarse a las minas o a la pesca de perlas, contribuyen mucho para aumentar el mal. Y en el corazón de los californios no existe ninguno de aquellos dispositivos humanos, ni ninguno de los motivos naturales o temporales que, en otras partes, contienen a la gente dentro de los confines de la honestidad y que, de esta manera, permiten la libre entrada y, por decirlo así, abren la senda a los motivos sobrenaturales y a la Gracia e Inspiraciones Divinas. Así es que los californios, en cuanto se refiere a esta materia, se conducen de una manera tan indescriptible que será mejor callarlo, conforme a los consejos del Apóstol a los Efesios, C. 5, v. 3.

En todos estos vicios y maldades, las mujeres no se portan mejor que los hombres; al contrario, tal vez los exceden en su desvergüenza y falta de devoción, formando así un contraste con todas las mujeres de todo el resto del mundo. Pero el lector no debería juzgar a todos los otros americanos bautizados, por lo que aquí se ha dicho y que aún se dirá de los malcriados californios. Aquí entre los salvajes de América, pasa lo mismo que en Europa, donde hay grandes diferencias de un lugar a otro, entre las cosas y entre los hombres.

Cuanto menos oportunidad hay en una región de inducir a los salvajes al trabajo y a una vida civilizada, tanto más difícil y tanto más raro resultará que haya entre ellos muchos buenos cristianos. Pero a pesar de todo, (y sin hacer mención de otros

muchos ejemplos, naciones o misiones), sólo la santidad de una Catarina Tekakovita, cuya tumba resplandece, por sus muchos milagros, en el Canadá, y la firmeza de muchos otros, también del sexo femenino, en los crueles martirios de la hoguera, en medio de los más bestiales iroqueses, nos deben ser prueba suficiente de que la semilla de la Divina Palabra y el sudor de los trabajadores evangélicos, no sólo dan fruto, sino fruto céntuplo, también en los campos más estériles de América y aun en las regiones más apartadas.

## DE CIERTAS COSTUMBRES Y MODOS DE VIVIR

### DE LOS CALIFORNIOS

Para no haber tenido los californios entre sí ninguna policía, ni gobierno, ni nada que se pareciera a una religión (lo cual se explicará detalladamente en este capítulo); pero, en cambio, si haber llevado siempre una vida verdaderamente bestial, no habrá aquí nada de extraordinario que informar a ciertos respecto a sus costumbres, motivo por el cual, luego que explicar al lector se conforma con algunas peticiones y varias maneras de vida indio, como una las que he podido observar en sus Iglesias.

En tiempos anteriores, perforaban con una varita perforada las perforas de las dos mejas a los costados de la boca del sexo masculino y seguían ensanchando paulatinamente estas agujeros por medio de huesos o pedruzcos de madera, que metían en ellos, de modo que algunos viejos resultaban con las orejas colgando casi hasta los hombros. Hoy en día ya han abandonado esta costumbre, pero, en cambio, siguen todavía con la antigua práctica de lavarse con la p. d. L. (L. L.) agua, lo que a veces se nota, cuando se acercan mucho a uno o en el confesionario. Lo hacen, en parte, por la escasez de agua, en parte, por indolencia, por ser demasiado perezosos para ir a buscarla, aun-

... En todos estos vicios y maldades, las mujeres no se portan mejor que los hombres; al contrario, tal vez los excedan en su desvergüenza y falta de devoción, formando así un contraste con todas las mujeres de todo el resto del mundo. Pero el lector no debería juzgar a todos los otros americanos bautizados por lo que aquí se ha dicho y que aún se dirá de los malditos californios. Aquí entre los salvajes de América, pasa lo mismo que en Europa, donde hay grandes diferencias de un lugar a otro, entre las cosas y entre los hombres.

... Cuanto menos oportunidad hay en una región de inducir a los salvajes al trabajo y a una vida civilizada, tanto más difícil y tanto más raro resultará que haya entre ellos muchos buenos cristianos. Pero a pesar de todo, (y sin hacer mención de otros

... En todos estos vicios y maldades, las mujeres no se portan mejor que los hombres; al contrario, tal vez los excedan en su desvergüenza y falta de devoción, formando así un contraste con todas las mujeres de todo el resto del mundo. Pero el lector no debería juzgar a todos los otros americanos bautizados por lo que aquí se ha dicho y que aún se dirá de los malditos californios. Aquí entre los salvajes de América, pasa lo mismo que en Europa, donde hay grandes diferencias de un lugar a otro, entre las cosas y entre los hombres.

... Cuanto menos oportunidad hay en una región de inducir a los salvajes al trabajo y a una vida civilizada, tanto más difícil y tanto más raro resultará que haya entre ellos muchos buenos cristianos. Pero a pesar de todo, (y sin hacer mención de otros

IX

DE CIERTAS COSTUMBRES Y MODO DE VIVIR DE LOS CALIFORNIOS

**P**OR no haber tenido los californios entre sí ninguna policía, ni gobierno, ni nada que se pareciera a una religión, (lo cual se explicará detalladamente en este capítulo); pero, en cambio, sí haber llevado siempre una vida verdaderamente bestial, no habrá aquí nada de extraordinario que informar o contar respecto a sus costumbres, motivo por el cual tengo que suplicar al lector se conforme con algunas pequeñeces y varias usanzas de otra índole, como son las que he podido observar en mis feligreses.

En tiempos anteriores, perforaban con una varita puntiaguda las perillas de las dos orejas a los recién nacidos del sexo masculino y seguían ensanchando paulatinamente estos agujeros por medio de huesos o pedazos de madera, que metían en ellos, de modo que algunos viejos resultaban con las orejas, colgándoles casi hasta los hombros. Hoy en día ya han abandonado esta costumbre, pero, en cambio, siguen todavía con la asquerosa práctica de lavarse con (c. p. d. Ud.) orina, lo que a veces se nota, cuando se acercan mucho a uno o en el confesonario. Lo hacen, en parte, por la escasez de agua, en parte, por indolencia, por ser demasiado perezosos para ir a buscarla, aun-

que la tengan cerca, o por parecerles a veces la temperatura muy fría.

No saben que es lo que realmente significa un año, ni dónde empezarlo, ni dónde terminarlo; por eso, cuando quieren decir, v. g., "hace un año" o "en este año", los californios de la lengua *guaicura*,\* entre los que yo vivía, tienen que decir "ya pasó un *Ambia* o "esta *Ambia*", lo que, en su idioma, significa pitahaya, (acerca de cuya fruta he informado en el sexto capítulo de la primera parte). Por consiguiente, "3 pitahayas" significa entre ellos tanto como 3 años; pero sólo raras veces se valen de esta frase, en virtud de que entre sí apenas hablan del año o de los años, porque solamente dicen "hace poco" o "hace mucho"; por eso, el tiempo transcurrido puede haber sido un año o veinte años, porque todo esto no les importa. De igual manera, tampoco hablan de meses, ni tienen palabra que indique "mes". Pero la semana, la llaman a veces *ambúja*, que es "casa" o "el lugar donde uno reside". Esta palabra la han dado a la iglesia por antonomasia: por tener que presentarse y quedarse cada tercera semana del mes en la misión y, por consiguiente, también en la iglesia, por eso llegaron a llamar la semana "casa" o "iglesia".

Los hombres se dejan crecer el cabello hasta los hombros, y las mujeres lo llevan mucho más corto y, en ciertas regiones, como los anabaptistas. Pero mientras guardan luto por un difunto, hombres y mujeres se lo cortan casi por completo. Antiguamente, el pelo cortado pertenecía a sus médicos y exorcistas, que lo usaban para fabricarse capotes de ceremonia y espantosas pelucas. Sus cuchillos y tijeras, no son más que piedras afiladas, con las que pueden cortar cañas, varas, pencas de áloe y también el pelo hasta la piel, o destripar y desollar al ganado. Con este mismo "bisturí" practican la sangría o la escarificación y suelen abrirse manos o pies para buscar una espina o astilla, haciéndose así campo para poder sacarla.

\* Nota del traductor: El autor escribe "gwaicuri" o, (dos veces), "gwaikuri". La he traducido con la palabra "guaicura" en la forma que siempre la usaron los autores españoles, pero sin modificaciones en el uso de sustantivos o adjetivos, o de singulares o plurales.

Los hombres cargan todo en la cabeza, pero las mujeres sostienen la carga con la frente por medio de un lazo, de modo que el bulto queda colgando en la espalda; para que este lazo no les corte la carne, colocan entre la frente y el lazo un pedazo de cuero de venado sin curtir; una buena parte de este cuero duro queda parado encima de la cabeza y, desde lejos, se asemeja mucho a un capacete o al tocado que hoy día acostumbran hacerse las mujeres europeas.

Cuando vienen a visitar a uno, cualquiera que sea el motivo, tienen la mala costumbre de no pronunciar palabra, y, al inquirir uno la causa de su llegada o el objeto de sus deseos, su primera contestación es invariablemente "*vâra*", que quiere decir "nada". Nunca le dan a uno los buenos días, ni saludan a nadie, porque esto tendría cierto sabor a urbanidad, de la cual poseen bien poca; y para la cual no tienen palabra, así como tampoco ninguna que signifique saludo o saludar. Pero si se les regaña o de otra manera se les dice algo que no les gusta, entonces escupen a un lado y frotan o rascan la tierra con el pie izquierdo, para manifestar su mal humor.

Mientras existía entre ellos la poligamia, acostumbraban casarse con todas las hermanas, si había varias en una familia. Durante cierto tiempo, el yerno tenía prohibido mirarles la cara a su suegra y a otras mujeres de respeto de la misma familia, y tenía que hacerse a un lado y esconderse en presencia de estas damas.

A pesar de que uno de ellos me dijo que, en tiempos anteriores, acostumbraban fracturar la espina dorsal a sus muertos antes de enterrarlos, y tirarlos a la fosa enroscados como una bola, con el pretexto de que, sin ejecutar esta bestialidad, los difuntos resucitarían; yo personalmente he visto varias veces que les ponían zapatos a los cadáveres antes de llevarlos a la tumba, lo que más bien parece indicar que trataban de arreglarlos para un viaje o una salida. Pero, preguntándoles el por qué de esta antigua costumbre, no saben qué contestar.

Los individuos que quieren patentizar su amor y su cariño hacia un difunto ante los parientes del muerto, sean su viuda o

viudo, su padre o su madre, su hermano o su hermana, preparan una emboscada en el lugar donde están acampados los dolientes o por donde tienen que pasar, y se acercan poco a poco, arrastrándose, mitad parados, mitad sentados, y entonan un lóbrego y lastimoso "Hu-hu-hu", es decir, un llanto seco, y se golpean la cabeza con piedras filosas y puntiagudas, hasta que la sangre les corre por los hombros. No quieren dejar esta costumbre bárbara, a pesar de habérsela prohibido yo repetidas veces. Hace pocos años, habiendo yo llegado a saber que nuevamente lo habían hecho después del entierro de cierta mujer, dejé la opción a los auto-verdugos, de someterse al castigo impuesto o de repetir la ceremonia en mi presencia. Ellos optaron por la repetición, y, en lugar de la farsa que había creído que era todo esto, muy pronto ví correr la sangre de las cabezas deshechas.

Antes, solían celebrar, y todavía celebran secretamente, muchos ritos y cultos supersticiosos con los muchachos púberes, muchachas casaderas, mujeres encinta, niños recién nacidos y parurientas, ritos de los que no me parece conveniente informar aquí.

También tienen sus canciones que llaman *ambéra didi*, y sus danzas que llaman *agénari*. Su canto sólo consiste en cuchicheos y exclamaciones inarticuladas, sin sentido preciso, que cada quien entona como le da la gana, para expresar su alegría y contento, porque ni su idioma, ni su inteligencia, permiten una verdadera poesía rimada. Y la danza que siempre acompaña a estas canciones, no es más que un extraño y absurdo gesticular, brincar y marchar; un ridículo caminar hacia adelante, hacia atrás y en círculos. Sin embargo, este modo de divertirse les da tanta satisfacción, que pasan una media noche y hasta noches enteras bailando sin cansarse. En esto imitan a los europeos entre los que hasta ahora ha habido más gente que se ha matado, bailando durante el carnaval o en otras ocasiones, que de aquellos que han muerto a causa de su mucho rezar o ayunar en la cuaresma.

Estas canciones y estas danzas causan a primera vista la impresión de algo muy inofensivo, pero en el fondo, dan oportu-

nidad a los más bestiales excesos, maldades y crímenes públicos, en gran número. Por tal motivo, les han sido prohibidas estrictamente, pero no es posible hacerlos desistir de ellas.

Siempre ha habido entre ellos brujos y hechiceros y todavía los hay, pero en verdad, les falta mucho para que merezcan este título. Hay evocadores y evocadoras del diablo, aunque nunca lo han visto; curanderos y curanderas de enfermedades que nunca curan; hacedores y hacedoras de pitahayas, aunque sólo son capaces de cogerlas y comerlas. En realidad, todos estos milagrosos y mujeres clarividentes no son otra cosa que una pandilla de tontos e ineptos, como los hay en todas partes, los que a veces se meten en una cueva, desde cuyo fondo hablan con la voz cambiada, para hacer creer a la gente que platican con quién sabe quién; que amenazan con hambres y enfermedades; que prometen ahuyentar o desviar la viruela negra u otras pestes. Anteriormente, cuando estos granujas y presumidos hacían su desfile, ceremoniosamente atados con sus trajes de gala, se presentaban cubiertos de largos capotes, trabajosamente compuestos de puro cabello humano. Había muchísimos de ellos, porque los misioneros los han quemado en grandes cantidades en todas las misiones nuevas. La intención de los embusteros era procurarse el sustento de balde, sin tener que buscarlo trabajosamente en el campo, pues la gente boba les regalaba todo lo que podían y lo mejor que hallaban, para tenerlos de buen humor y bien dispuestos. Hoy día, su influencia ya ha decrecido mucho, aunque los enfermos no dejan de confiar en ellos, como lo he hecho notar en páginas anteriores.

Por otra parte, he presenciado tan gran número de casos en que los californios fingieron caerse enfermos de gravedad y entrar en agonía de una manera repentina, para hacerse cargar como tales, desde muchas leguas de distancia hasta la misión, que casi podría enumerar este extraño gusto también como una de las costumbres de ellos. En la mayoría de los casos, esta clase de enfermos sanaron, de una manera igualmente repentina, propinándoles un buen caldo de palos. De los muchos casos que podría citar, mencionaré aquí no más a dos indios que sabían

desempeñar el papel de un hombre en agonía con tal perfección, que yo no tuve empacho en administrarles los Santos Oleos. Otro me dió un susto mayúsculo por querer tener a todo trance la viruela negra que, en la misión vecina, causaba efectivamente tremendos estragos, ocasionando al padre de ella por tres meses, día y noche, las más grandes fatigas y molestias, y obligándole a andar a caballo casi constantemente. Otro más, de nombre Clemente, también quería fingir que realmente iba a entregar el alma, pero, por casualidad, este Clemente nunca había visto a un hombre en agonía, (ni a su propia mujer, a quién yo enterré sin que estuviera presente el marido); en cambio, lo que sí había observado este hombre con frecuencia, eran vacas y bueyes, muriéndose por haberlos matado él con sus flechas; en consecuencia, se puso a desempeñar el papel de un animal de estos en agonía, con tanta naturalidad, sacando la lengua y lamándose los belfos, que mereció el sobrenombre de "Clemente Vaca", apodo que le ha quedado hasta la fecha.

El motivo de estas simulaciones y abominables mentiras deriva de su deseo de sustraerse al trabajo que detestan profundamente, pero que a veces resulta indispensable para su propio y exclusivo provecho, así como para esquivar algún castigo que hoy día se acostumbra imponer por crímenes graves.

Si algún delito es grave en extremo, la pena es decretada por el funcionario del rey, que simultáneamente es el capitán del escuadrón estacionado en California, pero si sólo se trata de faltas comunes, el cabo de los soldados que están estacionados en cada misión, es el encargado de imponer el castigo. Solamente el asesinato se purga con la muerte a ballestazos; en todos los otros casos, el criminal paga con cierto número de azotes que se le aplican con un chicote de cuero sobre la piel desnuda, o con grillos en los pies por unos días, semanas o meses. Los Papas Romanos han tenido a bien no someter a los americanos a las penas eclesiásticas. En cuanto a las multas en efectivo, puede decirse de los californios: al que no tiene, el rey le hace libre.

Cabría en este capítulo y sería oportuno informar, sobre to-

do, lo relacionado con su sistema gubernativo y sobre la religión de los californios que tenían en los tiempos anteriores a su cristianización. Pero de estas dos cosas no sé decir más que no entendían ni jota del uno ni de la otra; de manera que no tenían ni autoridades, ni policía, ni leyes; que no conocían ni ídolos, ni templos, ni cultos, ni ritos, ni nada que se les pareciera; que no adoraban el verdadero y único Dios, ni creían en falsos dioses. Y, en realidad, ¿qué autoridad puede existir, qué régimen puede haber, dónde todos son iguales; dónde nadie tiene más, ni puede tener más que su prójimo; dónde cada uno y todos juntos no poseen otra cosa que su cuerpo, su alma y su piel morena; dónde el niño, desde que sabe andar, ni siquiera obedece a sus padres, ni se siente impelido a obedecerles? De modo que, en aquellos tiempos, cada quien hacía lo que quería, no preguntaba a nadie, ni se preocupaba por nadie, y todos los vicios y crímenes, (en el supuesto caso de que consideraran algún acto como tal), quedaban enteramente impunes si no era que algún particular ofendido o sus parientes cobraban la cuenta o tomaban su venganza conforme al derecho del más fuerte. Sus tribus formaban todo menos comunidades o entidades, antes bien, representaban una manada de jabalíes, de los que cada uno suele correr gruñendo a dónde, cuándo y cómo le plazca; que se juntan hoy y se separan mañana, para juntarse de nuevo, tal vez, otro día; sin mando, ni jefe; sin cabeza, ni obediencia. En una palabra, ellos vivían, con la licencia de Uds., como si hubieran sido librepensadores o materialistas.

Donde no hay autoridad suprema, allí parece, no puede existir tampoco religión alguna, porque la religión exige que haya leyes y su aplicación. Este hecho es probablemente la causa de que todos los ilusos y ateos de nuestros tiempos profesen el mismo odio contra todo gobierno y autoridad, como contra toda religión; que no menos se atrevan a ultrajar la majestad, que burlarse de todo culto de Dios, y que con gusto verían, si las cosas se llevasen a tal extremo, que todo el mundo en Europa quedara al mismo bajo nivel que California, y que se fundasen, en lugar de los reinos, puras repúblicas californianas. Por su-



puesto, ningún hombre honrado envidiaría a estos señores su parentesco y confraternidad con una nación tan noble como fueron y aun son los gentiles californios, aunque hay que tener en cuenta que todavía los separa una enorme diferencia en lo que concierne a la religión: porque una cosa es, no saber nada de un Ser Supremo o no pensar en él a causa de pura negligencia y falta de reflexión, y otra cosa, el negar la existencia de este Ser Supremo y Eterno a base de pura maldad y razones ficticias que, a su vez, son el producto de meditaciones deliberadas.

Con mucho empeño he tratado de informarme con la gente entre la que yo vivía, y he hecho investigaciones por todas partes, para llegar a saber si antiguamente tenían una noción de Dios, o de su vida futura o de su alma, pero no pude hallar ni el más leve indicio de tales ciencias. Con esto concuerda perfectamente el hecho de que no poseen en su idioma, palabras ni para la una, ni para la otra cosa, de modo que las palabras españolas Dios y Alma tienen que sustituirlas. Realmente, no era de esperar otra cosa entre gente que sólo pensaba en comer y divertirse y que no acostumbraba meditar ni reflexionar en nada, que no miraban el sol, la luna, las estrellas y el resto del mundo, como no fuera a la manera que lo hacen las bestias; que, cuando algo les llamaba la atención por no tener relación directa con sus alimentos o diversiones, lo rechazaban bruscamente con un *aipekériri* que quiere decir "¿Quién sabe?" A mí también me mandaron siempre a paseo con un *vâra* o sea ¡No!, cuando les preguntaba algo de esto, v. g., si nunca habían pensado en quien podría haber hecho el sol o la luna, o quién los mantenía y regía.

El orden de lo que cada día hacían los gentiles, era siempre igual. En la noche, después de llenarse la barriga, solían acostarse o juntarse sentados para platicar hasta cansarse de tanta palabrería o hasta que ya no se les ocurría nada; en la mañana solían dormir hasta que el hambre o su glotonería los obligaba a levantarse, y una vez bien despiertos, reanudaban la tragan-tona (si es que les quedaba algo del día anterior), así como sus risas, pláticas y chistes. Después de esta oración matinal y con

el sol ya bien salido, los hombres agarraban sus arcos y flechas y las mujeres se acomodaban el yugo de la coraza de tortuga sobre la frente. Algunos iban a mano derecha, otros a mano izquierda; por acá seis, por allá cuatro; por acullá ocho o tal vez sólo una pareja, y, en fin, otros más, solitos. En el camino seguía la plática, las risas y los chistes. Se miraba a la redonda para cerciorarse si no quedaba a la vista un ratón, lagartija, serpiente, liebre o venado. Aquí se arrancaba una yuca u otra raíz, allá se cortaba media docena de cabezas de áloe. Luego, el grupo descansaba un rato, arrimándose, sentados o acostados, a una sombrita, si acaso la había, pero sin dar descanso a la lengua. Después, se levantaban de nuevo, se jugaba un poco o se entablaba una pequeña lucha para ver quién era el más fuerte o la más fuerte y quién podía derribar a su rival. Más tarde, se regresaba por el mismo camino o se seguía adelante por algunas horas más. Se hacía alto donde topaban con agua, se tostaba, quemaba, asaba o molía el botín del día. Se comía en medio de interminables pláticas, mientras quedaba algo o cabía algo en el estómago, y, finalmente, se entregaban al descanso, como el día anterior, platicando sobre cosas infantiles u obscenas. De este modo transcurría un día, un mes y todo el año, y siempre eran la comida, las niñerías, las bagatelas y toda clase de maldades, los temas de sus conversaciones y chismes. Y hoy día, el ritmo de su vida diaria es casi el mismo, si el misionero no logra imponerse para hacerlos trabajar en las misiones, en labores que de muchas maneras les resultan provechosas.

Bajo tales circunstancias, ¿cómo puede abrigarse la esperanza de encontrar siquiera un destello de religión en un pueblo que lleva una vida como la que acabo de describir? Ciertamente, entre los californios, se discutía el curso que había tomado un venado, mal herido con la flecha, al anochecer y cuyo rastro había que seguir la mañana del día siguiente, pero nunca se discutía el curso del sol u otros astros. De sus pitahayas solían hablar ya mucho antes de que maduraran, pero nunca soñaban o platicaban cuál podía ser el origen de las pitahayas, ni quién era su creador, ni se tomaban la molestia de meditar sobre ellas.

No ignoro que alguien ha escrito que en California, por lo menos en una tribu, se encontró cierto conocimiento de la Encarnación del Hijo de Dios y hasta de la Santísima Trinidad, pero, sabiendo yo, que tales conocimientos de los Misterios sólo pueden haberles sido enseñados por medio de la predicación del Evangelio, no me cabe la menor duda de que todo esto es un timo y una mentira de parte de los californios que, en estos últimos años, ya han sido enseñados y bautizados, y que lo dijeron únicamente con el propósito de lisonjear a su misionero. Los californios son maestros en esta clase de embustes y timos y nada escrupulosos en los medios; en cambio, es muy humano dejarse timar y engañar, sobre todo, mientras no se queda suficientemente escarmentado y no se han descubierto todas sus mañas. Probablemente, no ha habido nadie que haya vivido entre ellos, que no haya tenido la misma experiencia cientos de veces bajo circunstancias las más variadas. Si fuera necesario, yo mismo podría dar multitud de ejemplos para confirmar esto.

Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que significa un inmenso trabajo el querer sacar algo seguro de ellos por medio de preguntas o interrogatorios, pues acostumbran enredar el asunto de una manera tan infame con sus asquerosas mentiras, engaños y miles de evasivas; con su torpeza y distracción innatas y con sus interminables contradicciones, que la paciencia corre grave peligro al hacer tales investigaciones. Cierta vez, un misionero me pidió que tomara informes acerca de si fulano se había casado con la hermana de zutana, antes de su bautizo, el que había recibido mucho antes de llegar a la mayor edad. Con un sí o un no, la pregunta hubiera quedado contestada y el asunto terminado, pero se perdieron tres cuartos de hora en el interrogatorio, sin que se llegara al fondo del problema y sin conocerse la verdad. Asenté todo lo dicho por escrito y remití el acta al misionero, quien tampoco pudo sacar en claro si fulano había llevado o no a cabo su matrimonio con la hermana de zutano, lo cual da una ligera idea del estado de confusión y oscuridad que reina en la cholla de estos hotentotes californianos.

## X

## DEL IDIOMA DE LOS CALIFORNIOS

CON toda intención he dejado hasta el último lugar mi informe sobre este tema, para que el lector hubiera ya tenido oportunidad de familiarizarse, primero, con las características, las costumbres y otros aspectos de este pueblo y formarse así, más o menos, una idea de cómo debía ser su idioma. De esta manera, se sorprenderá menos y comprenderá con más facilidad que su modo de hablar corresponde perfectamente a su modo de vivir.

Es fácil imaginarse qué clase de lenguaje melindroso, rico en palabras y abundante en hermosas locuciones, puede hablar una nación que no tiene ni policía, ni religión, ni autoridad, ni leyes; que viven sin honra, sin vergüenza, sin ropa y sin habitaciones; una nación que no se ocupa en nada, que no habla, no piensa, no medita y no se preocupa más que de comer y de otras cosas características de las bestias; una nación que no lleva amistad, ni relaciones, ni comercio con nadie; que solamente consiste de unos cuantos cientos de almas y nunca sale de una estrecha faja de terreno, en cuyos confines no se ven más que espinas y piedras, animales salvajes y sabandijas.

De mi misión, se escapó un hombre de unos sesenta años, llevando consigo a su hijo, un muchacho de unos seis años. Por

mucho tiempo, los dos anduvieron prófugos y enteramente solos en los desiertos californianos. Al fin, después de cinco años, se logró dar con ellos y hacerlos regresar a la misión. Es fácil imaginarse qué uso deben haber hecho de su idioma estos dos ermitaños y qué sublimes problemas deben haber sido el tema de sus conversaciones, en su trato diario. A su regreso, el muchacho, que entonces tenía unos doce años, apenas supo pronunciar unas cuantas palabras; con excepción de agua, madera, lumbre, serpiente, ratón, etc., no conocía los nombres de las cosas, de modo que sus propios paisanos lo calificaron de "tonto y sordo Pablo", que era su nombre de pila. No andaría muy desatinado el que quisiera aplicar la historia de este muchacho a todo el pueblo.

En este capítulo hablaré exclusivamente de la lengua *guaicura* y no mencionaré para nada las otras cinco lenguas principales, ni el sinnúmero de sus dialectos que se hablan en la parte de California que hasta ahora ha sido descubierta. Estas cinco lenguas son las siguientes: la *laymóna*, de la región de Loreto; la *cotschimí*, de la misión de San Xavier y otras misiones hacia el Norte; la *utschití* y la *pericúa* en el Sur, y finalmente, la lengua todavía desconocida que hablan las tribus que el P. Linck ha encontrado durante su viaje. Con la ayuda de Dios me fue dado aprender el idioma de los indios *guaicura* hasta donde resultaba necesario. Puede decirse de ella que es en extremo salvaje y bárbara. Pero bajo este salvajismo y esta barbarie no hay que entender que es de una pronunciación dura o áspera, originada por aglomeración de muchas consonantes, porque esta clase de barbarismo no es una característica esencial e inherente de un idioma, sino más bien, por decirlo así, el aspecto exterior o una apreciación muy personal que le dan las personas que no entienden o no hablan justamente esa misma lengua y que, por eso, la llaman áspera. De esta manera, como es bien sabido, acusa el italiano o el francés al alemán, y, a su vez, el alemán al checo o al polaco, del barbarismo de su lengua, pero esto sólo hasta que el italiano o el francés pueden entenderse bien con el alemán y éste a su vez, con el polaco. Hecha

esta advertencia preliminar, y agregando todavía que las letras *O, F, G, L, X, Z* y también la *S*, (con excepción del sonido *tsch*\* son ciegas en el alfabeto *guaicura*, puedo reanudar el curso de mi tema y explicar en qué consiste el barbarismo de esta lengua:

1), ante todo, en una miserable y sorprendente falta de infinidad de palabras, sin las que fuera de creerse que es imposible, para seres racionales, hablarse entre sí y entablar una conversación, y aun más todavía, que alguien pueda enseñarles y predicarles la doctrina cristiana. En esta lengua no existen palabras para señalar las cosas que en seguida paso a enumerar: todo lo que no tiene cuerpo y que, por eso, no es perceptible para los sentidos o que puede ser visto o palpado; todas las emociones del corazón, las virtudes y vicios, (es decir, en su totalidad en cuanto se refiere a sustantivos; y con respecto a adjetivos, todos, con excepción de tres o cuatro que se le notan a uno en la cara, es decir: alegre, triste, indolente y furioso); todo lo que sirve para denominar las ideas que pertenecen a la vida en comunidad o sea la vida humana, razonada y urbana. De modo que se buscarían en vano en el diccionario *guaicura* palabras como las siguientes: *vida, muerte, temperatura, tiempo, frío, calor, mundo, lluvia, inteligencia, voluntad, memoria, conocimiento, honra, honorabilidad, consuelo, paz, riña, miembro, regocijo, impresión, sentimientos, amigo, amistad, verdad, honestidad, enemistad, fé, amor, esperanza, anhelo, ganas, odio, ira, gratitud, paciencia, ternura, envidia, empeño, virtud, vicio, belleza, figura, enfermedad, peligro, miedo, oportunidad, objeto, diversidad, castigo, duda, criado, señor, virgen, sentencia, sospecha, felicidad, bienaventurado, prudente, casto, honesto, inteligente, moderado, piadoso, obediente, rico, pobre, joven, viejo, agradable, gracioso, afable, medio, recio, hondo, redondo, contento, saludar, agradecer, castigar, callar, pasear, quejar, adorar, dudar, comprar, lisonjear, acariciar, perseguir, habitar, resollar, imaginar, holgazanear, insultar, confortar, vi-*

\* Vea la nota del traductor al pie de la página 133.

*vir* y miles de otras más, así como todos los sustantivos que en la lengua española terminan en —ez, —ia, —ión, —miento y —ad.

No tienen la palabra *vida*, ni en forma de sustantivo, ni en su correspondiente forma de verbo *vivir*, ni en su sentido natural, sino solamente el adjetivo *vivo*. No pueden decir *malicioso, estrecho, corto, lejos, poco, etc.*, si no es agregando la negación *ja* o *ra* a las palabras *bueno, ancho, largo, cercano y mucho*. Tienen palabras especiales que significan *hombre viejo, mujer vieja, muchacho joven, muchacha joven, etc.*, pero no conocen palabras para los adjetivos *viejo y joven*. Para distinguir todos los posibles matices de los colores, sólo disponen de cuatro palabras, de modo que no hacen diferencia entre amarillo y rojo, azul y verde, negro y moreno, blanco y cenizo.

Ahora, que vaya alguien y les dé una plática sobre los asuntos de Europa, o les traduzca un párrafo de la *Gazeta de Madrid*, (que de vez en cuando también llegaba a California, aunque con un retraso de un año o año y medio), o les eche un discurso panegírico sobre los santos; cómo han pisoteado la *vanidad de los honores*, abandonado *principados* y hasta *reinos enteros*, repartido sus *bienes* entre los *pobres*, *escogido* la *pobreza voluntaria*, *pasado largos años* en *penitencia rigurosísima*, *mortificado* los *sentidos*, *combatido* sus *inclinaciones*, *consagrando 8 horas y más* a la *oración* y a la *contemplación* de *las cosas divinas*, *odiado* el *mundo* y su *propia vida*, *vivido castos y humildes*, etc.; cómo han dormido en suelo, rechazado la carne y el vino, etc., Con respecto a lo primero, el pobre predicador tiene que callarse porque le faltan las palabras, y en cuanto a lo último, el californio podrá decirle que, desde que él es un ser humano, nunca ha dormido en una cama, que ni siquiera sabe qué cosa es pan, ni mucho menos, a qué sabe el vino o la cerveza, que él, con excepción de ratas y ratones apenas si conoce algo de carne, ni jamás la ha probado.

La causa de la falta de las palabras mencionadas y otras muchísimas más en el diccionario de los californios, deriva del hecho de que nunca hablaban de tales cosas entre sí y que

su modo de vivir que se identificaba perfectamente con el de las bestias, no implicaba la necesidad de crear tales conceptos. Por lo que toca a *calor y frío, lluvia o enfermedad*, simplemente se conformaban con decir: hace calor, llueve, fulano o zutano está enfermo, y nada más. Por ejemplo, frases como las siguientes: la enfermedad ha dejado muy maltrecho a fulano o zutano; el frío es más molesto que el calor, o, después de la lluvia viene el buen tiempo, son ciertamente muy simples y muy corrientes entre toda la gente del campo europeo, pero resultan infinitamente muy por encima de la capacidad, y por consiguiente también del lenguaje de los californios. El que quiera saber si los indios tienen esta palabra u otra, esta frase o aquella en su diccionario, que se ponga a reflexionar, si su propio modo de pensar está en concordancia con el modo de pensar, las ocupaciones diarias, la crianza o la educación de los niños de esos californios.

Las partes del cuerpo humano así como *padre, madre, hijo, hermano* y todos los otros parientes, además, *palabras o idioma*, aliento, dolor, camarada y muchas otras cosas, no las pueden expresar aisladamente, si no es, agregando el posesivo: *mi, tu, nuestro*, etc. De modo que sólo dicen: *Bedáre, edáre, tiáre, kepedáre*, etc., que quiere decir: mi, tu, su, nuestro padre, cuando se trata de hombres; y *bécue, écue, tícue, kepécue*, al hablar de mujeres. De igual manera: *mapà, etapà, tapà*, que es: mi, tu, su frente; *minamù, einamù, tinamù*, que es: mi, tu, su nariz; *betanía, etanía, tischanía*: \* mi, tu, su palabra; *menembeû, enembeû, tenembeû*: mi, tu, su dolor, etc. No hay californio alguno de la lengua *guaicura* que comprenda o sepa contestar, si se le preguntara, qué es lo que significa: *are, cue, tania, apà, namù y nembeû*, porque jamás han soñado, pensado o hablado del padre, de la frente, de la lengua o del dolor en general, por ejemplo, de los deberes de un padre, de una frente huraña o serena, baja o alta, de una nariz larga, chata o aguileña.

\* Nota del traductor: Probablemente, se trata de una errata, debiendo ser "titschanía".

2) Consiste también el barbarismo de la lengua *Guaicura* en la falta y pérdida de las preposiciones, conjunciones y pronombres relativos, con excepción de *déve* o *tipítscheû* que es: "por causa de", y *tina* que es "sobre". Para sustituir todas las otras preposiciones, como son: *fuera de, en, ante, por, con, para, contra, cerca de*, se contentan con *me, pe, te*, que todo es lo mismo y que, eventualmente, omiten también por completo. Las palabritas: *que, conque, pero, entonces, mientras, sino, pues, así, ni, sin embargo, por cierto como, sí*, son ciegas todas, como no menos el relativo *quien*, que es tan necesario y que, en otros idiomas se usa tan frecuentemente.

3). Consiste además en la pérdida de los comparativos y superlativos, y de las palabras *más* y *menos*; igualmente de todos los adverbios, tanto de aquellos que se derivan de adjetivos, como todos los otros, por ejemplo: tarde, temprano, enteramente, casi, etc. Conforme a esto, dicen en vez de: Pedro es más alto y tiene más que Pablo, *Pedro es alto y tiene mucho, Pablo no es grande y no tiene mucho*.

4). Igualmente, en la pérdida de los modos conjuntivo, imperativo y, antes que nada, optativo; igualmente, del verbo pasivo o del verbo recíproco, del que tanto se valen los españoles y franceses; igualmente, en la pérdida de las declinaciones y al mismo tiempo de los artículos el, la, lo, etc. Sus verbos no tienen más que un solo modo y tres tiempos, en virtud de que posponen a los verbos un *re* o *reke*, un *rujére*, *raupe*, *raúpere* o *rikiri*, en un *me* o un *meje* o un *éneme*. El verbo no sufre alteración, ni en las personas ni en el plural, aunque en algunos casos se le antepone, en el plural, la sílaba *ku*, o solamente *k*; en otros verbos se altera la primera sílaba o sólo el primer sonido en *ku*; por ejemplo: *piabakè* —reñir; *umutú* —pensar; *jake* —platicar; *kupiábake*, *kumutú*, *kuáke*, cuando hay muchos de estos rijosos, pensadores o habladores. Algunos de sus verbos tienen también un participio del pasado pasivo, v. g., *tschípake*, golpear; *tschípitschürre*, un golpeado, y *kutipaû*, en el plural. También transforman algunos sustantivos y adjetivos cuando quedan en el plural: *ánaï*, una mujer. *kánaï*, muje-

res; *entuditù*, rudo y también malo, *entuditámma*, cuando hay muchas de estas mujeres rudas y malas; *be* significa yo, a mí, mi y mío; *ei* es tu, a ti, ti y tuyo, y así sucesivamente en todos los pronombres y adjetivos posesivos. Pero también dicen: *becún* o *beticún*, *ecún* o *eiticún* para mío o tuyo, respectivamente. La conjunción *y*, la ponen siempre al final de la frase. No saben nada de metáforas, motivo por el cual, tuve que poner, en la Salutación Angélica, sencillamente *tu niño*, en lugar de *El Fruto de Tu Vientre*. En cambio, son muy listos para dar nombres a las cosas que antiguamente no habían visto, v. g., a la puerta llaman ahora *hocico*; al pan, *ligero*; al fierro, *pesado*; al vino, *agua mala*; a la carabina, *arco*; a las autoridades, *portadores de bastón*; al capitán español, *salvaje* o *cruel*; a los bueyes y vacas, *venado*; a los caballos y mulas *titschénu tschà*, que quiere decir: *hijo de una madre sabia*, y al misionero, cuando hablan con él o de él: *tià-pa-tù*, que es: *su casa en el Norte tiene*, o, en buen español, *hombre norteño*.

Para poder expresarse en una lengua tan salvaje y tan pobre, tan inhumana y torpe, el europeo tiene casi que fundirse de nuevo y hacerse medio californio pero para enseñar las verdades cristianas, hasta donde resulta indispensable, tiene que valerse de muchos circunloquios, que, algunas veces, cuando uno trata de volver a traducirlos al español, o a otro idioma europeo, suenan muy raros y hasta ridículos a los oídos y comprensión europeos. Por no parecerle, tal vez, desagradable al curioso lector, conocer una muestra de esta lengua galana, voy a anotar aquí algo del catecismo *guaicura*, es decir, el Padrenuestro y el Credo, agregando después una doble retraducción al español de ellos, y finalmente, apuntaré la conjugación completa del verbo *amukiki*, jugar.

#### El Padrenuestro en lengua GUAICURA

CON SU TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL, PALABRA POR PALABRA

<i>kepè</i>	<i>dàre</i>	<i>tekerekádatembà</i>	<i>daï</i>	<i>eï - rî</i>
Nuestro padre	tierra	encorvada	tú eres, a tí, oh, que	

akatuikè pu - me, tschakárrake pu - me ti tschie;  
 conocer todos querrán, alabar todos querrán gente y ;  
 ecùn gracia ri atúme catè tekerekádatembà tschie;  
 tuya gratia oh, que tendremos nosotros tierra encorvada y ;  
 eï - ri jebarrakéme ti pù jaúpe datembà pæ eï  
 a tí oh, que obedecerán hombres todos aquí tierra como te  
 jebarrakére, aëna kéa; kepecún búe kepe kên jatúpe  
 obedecen arriba están; nuestro alimento nos dé estos  
 untâiri; catè kuistcharrakè tæi tschie kepecun atacámara, pæ  
 días ; nos perdona tu y nuestro mal , como  
 kuitscharrakère catè tschie cávape atukiàra kepetujakè;  
 perdonamos nosotros también quienes mal nos hacen;  
 catè tikakambà tæi tschie, cuvumerà catè uë atukiàra;  
 nos ayuda tu y querremos no nosotros algo mal ;  
 kepe kakunjà pe atacára tschie. Amén.  
 nos proteje de males y . Amén.

## OTRA TRADUCCIÓN

Padre nuestro, tú estás en el cielo, oh, que toda la gente te conocerán y te alabarán! Oh, que tengamos tu gracia y el cielo! Oh, que te obedecerán todos los hombres aquí en este mundo, como te obedecen los que están arriba. Dános nuestro alimento en este día; y perdónanos nuestras maldades, como nosotros también perdonamos a los, ellos nos hacen mal; y ayúdanos que no queremos nada malo; y protéjenos del mal.

## LOS DOCE ARTÍCULOS DEL CREDO

CON SU TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL, PALABRA POR PALABRA

irimánjure pè Dios tiare urei-pu-puduéne tâupe  
 Yo creo en Dios su padre hacer todo pudiendo éste  
 me buarà uretirikiri tekerekádatembà atembà tschie.  
 de nada hecho ha tierra encorvada tierra y .  
 irimánjure tschie pe Jesu Cristo titschánu íbe te tiare éte  
 yo creo y en Jesu Cristo su hijo solo su padre se

punjére pe Espiritu Santo, pedára tschie me Santa María  
 hecho por Espiritu Santo, nacido y de Santa María  
 virgen. irimánjure tschie, tâu-vérepe Jesu Cristo hibitscheri-  
 virgen. yo creo y , este mismo Jesu Cristo ha su-  
 kiri tenembeû apánne iebitschéne témme pe judea Pontio  
 frido su dolor grande mandando estando en Judea Pontio  
 Pilato; kutikürre rikiri tina cruz, pibikiri, kejenjûta  
 Pilato; extendido estado sobre cruz, ha muerto, bajo tierra  
 rikiri tschie; keritschéü atembà búnju; me akúnju untâiri  
 enterrado y ; ido abajo tierra abajo; tres días  
 tipè - tschtschutipè rikiri; tschukiti tekerekádatembà, penekà  
 vivo de nuevo estuvo; ido arriba tierra encorvada sienta  
 tschie me titschuketà te Dios tiare urei - pu - puduéne.  
 y su mano derecha Dios su padre hacer todo pudiendo.  
 aipùreve tenkie uteüri-ku-méje atacámma atacámmara ti  
 De allá pago dar vendrá buenos malos hombres  
 tschie. irimánjure pe Espiritu Santo; irimánjure epî Santa Iglesia  
 también. Yo creo en Espiritu Santo; yo creo hay Santa Iglesia  
 católica, Comunión te kunjukaráü ti tschie. irimánjure  
 católica, Comunión lavados gente también. yo creo  
 kuitscharakéme Dios kumbáte - didi - re, kutëve-didi-re ti  
 perdonará Dios odiar bien , confesar bien hombres  
 tschie kicún atacámmara pánne. . pù . irimánjure tschie tipè  
 y sus maldades grandes todas. Yo creo también viva  
 tschetschutipé me tibikiu ti pù; enjème tipe dæi  
 otra vez estará muerta gente toda; entonces viva siempre  
 méje tucáva tschie. Amén.  
 estará ella y . Amén.

## OTRA TRADUCCIÓN

Yo creo en Dios Padre todo hacer pudiendo, éste ha de na-  
 da hecho el cielo y la tierra. Yo creo también en Jesu Cristo  
 su único hijo del padre, ha sido hecho hombre por el Espiritu  
 Santo, ha nacido de María la Virgen. Creo también, este mis-

mo Jesu Cristo sufrió grande dolor mandando estando en Judea Poncio Pilato; estuvo extendido sobre la cruz, murió y fue enterrado; bajó debajo de la tierra, volvió a estar vivo a los tres días; se fue arriba, al cielo; está sentado a mano derecha de Dios su Padre, que todo puede hacer. Vendrá de allá para dar pago a los buenos y a los malos. Creo en el Espíritu Santo; creo hay una Santa Iglesia Católica, Comunión de los bautizados. Creo, perdonará Dios a aquellos hombres que todas grandes maldades bien odian y bien confiesan. Creo también, todos los hombres muertos volverán a vivir, y entonces estarán vivos para siempre. Amén.

Acerca de estas oraciones, el Padrenuestro y el Credo, así como de sus respectivas traducciones, hay que observar:

1), que en la primera interpretación que se encuentra inmediatamente debajo del texto californiano, se ha puesto en español palabra por palabra, o casi sílaba por sílaba, lo que seguramente suena mal a los oídos españoles y parecerá absurdo a todo europeo; la segunda traducción ya suena un poco mejor y puede dejarse oír; pero hay que tener presente que el texto californiano suena muy bien al oído y así lo entiende la cabeza de los californios y la de los que hablan su idioma, sea que ya estén acostumbrados desde su niñez o por medio de una práctica de largos años, a este estilo un tanto extraño e incongruente por la supresión de los pronombres relativos, preposiciones, etc.

2), que los californios no tienen en su idioma palabra alguna para expresar lo siguiente: santo, iglesia, dios, espíritu, comunidad, merced, voluntad, cruz, virgen, nombre, infierno, imperio, pan, culpa, tentación, creador, indulgencia o perdón, vida, resurrección, acontecer, diario, señor, todopoderoso, tercer, etc. Por tal motivo, hubo necesidad de hacer uso de las mismas palabras españolas, para evitar circunlocuciones muy amplias y difíciles de entender; en otras partes, se han puesto en el texto, de una buena vez, los circunloquios mismos, pues, así resultaba más sencillo y con menos rodeos la frase; en algunos otros casos, se han llegado a suprimir tales palabras por completo, cuando era posible hacerlo sin menoscabo de la idea a expresar o debido a

no hallar un sustituto equivalente. Así se ha hecho, v. g., con las palabras *diario* en el Padrenuestro y *señor* en el Credo.

3), que resultó imposible poner "vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos", porque los californios no comprenden el sentido moral o teológico de tales o parecidas palabras. Tampoco pudo decirse que la *carne* resucitará, porque bajo la palabra "carne" no entienden otra cosa que venados y vacas; se ríen cuando se les dice que el hombre también es de carne o que tiene carne. Al poner que la carne resucitaría, la consecuencia hubiera sido que creyesen que los venados y el ganado volverían también a la vida, el día del juicio.

4), que comúnmente, los californios *guaicura* llaman al cielo *aëna*, que es *arriba*, o también, pero más raras veces, *tekerékádatembà*, que no quiere decir otra cosa que *tierra* o *región curva* o *encorvada*, en vista de que el firmamento se parece a una bóveda o arco. Al infierno, por otra parte, se les ha enseñado a llamarlo la *lumbre que no se apaga*, aunque este circunloquio no sirve en el sexto artículo del Credo, como no sea para los calvinistas, conforme a la blasfemia que escribió Calvino L. 2. inst. c. 16. inc. 10.

#### CONJUGACIÓN COMPLETA DEL VERBO:

*amukiri*, JUGAR.

Presente

<i>Singular</i>	yo	<i>bè</i>	} yo juego, etc. <i>amukirire</i>
	tú	<i>eï</i>	
	él	<i>rutâu</i>	
<i>Plural</i>	nosotros	<i>catè</i>	} nosotros jugamos, etc. <i>amukirire</i>
	vosotros	<i>petè</i>	
	ellos	<i>tucáva</i>	

Pretérito

<i>Singular</i>	yo	<i>bè</i>	} jugué (he jugado), etc. <i>amukiri-rikiri</i> o <i>-rujére</i> o <i>-râupe</i> o <i>-râúpere</i>
	tú	<i>eï</i>	
	él	<i>rutau</i>	

<i>Plural</i>	nosotros	<i>catè</i>	} jugamos (hemos jugado), etc. <i>amukiri-rikiri</i> o <i>-rujere</i> etc.
	vosotros	<i>petè</i>	
	ellos	<i>tucáva</i>	

Futuro

<i>Singular</i>	yo	<i>bè</i>	} jugaré, etc. <i>amukiri-me</i> o <i>-méje</i> o <i>-éneme</i>
	tú	<i>eï</i>	
	él	<i>rutau</i>	

<i>Plural</i>	nosotros	<i>catè</i>	} jugaremos, etc. <i>amukiri-mè</i> o <i>-méje</i> o <i>-enneme</i>
	vosotros	<i>petè</i>	
	ellos	<i>tucáva</i>	

Imperativo

<i>Singular</i>	<i>amukiri tei</i>	¡juega!
<i>Plural</i>	<i>amukiri tu</i>	¡jugad!

Optativo

<i>Singular</i>	yo	<i>be-ri</i>	} <i>amukiririkirikára!</i> o <i>amukirirujerára!</i>
	tú	<i>eï-ri</i>	
	él	<i>rutau-ri</i>	
<i>Plural</i>	nosotros	<i>cate-ri</i>	
	vosotros	<i>pete-ri</i>	
	ellos	<i>tucava-ri</i>	

TERCERA PARTE

DE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A CALIFORNIA E INTRODUCCION DE LA FE CRISTIANA; DE LAS MISIONES Y OTRAS COSAS ANEXAS

Este libro es el resultado de un trabajo que se ha hecho en el archivo de la Biblioteca Nacional de España, y que se publica en virtud de un convenio celebrado entre el Gobierno de España y el Gobierno de los Estados Unidos de América. El presente libro es el resultado de un trabajo que se ha hecho en el archivo de la Biblioteca Nacional de España, y que se publica en virtud de un convenio celebrado entre el Gobierno de España y el Gobierno de los Estados Unidos de América. El presente libro es el resultado de un trabajo que se ha hecho en el archivo de la Biblioteca Nacional de España, y que se publica en virtud de un convenio celebrado entre el Gobierno de España y el Gobierno de los Estados Unidos de América.



		Pasado	
Singular	yo	é	é
	tú	í	í
	él	atá	atá
Plural	nosotros	atá	atá
	vosotros	atá	atá
	ellos	atá	atá

TERCERA PARTE

		Imperativo	
Singular	yo	é	é
	tú	í	í
Plural	nosotros	atá	atá
	ellos	atá	atá

		Optativo	
Singular	yo	he-ri	amukiririkirirá
	tú	á-ri	o
	él	ruim-ri	amukirirujerá?
Plural	nosotros	atá-ri	Plegue a Dios que ya, tú, etc.,
	vosotros	atá-ri	nosotros, vosotros, etc., no os
	ellos	atá-ri	hiera, etc., pagad!

I

EXPEDICIONES INFRUCTUOSAS DE LOS ESPAÑOLES A CALIFORNIA. EL P. SALVATIERRA, UN JESUÍTA, PONE PIE FIRME EN ELLA Y FUNDA LA MISIÓN DE LORETO.

PARECE fuera de toda duda que la única finalidad de la Divina Providencia en la localización del camino a las Indias Orientales alrededor del Cabo de Buena Esperanza y en el descubrimiento del cuarto Continente, fue la expansión de la Fé Cristiana y la eterna salvación de tantos gentiles en Oriente y Occidente. Porque, en realidad, y como ya solía decir Santa Teresa, esta localización y descubrimiento, han causado a los europeos más perjuicios que provechos. Muchos perecen en la India, que hubieran podido vivir perfectamente bien, como en los tiempos anteriores, sin las mercaderías y sin la plata u oro que nos llegan de allá y que sólo sirven para mayor lujo y mayor voluptuosidad. Pero todas estas cosas no han sido más que el señuelo o carnaza, con los que la Providencia ha atraído a las naciones extranjeras hacia el Nuevo Mundo, y éstas, ciertamente, no han escatimado esfuerzos, sobre todo en América, para encontrar tales riquezas. No hubo océano que no hayan cruzado, ni río que no hayan pasado, ni rincón que no hayan estudiado o escudriñado cuidadosamente en el primer siglo de su dominación.

Debido a este afán incansable de buscar y encontrar nuevos tesoros en tierras nuevas, la pobre California no pudo quedarse oculta por mucho tiempo. El conquistador del país y de la Capital de México, Hernán Cortés, quiso también ser, él mismo, el conquistador de California, después de haber enviado a este país, en la tercera década del siglo XVI, a varias personas que sufrieron todas un fracaso completo. El personalmente, tuvo mejor suerte que sus comisionados, aunque sólo en el sentido de que pudo salvar su pellejo, llegando nuevamente a Acapulco. Después de Cortés, más de una decena de españoles trataron, uno tras otro y casi hasta fines del siglo pasado, —algunos a expensas del rey y otros por cuenta propia— de someter California a la corona española. Pero todos los esfuerzos y gastos resultaron infructuosos, todas las empresas fracasaron, debido, más bien, a la aridez y sequedad de la tierra, (según hemos descrito en la primera parte de estas Noticias), que a la resistencia que encontraron los españoles de parte de los habitantes, aunque algunas veces hubo también cráneos descalabrados, porque los californios estaban exasperados en contra de toda la nación española, a causa de la mala conducta y el infame modo de proceder de muchos pescadores de perlas que habían provocado su ira.

Pensaban los españoles que en California encontrarían no sólo vetas ricas de oro y plata, sino también buenas tierras para vivir y para producir su sustento. Pero, al no dar ni con lo uno, ni con lo otro, y viéndose obligados a mantenerse únicamente con lo que habían traído en sus barcos, todos se desconcertaban y emprendían el regreso al poco tiempo. El asunto llegó a tal extremo que la Real Audiencia de México declaró a California como país inconquistable, y que nadie volviera a pensar en ella. En consecuencia, se desechó en México la proposición de un tal Francisco Luzenilla, quien, bajo el gobierno de Carlos II, quiso aventurarse en otra empresa para ir a California, a costa suya y sin perjudicar las arcas reales en lo más mínimo.

Entre los participantes de una de estas expediciones de los españoles para conquistar California, que se emprendieron du-

rante la penúltima década del siglo pasado, se encontraba el P. Eusebio Kino, un jesuita y misionero en Sonora, antiguo profesor de matemáticas en Ingolstadt,\* a quien la conquista del país no le parecía ni imposible ni muy difícil, con sólo que se tuviese en mente la eterna salvación de los californios y que se llevasen ante todo, unas buenas provisiones de paciencia, benevolencia y perseverancia.

En la misma época vivió el P. Juan María Salvatierra, jesuita milanés, de noble alcurnia, y anteriormente misionero entre los Tarahumaras, Superior Titular de todas las misiones y, más tarde, Provincial de la provincia jesuita de la Nueva España o México. Salvatierra era un hombre de profunda y reconocida devoción, de carácter enérgico, de no pequeña humildad, paciencia y benevolencia, y que, además, tenía un cuerpo sano y robusto, así como grandes fuerzas físicas, de todo lo cual dió múltiples pruebas, como puede leerse en la historia de su vida, ya publicada. Cuando este hombre, en el desempeño de su cargo, fué a visitar las misiones de Sonora, el P. Kino habló largamente con él acerca de California. Los dos suspiraban por este país y cada uno de los dos anhelaba dar principio allá a la obra misionera y la conversión de los californios. Pero este honor, Dios sólo lo dejó reservado al P. Salvatierra, quien, después de vencer mucha resistencia, tanto de parte de sus Superiores como de parte de la Real Audiencia y del Virrey de México; después de muchas súplicas, peticiones y pérdidas de tiempo, consiguió de ambas partes el permiso para trasladarse a California, aunque bajo la condición puesta de parte del Virrey, de que toda la empresa se organizara a expensas del padre mismo, sin que pudiera abrigar la esperanza de recibir ayuda de las cajas reales, ni autorización de exigirla en lo futuro. Salvatierra no tenía absolutamente nada, salvo algunos buenos amigos, su carácter fuerte y su confianza en Dios. Y Dios no lo abandonó, atrayendo hacia él no pocos caritativos, que querían tener parte en una obra tan santa. Entre otros, un sacerdote secular de Querétaro, de nombre Juan Cavallero y Ozio, le dió

\* Antigua ciudad de la región sur de Baviera, Alemania. (N. del T.).

no menos de 20,000 pesos fuertes o sean 40,000 florines renanos, añadiendo todavía la promesa de querer honrar todas las letras de cambio que Salvatierra extendiera a su cargo y pagarlas debidamente. Un caballero rico de Acapulco, Gil de la Sierpe, le prestó, fuera de otras dádivas, una pequeña galeota, y le regaló otra embarcación pequeña.

Después de reclutar a 5 soldados y a unas cuantas personas más que pudiesen ayudar en algo, de embarcar maíz y cecina para varios meses, no sólo para toda la comitiva, sino también para los californios, y de guardar a bordo otras cosas necesarias, además de una pequeña culebrina, Salvatierra dió la orden de levar anclas, y, en Octubre de 1697, se hizo a la vela con buena suerte desde la provincia de Sinaloa y bajo la poderosa protección de Nuestra Señora de Loreto, llegando sano y salvo después de nueve días, en un sábado, a la Bahía de San Dionisio, que ahora se llama de Nuestra Señora de Loreto.

Muy pronto, los californios se dieron cuenta de la diferencia entre estos extranjeros o nuevos huéspedes y otros que, de vez en cuando, habían visto en su tierra. A los pocos días, perdieron su desconfianza y trataron de hacerse amigos de los visitantes. De su parte, el P. Salvatierra logró, cada día más, atraérselos, tanto por medio de pequeños regalos, como por su trato cariñoso y caritativo. Sin embargo, se suscitaron, de vez en cuando, pequeños conflictos, que siempre fue posible arreglar sin derramamiento de sangre. Era el caso que no se podía complacer a los californios en todo, ni satisfacer por completo su glotonería, mientras que ellos, por su parte, pensaban adueñarse por la fuerza de lo que no se les quería dar voluntariamente. Se levantó una tienda de campaña, que hizo las veces de una capilla, se construyeron unas chozas con la miserable madera californiana, y se rodeó todo con un parapeto o baluarte de poca altura, es decir, no se omitió nada de lo que, —hasta donde era posible bajo tales circunstancias— es costumbre indispensable para quedar a salvo de un ataque repentino o asalto imprevisto de parte de los bárbaros.

No hubo tiempo que perder: eran muchos los hombres y

pocas las provisiones, ya que del país mismo no podía sacarse nada; por tal motivo, se tomó la resolución, después de pocas semanas, de hacer volver a Sinaloa una de las embarcaciones para conseguir víveres en la costa y conducirlos a California. Mientras tanto, Salvatierra se puso a aprender la lengua del país y a enseñar a sus nuevos feligreses. Con este objeto, empezó a enseñar el español a varios jóvenes californianos, y de esta manera, echó los primeros cimientos de la primera misión, queriendo que se le llamara Loreto, en honor de la Madre de Dios.

Pasados algunos meses, regresó bien cargado el pequeño barco que se había despachado para traer provisiones, llegando justamente cuando empezaba a sentirse cierta escasez de ellas. En el barco llegaron algunos soldados más y también el P. Pícolo, un jesuita de Sicilia. No transcurrió el año, cuando Salvatierra, después de haber aprendido lo indispensable del idioma, emprendió un viaje a las comarcas colindantes, para visitar las tribus vecinas. El P. Pícolo, empero, dió principio a la segunda misión en el año de 1699, la que se fundó a una distancia de ocho horas de Loreto, invocando para ello el nombre del apóstol de los indios, San Xavier.

...

No hubo tiempo que perder: eran muchos los hombres y

...

## II

### PROGRESO DE LA MISIÓN FUNDADA Y ESTABLECIMIENTO DE OTRAS NUEVAS

CORRÍA el año de 1700, y hasta entonces, la empresa del P. Salvatierra no había costado nada al rey católico, pero a la medida del crecimiento de la nueva misión y de los preparativos para penetrar más al interior del país y fundar más misiones, iban en aumento los gastos, tanto del presente como del futuro. Salvatierra rindió entonces un informe detallado al Virrey de México, de todo lo que había sucedido, y a la Real Audiencia de Guadalajara dió cuenta exacta, no sólo de todos los gastos habidos hasta entonces, sino también de la pobreza de las misiones, del naufragio de una de las embarcaciones y del estado de la otra, de la necesidad de poner sobre bases firmes el pago de los soldados, etc., agregando que no sería imposible que dentro de poco tuviera que verse obligado a abandonar lo empezado, a causa de la falta de dádivas que, cualquier día, podrían dejar de ingresar. La Audiencia remitió a dicho Padre al Virrey, quien contestó que no le había sido concedido el permiso de ir a California sino expresamente a sus propias expensas, no teniendo en cuenta que son cosas distintas, tomar posesión de un país y otra, consolidar su posesión en lo futuro. Lo primero, ya de hecho lo había llevado a cabo, pero lo se-

gundo, no podía nunca comprometerse a hacerlo. Después de muchas objeciones y trámites, se sometió el asunto al arbitraje del rey mismo. Pero, debido a la enfermedad y muerte de éste, no se arregló nada, ni en Madrid ni en México.

A todo esto, vinieron a asociarse falsos rumores y la envidia de los españoles que no podían imaginarse que los jesuitas se habían aventurado a vivir entre las rocas, espinas y bárbaros de California, únicamente por la gloria de Dios y la salvación de los californios, y que pretendían permanecer allí, a pesar de que, entre tantos españoles que anteriormente habían hecho el viaje a ese país, ninguno había podido o querido tomar tal resolución. Efectivamente, estos rumores ya empezaban a dar motivo a algunas personas caritativas a reducir sus dádivas. Por último, el capitán de los soldados comenzó a calumniar gravemente a los padres en los informes que remitía a México, criticando la empresa de ellos como una imposibilidad y temeridad. Esto lo hacía, porque no se le permitía servirse a su gusto de los californios para la pesca de perlas, en vista de que, según decreto real, él quedaba bajo las órdenes del P. Salvatierra; también estaba ya hastiado y contrariado de tantos trabajos y fatigas, como nunca faltan en un país como éste y al principio de tal empresa.

Tomando en cuenta tantas negativas y demoras, así como considerando los peligros y obstáculos que había para transportar los víveres necesarios, por la vía marítima y con la oportunidad requerida, el P. Salvatierra concibió la idea de abrirse un camino por tierra. En aquella época, se vivía todavía en la incertidumbre de si California era, realmente, una isla completa, o sólo una península, aunque las misiones del otro lado del Golfo de California ya iban extendiéndose de los 25 grados a los 31 grados de latitud norte. Debido a estas circunstancias, Salvatierra creyó, en caso de no ser California una isla, que no sería difícil establecer una comunicación por tierra entre aquellas misiones y las que en lo futuro habrían de fundarse del lado californiano de dicho Golfo, para favorecer a estas últimas. En aquel entonces, Salvatierra no sabía, ni podía imaginarse que

todavía habrían de pasar setenta y más años para que las misiones de ambos lados llegaran hasta el río Colorado, y realizar allá la comunicación entre sí. Bajo estas circunstancias, Salvatierra suplicó y persuadió a su viejo y buen amigo, el P. Kino, que emprendiera un viaje de Sonora a aquel río y no omitiera esfuerzo para sacar en claro, si California era tierra firme y realmente formaba parte del continente de América del Norte, o, si estaba separada por un brazo de mar, y, por consiguiente, era una isla completa. El viaje se hizo, no solamente una, sino varias veces, aunque no siguiendo el litoral, a causa de la falta de agua y la arena en la playa, que abarca 30 horas de camino a lo largo y poco menos a lo ancho, sino con enormes pero inevitables rodeos hasta el Río Gila y de allá, hasta el Río Colorado. Varias veces se hizo el viaje río abajo en canoas y se pasó a la otra orilla, caminando muchas leguas del otro lado tierra adentro, para declarar, en fin y con gran satisfacción para el P. Salvatierra, aunque no con absoluta certeza, que California era una península. Sin embargo, mucho faltaba, (y falta hasta en nuestros días), que se establezca y organice la comunicación y el transporte de vituallas por tierra, desde la Pimería hasta California. Ciertamente, las misiones se extienden ahora también en California hasta los 31 grados, pero todavía queda una faja de tierra bastante ancha, y, según parece, muy difícil de vencer, hasta el punto donde se juntan California y la Pimería. En la Pimería, *Cabora* sigue siendo la última misión hacia el Norte, como lo fue hace más de 70 años, a causa de varias rebeliones e incursiones, no sólo de los pimas y seris, sino ante todo de los crueles apaches, que, ya hace más de 60 años, llevan el terror a aquellas regiones, destruyendo las misiones y, con sus lanzas y flechas, haciendo morder el polvo a muchos españoles.

A despecho de miles de peligros, múltiples naufragios, trabajos, amarguras, hambres y penalidades, así como luchando incesantemente en pequeñas guerras y rebeliones de los californios, (con cuyo cúmulo de obstáculos más de una vez se orilló a toda la obra misionera al fracaso y hasta a su total destruc-

ción), no sólo se consolidaron las dos misiones ya fundadas de Loreto y San Xavier, sino que también se establecieron, poco a poco, otras más, hasta el número total de 18. Felipe V, de gloriosa memoria, contribuyó muchísimo a este éxito. Tan pronto como subió al trono español, ordenó a su lugarteniente en México, que pagara a cada misionero en California, de igual manera que a todas las otras misiones, 600 florines renanos al año y que equipara sus iglesias con campanas, vasos sagrados y otras necesidades, así como que erigiera una compañía de 25 soldados y que destinara un barco con su capitán y 8 marineros al servicio de las misiones; para el sostenimiento permanente de todo esto, las cajas de Guadalajara tuvieron que suministrar anualmente 13,000 pesos o sean 26,000 florines. Así rezaban los decretos reales, pero pasaron muchos años antes de que se ejecutaran. En vista de que en Madrid se esperaba en vano que México remitiera los informes de su cumplimiento, las órdenes fueron repetidas en 1705, 1708 y 1716. Al fin, en este año de 1716, se hizo el pago por primera vez. Hasta entonces, es decir, de 1697 a 1716, la pobre California había causado gastos por valor de más de 300,000 pesos duros o sean 600,000 florines. Esta suma, aunque no tan grande en el Nuevo Mundo como en el Viejo, ni pequeña en ninguna parte del mundo, se juntó a fuer de limosnas por el P. Salvatierra y sus cofrades, así como ofrendada magnánimamente por personas particulares, ávidas de la salvación de su alma; lo cual es un testimonio de la generosidad de los españoles acaudalados, nacidos en América y residentes de allí, para obras en honor de Dios. Pero estos benefactores de las misiones californianas, no se quedaron sin su justa recompensa, de lo cual nos ofrece una prueba, entre otras, el caso del Excelentísimo Marqués de La Villa-Puente, cuyos cofres siempre estaban abiertos para las misiones de California y China, así como para otras obras de caridad corporal o espiritual. Parecía como que a este señor le entraba el dinero a torrentes a la casa, permitiéndole, aparte de tan ricas dádivas, armar regimientos enteros de soldados para el servicio de su rey, en aquella prolongada guerra de sucesión española. Y

otra prueba más fue el hecho de que el P. Salvatierra vió, en California, a su buen amigo D. Gil de la Sierpe, ser introducido al cielo a la hora de su muerte en México, por cincuenta inocentes niños bien vestidos. El P. Salvatierra contó este suceso a aquellos que estaban con él en California y pronto se comprobó que era cierto, al llegar noticias de México, trayendo la confirmación de lo que el P. Salvatierra había anunciado precisamente el día y la hora de la muerte de dicho señor. Pero hay que advertir que estos cincuenta niños eran indios ya bautizados, pues, precisamente hasta entonces, era este exactamente el número de los que habían muerto. ¿No se otorgará en otras partes la misma recompensa, si sólo se quisiera seguir estos ejemplos? No existe virtud alguna, para la que haya en la Sagrada Escritura tantas promesas, como la caridad. Pero, haciendo a un lado cualquiera otra ventaja —¿no sería bastante retribución para un corazón cristiano, el haber hecho algún bien, el haber socorrido a un miserable del cuerpo o del alma, y el haber prestado auxilio, en la persona del pobre, a Cristo, nuestro Señor mismo?

Mientras tanto, en el año de 1704, se inauguró la primera iglesia, con invocación de Nuestra Gloriosísima Señora de Loreto, poco después de haber admitido, por primera vez, a un buen número de californios adultos al Sacramento del bautismo, pues, se juzgó prudente y hasta necesario, poner a prueba la perseverancia de los recién convertidos, por un período de seis años.

En aquella época, el P. Salvatierra tuvo que abandonar California, por algún tiempo, por haberse visto obligado a hacerse cargo, a pesar de sus protestas, de la Prefectura de toda la provincia californiana. Pero su ausencia no fue de larga duración. Ya en el segundo año de su nueva dignidad, dió un brinco al otro lado del mar y permaneció dos meses en California, trabajando como cualquier otro misionero. Pero después de haber conseguido de Roma, en el año de 1706, el permiso de renunciar el Provincialato, se apresuró a regresar a California, firmemente resuelto a pasar el resto de sus días entre los indios y

terminar su vida entre ellos. Mas, tuvo que obedecer las órdenes de su Excelencia, el Virrey de México, quién le llamó, en el año de 1717, para conferenciar personalmente con él sobre los asuntos de California. Debido a esto, y a despecho de su avanzada edad y múltiples achaques, emprendió el viaje, pero sólo llegó hasta Guadalajara, una ciudad episcopal que todavía dista 150 horas de camino de México. Allí cayó enfermo y, en Colegio de sus cofrades, rindió el alma. Es seguro que pronto ha alcanzado la playa de la eterna bienaventuranza, después de haber cruzado a vela, por el puro amor de Dios y de sus prójimos, más de veinte veces el Mar de California y haber expuesto su vida con tanta frecuencia, para socorrer a otros. La gloria que adquirió a base de sus virtudes heroicas y tanto trabajo y penalidades por la salvación de los californios, (que aún no desvanece), fue la causa de que todo Guadalajara le llorara y que se le enterrara, con todos los honores, tanto de parte del Cabildo Catedralicio como de parte de la Real Audiencia, en esa Capilla Lauretana.

Ya con anterioridad he informado que, en su totalidad, se fundaron 18 misiones en California, pero de éstas, algunas fueron cambiadas, más tarde, a otros lugares y bajo otro nombre; algunas más fueron fusionadas y de dos se hizo una; de modo que, al principio del año de 1768, sólo se contaron 15, cuyos nombres quiero asentar aquí, aunque no conforme al año de su fundación, sino conforme a su situación, es decir, como se siguen en el país, de Sur a Norte.

La primera es la que se llama San José, porque queda muy cerca del Cabo de San Lucas, del lado del Mar Californiano se estableció en el año de 1720. La segunda es la de Santiago o de San Jacobo, distante 12 horas de la primera y unas cuatro del mencionado Mar de California; se fundó en el año de 1721. La tercera, la de Todos Santos, queda situada frente a la anterior y ya casi sobre el litoral del Mar del Sur; se fundó en 1720. Podría hacerse el viaje de una misión a la otra en un día, pero, debido a una serranía casi inaccesible, que las separa y cuya punta extrema se llama San Lucas, tenía que hacerse un rodeo

de tres días, cuando querían visitarse los dos misioneros, de los cuales uno residía en San Jacobo, teniendo también a su cargo la administración de la misión de San José. La cuarta es la que se llama De Nuestra Madre Dolorosa, distante más de setenta horas de camino de Todos Santos y seis del Mar de California; fundada en 1721. La quinta, la de San Aloísio, en medio de los dos mares y a una distancia de seis horas de Los Siete Dolores, fundada en 1737. La sexta, de San Xavier, treinta horas de la anterior, ocho horas del Mar Californiano, fundada en 1699. La séptima, Loreto, ocho horas de San Xavier hacia el Noreste, queda solamente a una distancia de un tiro de piedra del Mar Californiano; fundada en 1697. La octava es la de San José Comantú, más cercana al Mar del Sur que al Golfo de California, un día de camino de San Xavier hacia Noroeste; fundada en 1708. La novena, la de la Concepción Inmaculada, dista un día largo de San José, al Noroeste, y no muy lejos del Mar del Sur; fundada alrededor del año de 1715. La décima, Santa Rosalía, media hora del Mar de California y un día largo de La Concepción Inmaculada, al Noroeste, fundada en 1705. La décima primera, Guadalupe, dos días de camino de la Concepción Inmaculada hacia el Norte, no muy lejos del Mar del Sur, fundada en 1720. La décima segunda, que es la de San Ignacio, casi en el centro del país, un día de camino de las dos anteriores, fundada en 1728. La décima tercera, de Santa Gertrudis, dos días de camino hacia el Noroeste, de San Ignacio, fundada en 1751. La décima cuarta, de San Borjas, dos días largos de viaje de Santa Gertrudis, hacia el Noreste; fué fundada en 1762. La décima quinta y última, que se llama De Nuestra Señora de Columna, a tres días de distancia de San Borjas, hacia el Golfo de California y bajo los 31 grados de latitud Norte, fundada en 1766.

Cada una de estas quince misiones tenía su padre propio, con excepción de las primeras dos, a las que administraba un padre solo. Todas quedan al borde de un arroyo, y casi todas entre rocas pelonas y terriblemente altas, muy difíciles

de trepar. En algunos lugares, estas rocas se juntan de tal manera que uno puede tocar ambas paredes con los brazos extendidos. Siempre se ha escogido el sitio que, después de mucho buscar y consultar, parecía el más adecuado, aunque la primera condición, (y a veces la única), era que se encontraba en el lugar agua permanente y potable.

Los donantes de las quince misiones fueron las siguientes personas: el Marqués de la Villa-Puente fundó seis; la Duquesa de Béjar y Gandia, de la casa Borgia, donó dos; el sacerdote secular, Don Juan Caballero y Ozio, dos; el señor Arteaga, una; el Padre Luyando, jesuita de México y misionero de California, de su herencia, una; la Marquesa de la Peña, una; el Marqués Luis de Velasco, una; y finalmente, cierta cofradía en México, también una; de todo lo cual, aquí se habla y se da cuenta para la eterna gloria de estos egregios donantes y benefactores, así como para dar expresión a los debidos agradecimientos hacia ellos.

Con el pago de las sumas que el Rey Felipe V había dispuesto, y después de la fundación de todas las misiones mencionadas, (a las que pertenecían todos los californios que había entre el Cabo de San Lucas y los 31 grados latitud Norte), se lograron introducir ciertas mejoras al país, buscando la manera de sembrar y plantar algo, aunque con arduos trabajos, y estableciendo la cría de ganado mayor y menor, así como la de caballos y mulas. Con estas mejoras, se pudo socorrer, no sólo a los enfermos y otros californios menesterosos, sino también a los soldados y marineros. Pero con todo y esto, no se logró poner fin a la necesidad de introducir, cada año, muchas cargas de maíz y de legumbres secas, muchos caballos y mulas, manteca y frecuentemente también carne. No fueron raras las veces, que las cosas se ponían tan feas en California, que se les podía dar a los soldados solamente la mitad de su medida reglamentaria de granos o, que se veían obligados a comer su carne sin pan, teniendo que hacer lo mismo un misionero por espacio de seis semanas.

Para terminar este capítulo, y después de enumerar las mi-

siones, así como sus donantes y la situación geográfica de las mismas, será quizá interesante para el lector el darle una descripción detallada de la Capital o Residencia Oficial del Gobernador o Virrey de entonces, es decir, de la misión de Loreto. A base de esta descripción, el lector mismo podrá imaginarse qué será lo que hay que pensar de las ciudades y fortalezas californianas que, si bien es cierto se encuentran en los mapas, historias y otros libros, no así en California, donde nunca han existido. Pues, Loreto queda, como ya lo tengo indicado, a un tiro de piedra del Mar de California, en medio de la arena, carente de hierbas, de arboles, de arbustos y de sombra. Este desierto tiene una extensión de casi media hora de camino y llega hasta donde empieza la sierra. Se parece tan poco a una ciudad, a un fortín o a una fortaleza, como una ballena a un buho. La habitación del misionero, que al mismo tiempo era mayordomo y que sólo tenía por ayudante a un lego, era un pequeño cuadrilátero de un solo piso, de adobes, ligeramente revocado con cal, con techo totalmente plano. La iglesia ocupa un ala que, en parte está construída de cantera y mezcla. Las otras tres alas consisten de seis cuartitos de tres brazas por cada lado, cada uno con un agujero para la luz que da a la arena o al mar, la sacristía, la cocina y una pequeña tienda, en la que los soldados, marineros, sus mujeres y niños, se proveen de hebillas, correas, listones, peines, tabaco, azúcar, manta, zapatos, medias, sombreros, etc., porque hasta ahora, no ha habido italiano alguno u otro comerciante que haya creído poder hacer allí una fortuna.

Además de este cuadrilátero, hay todavía otras cuatro paredes, entre las que se guardan: carne de res, dura como la piedra, sebo, manteca, jabón, azúcar sin clarificar, chocolate, paños, cueros, trigo, maíz, algunos millones de escarabajitos negros que suelen producirse entre los granos, y otros cachivaches más. Fuera de estos espléndidos edificios, se ve, a la distancia de un tiro de carabina, un techado de zacate que desempeña el papel de cuarto de guardia y, al mismo tiempo, de cuartel de los soldados solteros. Toda la tropa, empero, o sea la guarnición de



Loreto, inclusive su capitán y teniente, consiste algunas veces de seis u ocho, pero nunca de más de doce o catorce almas.

Hacia el Poniente, se ven dos hileras de chocitas de lodo, en las que viven alrededor de ciento veinte californios; es decir; cuando todos están presentes, grandes y chicos, hombres y mujeres. Además, se ven, desordenadamente diseminadas sobre la arena, de dos a tres y media docenas de barracas o casas de cuartilla, hechas de tierra, que más bien se asemejan a una vaqueriza en el pueblo más miserable, que a una casa, y que, por lo regular, sólo consisten de una pieza. Este cuarto hace las veces de mesón, habitación, sala, vestíbulo y recámara para los soldados casados, para los pocos marineros, para carpintero y medio e igual número de herreros y para sus mujeres y niños. Por último, a unas enramadas se las echan de arsenal y astillero, y todo lo dicho junto, presume de "Capital" de Loreto. El que ha visto Moscú, Polonia o Laponia, podrá decir si un pueblecito de aquellos países o tal vez, una lechería de Suiza tiene una fisonomía peor que Loreto en California. Y dicho de paso, en verano, el calor es allí inaguantablemente fuerte y no hay otro medio contra él que bañarse en el mar. No tiene agua corriente ni estancada, sino solamente se encuentra cavando en la arena; pero, en cambio, tienen muchos mosquitos.

¡Que Dios guarde al honorable Don Gaspar Pórtola, catalán, capitán de dragones y actualmente, desde el año de 1767, primer Gobernador de California! Se le ha concedido esta posición para honrarlo por sus méritos, pero a base de la reputación equivocada acerca de la bondad del país y de sus riquezas. No se le hubiera podido castigar de una manera más severa, (con excepción de muerte, galeras o prisión perpetua), si hubiera jurado en falso contra su rey y si hubiera querido traicionar a su patria. Sin hablar de recreaciones del cuerpo y del alma que comúnmente suelen gustar personas de su clase, él no puede hacer otra cosa que quedarse recluso el día y todo el año dentro de sus cuatro paredes, porque, ¿a dónde puede ir, con qué y con quién divertirse o matar el tiempo? Ni en Loreto, ni en la región, ni en toda California hay caza que no sea para los cali-

fornios; tampoco hay nada de paseos, juegos, conversaciones, ni se pueden hacer visitas; en una palabra, no hay nada y otra vez nada, para un señor de su categoría. El exceso de asuntos gubernamentales o el despacho de los correos, tampoco van a quitarle el tiempo: dictar anualmente unas cuantas cartas al secretario que llevó consigo, para conseguir del otro lado del mar el maíz que necesitan sus dragones y fusileros de Cataluña, fallar en unos pequeños litigios o castigar algunas riñas entre los hambrientos mineros — esto es todo lo que un virrey de California puede llegar a tener qué hacer durante el año entero.— Sin embargo, de su virreinato puede sacar una ventaja si es que necesita dinero o si le gusta hacer economías. Disfruta de un sueldo de 6000 florines renanos al año y como en California no hay absolutamente ninguna oportunidad de llevar una vida licenciosa, ni manera de despilfarrar el dinero, fácilmente puede ahorrar anualmente sus 5900 florines y esto sin que se le tenga por agarrado o miserable. Su capellán de campaña, el señor Fernández, un sacerdote secular, quiso regresarse inmediatamente al darse cuenta de que no podría platicar con nadie, ni sobre nada, y que no le quedaría otra cosa por hacer, que sentarse en su ermita y mirar al cielo azul o al mar verde o, de vez en cuando, tañer un poco su guitarra española.

III

DE LOS INGRESOS Y DE LA ADMINISTRACION DE LAS MISIONES DE CALIFORNIA

ENTRE los ingresos con los que los misioneros se mantenían a sí mismos y a muchos indios, y con los que sostenían a la vez sus iglesias, había algunos que eran fijos y seguros, (con excepción de los riesgos del transporte marítimo), y otros que eran eventuales. Estos últimos consistían en lo que el suelo producía por aquí y por allá después de mucho trabajo y fatigas, así como en el ganado, de cuyas entradas daré cuenta detallada en el quinto y sexto capítulos. Aquellos otros eran 1000 florines renanos al año para cada misión, que, según la voluntad de los donantes, quedaban a la disposición de cada misionero y se gastaban a su discreción.

Es cierto que, conforme a la voluntad y orden de Felipe V, cada misionero californiano debía recibir de las cajas reales la suma de 600 florines anuales, igual que todos los otros misioneros que trabajaban en la viña del Señor, bajo el dominio español de América, pero no se aceptó este ofrecimiento, en parte, porque no era cosa segura, debido a que los empleados reales, dejaban muchas veces de hacer los pagos por varios años seguidos; en parte también, porque la suma parecía insuficiente en comparación con la infertilidad del país y la enorme distancia

que separaba California de la ciudad de México, de donde tenía que venir todo lo que podía comprarse con ese dinero; en parte igualmente, porque sobraban personas de buen corazón que ofrecían 1000 florines; quizá también, porque ya se preveía que California proporcionaría pocas entradas a las arcas reales y que los gastos para soldados y barcos eran ya bastante crecidos con visos de aumentar anualmente, (lo que realmente sucedió después).

Debido a esto, todas las misiones de California, desde 1697 hasta 1768, no han sido mantenidas por el rey español, sino por personas particulares. Estas dieron para cada misión nueva, o la suma de 20,000 florines en efectivo, o valores en bienes inmuebles cuyos intereses anuales ascendían a 1000 florines.

Todas las haciendas que se regalaban a las misiones californianas para los fines indicados o las que compraban con las sumas donadas, estaban situadas y diseminadas en todo el territorio de la Nueva España y habían algunas que quedaban a una distancia de doscientas horas de camino de la Capital de México. En cada una de ellas residía un mayordomo que se encargaba de todo, con graves responsabilidades. Sus deberes le obligaban a sudar mucho y a hacer frecuentes viajes, porque todos los años en Marzo, tenía que remitir a cada misionero lo que éste pedía por sus mil florines. El transporte se llevaba a cabo en 250 horas de camino por tierra a lomo de mula, o sea de la ciudad de México hasta Matanchel sobre el litoral del Mar de California. Allí se embarcaba todo y se llevaba a 300 horas por mar hasta Loreto. El transporte marítimo no costaba ni fletes, ni derechos, pero para el flete terrestre, aunque fuesen nada más bultos, el misionero tenía que desembolsar ya 100 florines, y esto, a pesar de que las mulas en América, después de dejar su carga, andan sueltas en el campo, donde su manutención no cuesta nada.

Las preciosidades que estos bultos contenían, consistían siempre en lo que cada misionero necesitaba para su persona y su iglesia durante un año, por ejemplo, un hábito, algunas varas de tela de lino, algunos pares de zapatos, veinte o más libras

de cera blanca, algo de chocolate, (que en América es el pan de cada día y que cualquier jornalero cree tener permiso de tomar libremente); y otra cantidad de tela de lino o manta, para poder comprar con ellas, en el curso del año, otras cosas en Loreto, si eran muy urgentes, como por ejemplo, maíz para los indios en caso de que no se cosechara lo suficiente en la misión. En un año se pedía también un alba, en otro una casulla, en otro más una capa de coro, una campana, un cuadro pintado o tallado, un altar, etc. etc., para la iglesia. El resto, que por lo regular representaba las tres cuartas partes de toda la remesa, consistía en diferentes clases de paño burdo y telas toscas, de colores blanco y azul, para vestir a los californios desnudos.

De estos desnudos que había que vestir, vivían en la misión y casi pertenecían al inventario de la casa, tantos como podía alimentar el misionero, a la vez que les proporcionaba trabajos en la agricultura, en las labores de hilar y tejer o en otras ocupaciones ocasionales; también los empleaba en los servicios de la misión, por ejemplo, de sacristán, de pastor de cabras, de enfermero, de catequista, de policía, de fiscal y de cocineros, (por supuesto, muy sucios). De estos últimos había dos, uno para el misionero y otro para los californios. Entre todas las misiones había nada más cinco, (y estas eran las menos populosas), que podían mantener y vestir a todos sus feligreses durante todo el año, y donde por tal motivo, toda la gente vivía alrededor de la casa. En las otras, la tribu estaba dividida en tres o cuatro grupos, de los que cada uno tenía que presentarse, alternativamente, una vez al mes en la misión y quedarse allí una semana completa.

Diariamente, a la salida del sol, todos oían misa; antes y después de ella, se les enseñaba la doctrina cristiana por medio de preguntas en su propia lengua; durante la misa, rezaban el rosario, y luego, el misionero los catequizaba por una media hora o tres cuartos en la misma lengua. Seguía el desayuno para todos, y en seguida, cada quien se iba al trabajo, o, si el misionero no disponía de lo necesario para proporcionarles alimentos, se salían al campo, cada quien por su lado, para buscar

el sustento. A la puesta del sol, el repique de las campanas reunía otra vez a todos para rezar el rosario y la letanía lauretana en la iglesia, o para cantar, si era domingo o día de fiesta. Aparte de las tres campanadas diarias, había un repique a las tres de la tarde, en memoria de la agonía de Jesu Cristo y, conforme a la usanza española, otro repique a las ocho de la noche para rezar por las almas de los difuntos. Al terminar la semana, el grupo regresaba a su patria, alejándose muchos de ellos hasta tres, seis, quince y veinte horas de la misión. Doy el nombre de patria a aquellas regiones en el campo, que cada horda acostumbraba frecuentar de ordinario y de las que cada una tenía, por lo menos media docena, aunque sólo de una de ellas solían tomar el nombre.

Durante los días de fiesta más importantes y en la Semana Santa, se reunía toda la comunidad, y entonces se les repartía con liberalidad, además de la comida ordinaria, la carne de algunas reses, unas cargas de maíz, higos secos y uvas pasas. También se ofrecían, además de tales cosas, algo de ropa, como premios para sus juegos o concursos de tiro al blanco.

Para guardar el orden, tanto dentro como fuera de la misión, se habían nombrado fiscales y policías en cada horda de entre ellos mismos. Estos tenían las obligaciones siguientes: meter a la iglesia, después del repique de campanas, a todos los que vivían alrededor de la casa; conducir a la misión a los que, por tres semanas habían permanecido en el campo, cuando les llegaba su turno; impedir todo desorden, maldades públicas o escándalos, hacer rezar la doctrina cristiana en el campo, en la mañana antes de dispersarse, y el rosario en la tarde al juntarse de nuevo; castigar a los que cometían faltas leves; dar parte de los delitos más graves a las autoridades superiores; vigilar el recogimiento y el silencio dentro de la iglesia; cuidar a los que se enfermaban en el campo y llevarlos a la misión, etc., etc. En señal de su dignidad y mando, estos funcionarios llevaban un bastón, algunas veces con botón de plata. La mayoría de ellos se daba mucho bombo por su cargo, pero muy pocos cumplían con su cometido, motivo por el cual, ellos

recibían su tunda con más frecuencia que los otros, es decir, tenían que aguantar ellos los palos que debían haber dado a otros. Además de estos oficiales, se habían nombrado catequistas que tenían que recitar la doctrina cristiana y dar lecciones especiales a los más ignorantes.

Todos los días, después de misa y doctrina, si no había bastante para todos, alguien o el mismo padre, para evitar todo desorden, repartía trigo o maíz cocido entre los ciegos, ancianos, débiles y mujeres embarazadas, lo que se repartía por segunda vez al mediodía y por tercera vez en la tarde, después del rosario.

Para los enfermos graves, se preparaba la comida separadamente y, por lo menos una vez al día, se les daba carne cocida. En caso de alguna obra, todos los que se presentaban al trabajo recibían su comida tres veces al día. Las tardes no eran pesadas, y ¡quisiera Dios que haya habido oportunidad de ocupar y hacer trabajar reciamente a todos los californios un día tras otro, como tiene que hacerlo el pobre campesino y artesano en Alemania! ¡Cuántas maldades y crímenes hubiéranse evitado diariamente! El trabajo empezaba siempre muy tarde y terminada ya antes de la puesta del sol. Al medio día, todos descansaban dos horas, y es muy cierto que seis jornaleros alemanes producen en seis días más que doce californios en doce días. Además, todo lo que hacían, era exclusivamente en provecho de ellos mismos o de sus paisanos. El misionero no tenía de eso más ventaja que puras molestias y mohinas, y la carga de maíz, que él mismo necesitaba tal vez en todo el año, la hubiera podido mandar traer fácilmente de otra parte.

Así que en todo, el misionero era el único sostén para los chicos y grandes, enfermos y sanos, y él sólo cargaba con la responsabilidad de todo lo que había que hacer y arreglar. A él se le pedía comida y medicamentos, ropa y zapatos, tabaco y rapé, y herramienta si alguien quería hacerse algo para sí mismo. El tenía que componer las desavenencias, hacerse cargo de los pequeños que habían perdido sus padres, cuidar a los enfermos y nombrar a los que debían velar a los moribun-

dos. Conocí a más de uno que raras veces podía empezar a decir el breviario mientras había luz del sol, tan atareados estaban durante todo el buen día. También podría yo contar aquí mucho de cómo el P. Ugarte y el P. Druet trabajaron, bajo el terrible calor, con el agua y el lodo hasta las rodillas, en el campo, peor que el más miserable campesino o jornalero; cómo otros hicieron las veces de sastre, carpintero o ebanista, para sus iglesias o casa, cómo practicaron el oficio de albañil, talabartero, tabiquero, médico, cirujano, maestro de escuela y de orquesta, mayordomo, tutor, enfermero, zalero y otros muchos. El carácter del país y el de sus habitantes, de los que he escrito lo suficiente en la primera y segunda parte de estas Noticias, pueden hacer entender al lector inteligente, y él mismo sabrá ya sacar por sí sólo las consecuencias, en qué consistían realmente los ingresos y rentas de las misiones, no sólo en California, sino en cientos de otras regiones del Nuevo Mundo.

Bajo la categoría de estas rentas, deberían de enumerarse también las confesiones y visitas a los que yacían enfermos en el campo, lejos de la misión. No había día en que el misionero estuviera seguro de no ser llamado, repentinamente, a un lugar a 3, 6, 12 ó 20 horas de camino de distancia, para atender a un enfermo, resultando a veces que llegaba tarde, a pesar de todo su celo y diligencia, o en otras ocasiones, que el enfermo mismo lo iba a encontrar en el camino sobre sus propios pies, o que lo hallaba, aunque sí en el lugar indicado, pero fuera de todo peligro de muerte y con sólo un leve tumor o dolor de estómago. Y todos estos viajes con la certeza de no encontrar, ni en el camino, ni en la morada del enfermo, otro albergue o cama que el cielo y la tierra pelona, ni otros alimentos que los que él mismo cargaba, lo que también, en algunas misiones, tenía sus dificultades y peros, por no disponerse en la casa misma de nada para tales casos, y frecuentemente se veía uno forzado a contentarse con puro chocolate durante la ida y la vuelta.

En cierta ocasión, tuve que pernoctar tres noches consecutivas a campo abierto, y, como, muy contrario a mis cálculos,

no pude llegar a la casa al tercer día, debido a un pedazo difícil del camino que no quería pasar en la oscuridad; me encontré entonces al preparar la cena, con sólo cuatro onzas de pan, o mejor dicho, de tortillas, y menos de medio cuartillo de agua, para tres personas. Lo divertido del caso fué, que unos instantes antes de correr por completo el cerrojo de mi bodega y panadería había leído en mi breviario el pasaje del profeta Isaías: "Dabit vobis Dominus panem arctum, et potum brevem. Esto aconteció en el año de 1758. El enfermo, empero, a quien había visitado y quien solamente tenía las dos mejillas hinchadas, seguía viviendo y gozando de perfecta salud en el año de 1768.

En cuanto a la obligación de oír la confesión, era esta un trabajo comunmente muy desconsolador, enojoso y melancólico, (después de que uno había llegado a conocerlos a fondo y haber podido desenmascarar su perfidia, hipocresía y la perversidad de su conducta), no sólo por la coacción y la devoción fingida, que en muchos de ellos eran los únicos motivos de querer confesarse, sino también por su sorprendente ignorancia después de tan repetida enseñanza; por su estupidez y corta inteligencia; por las múltiples oportunidades para pecar que no huyen fácilmente y que el confesor no tiene modo de evitarles; por su falta de toda preparación, y, en fin, por la continua reincidencia de todos, o, por lo menos de la mayoría. Cierta vez, (debe de haber sido en la temporada de las pitahayas), pregunté a una india que entendía español, por qué no había cumplido con la penitencia impuesta a ella en la confesión anterior, (la que posiblemente puede haber consistido en el rezo de uno o varios rosarios), y en buen español me dió la contestación: "de puro comer". Pregunté a otra, que entre todos era la menos carente de inteligencia, qué era lo que había hecho o pensado antes de mi entrada a la iglesia, y con todo aplomo me contestó: "Nada". Yo se lo creía sin que me lo jurara, y el resultado de muchos años ha comprobado más que suficientemente, no sólo con aquella mujer, sino también con otros muchos indios, que no piensan en prepararse para la confesión antes de presentarse en

el confesonario. Entre otras causas, una de ellas es que la preparación para la confesión es un trabajo de la cabeza, del corazón y del alma, del que los californios son aún más grandes enemigos que del trabajo que se hace con las manos.

IV

DE LAS IGLESIAS Y SUS ORNAMENTOS EN CALIFORNIA

**L**A pobreza y miseria de California se ostentaba en todas partes menos en las iglesias. Tan pobremente como estaban amuebladas las habitaciones o equipadas las cocinas de las misiones; tan ricamente adornadas, en cambio, y bien provistas de todo, estaban sus iglesias y sacristías. Una sartén de cobre y otro trasto también de cobre para preparar el chocolate, (los dos estañados por primera y única vez cuando se compraron en México); dos o tres ollas y cacerolas, hechas de barro y sirle, mal cocidas al aire libre sobre carbón de leña y sin vidriar; un pequeño asador que frecuentemente no tenía nada que hacer durante medio año; unas vejigas de vaca llenas de manteca, un crucifijo, unos cuantos cuadros de papel en las paredes; una biblioteca; dos o tres sillones sin tapizar, una cama dura sin cortinas o un cuero de res en el suelo, — esto fué, por lo regular, el mobiliario y los enseres de casa, cocina y recámara de los misioneros. En cambio, en las iglesias, la cosa era distinta.

Era costumbre construir las iglesias antes de pensar en arreglar cómodamente la casa de sus siervos. Se levantaban las iglesias todo lo fuertes y hermosas que parecía posible; la cal se conseguía algunas veces desde muchas leguas de distancia, y

las piedras rodadas de los arroyos, se tallaban, por falta de otras, para utilizarlas en la cantería de las esquinas, puertas y ventanas. La iglesia de Loreto es amplia, pero sólo consiste de cuatro muros sin adornos con techo plano de vigas de cedro, muy bien talladas. En cambio, ninguna otra la iguala en cuanto a pinturas murales y suntuosidad de sus ornamentos. Otras tres tienen bóvedas de ladrillo o piedra toba, mientras sobre otra más, que supera a todas con respecto a tamaño y arte, estaban por construirse las bóvedas, justamente cuando el misionero, un mexicano y arquitecto, se vió forzado a emprender la marcha a Europa, y abandonar el Nuevo Mundo, su patria, para ir a hundirse en la miseria en el Viejo Continente, sin llegar a saber siquiera si la construcción de su iglesia u otra cosa era la causa de su destierro. El templo de Todos Santos está abovedado aunque sólo con madera, la cual tuvieron que acarrear un gran número de bueyes desde muchas millas de distancia, de una sierra muy abrupta y muy alta; sus dimensiones son muy amplias y su interior ricamente adornado. La iglesia de San Xavier está construída en cruz, tiene tres puertas muy vistosas, tres altares totalmente dorados, una torre alta, una cúpula graciosa y altas ventanas de reflejos que ostentan los primeros vidrios que, desde hace pocos años, se han visto en California. En ninguna iglesia había menos de tres campanas; en Loreto, empero, en San Xavier y en San José Commantú, pueden contarse siete y hasta nueve de ellas, que no mala música hacen, cuando se jala de ellas, ó, cuando se les toca, a la usanza española. En dos iglesias podía oírse la música de órgano, y en una tercera iba a instalarse un órgano dentro de poco. La mayoría de los altares están totalmente dorados y las paredes profusamente adornados con pinturas en marcos dorados.

Con excepción de algunas casullas o pluviales anticuados que ya no se usaban o sólo raras veces, no he visto en California ningunos que no hayan estado forrados de seda y galoneados con buenas pasamanerías. Muchos son de tela rica y preciosa, hasta el grado que se solía pagar treinta o cuarenta florines por

la vara española de cuatro palmos. Casullas y antipendia, siempre hacían juego y eran de muy buena tela.

En todas las iglesias, las gradas del altar estaban cubiertas con alfombras, de las que había diferentes para los días de trabajo y para los domingos o días de fiesta; en una iglesia había también alfombras para todo el coro, por cierto muy amplio, que solamente se desplegaban los días de las fiestas dobles.

Todos los cálices, de los que hubo más de dos en cada misión, el ciborio, las custodias, las vinajeras, los incensarios, y también, en algunos lugares, las pilas de agua bendita y campanillas del altar; dos grandes lámparas, varias cruces sobre los altares y para las procesiones, más de dos docenas de grandes ciriales, todo ello era de plata. De este mismo metal batido pueden verse en Loreto también un tabernáculo grande y una antipendia, (si no es que estas piezas fueron refundidas últimamente).

Todos los pluviales, albas, humerales y manteles de los altares eran de lino fino y muchos de ellos bordados en blanco. No hubo alba, ni pluvial, ni sabanilla, que no tuviese sus encajes, algunas veces, muy lujosos, anchos y bordados en oro.

En algunas iglesias, podía escucharse un canto harto agradable: hermosas letanías lauretanas, misas, etc. Este arte fue introducido en California, principalmente, por el P. Xaverius Bischoff, del Condado de Glatz, en Bohemia, y el P. Petrus Nancimbèn, un veneciano, quienes lo enseñaron a los californios de ambos sexos, con incomparables esfuerzos y paciencia.

Aquí, el lector podría hacer algunas preguntas que deseo contestar antes de seguir adelante:

Primera: ¿cómo es posible construir en California tales iglesias? *Contestación:* en muchas misiones resulta trabajoso encontrar la cal necesaria y la leña para quemarla, motivo por el cual hay que pasar muchas fatigas hasta lograr que dicha cal y otros materiales necesarios estén finalmente en el lugar mismo donde quiere uno hacer uso de ellos. Pero, el tiempo, el fervor de servir a Dios, empeño, trabajo, paciencia y un buen número de jumentos o mulas, vencen todas las dificultades. Muchos ca-

lifornios han aprendido a labrar la piedra y a levantar una pared. El papel del arquitecto, lo desempeñó o el misionero mismo, o algún carpintero, o un soldado que entiende algo de este oficio, o, finalmente, se le pide que venga un maestro de otra parte, y a quien, entonces, se le paga su sueldo. Los indios son los jornaleros, a quienes de esta manera, se les ahorra el trabajo de buscar su sustento en el campo mientras dura la construcción, y quienes de todos modos, no tienen que dejar desatendido nada de sus quehaceres domésticos o de sus negocios. Para los andamios, se aprovecha cualquier clase de palos chuecos o viguetas, y si una sola resulta corta, se juntan dos o más con correas de cuero fresco; también se utilizan las palmeras, las cuales, si no las hay en las cercanías de la misión, hay que traerlas desde distancias de ochenta o más horas de camino. En vez de las tablas para la armadura de las bóvedas, se utiliza cualquier clase de madera torcida o los esqueletos de las matas que he descrito en otro lugar de este libro, cubiertos con una capa de barro o estiércol. Con excepción de las tres misiones meridionales, por todas partes hay abundancia de piedra común y corriente para la mampostería. De modo que no resulta imposible, levantar en el lapso de pocos años y con pocos gastos, una iglesia decente en su debido lugar, y además, en tal forma, que no haría mal papel en ninguna ciudad europea.

Segunda: ¿de dónde vienen tales preciosidades como recipientes de plata, altares y pinturas, si en California no hay ningún platero, ni escultor, ni pintor, ni siquiera un verdadero sastre? *Contestación:* Todo viene de la ciudad de México que dista quinientas o seiscientas horas de camino de California, y donde abundan esos y otros artistas o artesanos, blancos y negros, hasta el grado que también procuran hacer mercaderías de mala clase, con el propósito de poder pronto volver a ganar algo. El altar alto de San Xavier llegó de allá desarmado y ya dorado, empacado en treinta y dos cajas, atravesando de esta manera tierras y mares. En cuanto a las vestiduras sagradas y otras cosas de la misma índole, algunas veces se hizo venir solamente la tela, para terminar el trabajo en California misma. Efecti-

vamente, cuando tuve que irme, estaba justamente terminando una casulla, la vara de cuya tela había costado cuarenta florines, a pesar de no tener casi nada de seda.

Tercera: ¿Cómo pueden conseguirse tan ricos ornamentos en un país tan pobre? La contestación a esta pregunta, me la reservo para el final del capítulo siguiente y para el capítulo sexto, haciendo constar aquí nada más que se pudieron comprar tales ornamentos y que de veras han sido comprados, por medio de grandes economías y a base de verdadero fervor para inculcar a los californios el debido recogimiento y respeto, dentro de los templos y para dar prestigio al culto católico entre ellos. Sería muy de desearse que esto sirviera de ejemplo a ciertos señores en Europa, sobre todo en la provincia, cuyas casas están provistas y adornadas con enseres cómodos y artísticos en mucho más grande escala que sus iglesias y sacristías, y que en cualquier parte quieren pasearse mejor vestidos que frente a sus altares. En muchos lugares, donde las sobredichas iglesias están deficientemente dotadas, donde no tienen rentas algunas o solamente muy escasas, en cambio, los que celebran los cultos en ellas o los que son los amos del pueblo, muchas veces tienen incomparablemente más o mejores rentas. Estos, sin duda alguna, podrían ganarse el cariño de sus feligreses o el amor de sus sujetos, adquirir honra ante el mundo cristiano y cubrirse de gloria imperecedera, si quisiesen mandar hacer, con el dinero de su abundancia, ora un nuevo altar decente, un púlpito decoroso o bancas cómodas; ora un alba fina, un misal artístico, un ciborio de plata, etc., deshaciéndose en fin de las viejísimas vestiduras gastadas, deslustradas, estropeadas, encojidas o medio corrompidas; de las albas de tela muy burda, que ya han servido bastante tiempo a ellos y a sus antepasados.





*Ein Californier.*

*Leisl. fec.*

Hombre Californiano.

V

DE LA AGRICULTURA EN CALIFORNIA

C IERTAMENTE, la Sagrada Escritura dice que el trabajador evangélico merece que se le pague y que comerá lo que tengan los hombres a quienes enseña y predica; pero el californio, que no tiene nada para sí mismo y que apenas puede vencer el hambre que lo acecha, ¿qué cosa podrá él ofrecer a su misionero? y ¿cómo puede éste pasar a la larga su vida sin milagros, con los alimentos californianos que he descrito en el capítulo V de la segunda parte de este libro? ¿A qué mercado puede mandar a su criada para comprar lo necesario? Resultaba, pues, lógico que los primeros misioneros, que se alimentaban al principio con los granos y carnes que trajeron consigo de Sonora y Sinaloa, sobre la otra costa del mar, estuviesen ansiosos de implantar la agricultura y ganadería en California, para poder mantenerse en lo futuro, no sólo a sí mismos y a sus sucesores, sino también a los soldados, marineros, californios enfermos y catecúmenos. Por tal motivo, donde apenas era posible, se introdujeron, en todas las misiones, las dos actividades, es decir, la agricultura y la ganadería. En cuanto a la primera, es cierto que no faltaban las tierras, a pesar de que el suelo de California era duro y sembrado de piedras; pero se carecía de suficiente agua. En consecuencia, el agua se aprove-

chaba hasta donde y como se podía. Si era posible, sólo se fundaba una misión nueva, en el sitio donde se hallaba un poco de agua apropiada para una pequeña siembra o huerta; si no en la misión misma, por lo menos en un lugar a pocas leguas a la redonda.

Se procedía siempre con el mayor empeño. Algunas veces, el agua se introducía por altos y hondonadas, desde una distancia de media hora, por medio de canales angostos, construídos de piedra y mezcla o tallados en la roca viva; otras, los pequeños chorros de agua se juntaban de seis o doce lugares diferentes en un depósito común; en otra parte, se tapaba un pantano con veinte mil cargas de piedra y otras tantas cargas de tierra; en otra más, tenía que removerse la misma cantidad de piedra para preparar el terreno para la siembra. Casi siempre resultaba indispensable rodear el agua y la tierra con muros o barreras, o levantar presas para evitar que, en un lugar, se escurre la poca agua, o que, en otro, fuera arrastrada la tierra por los torrentes impetuosos de los arroyos. Y sin embargo, frecuentemente todo resultaba en vano; de modo que todos los años había algo que componer o remendar, y en otros, hubo de comenzarse totalmente de nuevo.

A pesar de todo esto, y aunque no se dejó ningún pedazo de tierra aprovechable, baldío o sin cultivar, y se llegó a sembrar el maíz dos veces al año, nunca era la cosecha, entre maíz y trigo, lo suficientemente rica para que se hubiera podido llenar el estómago y satisfacer el hambre, durante doce meses, a mil doscientos o mil quinientos californios adultos, y que no se hubiera visto uno obligado a mandar traer anualmente de otras partes, algunos miles de cargas para el sustento de los soldados y otras necesidades.

El arado de California y, según lo que he visto, también de otras partes de América, consiste de un simple fierro que mucho se parece a una teja hueca y que tiene, en un extremo, una punta larga o pico. En el otro extremo, está fijado un palo, con él que el labrador maneja el arado, mientras que los bueyes más bien lo arrastran en vez de remolcar, porque no tiene rue-

das. Después de que la reja ha abierto y volteado la tierra, se hacen con el azadón unos surcos hondos en cuyos lados inclinados se cavan hoyitos por medio de un palo puntiagudo; en ellos se deja caer el trigo que luego se tapa con el pie. Es esto un trabajo muy dilatado que exige muchos brazos. Tan pronto como el grano está debajo de la tierra, se presentan los cuervos, marchan de hoyito en hoyito y desentierran todo lo que se ha depositado en ellos, si no se apostan muchos centinelas para cuidarlo. Los ratones perjudican aún más que los cuervos, porque no se nota su presencia y porque trabajan de noche como los ladrones; de modo que después de cada siembra y hasta que la mitad ya ha brotado, hay que resembrar, durante muchos días, hasta dos o tres veces. Luego, se deja correr el agua, una vez por semana, por todos los surcos, hasta que el grano nuevo empieza a endurecerse. Aunque todo el año es bueno para la siembra, comúnmente se hace este trabajo en el mes de Noviembre, y se siega el trigo o, más bien, se recolecta con la mano, espiga por espiga, en el mes de Mayo.

De la misma manera se cultivaban el maíz, el frijol y cierta clase de habas grandes, llamadas garbanzo, sin el que no pueden vivir los españoles y que acostumbran cocer junto con toda clase de legumbres, pero que, por lo general, llega siempre a la mesa enteramente duro; idem, calabazas, melones y sandías; y finalmente, en tres misiones, algo de arroz. También se cultivaba toda clase de hortalizas, y, de árboles frutales se conocían las higueras, los naranjos, limoneros, granados, plataneros, olivos y palmeras datileras. Nada hubo en California de frutas europeas o alemanas, con excepción de unos duraznos, de los que en cierta ocasión me fueron remitidos dos ejemplares muy pequeños e insípidos desde una distancia de treinta horas de camino. En dos misiones se cultivaba también la caña de azúcar y en varias otras un poco de algodón, del que se hicieron vestidos ligeros para los californios y, además, algunas medias, cachuchas u otras cosas.

El vino para consagrar, no era necesario comprarlo en otra parte, porque se da en el país mismo y, sin duda alguna, resul-

taría muy bueno y generoso, si se hubiera podido disponer de subterráneos frescos, buenos toneles y cuberos expertos, porque las uvas se dan dulces como la miel y de excelente sabor. Puede cultivarse la vid en cinco misiones. El mosto se exprime casi con la mano, y una vez salido de esta clase de lagar, se le guarda en jarros de piedra. Estos jarros o cántaros tienen un cupo aproximadamente de quince azumbres y los trae el barco que anualmente toca California durante su viaje de Manila, en la Isla de Luzón de las Filipinas, a Acapulco, en el territorio mexicano. La bodega no es más que un simple cuartito a flor de tierra y, debido al clima, necesariamente con una temperatura muy elevada; esto es la causa de que la mitad del mosto y aun más, se haga vinagre en vez de vino. Diez o quince de estos cántaros con vino para consagrar, solían remitirse anualmente a las misiones del otro lado del Golfo de California, y cuatro o seis de ellos a las misiones californianas que carecían de vinicultura. De las bodegas salía siempre un vino bueno, pero no siempre llegaba vino bueno a las misiones, porque el transporte se hacía a lomo de mula y bajo el sol abrasador, a distancias de cincuenta, cien o más horas de camino, con lo que el vino frecuentemente se apuntaba ya durante el viaje o se agriaba poco después de haber llegado a su destino. Era prohibido proporcionar vino a los indios, y muchos misioneros no lo probaban nunca con excepción de la misa; el azumbre costaba seis florines, de modo que los soldados y marineros no tenían oportunidad de emborracharse a menudo; y a pesar de esto, nunca hubo en California vino añejo o generoso. Estos datos servirán para juzgar cuán insignificantes eran las cantidades de vino que se cosechaba o que salía bueno, y se comprende por qué a mí frecuentemente me faltaba el vino, aún para el sacrificio del altar. Sin embargo, los rumores seguían corriendo de que los misioneros de California vendían mucho vino y que lo remitían a otros países. Dicho de paso, en California resulta necesario regar la cepa, las higueras y otros árboles frutales, de igual manera que los sembradíos de trigo y de maíz.

## VI

## DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS EN CALIFORNIA

LA otra industria, en la que los misioneros de California tenían que fijar su atención, en cuanto a lo temporal, y sin la que no era posible sostenerse, lo era la cría de ganado. Por tal motivo, ya desde los primeros años se introdujeron allá, caballos y burros, vacas y bueyes, cabras y ovejas. Todos estos animales, si hubieran podido formarse una idea de lo que era California, o si hubieran sospechado cuán miserablemente la pasarían ellos y su descendencia en la nueva colonia, seguramente se hubieran escurrido cien veces y hubieran tomado las de Villadiego hasta donde sus patas hubieran podido llevarlos, antes de permitir que se les embarcara a California.

Eran indispensables el ganado mayor, las ovejas y cabras, no sólo para tener carne para sanos y enfermos, sino también para disponer de sebo para velas, jabón, para los barcos y canoas, así como en general, para tener manteca con que preparar los frijoles, lo que en California no se hace con mantequilla, hecha de leche, sino con pringue o unto derretido y con tuétano de los huesos. Con este objeto, cuando se mata una res gorda, (que por cierto pocas veces acontece), todo lo gordo se separa cuidadosamente de la carne, y la manteca derretida se guarda en cueros sin curtir o en vejigas, para tener

algo con que freír los alimentos o preparar la cecina que siempre está excesivamente magra. Parte de los cueros se curten para poder hacer zapatos, sillas de montar y para los costales que comúnmente sirven para el transporte de los campos a la misión o a otras partes. Otros cueros sin curtir sirven a los californios para sus sandalias, para lazos o correas con que, en este país, se amarra y empaqueta todo. Los californios utilizan también los cuernos para tomar agua o para recoger su comida de la cocina del misionero.

Tampoco puede vivirse en California sin caballos ni mulas, no sólo porque los viajes de los misioneros y soldados no pueden emprenderse a pie en un país tan cálido y tan accidentado, sino también para usarlos en el cuidado del ganado y el transporte de toda clase de efectos.

El ganado ovejuno podría ser de gran utilidad entre gente que antes acostumbraba andar desnuda, si no fuera por lo reducido de su número a causa de la escasez de pasto y por la pérdida de una buena parte de la lana que suele quedar enganchada entre las espinas al pasar por ellas los animales. En las regiones donde las ovejas se reproducían bien y donde, por eso, había un buen número de ellas, no faltaban las ruecas y los telares y la gente recibía con más frecuencia vestimenta nueva, que en otras misiones. En todo el país, apenas había una docena de puercos, tal vez, por no tener estos animales oportunidad de hozar a sus anchas y revolcarse en el fango, debido a la sequedad y dureza del suelo.

De todos modos, de igual manera que se hacían en todas las misiones grandes esfuerzos para plantar o sembrar siquiera un poco, donde apenas lo permitían las circunstancias, así también se procuraba mantener a todo trance un rebaño más o menos numeroso de ovejas y cabras, un "cuerpo volante" o destacamento de reses, y se tenía mucho cuidado de evitar que se extinguieran los caballos y mulas.

Todas las tardes, las cabras y ovejas regresaban a su corral, llena la panza o vacía, según la suerte, y frecuentemente resultaba trabajoso exprimir de seis cabras, a duras penas, un medio

cuartillo de leche. El ganado mayor tenía pase libre y permiso de andar vagando hasta a quince o más horas hacia los cuatro puntos cardinales para buscarse la vida; solía contemplar su corral sólo una vez al año, cuando se le cortaba el pelo de la cola que servía para hacer cabestros, y con el objeto de mocharle una oreja a cada becerro y marcarlo con el fierro de la misión. Esto se hacía para poder reconocer las reses en caso de su extravío por otras comarcas. Con los potros y mulitas se seguía el mismo procedimiento.

Pero para que el ganado no se alejara demasiado o se perdiera por completo, se necesitaban unos cinco o seis vaqueros, cuya tarea era la de trasladarse hoy, por una semana, a cierto rumbo y mañana por otra semana, a otro rumbo, para arrimar las reses un poco. Siempre que estos muchachos salen a camppear, tienen que llevar consigo toda una legión de caballos o mulas, porque recorren los campos a galope tendido, por altos y hondonadas, por entre piedras y espinales. En virtud de que ni caballos ni mulas tienen herraduras, de que el pasto es escaso y malo y de que estas correrías duran a menudo días o semanas enteras, los vaqueros tienen que cambiar, varias veces al día, su cabalgadura y echar su silla en otro animal. La consecuencia es, que, para cuidar unos cuantos cientos de reses, se necesita casi igual número de caballos. Pero no es sólo el hambre la que hace que el ganado se aleje a tan grandes distancias de la misión; también sufre mucho por las asechanzas de los californios, que cazan en el campo más reses que el número de las que se llegan a sacrificar en la misión, y que tampoco respetan los caballos y mulas, porque les es tan sabrosa la carne de uno como de otro animal.

Todo el ganado es muy pequeño al grado de que de un buey apenas se obtienen tres o cuatro quintales de carne y huesos. La leche basta apenas para los becerros. Ya en otro lugar he indicado que el ganado está excesivamente flaco durante las tres cuartas partes del año y que no tiene en esta época ni una libra de sebo en todo el cuerpo. Está acostumbrado a comerse espinas de dos pulgadas de largo con todo y penca, como si fuera

la hierba más sabrosa. El resultado de una alimentación tan mala es que de trescientas o cuatrocientas cabezas de ganado mayor no se saca, amén de la carne mala para poca gente, ni lo suficiente para pagar el sueldo a dos vaqueros españoles con sus peones, si hay que comprar en otra parte el pan para ellos. Sin embargo, en algunas misiones son tan indispensables estos hombres como el ganado mismo, porque entregarlo al exclusivo cuidado de los californios significaría llevarlo de una buena vez al matadero o nombrar pastor de ovejas al lobo mismo.

Las cabras y ovejas no corren mejor suerte que el ganado mayor, aunque la indolencia de los pastores californianos contribuye en gran parte al mal resultado. Más de una vez en diez y siete años, he visto un rebaño de cuatrocientas o quinientas cabezas debilitarse por el hambre y reducirse a ochenta y hasta cincuenta animales, y en más de la mitad de dichos años no pude aprovechar nada de su carne, porque, después de desollarlos, lo que quedaba de su cuerpo, servía más bien para dar luz en la noche como una antorcha que para preparar un asado en la cocina.

Entre los caballos californianos, hay algunos de buena raza, veloces y de mucho aguante, pero, por lo regular, son muy pequeños y se reproducen con dificultad, al grado que cada año había que comprar nuevos fuera de California, para equipar a los soldados. Únicamente el asno, que en todas partes es poco delicado y paciente, se pasa la vida muy bien en California. Trabaja poco y se deleita con las plantas espinosas como si fuera la cebada más sabrosa.

El que a base de lo que se ha dicho en este capítulo y en el anterior con respecto a la agricultura y ganadería de California, quisiera sacar la conclusión o, por lo menos, llegara a pensar que los misioneros buscaban o tenían su ventaja con todos estos trabajos, está mucho muy equivocado. Entre todos ellos, no conocí a ninguno que no se haya quejado de estas actividades como de una carga pesada, que con gusto se hubieran quitado de encima; ni que las hubiera considerado como una calamidad tan molesta como la otra de esa vigilancia continua de parte de

soldados groseros; sin embargo, es obvio que no podía prescindirse de ellas, si se quería ayudar a los californios a conseguir el cielo. Fuera de su necesidad ineludible, estos trabajos agrícolas y ganaderos ofrecían otras dos ventajas para los californios: primero, que se ganaba el corazón de un pobre pueblo de bárbaros por medio de diversos obsequios; y, segundo, que se podía alejar a una parte de ellos de la tan nociva holgazanería y de sus correrías.

Y además, no comprendo qué bajas intenciones temporales hubieran podido esconder los misioneros tras estas actividades económicas o estos cuidados, y qué clase de ventajas egoístas hubieran podido sacar de ellas, (aún en el caso de que las montañas de California hubieran sido hechas de pura plata fundida). Abandonar para siempre su patria, padres, hermanos, amigos o conocidos y renunciar a una vida libre de toda preocupación; meterse voluntariamente en mil peligros de muerte por tierra y por mar, para darse la gran vida y estar a sus anchas o ayudar a enriquecerse a otros, en el Nuevo Mundo, entre un pueblo salvaje e inhumano, en medio de tan asquerosas sabandijas y bestias tan peligrosas, — juzgar así y decir o escribir todo esto, aún cuando lógicamente fuera concebible por gente sensata, no es más que una infame estupidez y no significa otra cosa que querer considerar como los idiotas más grandes del mundo entero a personas de las que, por lo regular, se dice y se escribe que no les hace falta inteligencia y agudeza. Y en cuanto a “enriquecer a otros”, nunca se ha oído hablar, como ya lo explicó, hace mucho tiempo, el P. Daniel, desde que existe la tierra, de una banda de ladrones o sociedad de bandidos, de la que una parte pudiera estar conforme en permanecer para siempre en el monte y vivir en constante peligro de sufrir el suplicio de la rueda, sólo con el fin de enriquecer con su botín, a la otra parte, que, mientras tanto, viviera cómodamente en la ciudad, alejada de todo peligro.

Confesando la verdad, diré que yo también tuve, durante un período de ocho años, (es decir, hasta que los robos de los indios, tanto de mi misión como de otra vecina, me obligaron

a deshacerme de ellos), unas cuatrocientas o quinientas cabezas de ganado mayor que tranquilamente pastaba en los campos de California, y a veces igual cantidad de ovejas y cabras. Frente a mi casa se levantaba, por algunos años, caña de azúcar en un pedazo de tierra, hasta que de nuevo los indios se excedieron en sus robos, arrancándome las plantas con todo y raíz, aún antes de que maduraran; también coseché, durante unos seis o siete años, aproximadamente unas doscientas cargas de maíz y trigo en seis o siete terrenitos que mandé sembrar en las cercanías de la misión: pero en cambio, durante el mismo período, me pasaba la mayoría de los días sin tener pan en la casa, y, para honrar a un huésped, tuve que ir a pedir algo de volatería a mis soldados que mantenían unas gallinas con su ración de maíz, mientras que yo economizaba mi trigo y mi maíz para los californios menesterosos. En mi cocina, todo se preparaba con manteca de res, aún en los días festivos, por falta de mantequilla. Por largos años, no probé otra carne que la de toretes flacos que se acostumbraba matar cada quince días, y nunca comí carne de ternera. Mi asador, en años no apareció más que unas cuantas veces, pero sí, en cambio, muy a menudo los gusanos en la mesa; finalmente, y callando muchas otras cosas, no sólo me ví obligado a suprimir por completo la cena, por no disponer de nada que me gustara, sino también a intercalar, durante varios años, cinco o seis vigiliias de cuarenta días entre los doce meses, tomando sólo legumbres secas y casi puros pescados salados; y, para que estos últimos pudiesen nadar en su elemento, la tan querida pero no siempre limpia agua tenía que servirme de bebida. Es cierto que varias veces hubiera podido llevar a cabo una permuta, para trasladarme a un lugar, donde con toda seguridad hubiera encontrado una mesa mejor servida y muchas otras cosas de las que carecía, pero no me costó mucho trabajo el resistir a la tentación: tan poco se buscaba en California el mejoramiento de la vida temporal y tan poca ventaja sacaba un misionero en ese país para su persona.

Ahora sí es tiempo de contestar la tercera pregunta que yo mismo prometí formular en el capítulo IV de esta tercera parte:

¿Cómo, entonces, fue posible adquirir, en un país tan pobre como California, ornamentos sagrados tan hermosos y preciosos? *Contestación:* Fué posible y efectivamente se adquirieron, primero, tomando su costo de los mil o más florines, que anualmente producían las haciendas de fundación de cada misión; segundo, con la venta de trigo y maíz, de vino y aguardiente, (que se hacía con el vino si ya estaba por agriarse), de azúcar, de higos y uvas pasas, de algodón, de carnes, velas, jabón, manteca, pieles, caballos, mulas, etc., etc., que producían las misiones, o que crecían, se hacían o se trabajaban en ellas. De todo esto se vendía a los soldados, marineros y mineros, lo que el misionero no necesitaba para el sostenimiento de su misión; lo que no pudo negarse a venderles, principalmente en tiempos de carestía cuando la cosecha fuera de California había salido mala; lo cual no servía para los indios; y, finalmente, lo que el misionero no quiso tomar para sí mismo o, en otras palabras, lo que él se quitaba de la boca; prueba de esto es, que los soldados frecuentemente bebieron el vino que el misionero mismo hubiera podido tomar sin cometer excesos. De lo que todo esto producía en dinero, se apartaba una buena parte para vestir a los indios y comprarles alimentos cuando hacían falta; y con el resto se adquiría, poco a poco, todo el equipo precioso para las iglesias.

Si alguien no quedare conforme con esta aplicación de los fondos y quisiera murmurar contra ella, (como lo hizo el traidor Judas contra el lujo de la Magdalena, S. Juan 12.), y como ya efectivamente lo hizo alguien en lengua española, si no en lo particular contra la iglesia californiana, sí, en general, contra las iglesias de ciertas órdenes religiosas; a éste, si es cristiano y además, cristiano católico, le cito, para principiar y para que lo medite, lo del Salmo 25: *Domine, dilexi decorem domus tue.* "¡Señor, he luchado por el honor y el decoro de tu casa!" Después, le doy el bueno consejo: "Zapatero, a tus zapatos!" y que barra tal vez frente a su propia puerta, en cuanto toca a despilfarros, y que primero censure las vasijas de plata, alfombras, etc., que hoy día se ven hasta en las casas de la clase me-

dia, antes de huronear y gemir por los ornamentos de las casas de Dios.

Dejemos pues, a los luteranos y calvinistas, sus altares austeros, sus cuatro muros desnudos y sus graneros vacíos y adornemos nuestras iglesias de la mejor manera posible, como verdaderas casas y habitaciones de Dios; y los que no quieran contribuir con nada de lo suyo, por lo menos que dejen en paz y sin molestar a los que piensan hacerlo.

No había modo de gastar en provecho del bienestar corporal de los californios, todo lo que rendían la ganadería y la agricultura. Ellos son pobres, tan pobres que sería imposible que fueran más pobres; pero su pobreza es de una naturaleza e índole muy distinta de la que impera entre tanta gente en Europa. No es posible sacar a un indio californiano de sus deudas o de la cárcel, agenciar, para una india, su entrada en un convento, o conseguirle, por medio del dinero, un buen matrimonio; tampoco pueden pagarse para ellos, alguna renta o una servidumbre, o médicos o boticarios; todo se reduce a alimentos y ropa. Pero por lo que toca a estas dos cosas, se les ayudaba, de tal manera en las misiones que tenían florecientes cultivos agrícolas y crías de ganado, que no podían exigir más. En consecuencia, no quedaba otra alternativa para gastar el dinero de un modo sensato, que decorar las iglesias y acreditar o dignificar el culto, para el consuelo de sus siervos mismos, para la mayor gloria de Dios y para edificación del prójimo.

Finalmente, tengo que traer a la memoria del lector, por haber mencionado tan a menudo el pan en esta obrita, que no entiendo bajo esta palabra el pan que se hace de trigo o de centeno, sino tortillas de maíz, porque la gente del pueblo en América prepara este grano, por regla general, ligeramente cocido y molido con las manos entre dos piedras, y lo come en forma de una torta delgada y calentada sobre una sartén de fierro caliente, junto con la carne u otros alimentos, en lugar del pan. Es una comida sana y de buen sabor, después de haberse acostumbrado uno a ella por algunas semanas.

## VII

## DE LOS SOLDADOS, MARINEROS Y ARTESANOS, ASÍ COMO DEL MODO DE COMPRAR Y VENDER EN CALIFORNIA

EN toda la segunda parte de estas Noticias, se ha tratado sobre los trigueños habitantes de la Península de California, en la primera parte se ha dicho lo necesario acerca del puñado de mineros; resta ahora solamente informar acerca de los pocos otros blancos que viven en este país.

Sería una temeridad la de arriesgarse sin escolta entre los semihombres americanos, para predicarles el Evangelio, o solamente el querer vivir sin ella, entre los recién convertidos, debido a su veleidad e irreflexión. Lo único que un misionero sin apoyo entre ellos, podría esperar, sería una muerte prematura, así como la pérdida de los gastos de un viaje tan largo. Por tal motivo, desde hace mucho, los reyes católicos promulgaron un decreto, prohibiendo que nadie se meta por entre los gentiles sin la escolta suficiente de gente armada; consecuentemente, en todas las misiones se pagan a uno o varios soldados a expensas del rey. También el P. Salvatierra mantenía tantos soldados como eran necesarios para dominar no sólo a los recién convertidos, sino también a las tribus paganas de las cercanías o para poder reprimir las rebeliones que hubiera; mejor dicho, él mantenía a tantos soldados como podía pagar con las

dávivas recibidas. Este arreglo estuvo en vigor hasta el año de 1716, cuando los soldados recibieron por primera vez sus haberes de parte del Rey de España, fijándose el total de plazas en veintiocho hombres. Pero en vista de que poco después ocurrieron grandes rebeliones, especialmente en la parte sur del país y en lugares distantes entre sí, y que también fueron asesinados dos misioneros por los indios pericúes, se acabó por aumentar la tropa californiana, por orden Real, a sesenta hombres, inclusive los oficiales.

Estos guerreros no son soldados regulares. No saben nada de ejercicios militares, piden y consiguen su licenciamiento cuando les da la gana, y son, generalmente, muchachos inexpertos, ignaros y torpes, nacidos en América de padres españoles.\* Tienen un capitán, un teniente, un sargento y un alférez. Sus armas son: espada, mosquete, escudo y una armadura blanca de gamuza cuádruple que les cubre todo el cuerpo como un levitón, con excepción de los brazos y piés; en cuanto a lo demás, cada quien se pone lo que le da la gana, es decir, no tienen uniforme. Hacen su servicio, montados en caballos o mulas, de los que están obligados a tener siempre cinco, debido a los caminos muy accidentados. Todo su equipo, es decir, los caballos, armas, vestidos, parque y toda su alimentación, lo tienen que comprar de su sueldo, el cual asciende a ochocientos cincuenta florines al año.

Es su obligación servir al misionero como escolta, acompañarlo en sus viajes o a donde vaya, montar guardia de noche, vigilar a los indios y aplicarles la pena que corresponde a sus delitos. Alternativamente, uno de ellos tiene que ir diariamente a cuidar los caballos de todos y los del misionero, para que no se extravíen, porque andan sueltos en el campo; y finalmente, tienen que obedecer las órdenes del misionero con respecto a disciplina y asuntos de la misión. Así lo decretaron sabiamente

\* Cierta vez, uno de ellos me preguntó, después de rezar el rosario, sobre las últimas palabras de la Salutación Angélica: qué cosa era una hora; otro cuando pasábamos a caballo por un lugar donde había una cantidad excepcionalmente grande de piedras tanto en el llano como en los cerros, me dijo: Dios debe haber trabajado muy recio para haber sacado tanta piedra a la superficie.

los reyes católicos Felipe V y Fernando VI, para evitar que recorran el país arbitrariamente, abusando de los californios y de sus mujeres para la pesca de perlas u otros trabajos y maldades a su antojo.

Cierto virrey de México pretendió introducir algunas modificaciones a este reglamento, pero a poco tiempo se vió obligado a dejar las cosas nuevamente tal como habían estado antes.

Para fortalecer esta dependencia de los soldados con respecto a la obediencia que deben prestar a los misioneros en los asuntos mencionados, los Altísimos Reyes concedieron también la facultad de devolver a su capitán en Loreto sin previa queja, aquella gente armada que, por su conducta inconveniente, causase más daños que beneficios; además, los reyes ordenaron que los soldados recibieran su sueldo de manos del jefe de la misión o de su lugarteniente encargado de los fondos. Si no han resultado suficientes todas estas precauciones para sujetar a esta gente dentro de los límites de la disciplina; si yo mismo me ví obligado a devolver, en pocos años, por lo menos dos docenas de los tres o cuatro soldados que acostumbraba tener en mi compañía, — ¿qué sucedería si estos hombres tuviesen en las misiones libertad absoluta de vagar, a pié o a caballo, a donde les plugiese; de hacer y de visitar lo qué, cómo y cuándo, dónde y a quién les pareciera?

Bajo las mismas condiciones que los soldados, con respecto al pago de sus haberes, también se hallaban los marineros, de los que no había más que aproximadamente unos veinte. Estos iban anualmente en el mes de Abril, con dos balandras pequeñas, (que componían toda la armada californiana, si no se cuentan tres o cuatro canoas comunes y corrientes), a Matanchel, para recoger las mercaderías mexicanas, así como también maderas para trabajos de ebanistería y carpintería o para la reparación de los barcos. Igualmente, algunas veces al año se trasladaron a Sinaloa para ir en busca de maíz, legumbres secas, carnes, manteca, caballos y mulas, y pasarlos a California.

Cada año, los empleados virreinales entregaban en la ciudad de México, el importe total de los haberes de la tropa y marine-



ros, al P. Mayordomo, quien administraba las haciendas de fundación de las misiones, naturalmente, con el descuento de algunos miles de pesos que, como propina, siempre se les quedaban pegados a los dedos. Pero el P. Mayordomo no remitía estos fondos a California, de modo que ningún soldado o marinero recibía monedas de plata efectiva, porque no le hubieran servido para nada en vista de que no hay en California ni panadero, ni carnicero, ni cantinero, ni tendero, a quien comprar lo que necesitaban. En cambio, el P. Mayordomo compraba con esos fondos todo lo que podrían necesitar más o menos ochenta hombres y cierto número de mujeres y niños en el curso de un año, excluyendo solamente las vituallas. Estos efectos, los remitía a Loreto, en California, junto con lo que cada misionero había pedido a cuenta de sus mil florines.

En Loreto tenía su residencia otro P. Mayordomo quien se hacía cargo de todo lo que le enviaban de México, proporcionando a cada soldado o barquero lo que pedía, a cuenta y hasta donde le alcanzaba su sueldo. Anualmente, el mayordomo tenía que reportar, bajo juramento, que el número de soldados era completo y que cada quién había recibido sus haberes íntegros. En el caso de que uno de ellos obtenía su baja, se le daba en manta u otras mercancías tanto como importaba el saldo de sus haberes.

Cada artículo, como paños, manta, tabaco, azúcar, jabón, carnes, chocolate, maíz, caballos, etc., tenía sus precios fijados, conforme a la tasa fijada por empleados virreinales, los cuales correspondían exactamente a aquellas por medio de las que, fuera de California, cualquier capitán proporcionaba los mismos efectos a sus soldados. Esta tasa se hacía comúnmente de tal manera que lo que en México costaba uno o dos tantos, en California costaba dos o cuatro, es decir, el doble. Los precios, una vez fijados, ya no se alteraban nunca, aunque algún artículo, a causa de guerra u otras circunstancias, llegaba a venderse en México a precios más altos que los que se habían tasado para California. De modo que, cuando se estableció, hace pocos años, el estanco del tabaco, esta mercancía subió repentinamen-

te en México de cinco a trece reales, y sin embargo, tuvo que ser suministrado al soldado o barquero en California al precio de diez reales, como antes.

Todo se apuntaba minuciosamente y de vez en cuando venían los delegados virreinales a revisar la contabilidad. El saldo que quedaba, se empleaba en reparaciones anuales de las balandras y de su equipo o en la construcción de nuevos barcos, así como para hacer frente a gastos extraordinarios, cuando se emprendían obras nuevas en tierra o por mar, o para seguir pagando, por algún tiempo, sus haberes a la tropa, si el tesorero virreinal en México no entregaba los fondos, lo cual sucedió mientras yo estuve allí.

Además de los soldados y pocos marineros, vivían en California y tenían su domicilio fijo en Loreto, unos o dos medioebanistas y medio-carpinteros, así como otros tantos herreros. De vez en cuando vagaba por el país otro carpintero independiente que trataba de ganarse algo en las misiones, si había bastante madera. Este llevaba tan poca herramienta de fierro que la podía cargar en la bolsa de sus pantalones. Fuera de estos artesanos, no había otros en California, sino que, por lo general, cada quien era su propio zapatero, su sastre, su albañil, su tabartero, su molinero, su panadero, su barbero, su boticario y su médico; hasta la fecha, nadie ha pensado en hacer venir a California a peluqueros, cartólogos, sastres de moda, dulceros, pasteleros o cocineros de París, merceros, cafeteros, saltimbanquis o comediantes. Y en verdad, mientras exista California, toda esta gente siempre llegará prematuramente. ¡De cuántas cosas puede uno prescindir! dijo el filósofo.

En California, el dinero no circula y, con excepción de las iglesias, no hay más plata en el país que la poca que los mineros de allá producen. No entraba nada a California, excepto caballos y mulas, legumbres secas, maíz, manteca, madera y los haberes anuales de los soldados y misioneros, que, como ya se ha dicho, consistían en mercaderías. No salía nada de California excepto algunos medios moyos de vino para las misiones de Sinaloa y Sonora, algunas gamuzas de parte de los soldados

y algo de manta y telas de lino que venían de México y que se empleaban para comprar, o mejor dicho, para trocar por los mencionados caballos y vituallas. Esto servirá para que el lector se forme una idea de lo que es el tráfico y comercio de California con otros países.

En iguales condiciones se hallaba el comercio interior. Las vituallas u otras cosas que el misionero facilitaba a sus soldados a cuenta de sus haberes, y lo que remitía de vino o frutas a Loreto, para el consumo de la tropa; todo esto se lo reembolsaba el P. Mayordomo de Loreto en forma de vituallas y ropa para los indios u otras cosas útiles; o también, le daba una letra de cambio a cargo del P. Mayordomo en México, quien, a su vez, no remitía, el año siguiente, nada de dinero, sino lo que pedía el misionero para su iglesia o sus indios.

Con los mineros era otra cosa. Estos pagaban lo que se les vendía, con plata en pasta, por no tener otros valores, y si carecían de ella, pedían a crédito para pagar cuando se hubiesen hecho más ricos. Con esta plata, se fabricó la mayor parte de la vajilla que se menciona en otra parte.

Los misioneros arreglaban sus asuntos entre sí individualmente, y el que tenía algo, auxiliaba fraternalmente al que no tenía nada, no sólo por lo que toca a sus personas, sino también con respecto a sus indios. Muchas pruebas tengo de eso, y he querido mencionarlo para aprovechar esta oportunidad de manifestar de nuevo y ante todo el mundo mis debidos agradecimientos al P. Lamberto Hostell, del Ducado de Juliers, y al P. Francisco Inama, de Viena, Austria.

## VIII

## DE LA MUERTE DE LOS PP. TÁMARAL Y CARRANCO

ENTRE gente como los californios y en un país como el de ellos, no puede haber grandes acontecimientos que merezcan ser pregonados y transmitidos a la posteridad. Dios hace milagros cuando y donde le place a su Majestad. Sin embargo, entre los misioneros ha habido varios, no obstante su reducido número, cuya virtud ha merecido ser dada a conocer al mundo entero en la literatura. Todavía en estos últimos años se llegó a saber de algunos que se abstuvieron estrictamente del vino, a pesar de tener a la mano el mejor que se produce en California; que sólo raras veces se quitaban el cilicio y que se acostaban de noche en el suelo duro o en las gradas del altar; que, durante días y noches enteros, atendieron a los moribundos dentro de sus incómodos abrigaderos; que se privaron de su propia cama única, para acostar en ella a un enfermo; que sintieron escrúpulos ante la necesidad de conseguir su ropa y sus alimentos, porque temían que saliesen perjudicados los pobres californios; que no tenían cocina propia, sino que se medio calentaban, al mediodía, un pedazo de cecina, dura como la roca, en la paila de cobre, en la que se cocía el maíz para los indios; etc., etc.

También entre los californios hubo algunos que, después de su conversión, llevaban una vida edificante, aunque los ejem-

plos de maldad eran mucho más numerosos o casi comunes, hasta el grado de poder decir de ellos: *Beatus vir, qui inventus est sine macula*: ¡Bienaventurado él que viva entre ellos sin vicios infames ni vilezas! ¿Dónde está uno de ellos? ¡Alabarlos queremos! A todos sus defectos, los californios aún agregan su sed de venganza y su crueldad. Poco les importa la vida y por una fruslería matan a un hombre, como tuvo que experimentar, por ejemplo, en mis tiempos y entre otros, el patrón de un pequeño barco al que saltaron los sesos con una pesada piedra por sólo haberles propinado una reprimenda algo grosera, cuando bajó a tierra para cenar. Después, los indios abandonaron el barquito a merced de los vientos y olas, aunque venía cargado de vituallas para dos misiones muy pobres. A las dos de la tarde del día de la Resurrección del año de 1760, casi a la vista de todo el pueblo y apenas a una distancia de una pedrada de la iglesia o de la casa del misionero, un muchacho de unos dieciséis años recibió, dolosa y alevosamente, una cuchillada en el vientre que le infirió otro muchacho de igual edad; además, el asesino le propinó un terrible garrotazo en la cabeza, porque abrigaba la esperanza de poder escaparse, (y poco faltó para que realizara su plan), mediante un caballo ya dispuesto, con el que pensaba ponerse a salvo en una iglesia a una distancia de 30 horas de camino; etc. etc.

Hasta el año de 1750, hubo muchos levantamientos esporádicos de los californios en diferentes partes del país, y varias veces, algunos misioneros se vieron obligados a abandonar sus misiones para ponerse a salvo en otra parte. La causa de estas sublevaciones fué, en parte, porque los brujos sentían que su autoridad disminuía y su crédito iba en descenso, por la otra, porque se les exigía a los indios que cumplieran con lo que habían prometido en el bautismo.

La sublevación más extensa y más peligrosa de los californios, aconteció y dió principio en el año de 1733, en la parte sur del país y entre las naciones llamadas Pericúes y Coras, las dos de un carácter sumamente altanero, inquieto e inaguantable

ble hasta la fecha, de lo que tuvo pruebas más que suficientes el P. Ignatius Tirs, su último misionero.

En el mencionado año de 1733, se contaban en aquella región meridional, cuatro misiones, varios miles de indios, tres misioneros y solamente seis soldados. Las misiones eran, la de la Paz, sin misionero con domicilio fijo, con un soldado; la de Santa Rosa, con el misionero P. Sigismundus Táralval, español pero nacido en Italia, con tres soldados; la de Santiago, con el misionero P. Laurentius Carranco, mexicano, de padres españoles, con dos soldados; la de San José del Cabo, con el misionero P. Nicolaus Támaral, un español de Sevilla, enteramente sólo.

La causa de la sublevación, como posteriormente lo confesaron muchos de los indios con toda franqueza, fue por una parte, debido a que los californios recién convertidos, no quedaron conformes con tomar en matrimonio, solo a una mujer, como era su deber y como lo habían prometido; y, por la otra, por haber sido exhortados por los misioneros a vivir según ese deber y su promesa, y por haber sido penados con reprimendas por las transgresiones cometidas.

Eran los principales cabecillas e instigadores del levantamiento, dos indios llamados Boton y Chicóri que alborotaban el pueblo secreta y sigilosamente. El plan consistía en matar a los tres misioneros, destruir todo rasgo o indicio de la religión cristiana, que apenas hacía unos diez años que la habían abrazado, y volver a vivir como antes, sin temor ni oposición, en plena libertad o libertinaje. Pero se descubrió el complot y aparentemente se logró dominar la lumbre antes de que estallara el incendio, mediante un tratado de paz, que los californios ofrecieron a principios del año de 1734. Pero esta paz no era de duración porque no era sincera de parte de los indios. Muy pronto, los rebeldes perjuros trataron de nuevo de llevar a cabo sus propósitos a todo trance, lo que al fin consiguieron en el mes de Octubre, aunque no por completo, por haber encontrado el P. Táralval medios de escaparse de sus manos.

El único obstáculo para ellos, lo eran los seis soldados. Al atrapar a uno de los de Santa Rosa en el campo, lo asesinaron

alevosamente y luego mandaron decir a la misión que dicho soldado había caído gravemente enfermo y que suplicaba que viniera el Padre para confesarlo o que salieran los otros dos soldados para conducirlo a la misión. El plan consistía en matar al que se presentara. Pero el enviado de los indios desempeñó tan pésimamente su papel, que desde luego pudo adivinarse qué era lo que había sucedido y cuáles eran sus intenciones, de modo que ni el Padre ni los soldados hicieron lo que les pedía. Pocos días después, el soldado que solito resguardaba la misión de la Paz, también tuvo que dejar la vida.

La noticia de estos dos asesinatos, así como otras señas inequívocas de un motín próximo y general levantamiento en el Sur, se esparció rápidamente y pronto llegó a oídos del P. Prefecto de las misiones, quién se encontraba de paso en la misión de Los Siete Dolores, a una distancia de noventa horas de camino. Inmediatamente mandó un propio a los tres Padres que corrían peligro, con la orden de salvar su vida como les fuera posible. Pero las cartas cayeron en manos de los levantados, aunque de todos modos, hubieran llegado tarde.

El plan de los conspiradores era dar el primer golpe contra la misión de San José y el P. Tamaral, pero por haber llegado a saber que el P. Carranco estaba ya sobre aviso, dieron rápidamente la vuelta, dirigiéndose a Santiago, para no dar tiempo, al misionero de allá, de tomar medidas de precaución o de escaparse. Fue un sábado, día dos de Octubre, cuando se presentaron allá y justamente a la hora en que el Padre, después de celebrar misa, se retiraba a su cuarto para terminar tranquilamente sus oraciones. Desgraciadamente, su poderosa escolta de dos hombres andaba fuera en el campo, en busca de unas cabezas de ganado para los catecúmenos y otros indios. Al poco rato entraron al cuarto los enviados que poco antes habían regresado de San José a donde fueron a dar aviso al P. Tamaral de la revuelta inminente. El P. Carranco estaba justamente leyendo la contestación a su misiva, cuando los asesinos asaltaron la casa y se le echaron encima. Algunos lo derribaron y, agarrándolo de los pies, lo arrastraron hasta frente a la iglesia, (con lo que

desde luego manifestaron el motivo de su levantamiento y del asesinato que iban a cometer); algunos le acribillaron el cuerpo con muchas flechas, mientras otros lo remataron con piedras y gruesos garrotes.

No lejos de esta escena estuvo parado un inocente niño californio, que solía servir la mesa al misionero; viendo los monstruos que el muchacho lloraba por la muerte del que era casi su padre, uno de ellos lo agarró de los pies y le estrelló los sesos contra la pared, diciendo que así podría seguir sirviendo y acompañando en el otro mundo en lo futuro a la persona por cuya muerte se afligía tanto. Entre los asesinos figuraban, como suele suceder entre bárbaros, aquellos que el Padre siempre había creído los más fieles y en los que había fundado sus más caras esperanzas. En seguida arrancaron las ropas del cuerpo exánime, maltratándolo horriblemente el cadáver, y una vez saciados sus instintos diabólicos, lo echaron en la hoguera. Luego prendieron fuego a la iglesia y a la casa y echaron a las brasas todo lo que no les convenía, como vasos sagrados, enseres, el altar y los cuadros del Salvador y de los santos. A poco rato regresaron los dos soldados que, desarmados, habían ido en busca del ganado. Se les obligó a desmontar y matar las reses para los bandidos; después de haber terminado con este trabajo, se les pagó con una lluvia de flechas.

Igual suerte que al P. Carranco, le tocó luego al día siguiente a su vecino, el P. Tamaral, en San José, a doce horas de distancia de Santiago; porque los asesinos, después de ensañarse hartos en el primer lugar y de haberse desahogado en su terrible cólera más bien contra la religión católica que contra su predicador, se encaminaron sin pérdida de tiempo hacia la segunda misión. El P. Tamaral estaba tranquilamente sentado en su casa, porque no había querido dar crédito al informe de su vecino, cuando se presentó en la misión y ante sus ojos, la banda infernal, ya reforzada con reclutas de entre sus propios feligreses. A la usanza de los californios, comenzaron a pedir quién sabe que cosa, con la intención de encontrar un pretexto para un pleito, en caso de no serles concedida y empezar de esta manera el

juego. Pero el Padre se dió cuenta desde luego, y no sólo por sus ademanes, sino también por las armas que todos llevaban, y fácilmente pudo comprender qué era lo que se tramaba, lo cual era algo muy diferente de lo que pedían. Por consiguiente, accedió a sus exigencias, dándoles aun más de lo que pedían. Al ver que esta estratagema no les dió resultado, y, no pudiendo ya refrenar sus bestiales ganas de llevar cuanto antes a cabo sus planes, repentinamente arrojaron lejos de sí su máscara y su vergüenza y se abalanzaron sobre el misionero. También a él lo derribaron, lo arrastraron hasta fuera de la casa y empezaron a tirarle con flechas. Uno de ellos, a quien, hacía poco, el Padre le había regalado un cuchillo largo, se lo hundió despiadadamente en el cuerpo, combinando su crueldad con su ingratitud. Así dejaron y terminaron su vida, de la que largos años habían permanecido en California, los dos PP. Tamaral y Carranco, llevados al matadero y sacrificados por sus propias ovejas, después de haberse hecho dignos de tal fin mediante una conducta intachable y gran devoción.

El desenfreno y las diabluras que cometieron con el cadáver del misionero, con la iglesia y otras cosas, llegaron a tener en San José proporciones mucho más grandes que en Santiago, por haber sido mucho mayor el número de los asesinos y por ser ya la segunda victoria obtenida.

Faltaba ahora nada más la tercera y última víctima, pero esta logró ponerse a salvo. El P. Sigismundus Táral, misionero de Santa Rosa, quien, en aquellos días se encontraba en Todos Santos, anexa a su misión, y que estaba sobre el litoral occidental y a dos días de camino de San José, recibió oportunamente noticias de todo por conducto de algunos indios que le informaron no sé si por motivo de su natural cariño y compasión para con su pastor, o por no haber estado de acuerdo con la conspiración. Sin perder tiempo el Padre empacó rápidamente lo más indispensable y emprendió la marcha con sus dos soldados a caballo, en la noche del día cuatro de Octubre hacia el otro litoral, donde pudo embarcarse, cerca de la misión de la Paz, en el pequeño barco que se había despachado a los primeros rumo-

res de la sublevación inminente. Con la ayuda de Dios llegó felizmente a la misión de Los Siete Dolores que en aquel entonces estaba establecida sobre la orilla del mar, pero dejando trás de sí cuatro misiones destruídas y totalmente arrasadas que después costó mucho trabajo así como mucha sangre y hombres, levantarlas y hacerlas florecer de nuevo.

A los rebeldes, las cosas no les salieron a su gusto y de los crímenes que habían cometido, no pudieron jactarse mucho tiempo. Dios y los hombres los hicieron pasar por inmensas tribulaciones. Todas las tribus meridionales que al principio de la revuelta sumaban unas cuatro mil almas, han ido arruinándose y reduciéndose hasta apenas constituir unas cuatrocientas almas; en parte, por la guerra que les hicieron las milicias californiana y extranjera; en parte, por las disenciones que hubo entre ellas mismas, pero principalmente, por las espantosas enfermedades y llagas que cayeron sobre ellos. Hoy día, entre los cuatrocientos restantes, quedan muy pocos que estén libres de la terrible plaga y que puedan jactarse de gozar de plena salud.

En cambio, démos mil gracias a la Bondad Divina que no deja de inspirar, hasta en estos nuestros tiempos, a personas de entre el clero católico y principalmente entre los miembros de la Compañía de Jesús, quienes sin la menor posibilidad de fines egoístas y sólo para propagar la fé cristiana, tienen el suficiente valor y el corazón, no sólo para aventurarse por entre los bárbaros de todos los continentes y correr miles de peligros de muerte, sino que también, si se ofrece la oportunidad, de derramar su sangre magnánimamente. Estos dos misioneros californianos no son, ni con mucho los únicos de la citada Compañía que han perdido su vida por predicar el evangelio y convertir a gentiles. Al lado de muchos otros que podría citar aquí por docenas enteras, perdiendo su vida, apenas en el año de 1751, el P. Tomás Tello, jesuíta español, y P. Henricus Ruhen, un jesuíta alemán de Westfalia, con quien, un año antes de su muerte, hice el viaje por mar a América y después, durante seis meses, por tierra hasta la Pimería.

## IX

### ALGUNAS PREGUNTAS DIRIGIDAS A LOS SEÑORES PROTESTANTES, PRINCIPALMENTE A SUS SEÑORES MINISTROS

**S**ÉAME permitido, a pesar de que estoy escribiendo un libro de historia y no una controversia, de dirigirme un poco, con interrupción de mi tema, a los señores protestantes, (porque puede suceder que esta obrita llegue también a sus manos), y hacerles unas preguntas, especialmente a sus pastores, con motivo de la muerte de los dos mártires que he mencionado en el capítulo anterior, acerca del poco celo que tales señores pastores manifiestan para convertir a los gentiles. Es tan característica esta obra de conversión para la verdadera iglesia del Nuevo Testamento, que ya no se dice: *in viam gentium ne abieritis*, no pongáis vuestros pies en provincias o países idólatras, sino muy al contrario: ¡id por todo el mundo, predicad el evangelio a toda criatura! La cual conversión se ordena tan encarecida y repetidamente en la Sagrada Escritura a los predicadores cristianos; la cual, según tan numerosas profecías, resulta indispensable llevarla a cabo, y cuya omisión de parte de los protestantes, parece demostrar no sé que clase de prejuicio por parte de todas las sectas no católicas y al mismo tiempo, la veracidad de la religión católica romana.

Los señores protestantes tienen la más hermosa ocasión de emprender la conversión de los gentiles, en vista de que su co-

mercio y poderío con las dos Indias, son notoriamente muy extensos, y podrían llevar a cabo tal obra con mucho más facilidad y más probabilidad de éxito que la iglesia católica, debido a que, conforme a su doctrina o a la de sus teólogos, ellos sólo tienen que predicar la fé a los gentiles, permitiéndoles con Lutero, que cometan diariamente miles y miles de diabluras y asesinatos, y abriéndoles, sin embargo, únicamente por medio de la fe las puertas del cielo de par en par.\* Esta doctrina, (especialmente si logran vigorizarla con milagros como lo hicieron los Xaverio, Ludovico Bertrando, Anchieta, etc.), no podría dejar de atraer hacia los predicadores protestantes en un solo día, a millones de prosélitos. En cambio, el clero católico romano, porque predica en concordancia con San Pablo, con la Sagrada Escritura, con los primeros cristianos y con toda la venerable historia antigua, exige no sólo la fe sino también la observación de los mandamientos y predica la necesidad de las buenas obras, y, por consiguiente, no ha hecho tantos progresos entre los idólatras de Oriente, como fuera de desearse, y en América, no cuenta, principalmente al dar comienzo a su obra, con tantos buenos cristianos como hay bautizados. Sin embargo, hasta la fecha no he oído ni leído nada de las misiones o misioneros de los señores protestantes, ni en las indias Orientales ni en las Occidentales.\*\*

En los círculos católicos, ya desde hace mucho tiempo, se está en espera del primer tomo de cartas edificantes de los misioneros protestantes y del martirologio de los predicadores luteranos y calvinistas martirizados en las Indias, pero hasta la fecha, nadie sabe ni adivina todavía hasta cuando una u otra

\* Sé pues, un pecador y peca valientemente, pero esfuérzate tanto más en la fe, y delítate en Cristo que es el vencedor de los pecados, de la muerte y del mundo; de todos modos, nos es inevitable pecar, mientras estemos en este mundo. Nos basta haber reconocido, por la gracia de Dios, el Divino Cordero que toma sobre sí el pecado del mundo entero. De él, ningún pecado nos separará, aunque fornicásemos o matásemos miles y miles de veces en un día. Así escribe Lutero en el primer tomo latín, impreso en Jena por Coelestinum, página 345 de una carta a Melanchton.

\*\* Véase al final de este capítulo, la contestación a cierta objeción que aquí podría hacerse y que quizá será hecha por algunos de los que fueron seducidos por los Continuadores de la ciudad de Halle.

obra saldrá de la prensa o se publicará. En cambio, de parte de los católicos, y exclusivamente de parte de los jesuitas, ya se cuentan más de treinta tomos de sus "*lettres édifiantes*", (a pesar de no haberse empezado a juntar sino hasta principios del siglo actual y no contener esta colección ni la tercera parte de toda la correspondencia), y en su martirologio están apuntados ya casi mil mártires; todo esto, a pesar de que tales religiosos tienen menos años en este mundo que los protestantes y quizá se cuenten cien pastores protestantes por un jesuíta con las órdenes sacerdotales, sin incluir en este número a todos aquellos a quienes Lutero da el trato de sacerdotes u obispos, y, por consiguiente considera como pastores, y quienes son, según él mismo escribe, todos aquellos que simplemente pasaron por el bautismo y hasta el diablo mismo y su abuela.\*

Por consiguiente, pregunto con todo respeto, a nuestros señores protestantes:

1) Si los apóstoles se hubieran quedado en su patria y en su casa al lado de la estufa, como los pastores protestantes, ¿cómo andarían ahora las cosas en el mundo y especialmente, en nuestra Alemania? En vista de que los apóstoles no podrían vivir eternamente, ni viajar por todas las regiones del mundo, con lo que la iglesia cristiana, según podría creerse, no hubiera tenido modo de extenderse por sí sola; en tal virtud, y por la Providencia de Dios, quien vigila por su iglesia, ellos —los apóstoles dejaron de sí a otras gentes que están dispuestas a seguir sus huellas, haciendo adelantar así dicha obra de la conversión conforme al Salmo 44: *Pro patribus tuis nati sunt tibi filii*. ¿Pero, en cambio, dónde están, en las iglesias protestantes, tales renuevos apostólicos y tales sucesores de los primeros Santos Padres, que quieran tomar a su cargo, como lo hicieron los apóstoles, la conversión de los idólatras, y que se entusiasmen con la expansión del Reino de Dios? ¿Cuándo podrá decirse de los teólogos wittenberguenses y ginebrinos lo mismo que de los de Roma: Su llamamiento se ha extendido por todo el mundo,

\* En los 1 y 6 tomos alemanes, impresos en Jena, en la Feria del Rincón.

y se les ha oído predicar el evangelio a los paganos a los cuatro fines del orbe? Salmo 18.

Ciertamente, entre los protestantes, todos los días nacen nuevos pastores, pero no nacen misioneros, porque Lutero y Calvino no lo fueron tampoco.

2) Les pregunto en segundo lugar: ¿Es esta orden estricta de Cristo: "¡Id por todo el mundo, predicad el evangelio a toda criatura!", San Marc. 16, también de la incumbencia de los pastores protestantes o no lo es? Si es cierto que va dirigida también a ellos —¿por qué no la cumplen y sólo quieren ser espectadores inactivos de los católicos, iguales a aquél que dejó enterrado su talento o a aquéllos otros a quienes el amo de la casa encontró dormidos en el mercado? Pero si dicha orden no les interesa, entonces no deben contarse de ninguna manera entre los sucesores de los apóstoles, sino que únicamente resultan sucesores y partidarios de Lutero y Calvino. Y que realmente esta orden de Cristo no les ata, parece comprobarse, por una parte, por su conducta y su propia confesión tácita; y por la otra, porque, en caso contrario, Cristo mismo les hubiera prestado y tendría que prestarles valor y corazón, como a los apóstoles mismos; pero esto no sucede, según lo que nos enseña en estos días una experiencia de más de doscientos años, porque a quien Dios confía un empleo, también le da los medios, el don y las fuerzas para acometerlo.

3. Sin mencionar aquí cientos de profecías relativas a la conversión de los paganos, (que todas deberían ser falsas si dependieran de los protestantes y de todos aquellos que en cualquier tiempo se han separado de la iglesia católica), pregunto: ¿qué es lo que piensan, especialmente, de esa profecía de Cristo en San Mateo 24, que dice que el evangelio se predicará antes del Día del Juicio en todo el mundo y entre todas las naciones?\* Ciertamente, si los protestantes, por un lado, tienen el verdadero evangelio y la verdadera religión; y, por la otra,

sus señores pastores no cambien su conducta de dos siglos y medio, en cuanto se refiere a la predicación entre los paganos, el Día del Juicio no podrá venir nunca, en vista de que, para ellos, no tiene interés la obra de la conversión de los paganos y aun tendrá mucho menos en lo futuro. El indiferentismo y la tolerancia de todas las religiones y sectas, junto con el teísmo y el ateísmo, toman mucho incremento entre los protestantes, entre quienes también nacieron estas monstruosidades, y que no son otra cosa que *mali corvi malum ovum*, que quiere decir: malos frutos de un mal árbol. Lo que estos señores entienden realmente, consiste en echar su simiente sobre el campo ya labrado y sembrado de la iglesia católica, plantar malas hierbas entre el trigo, para atrapar a los pescados que ya están cerca de la orilla y que se entregan volutariamente a sus redes, por ser estas de malla ancha; pero, atreverse a salir al agitado océano de la idolatría, desmontar una maleza pagana en el Canadá, en China, en el Japón, en Malabar o en la Cafrería, — esto es lo que se cuidan de no hacer, porque para ello les falta no sólo valor y corazón sino también imaginación.\*

4) Les pregunto: ¿Qué es lo que piensan de la máxima de Cristo en San Lucas 11: *Qui non est mecum, contra me est, et qui non colligit mecum, dispergit*. El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama. Realmente, los señores protestantes, tanto su clero como sus autoridades seculares, no ayudan a Cristo a meter a los gentiles al corral de la iglesia: dejan sudar al buen pastor, pero no mueven ni un pie para guiar por el buen camino a las ovejas que andan errando en ambas Indias, y juntarlas bajo el báculo pastoral de Cristo. Por un lado, sus marineros y capitanes buscan ya desde hace casi doscientos años, la ruta septentrional al Oriente, para poder llegar más pronto con sus buques mercantes al Japón, a China, etc., pero sus pastores no buscan caminos para penetrar a Abisinia, a Tibet, a la Tartaria Mayor o Menor, a fin de ilus-

\* Prædicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe, in testimonium omnibus gentibus: et tunc veniet consumatio. San Mateo, 24, v. 14.

\* El modo de trabajar de los no-católicos es, no convertir a gentiles, sino voltear a cristianos. Así dijo ya Tertulianus hace más de mil quinientos años. De præscript. adv. hæc. c. 4.



trar a aquellos antiquísimos herejes o para bautizar a los idólatras u otros infieles. ¿Qué consecuencia se saca de todo esto? Sólo lo que ya queda dicho y que Cristo mismo dijo: Los protestantes no son con Cristo, sino son contra él; no le ayudan en nada para juntar a los gentiles en la iglesia; por consiguiente, ellos dispersan, destrozan y devastan; y nuevamente por consiguiente, su presunta Reforma del siglo XV, nunca ha sido, desde 1517 hasta la fecha, más que dispersión, destrozos y devastación en el corral de Cristo y en el campo de la iglesia divina.

5) La mercancía que es de buena calidad, se exporta a todas partes y siempre encuentra compradores en todo el mundo; el antiguo dicho filosófico-teológico dice: *Bonum est communicativum sui*. ¿Porqué entonces, pregunto, no buscan los protestantes —si su religión es tan evangélica y buena.— la manera de introducirla en todos los continentes y de prender la luz de la fe a tantas naciones que permanecen en la oscuridad y en la sombra de la muerte? ¿Por qué no sólo no predicán los holandeses en el Japón, donde ellos son los únicos con derechos a comerciar, el catecismo heidelberguense y los Cánones de su Sínodo de Dortrecht, sino que aún esconden ante los japoneses su religión calvinista con tanto empeño, y la niegan y no quieren ser tomados por cristianos, sino sólo por holandeses? ¿Por qué pisotean en el Japón a las imágenes del que ellos mismos consideran como su Dios y Salvador? ¿Qué vergüenza! Hasta este extremo, la codicia y avaricia no han impulsado todavía a ninguna nación católica romana; y era imposible suponer que un pueblo cristiano llegara a humillarse a tal grado, antes de que se levantaran aquellos nuevos evangelistas de Wittenberg y Ginebra. Pero ciertamente, estos hechos no honran a la religión calvinista, o reformada, (como ellos quieren que se les llame), ni a aquellos que se adhirieron a ella; lo lógico sería que en todos se despertaran las dudas acerca de la bondad y veracidad de una secta que permite a los sujetos de un gran Estado, actos tan fantásticos e indignos como la blasfemia. Los ingleses y los holandeses, sobre todo estos últimos, acostumbran traficar con

todo y por todas partes; y si hay algo que ganar, se prestan a cualquier cosa;\* y si Satanás mismo tuviera que transportar algo a uno de los cuatro continentes, en Amsterdam encontraría siempre muchos cumplimientos y un barco listo para zarpar a toda hora a sus órdenes. Lo único que no quieren vender o llevar al mercado, es su religión, a pesar de haber luchado por ella tanto tiempo contra los reyes católicos. Seguramente todos los pastores protestantes en Holanda, tienen tan pocas ganas de convertir a un solo pagano y conducirlo al cielo, como Satanás mismo.

6) Si los pastores protestantes temen los golpes y la muerte, y tal vez por este motivo no se atreven a aventurarse entre naciones extrañas y bárbaras, ¿por qué entonces, no se interesan, por lo menos, por sus propias colonias en América y otras partes, para llevar la eterna salvación a sus esclavos negros de Guinea, de los que no tienen que temer nada? ¿Por qué dejan que mueran como perros?\*

Si son las propias familias las que molestan a los pastores de la Confesión Augsburgiana o Ginebrina; o si son sus propiedades las que impiden a estos señores emprender los viajes a países paganos en Oriente y Occidente, —¿por qué entonces se quejan con tanta amargura contra la iglesia católica que ordena el celibato para aquellos que se dedican voluntariamente al ministerio del púlpito y al sacerdocio? ¿Por qué no querrán saber nada en su iglesia de los que dice San Pablo en I. Corint. 7: No tengo mandamiento del señor en cuanto a castidad, pero la aconsejo; o de lo que dice San Mateo 19: ¿Y cualquiera que dejara casas o tierras, por mi nombre...? El celibato y la pobreza voluntaria

\* El capitán del barco holandés con que hice el viaje de Cádiz a Ostende, pelaba las gallinas y espumaba el caldo personalmente.

\*\* No hay colono que no tenga su esclavo; algunos tienen treinta y más. Pero hasta ahora, nada se ha hecho acerca de la conversión de esos paganos; muy pocos están bautizados, a pesar de que esa gente sería fácil juntar en una magnífica comunidad, en virtud de que muchos ya tienen grandes conocimientos y desean convertirse al cristianismo. Pero, sus amos, como he llegado a saber, no quieren acceder a ello, en vista de que, una vez bautizados, ya no pueden ser vendidos de nuevo. Así dice el pastor danés luterano, Böving, en su Descripción de la Colonia Holandesa en el Cabo de Bonaspei.

son dos cosas, si no indispensables, por los menos muy convenientes para poder llevar a cabo la conversión de los gentiles, de conformidad con la voluntad de Dios, porque de esta manera se evitan dos grandes obstáculos. El predicador protestante, empero, dice como aquél, en San Lucas 14: Acabo de casarme o estoy por hacerlo; tengo una casa y la casa está llena de hijos, por eso no puedo. . . .

Por consiguiente, Cristo tiene sus colaboradores, y los apóstoles tienen, entre el clero católico-romano, sus fieles sucesores en las personas de los misioneros destinadas a la conversión de los gentiles; porque ellos viajan por todo el mundo y penetran en las regiones a donde aún no llega ningún comerciante avaro, ni ningún capitán atrevido. Trabajan y sudan con Cristo para la salvación de las almas, quieren ver propagada la fe a todos los rincones del mundo y quieren que todos sean cristianos; enseñan y bautizan, procuran el cielo y predicán el Reino de Dios a aquellos que no les importan nada, de los que no tienen ninguna ventaja y de los que no pueden esperar más que muerte y martirio. Para llevar a cabo esta obra, abandonan patria y todo, emprenden grandes viajes a través de los mares, no temen, como San Pablo, ningún peligro, aguantan naufragios, hambres y sed, viven en desiertos con las más horribles sabandijas y bestias peligrosas, y entre seres humanos que sólo por su talle se distinguen de los animales; cientos de veces arriesgan su vida y cientos de veces vierten su sangre. Mientras tanto, el sacerdote y predicador protestante mete las manos a las bolsas, mira con ojos indiferentes los horrores de la idolatría en tan numerosos países, deja que perezcan y lleguen al infierno millones de gentiles blancos y negros, sin importarles nada y sin ponerse a reflexionar acerca del mandamiento expreso de socorrerlos y salvarlos de la perdición.

Ahora, suplico al humilde lector, amante de la verdad, que haga a un lado sus prejuicios y saque la conclusión por sí mismo, y me diga con toda sinceridad: ¿dónde y de qué lado está el amor al prójimo, ese verdadero distintivo de los discípulos de Cristo; dónde y de qué lado le parece que está el verdadero es-

píritu cristiano, el espíritu de los apóstoles y por consiguiente, el espíritu de la iglesia verdadera? ¿No le parece que la conducta del clero católico por un lado, y la de los pastores protestantes por el otro, en cuanto a devoción y conversión de paganos, no proporciona una buena prueba tanto a favor de la religión católica y la verdad de ella, como en contra de los protestantes y la doctrina de su secta? Porque, la iglesia en la que viven el espíritu de Cristo y el de los apóstoles, seguramente no puede ser la iglesia del anticristo!

Resultaría ridículo si alguien quisiera hablar aquí de los pocos misioneros daneses de Tranquebar, una ciudad en las Indias Orientales que pertenece al rey de Dinamarca, dentro de cuyas murallas han tenido la humorada de convertir a los pocos gentiles que son sujetos de su majestad, al luteranismo (que además, ya transformaron en pietismo); o de Mr. Dellius, en la Nueva Inglaterra, que empezó, en compañía de una mujer iroquesa, a hacer miembros de la iglesia anglicana a los iroqueses, sin éxito alguno, o de otros dos o tres protestantes que se dieron bombo de misioneros. Porque el señor Weislinger, en la segunda parte de su libro, intitulado: "Charlatanerías Teológicas", ya ha dado al traste, mediante citaciones de puros escritores protestantes, con ese señor Ziegenbalg y sus socios pietistas de Tranquebar u otros lugares donde incidentalmente estén. Y el P. Charlevoix ya dió una descripción de la misión del inglés Dellius en su "historia del Canadá".\*

\*Mr. Dellius desempeñaba su encargo de misionero de una manera muy cómoda, a pesar de que la chamba le dejaba anualmente un sueldo de mil doscientas libras francesas. Casi siempre permanecía en Oranienburgo, (una ciudad de la Nueva Inglaterra), a donde pedía que se le remitiesen los recién nacidos para bautizarlos. Una mujer iroquesa, que vivía en su casa y que le acompañaba en todos sus viajes, le servía de intérprete para enseñar a los adultos, cuyo número era muy reducido y el cual el predicador parecía tener pocas ganas de aumentar. No puedo decir a ciencia cierta, hasta cuándo ha durado esta misión, pero mis documentos me aseguran que pocos años después, se le corrió a Mr. Dellius de la casa y de la ciudad de Oranienburg. Lo que sí queda fuera de toda duda, lo es que la religión protestante hizo muy pocos progresos entre los iroqueses.

Esta tentativa de Mr. Dellius, de hacer protestantes a gentiles, no es la primera que ha podido convencer a nuestros adversarios, que ellos no sirven para la propagación del cristianismo entre los gentiles y que su secta no produce

Queda pues, irrefutablemente comprobado que los protestantes de hoy en día siguen el ejemplo de aquellos que desde el principio del cristianismo, han desertado de la iglesia romana y de quienes bien sabido es que muy poco han luchado por atraerse a los gentiles y para hacer su iglesia universal, conforme al noveno mandamiento. Lutero y Calvino, que probablemente no pararon mientes en los paganos, ya lo previeron porque eliminaron este título de "universal", a pesar de que lo pusieron los apóstoles y el Concilio de Nicea en el año de 325 y a pesar de que es una de las características de la verdadera iglesia; en vez de ese título, pusieron la palabra cristiana, que en este caso no significa nada, sino que, al contrario, resulta tan superflua como la quinta rueda en una carreta, porque: ¿puede una igle-

ni ese celo viril para la salvación de los paganos, ni esa fertilidad que es el verdadero criterio para distinguir la verdadera iglesia de Cristo, de otras iglesias.

El método de que se servía Mr. Dellius, para hacer a los iroqueses amigos de la nación inglesa, mediante el vínculo de la religión, fue capaz de conseguir más bien lo contrario, lo que realmente sucedió, porque estos bárbaros, muy pronto se dieron cuenta de la diferencia entre el modo de vivir del citado misionero y aquél de sus misioneros anteriores, (que después de poco tiempo, volvieron a llamar). Charlevoix hist. de la N. France, tom. 3, pág. 366.

Algunos holandeses que vivían en las cercanías de ese país, sintieron ganas de propagar su doctrina entre los recién convertidos y, pensando que sería más fácil hacer desertar a las mujeres, comenzaron a dirigirse a ellas... Luego, algunos predicadores trataron de sembrar la desconfianza entre las mujeres contra los misioneros, lo que aún menos éxito les dió, porque estas valientes mujeres cristianas contestaron de una manera tan contundente, que los hicieron ruborizarse, diciendo que entre ellos, los holandeses, no se notaba por nada esa devoción y ese desprecio de todo egoísmo, ni ese retraimiento y costumbres edificantes que hacen a sus misioneros tan dignos y venerables y cuales características siempre les habían parecido como una prueba de la verdad de la religión que predicaban. Idem, tom. 2, pág. 222.

El que dudare de este testimonio por ser de un sacerdote católico, que oiga lo que dicen los siguientes protestantes sobre su misión en las Indias Orientales.

Desde el principio de la misión hasta ahora, (es decir, en veinticuatro años), se han convertido 1023 personas al cristianismo, inclusive los niños aceptados en la comunidad. Así escribe Samuel Urlsperger Senior de Augsburgo, en sus "Noticias Históricas", impresas en 1730, tomándolo del informe de las misiones danesas en las Indias Orientales. ¡Ciertamente, un enorme número de gentiles que se hicieron luteranos en veinticuatro años! Lo peor es que estos pocos se convirtieron por amor al dinero, como quedará comprobado más adelante.

En el año de 1710, varios misioneros salieron de Dinamarca para Tranquebar donde hicieron grandes esfuerzos para convertir a los paganos. Pero parece que aun no llega el tiempo de su inspiración, porque el número de convertidos no llega más que a unos cuantos cientos. Así escribe Juan Hübner en el año de 1736, en su "Geografía", bajo la palabra Tranquebar.

sia que ya cree en Cristo, según su propio artículo 2, o que ya es santa, ser también no cristiana?

Finalmente, ruego a mis lectores católicos y no católicos, no tomen a mal esta divagación un tanto prolongada, aunque a algunos no les parezca muy atinada en este lugar. Todo se ha escrito de buen corazón y conforme al consejo de San Pablo a Tito: *Insta opportune, importune*. (¡Háblales oportuna e inoportunamente!) No todos los días tengo oportunidad de inculcar, verbalmente o por escrito, una buena idea a mis señores protestantes y con tanto más gusto he querido aprovecharme de la presente, por haber sabido que este tema de la misión católica romana ya ha servido, a más de uno, para despedirse de los protestantes y para reingresar al seno de la iglesia católica, de la que sus antepasados se salieron imprudentemente. ¡Qué feliz me sentiría, si a mí también me tocara la buena suerte de haber enseñado, mediante estas pocas notas, el tan urgente camino de regreso a uno que otro de estos señores!

No es de negarse que los "Continuadores de Halle", en su Informe sobre las Indias Orientales, pueden aumentar, en el año de 1734, este número hasta 2920 en su 38. Continuación, pero sólo, contando entre los convertidos a los niños menores de edad, a los católicos apóstatas, etc.; de todos ellos, gentiles convertidos y católicos, el señor Böving, dinamarqués y uno de los mismos misioneros protestantes, dice: que ni uno sólo ha sido conmovido y empujado hacia nosotros por el poderío de la Palabra, sino que la pobreza siempre ha sido el motivo de su incorporación.

Esto fue, entonces, el estado de la misión protestante hace más de treinta años en las Indias Orientales y Occidentales, y hoy día, no ha mejorado en nada. Por tal motivo, Hübner no debería haber escrito que aun el tiempo no llegaba para tal obra, sino que mejor hubiera sido decir que los protestantes no tienen facultad para ella, porque durante los mismos años, en que las misiones de Tranquebar pescaron tan pocos y tan malos pescados, las misiones católicas, muy cerca de Tranquebar y en cientos de otros lugares, los pescaron por miles y miles, igual a los apóstoles. San Juan 21, y Hechos 2.



tierra firme, en número de cincuenta, es decir, a los de Sinaloa, Sonora y Pimería, se les condujo, para economizar los gastos de un prolongado viaje por tierra, a una región de Sonora, llamada Guaymas, sobre el litoral del Golfo de California y a los 28 grados de latitud Norte, con el propósito de embarcarlos, en la primera oportunidad, por la vía marítima, a Matanchel, a los 21 grados, y llevarlos de allá, más de trescientas horas de distancia por tierra, hasta Veracruz; lo que se hizo efectivamente.

Guaymas es una región desierta cuya misión ha sido destruída por los indios seris, sin un alma y sin habitaciones humanas a muchas horas a la redonda. Conocí también el lugar, aunque sólo de lejos, durante mi viaje al Río Yaqui. En verano, el calor es muy fuerte y terribles son las lluvias y tempestades; en el invierno, hace tanto frío, que a veces quisiera uno disponer de una estufa bien caliente. En este lugar, los cincuenta misioneros tuvieron que quedarse durante nueve meses enteros, alojados en una choza de ramas y zacate que más bien se parecía a un corral que a una habitación humana, bajo estrecha vigilancia y alimentados solamente con maíz y cecina de res y de carnero. Después de esta "campana", se les embarcó al fin, encarcelándolos en una pequeña fragata, donde no hubo ni modo de dormir con comodidad. El viaje a Matanchel que, si se emprende en la época propicia, es decir, cuando soplan los vientos del Norte, dura comúnmente de cinco a seis días, dilató aquella vez no menos de cuarenta y ocho días.

El primer día del viaje por tierra, salió aún peor que las siete semanas en alta mar. El camino iba por un pantano cubierto de monte y bajo una lluvia fuerte durante todo el día.\* Muchos de los misioneros cayeron del caballo de puro cansancio y otros, los que prefirieron caminar a pie, tuvieron que pasar por el lodo hasta por arriba de las rodillas. De esta manera llegaron de noche, sin haber comido y totalmente mojados, a la primera parada y de allá, en algunos días más, hasta la región

\* También he hecho este viaje, pero a mediados de Febrero.

de los pueblos hispano-mexicanos de Aguatitlán e Ixtlán, donde no menos de veinte de los cincuenta, murieron y tuvieron que ser enterrados. Las fatigas de Guaymas, el viaje sumamente incómodo en la mar, y el primer día de su viaje por tierra, hicieron que pronto se desarrollara una fiebre muy perniciosa entre ellos, con excepción de siete que se salvaron. Por consiguiente, el día 8 de Julio de 1769 desembarcaron solamente treinta jesuitas en la Bahía de Cádiz, dos años después de su captura; poco después, otros dos murieron en España.\*

Todo lo que había pasado a los jesuitas en México y en las regiones frente a California, los señores españoles trataron de mantenerlo en secreto a sus cofrades en la península, para que nosotros no tuviésemos oportunidad de enterrar nuestros tesoros o nos escapásemos con ellos a la Chambadía, (donde dicen que vive el rey de los judíos); o, por lo menos, que no armásemos a los indios con los ocho mil rifles que se decía, que teníamos escondidos en nuestras casas. Por consiguiente, durante medio año no nos llegaron noticias del otro lado del mar, y tampoco se permitió a los pescadores de perlas, ir en aquel verano a California.

Don Gaspar Pórtola, legítimo Primer Gobernador de California,\*\* con plenos poderes para fundar ciudades y levantar fortalezas, así como para desalojar a sus primeros conquistado-

\* P. D.—Estos veintiocho, así como otros cinco más que habían vivido en la isla de Chiloé, frente a la tierra firme de Chili, son los únicos entre más de cinco mil jesuitas que hasta la fecha han quedado encarcelados en España, bajo estrecha vigilancia y con el pretexto, como parece, de que se está en espera (para los cinco, después de cuatro, para los veintiocho después de tres años!) de que lleguen noticias de algún crimen capital o quién sabe qué otra clase de diabluras que hubieran podido cometer en América, lo que probablemente nunca llegará a suceder; (podría decir yo seguramente, por ser imposible cometer tales crímenes en las dos regiones citadas).

Todos los jesuitas que estuvieron en Paraguay y contra quienes, por más de un siglo, tantas cosas se han dicho durante todo un siglo, quedaron libres desde hace mucho tiempo, regresando algunos a Alemania, su tierra natal y yéndose otros a Italia. *Quare (ergo) fremuerunt gentes?... qui habitat in cœlis, irridebit eos.* Salmo 2, v. 1 et 4.

\*\* Hasta entonces no hubo más autoridad en California que el capitán de la milicia que no tiene más sueldo que cualquier soldado, con sólo la diferencia de que él recibía por sus 850 florines, las mercancías que pedía directamente de México, a los precios a que allá se compraban.

res, se hizo dos veces a la mar en Matanchel, con dos embarcaciones, en Julio y en Agosto de 1767, en compañía de 25 hombres de caballería, 25 mosqueteros regulares de Cataluña y catorce religiosos, pero las dos veces se vió obligado a regresar al puerto a causa de vientos contrarios. En cambio, su avanzada, que hizo el viaje en una chalupa, tuvo la suerte de poder tomar tierra a fines de Septiembre a tres horas de distancia de Loreto. Algunos viajeros, que pasaron casualmente por el lugar, descubrieron a esta gente y los reconocieron como extraños, a causa de sus uniformes. Pero no les fue posible hacerlos hablar acerca de sus intenciones, de dónde venían y por qué motivo habían llegado, porque ninguno de los hombres quiso soltar la lengua; al contrario, inmediatamente volvieron a hacerse a la mar, navegando hacia el sur hasta cerca de La Paz. También aquí siguieron encerrándose en su silencio. Pero en vista de que Pórtola no aparecía y se les acabaron las vituallas, mandaron a las minas a pedir nuevas, diciendo que bajo pena de muerte les era prohibido dar a conocer el motivo de su llegada. ¡Realmente, unas precauciones superfluas! Porque con todo y su silencio, los españoles no han hallado más plata en California que la que hubieran encontrado, si se hubiera sabido, con diez años de anticipación, lo que sucedería en el año de 1767.

A mediados de Octubre, Pórtola se aventuró por tercera vez a levar anclas, logrando recorrer un camino de más o menos ciento cincuenta horas en cuarenta y dos días y desembarcando finalmente en la misión de San José del Cabo, en la extrema punta de California. El verdadero objetivo de la expedición, lo era Loreto, unas ciento cincuenta horas más al Norte, porque se pensaba atrapar de noche el tesoro de allá, y al misionero que era su mayordomo; pero esa "peregrinación lauretana", la tuvo que hacer Pórtola por tierra, de modo que tuvo mucho más oportunidad de lo que le convenía, de convencerse en persona al entrar en esta Tierra de Promisión, qué clase de país tan llano, sombreado, abundante en aguas, verde, fértil, poblado y por consiguiente, tan hermoso y noble era su Reino de California.

Los nuevos soldados fueron los que más gusto tuvieron al llegar a San José. Ellos pensaban que California estaba empedrada con plata y que allá se juntaban las perlas con la escoba. No resultó de mucha duración ese gozo. Muy pronto empezaron a echar pestes contra el país, y con gusto lo hubieran abandonado desde luego, la cual buena suerte sólo le tocó al alférez con seis hombres, a quienes Pórtola comisionó para vigilarnos y para tener desde luego siete bocas menos en su compañía.

El capitán de la vieja milicia californiana, Don Fernando Ribera y Moncada, un hombre de grandes virtudes, cumplido hasta la escrupulosidad y fiel servidor del rey de España, se encontraba casualmente en San José del Cabo, cuando llegó el gobernador. Los dos conferenciaron por varias horas, y durante este tiempo, el capitán le ayudó a su señoría para despertar rápidamente de su sueño dorado de tesoros californianos, riquezas de los misioneros y otras cosas por el estilo. Para decir la verdad, en todas las iglesias hubo algo de plata, tal como se ha dicho con anterioridad, pero en las casas de los misioneros no hubo nada, como en la mía y en la de otros, o, donde hubo algo, esa plata era el importe de las mercancías que se habían vendido últimamente a los mineros, conforme a lo dicho en el capítulo 7 de esta tercera parte, y de la que ya se había dispuesto para la iglesia o para los californios menesterosos. Consecuentemente, el virrey de California vió servida su mesa por el misionero, con loza de barro y de ninguna manera con vajilla de plata, como se rumoraba que él había abrigado la esperanza de que fuera, o, cuando mucho, con porcelana de la que, todos los años, el barco filipino dejaba algo en San José del Cabo, en pago de ciertas vituallas, porcelana que se repartía liberalmente entre las otras misiones.

Me obliga la gratitud a hacer constar aquí, por el buen nombre del mencionado gobernador Don Gaspar Pórtola, que tanto él como todos los españoles, oficiales y particulares, en tierra y en mar, trataron a los jesuítas, bajo las circunstancias dadas, con todo respeto, honra, cortesía y amabilidad, que nadie nos dió motivo de enojo y que él siempre afirmó solemnemente qué

grande pena le causaba el haber sido el portador de tal comisión; que varias veces le brotaron las lágrimas y que quedó hondamente impresionado por el hecho de que europeos hubieran podido tomar la resolución de vivir y de morir en un país de tal naturaleza.

Después de inspeccionar la miseria de San José y de Santiago, el gobernador fue a visitar la otra miseria de las minas, a una distancia de diez y seis horas de camino. Allí quedó también asombrado por lo pobre de las chozas y por la situación tan penosa de los mineros. Después de completar las provisiones para unas cuarenta personas durante el viaje por tierra, se apresuró a emprender su marcha a Loreto, su futura residencia, la que llegó a ver por primera vez al final de diez días y después de marchas forzadas, el día 17 de Diciembre, con poco consuelo en el corazón. Sólo una vez encontró en el camino un techo y seres humanos en una misión, todo el resto de lo que vió en viaje tan largo, no fueron más que puras piedras y espinas, lomas estériles, rocas pelonas y arroyos secos.

Las jornadas no eran de cuatro o cinco horas, como se acostumbra entre gente de armas, sino de diez y más horas, porque en California no se cuentan las leguas, sino los lugares donde hay agua para hombres y caballos y también un poco de zacate o juncia para los últimos.

Desde Loreto, el gobernador mandó llamar al P. Ducrue, en aquella época Superior o Prefecto de todas las misiones, quien estaba entonces en su misión Guadalupe. A éste, Pórtola le entregó un escrito del Virrey de México, redactado en términos muy corteses, por medio del cual se ordenaba a él y a todos los jesuítas abandonar California, por mandato de su Majestad Católica, "para devolver la paz a la monarquía española, (¡a pesar de que no hubo guerra alguna!) En seguida hizo cuentas con el P. Mayordomo con respecto a los haberes de los soldados y despachó gente a todas las misiones con orden de tomar inventarios y hacerse cargo de los muebles y enseres de las iglesias y casas, pero no del gobierno de las almas de los pobres californios, por la sencilla razón de que nuestros sucesores y los

soldados regulares de Cataluña aún navegaban perdidos en el mar. El Superior mandó también una carta a cada misionero, compuesta en términos y según voluntad del gobernador, suplicándole que se presentara el día 25 de Enero de 1768 en Loreto, para su embarque, y que recomendara calma y orden a sus indios y que predicara por el mantenimiento de la paz. Pero en virtud de haberse calculado el plazo demasiado corto para las últimas misiones en la región norte, y también por haber estallado una epidemia entre los indios de San Borjas, los últimos llegaron a Loreto hasta el día 2 de Febrero, siendo recibidos cortésmente por el señor Pórtola, a la usanza española, con besamanos y abrazo.

Aquí habría mucho que escribir sobre las lamentaciones de los californios al abandonar los misioneros sus misiones; a ellos, esta retirada les parecía un castigo, lo que realmente era, a pesar de no saberse nada de crímenes que la hubieran precedido en alguna de las misiones; y por eso, ellos, como otros millones, no sabían qué decir o pensar del acontecimiento. Además de estas razones para su consternación y aflicción, había también el temor de que en lo futuro ya no se les auxiliaría con alimentos y ropa como hasta entonces se había hecho.\* Puedo asegurar, sin lugar a dudas, que, por lo menos en el año en que salieron los jesuítas, no se les concedió a sus sucesores la suma de los mil florines anuales de las haciendas de fundación, y que cientos y más cientos de mulas en territorio mexicano, que pertenecían a las misiones californianas, quedaron destinadas, como bienes de los jesuítas, a otros servicios. También es cierto que, por el otro lado, estos primeros sucesores, que eran todos criollos de América, ya habían invitado, engañados por los falsos rumores sobre las riquezas californianas, a muchas de sus amistades para ir con ellos a la península. Los pobres californios tampoco sabían cuando iban a llegar sus nuevos curas y muchos temían tener que morir sin los santos sacramentos, (lo que efectivamente sucedió). Basta decir que en la misión de

\* Cartas de América aseguran que este temor de los californianos no haya sido infundado.

San Xavier, donde nos habíamos reunido siete misioneros antes de emprender el último viaje a Loreto, después de celebrar misa el día de la Purificación de María, se suscitó entre los californios un lamentar y llorar tan sincero que no sólo quedé conmovido hasta las lágrimas en aquel instante, sino durante todo el camino hasta Loreto, y también ahora, que escribo esto, lo hago con los ojos bañados en lágrimas.

Si los californios no supieron qué pensar de la retirada tan súbita y tan inesperada, nosotros aún menos sabíamos qué decirles con respecto a ella; porque hablarles de persecuciones de los jesuitas, hubiera sido igual a contar a los habitantes de Nueva Holanda o de Nowaya Semlya algo del Tratado de Paz de Westfalia o de la Bulla Unigenitus. En cambio, lo que sí pudieron comprender, por lo menos en parte, fue algo del capítulo 20 de los Hechos de los Apóstoles, en el cual se describe la despedida de San Pablo de los de Mileto; y esto fué lo que uno de nosotros les contó a sus californios al despedirse.

Los catorce religiosos, nuestros sucesores, junto con los veinticinco soldados regulares de Cataluña, tuvieron todavía mucho menos suerte que el señor Pórtola y sus dragones, durante su travesía; después de mucho navegar, llegaron a la costa de Culiacán en Sinaloa y finalmente, poco antes de nuestra partida, tocaron San José del Cabo, de donde tuvieron que hacer el viaje a Loreto, por mar, con vientos contrarios. Estos nuevos misioneros deben de haber encontrado ya bajo tierra y podridos a aquellos enfermos a quienes sí administramos los Santos Oleos antes de nuestra salida, pero que necesitaban mucho de la atención y visitas diarias del cura.

Estos catorce misioneros nuevos no aguantaron mucho tiempo en California; a los sucesores de ellos, ya los encontramos dos días después de haber tomado tierra en nuestro viaje a Veracruz; ellos estaban en espera de una oportunidad de hacer la travesía a California; de modo que los pobres californios tuvieron tres diferentes curas en tres o seis meses, y de diferentes órdenes. Aunque la causa de este segundo cambio me es muy bien y mucho mejor conocida que la del primero, me parece

conveniente pasarla por alto en vez de publicarla, a pesar de que resulta muy en favor de los que partieron primeramente. El día 3 de Febrero, todos estábamos reunidos frente a la hermosa Imagen de la Virgen en Loreto, vestida de negro y de luto como si fuera Viernes de Dolores. El P. Diez, un mexicano, quien pocas horas antes no había pensado todavía en prepararse, pronunció un sermón muy bien relacionado con las circunstancias del momento, y aquel mismo día, a las 9 de la noche, después del último abrazo amistoso de Don Gaspar, nos embarcamos conforme a la Real Orden e invocando la ayuda de Dios. A pesar de que la salida debía haberse llevado a cabo sigilosamente, todos los habitantes de Loreto de ambos sexos, estuvieron reunidos en la playa para darnos la despedida, llorando todos, californios y españoles.

Eramos por todos diez y seis jesuitas, quince sacerdotes y un lego, seis españoles, dos mexicanos y ocho alemanes. Estos últimos eran Lambertus Hostel de Münstereifel en el Ducado de Juliers; Xaverius Bischof de Glatz en Bohemia; Georgius Rheds de Coblenza; Franciscus Ináma de Viena, Austria; Benno Ducrue de Munich, Baviera; Ignatius Tirs de Commotau en Bohemia; Wenzeslaus Linck de Joachimstal en Bohemia y finalmente, yo del Rhin Superior. Justamente el mismo número, quince sacerdotes y un lego, dejamos atrás, en la tierra de California.

El viaje, gracias a la ayuda divina, resultó afortunado. En cinco días recorrimos una distancia de unas trescientas horas y llegamos el día 8 de Febrero a Matanchel, en cuya costa verde y cubierta de altos montes y grandes cedros, desembarcamos.

F I N



convinieron en que el primer viaje a California se hiciera en el mes de febrero de 1846, y que se eligiera para el efecto a los señores don Juan Bautista Alvarado y don Juan Manuel de Dios. Este viaje se hizo en el mes de febrero de 1846, y se eligió para el efecto a los señores don Juan Bautista Alvarado y don Juan Manuel de Dios. Este viaje se hizo en el mes de febrero de 1846, y se eligió para el efecto a los señores don Juan Bautista Alvarado y don Juan Manuel de Dios.

Estos catorce misioneros nuevos no aguantaron mucho tiempo en California; a los sucesores de ellos, ya los encontramos dos días después de haber tomado tierra en nuestro viaje a Veracruz; ellos estaban en espera una oportunidad de hacer la travesía a California; de modo que los pobres californios tuvieron tres diferentes curas en tres o seis meses, y de diferentes órdenes. Aunque la causa de este segundo cambio me es muy bien y mucho mejor conocida que la del primero, me parece

NOTICIAS Y ALGUNAS VISTAS DE CALIFORNIA Y DE LOS CALIFORNOS

PRIMER ANEXO A LAS NOTICIAS DE CALIFORNIA

Hoy que todos los días favorecidos en el campo, alguna vez se ha propuesto el asunto de las riquezas, la fertilidad y clima de California que parecen ser pocas y algunas veces de frutas, en cielo mas siempre azul y el clima que, en la verdad, no es demasiado caluroso. California no tiene absolutamente nada que merezca ser elogiado, estimado o estimado por los países que miraban de todo el orbe. De California, se dice, desde el Cabo de San Lucas hasta el Rio Colorado, resulta más cerca que lo que Wanda Rogers, cuyo testimonio he citado en el IV capítulo de la I. Parte, ha escrito sobre una pequeña parte del país, y lo que Chervias expresa con estas pocas palabras: "California es un país, tierra fértil y hermosa" (California es un país fértil, rico y hermoso). Por consiguiente, si yo el mejor de los que vivieron en California, no puedo hablar un poco como fue posible que otros hayan podido lograr todo esta pensión y hacer de ella el país más hermoso de la tierra. ¿Sediento quien era su parte? ¿Misioneros bajo el nombre de una visita del Paredón? ¿Teólogos bajo el nombre de una visita al altar? ¿Habló tal vez, en California, una época y una ley de los siete años de abundancia del Egipto o co-

NOTICIAS FALSAS ACERCA DE CALIFORNIA  
Y DE LOS CALIFORNIOS

**H**AY que entender bajo el concepto de “noticias falsas” todos los datos favorables sin excepción alguna, que se han proporcionado con respecto a las riquezas, la fertilidad y cosas de California que parecen necesarias y agradables para la vida humana. Fuera de sus perlas, dos o tres especies de frutas, su cielo casi siempre azul y su clima que, en la sombra, no es demasiado cálido, California no tiene absolutamente nada que merezca ser elogiado, estimado o envidiado por los países más miserables de todo el orbe. De California, es decir, desde el Cabo de San Lucas hasta el Río Colorado, resulta más cierto que lo que Woods Rogers, cuyo testimonio he citado en el IV capítulo de la I. Parte, ha escrito sobre una pequeña parte del país, y lo que Cluverius expresa con estas pocas palabras: “*California est arido, sterili atque deserto*” (California es un país seco, árido y desierto). Por consiguiente, ni yo ni nadie de los que vivieron en California, nos hemos podido explicar cómo fue posible que otros hayan podido elogiar tanto esta península y hacer de ella el país más hermoso de la tierra. ¿Soñaron quizá con su patria? ¿Estuvieron bajo el encanto de una visión del Paraíso? ¿Tuvieron lentes de aumento ante sus ojos al escribir sus informes? ¿Hubo tal vez en California una época como la de los siete años de abundancia del Egipto o co-

mo la de los tiempos de oro de los que suelen fantasear los poetas? ¿O, finalmente, quedó California cambiada por completo, transformándose en un país totalmente distinto?

De modo que es absolutamente falso el decir, como se lee en libros originales y en copias: *que llueve en California de Noviembre a Marzo y que se inundan las planicies durante la temporada de aguas; que hay allí hermosos ríos llenos de pescados y cangrejos; encantadores valles y ricas praderas; que abundan las frutas de la tierra y los granos; que hay en grandes cantidades, gansos, patos, perdices y toda clase de volatería, así como también leones, tigres, etc., etc.*

Es falso *que el aire sea frío o muy cálido en ambas costas y templado en el interior; que haya ciudades y pueblos y una fortaleza en Loreto o quién sabe dónde, con murallas, bastiones y trincheras; que Otondo, haya construido allá, en el año de 1683, una fortaleza y una iglesia.*

Es falso *que California esté densamente poblada y que sus habitantes vivan en verano bajo los árboles y en invierno bajo tierra o en cuevas naturales; que conozcan la cría de ganado y la agricultura; que sepan hilar y tejer y que acostumbren hacer alfombras, paños y mantas, vajillas, ollas, sartenes y cucharas; que hayan adorado la luna u otros ídolos y que tengan reyes entre sí; que sea fácil establecer el intercambio comercial entre Nueva España y California, etc., etc.*

Es falso *que los californios acostumbren entablar violentas discusiones con los misioneros sobre los problemas de la fe; que hayan hecho en la Bahía de Santa Magdalena un ancho camino media hora mar adentro, por medio de grandes palizadas, para facilitar sus pesquerías, o que usen redes para la pesca. El idioma y la estupidez de los californios, no se prestan para tales discusiones, y la región alrededor de la Bahía de Santa Magdalena, es aún más carente de maderas que el resto del país. Sus pescadores, según Rogers, no usan redes o anzuelos, sino una clase de lanzas, (es decir, largos palos delgados y puntiagudos de madera dura), las que saben manejar con destreza para coger o cazar pescados y tortugas. Esto último, sí es cier-*

to, pero, en cambio, es falso *que el Mar de California tenga un color rojizo, etc., etc.*

Después de estas noticias falsas que he tomado de varios libros, dejo seguir aquí otras muchas, según su orden, aunque no todas, las que he podido anotar durante la lectura de los dos primeros tomos de la "Historia de California", edición francesa, traducida de la inglesa, que se imprimió en el año de 1767 en París, y de la que he hecho mención en la introducción y en otras partes de esta obrita. Tanto estas falsedades como las anteriores quedan ya suficientemente refutadas mediante lo que he escrito en el presente libro, de modo que no resulta necesario discutir las de nuevo, una por una, con muchas palabras. En primer lugar pongo el título mismo del citado libro que dice lo siguiente:

*Historia Natural y Política de California; conteniendo una descripción exacta y verdadera de este país, de su suelo, montañas, ríos, lagos y mares; de sus animales, plantas, minerales y famosa pesquería de perlas; costumbres de sus habitantes, su religión, gobierno, etc., etc.\**

Toda esta "fachada" es 1) una pura fanfarronada, para hacer propaganda al libro y atraerle compradores; 2) una pura mentira por no encontrarse tal descripción exacta en ninguna parte del libro; 3) *de subjecto non supponente*, como se dice en filosofía, es decir, la promesa de la descripción de cosas que, en su mayoría, no tienen esencia y que nunca han existido en el mundo; porque no hay tales ríos, lagos y casi nada de tales animales, plantas y minerales en California; de modo que el escritor o traductor no describen estas cosas con palabra alguna. Entre los californios no gentiles, no hubo ni religión ni gobierno tampoco. Por consiguiente, ¿Cómo entonces, puede escribirse una *Gran Historia Natural y Política de California*? Es muy cierto que allá hay cerros estériles y rocas pelonas, pero de ellos no se puede escribir más que de los miserables animales y plan-

\* Histoire naturelle et civile de la Californie, contenant une description exacte de ce pays, de son sol, de ses montagnes, lacs, rivières et mers; de ses animaux, vegetaux, minereaux, et de sa fameuse pecherie de perles; les mœurs de ses habitants, leur religion, leur gouvernement, etc., etc., etc.

tas. La obra española, de la que el libro francés o inglés es parcialmente una copia, lleva el título: *Noticias de California*, con lo que debía haberse contentado el traductor. Pero ahora, entremos en detalles:

Se lee en el primer tomo, página 35: *En algunas partes, California tiene un ancho de cuarenta leguas*. Esto sólo sería cierto, contando con leguas italianas, que tienen un largo de solamente media hora; además, hay que tomar en cuenta las vueltas del camino por altos y hondonadas.

En la página 37: *De las serranías bajan infinidad de riachuelos; a menudo se hallan manantiales que sirven tanto para beber como para regar los campos*. ¡Plegue a Dios que así sea!

En la página 49: *Hay muy pocos coyotes*. Véase lo que he escrito sobre estos animales y de su número en la Parte Primera, capítulo VII.

En la página 52: *Hay infinidad de especies de aves . . . una gran cantidad de pájaros que cantan . . . son aves de rapiña . . . y las auras que ayudan a mantener a las ciudades limpias, porque devoran, al romperse el alba, las basuras que se tiraron en las calles*.\* Probablemente, tales aguilas o abubillas podrían ganarse mucho dinero en algunos pueblos de España; en cambio, en California, donde no hay ni ciudades, ni calles, ni casas, (ni mucho menos, c. p., excusados), allí no se tira nada de eso. Y si son tan innumerables las especies de aves, ¿dónde entonces encontrarían estos pájaros, en lo particular e individualmente, sus alimentos y suficientes árboles para construir sus nidos? Puede uno permanecer en muchos lugares en California o viajar mucho, sin llegar a ver a un solo pájaro, con excepción de cuervos y murciélagos.

En la página 56: *En los alrededores de la Bahía de Santa*

\* . . . les auras, les quelles contribuent a tenir les villes propres, mangeant dès le point du jour les charognes, qu'on a jettées dans les rues. Charogne quiere decir propiamente carroña; pero no puedo creer que el escritor haya querido hablar aquí de carroñas, porque tampoco en ciudades europeas se acostumbra tirar estas a la calle; y además, los californianos las buscan con ahinco, cuando observan a las auras volando, y las tiran . . . a sus estómagos. Las auras son una especie de buitres.

*Magdalena hay terrenos cubiertos de gruesos árboles de los que los californios se valen para construir sus barcos*. Frecuentemente he estado en dicha bahía, pero no he visto otra cosa que miserables matorrales con una altura de pocos zapatos. Los indios de allí llevan una vida aún más miserable que la de otros, por falta de leña para calentarse durante las noches siempre frescas. Los californios, todos juntos, no sabían nada de barcos ni de barquitos antes de que los españoles llegaran a su península, y toda la madera que hoy día se usa en Loreto en la construcción de barcos y canoas, si esto resulta necesario, proviene de los bosques en las cercanías de Matanchel.

En la página 56: *Se encuentran preciosas frutas, de las que algunas también se dan en Europa*. Si se tratara de preciosas bellotas de encino, pudiera pasar por cierto, porque de ellas hay algunas en California: una vez me fueron mostradas dos como ejemplares raros que se dieron en la misión de mi vecino, en un encinito de apenas unos dedos de grueso. . . . *en las costas, las frutas se dan en mayores cantidades, por haber allí más agua, lo mismo que sobre las orillas de los ríos y lagos*. Si el agua escasea mucho en toda California, en las costas aún escasea muchísimo más. Donde no hay ríos ni lagos, tampoco hay orillas donde puedan crecer frutas; y a pesar de todo esto, hay más pitahayas en ambos litorales que en el centro del país, porque las de las costas no necesitan más agua que las del interior.

En la página 57: *La pitahaya es el principal alimento del pueblo; se encuentra exclusivamente en California*. Todo el territorio mexicano, así como las regiones frente a California están repletos de pitahayas. En cuanto a la pitahaya agria, ya he dicho lo necesario en su debido lugar; además, la temporada de las pitahayas no dura más que unos dos meses y no se hacen provisiones de ellas para el futuro; por eso, no es posible que formen el alimento principal del pueblo.

En la página 58: *Hay ciruelos que producen, en lugar de resina o hule, una especie de incienso de muy buena clase. No sé qué sabor tienen esas ciruelas, pero las personas que han vivido en California, se deshacen en elogios de ellas*. Yo tampoco

co sé qué sabor tienen, pero sí sé que los que han estado en California, de ninguna manera hacen caso de ellas. Esta fruta se asemeja más bien a nuestras endrinas que a las ciruelas, motivo por el cual no he querido verlas, (porque son muy raras), ni mucho menos probarlas. Y en cuanto al famoso incienso, éste no mana del endrino sino de una planta muy distinta. No es de buena calidad, porque en tal caso, los comerciantes vendrían por él, como lo hacen en Arabia, y no se usaría, de vez en cuando, para calafatear con él los barcos. Es cierto que se emplea en las iglesias, pero no fuera de California.

En la página 59: *Entre otras plantas, hay también la pita, de la que los indios sacan hebras.* Esta planta no se llama pita, sino en mexicano maguey, mezcal, etc., y en californio *pui, kenyei*, etc., porque hay infinidad de especies. No es otra cosa que el áloe, de cuyas pencas se saca la hebra que los españoles en México llaman pita. La hebra es tan gruesa y áspera que el cordel que de ella se hace, parece más bien de crin de caballo, si no se amansa y ablanda con yeso y cal o, golpeándola entre piedras; de todo lo cual doy aquí informes detallados para evitar que algún ignaro llegue a pensar que la tela de cambray se hace en California o que los misioneros californianos hayan hecho grandes negocios con telas finas, remitiéndolas hasta a Marruecos o a China.

En la misma página: *la yuca que los californios acostumbran rebanar para exprimir su jugo y hacer después pasteles con ella, de los que se sirven en vez de pan.* Todo esto resultaría demasiado trabajoso para los californios. Luego que sacan la yuca de la tierra, la tiran a la lumbre o sobre las brasas, y se sirven de ella, sustituyendo no sólo el pan, sino también la carne, el queso, el caldo, la ensalada, el "boeuf a la mode" y todo el resto; lo único que hace falta, es que la tengan. Cuando se le da a un californio carne y pan, come primero una cosa y luego la otra y no la una como añadidura de la otra.

En la página 60: *A ambos lados de los ríos, canales y charcos, hay olivos e higueras y sobre sus bordes crecen espaldares de parras.* También esto no es más que una burda mentira. El

aceite de oliva con el que se alimenta la luminaria de Loreto, (la única en California, porque sólo en Loreto se guarda el Santísimo Sacramento), viene todos los años de México, lo que demuestra la gran cantidad de olivos que se dan en California. Casi lo mismo pasa con las higueras y las parras. Sólo hubo cuatro misiones donde se daba la parra y la higuera y esto no a la orilla de los ríos, por no existir éstos. Estas matas se riegan como los campos donde crece el maíz.

En la página 62: *A pesar de que, por lo regular, la tierra es árida en California, no hay escasez de nada, en virtud de la proximidad del mar, que, en ambos litorales, proporciona abundante pesca.\** Aunque en el caso de que esto fuera cierto, cabría preguntar si el hombre nunca necesita más que pescado, o, si nunca hace falta nada a los lapones o a los samoyedos, o a los habitantes de Nowaya Semlya, de la isla de Ormus en el Golfo de Persia o de otras miles de islas, sólo por el hecho de tener el mar cerca. El caso es que en California no hace falta más que simplemente todo. La gran mayoría de los californios no ven en todo el año, ni la escama de un pescado, y a la otra gente que vive entre ellos, tampoco se les atraviesa una espina en la garganta por tener que contentarse todos los días de vigilia con frijoles bien duros. Y esta *infertilidad general* tampoco concuerda con tan gran número de ríos, frutas y pájaros.

En la página 68: *A veces, la playa queda totalmente cubierta de tortugas que arroja el mar.* No he sabido nada de este fenómeno, y mucho menos lo he visto; todo esto es absolutamente falso.

En la página 65: *Con motivo de la pesca de perlas, mucha gente ha ido a vivir a California y diariamente siguen llegando.* Hasta el día 3 de Febrero de 1768, no sólo no lo había hecho ningún hombre, sino que tampoco había pensado remotamente en hacerlo. Los pescadores de perlas vienen anualmente a California y se retiran de allá, como los mercaderes que visitan la Feria de Frankfort.

\* Quoique le terrain de la Californie soit généralement stérile, cependant le voisinage de la mer fait, qu'on n'y manque de rien, etc.

En la misma página: *Son muchas las naciones interesadas en esta pesquería de perlas.\** Esto, lo sabrán mejor los ingleses y holandeses, porque California les queda tan cómodamente a la mano. También sabrán perfectamente, de igual manera como tantas otras naciones, en cual año consiguieron de Madrid el privilegio de pescar perlas en el Golfo de California o desde cuando tienen participación en tal contrato.

En la página 76: *Muchos otros pueblos han sido descubiertos en la Pimería, de modo que, como ellos pertenecen también a California, me corresponde hablar de ellos.* Los pimas pertenecen tan poco a California como los griegos a Italia o los escoceses a Francia y Noruega.

En la página 78: *Los californios serían de facciones bastante agradables, si quisieran dejar de perforarse la nariz y las orejas.* Todavía he visto a muchos ancianos y también a gente de una edad mediana con las perillas de las orejas agujereadas, pero a nadie con una perforación en la nariz.

En la página 90: *El hurto les es desconocido. Su afabilidad no tiene rival y con igual facilidad se les lleva por el camino del bien que del mal.* Sólo lo último, lo del mal, resulta cierto.

En la página 96: *Las mujeres de los californios se enojaron mucho cuando vieron a las hijas de los soldados españoles pasearse totalmente desnudas.\*\** Naturalmente se hubieran asombrado y escandalizado, si realmente las muchachas españolas hubieran tenido esta costumbre, la que ni las indias mismas conocían.

En la página 101: *Sus casas no son más que miserables chozas sobre los bordes de los ríos . . . . que acostumbran transportar de un lugar al otro cada vez que cambian de rumbo con motivo de la búsqueda de su sustento.* No necesitan los californios transportar sus casas de un lugar al otro, porque ya las encuentran hechas donde sea que vayan, por ser de puro aire y de la tierra que Dios les dió.

En la página 103: *Las mujeres se perforan las orejas y en*

\* Plusieurs nations se melent de cette peche.

\*\* Les filles des Soldats Espagnols.

*ellas cuelgan un estuche grande, en el que echan todo lo que cargan.\** Si las indias fueran todas costureras y, por otro lado, no se mencionara expresamente la palabra "grande", podría entenderse por la palabra "estuche" una cosa como un alfiletero, porque de otra manera no puedo imaginarme un estuche en que cupiera una criatura o una carga de leña, ni orejas suficientemente grandes para poder colgar en ellas tales estuches, ni agujeros de las perillas bastante amplios para pasarlos con ellos.

En la página 108: *Lo que es para nosotros la vendimia, lo es la cosecha de las pitahayas para los californios.* Las pitahayas no se cosechan como entre nosotros las uvas o el trigo, ni de un día al otro, ni para hacer provisiones por mucho tiempo, o para preparar alguna bebida con ellas; sino que cada quien, mientras las hay, va en busca de tantas como puede tragarse en un día.

En la página 111: Lo que aquí se dice de las guerras de los californios, no son más que puras mentiras. Sus guerras consistían en asaltar simplemente al enemigo, de noche o en una emboscada, y matar a tantos como les era posible, sin orden, ceremonias, declaraciones de guerra, etc.

En la página 339: *El número total de españoles y otras personas de la Nueva España que se establecieron en forma definitiva en California, ascendió a seiscientos en el año 1700.* Sin contar los soldados, marineros, vaqueros e indios mexicanos que trabajan en las minas y que, todos ellos, entran al país y salen libremente según las oportunidades del trabajo, los españoles establecidos sumaron cien almas en el año de 1768.

En el segundo tomo, se lee en la página 8: *Los misioneros y guarniciones se vieron en los más grandes apuros, porque todos los barcos grandes y pequeños, que se habían fletado y mandado al otro lado del mar, para ir en busca de provisiones, se vieron obligados a buscar la retirada.\*\** Conforme a esto,

\* Les femmes se percent les oreilles, et y pendent un gros étui, ou elles mettent tout ce, qu'elles portent.

\*\* Les gros et petits vaisseaux, qu'on avoit freté, pour aller chercher des provisions.

¿no debería uno creer que había ancladas, en la Bahía de Loreto de California, tantas embarcaciones de todos tamaños, como en el Texel cerca de Amsterdam? y ¿qué vivía en ese país un número tan crecido de habitantes blancos que se necesitan flotas enteras para conseguir el pan de ellos?

En la página 213: *La nave principal de la guarnición lleva el nombre del capitán y como tal, las banderas correspondientes.* Los dos barquitos que componían y aún componen la flota y la armada californianas, se conocen en California y fuera de ella, solamente con el nombre de los "los barcos"; el uno se llama La Concepción y el otro La Lauretana. Los dos enarbolan banderas como la lancha que usan diariamente las campesinas que van de Maguncia al mercado de Frankfort, o como los lanchones cargados de carbón de piedra, que van de Lieja sobre el Mosa a Maastricht.

En la página 227: *Es cosa segura que de cada embarcación que salía a la pesca de perlas, (que es regalía del rey), el quinto estaba dado en arrendamiento en la suma anual de 12,000 pesos (piastres).\** O es el caso que las perlas del Golfo de California, (porque en la otra costa occidental nunca se han encontrado) han mermado enormemente hasta el grado de desaparecer por completo, o, se trata aquí de una enorme mentira. Y, si sólo el quinto estaba vendido ya en una suma tan crecida, ¿qué tesoros debería haber acumulado cada pescador al año? Cierta minera, quien era buen conocido mío en California, había contratado el quinto real de todos los barcos, conjuntamente en 1,600 florines renanos por el término de cinco años; de igual manera que otro había comprado el diezmo de la matanza en 200 florines anuales.

Finalmente, las ciudades, capitales, villas, pueblos, bosques y

\* Il est certain, que le quint de chaque barque a été affermé 12000 piastres par an. Hay dos clases de monedas grandes de plata en España, llamadas el peso duro o fuerte, y el peso sencillo; aquella vale cinco libras francesas, y ésta tres libras y quince soles. Cuál es la moneda que, entre los extranjeros, se entiende bajo el nombre de piastre, esto lo sabrá otra gente mejor que yo. En el curso de esta obrita, siempre he entendido con este nombre el peso duro, por ser el único que tiene aceptación en América y por acuñarse allá. Su valor es de dos florines renanos o, como queda dicho, de cinco libras francesas.

guarniciones que el escritor menciona frecuentemente, no son más que puras *entia rationis* o cosas que nunca han tenido esencia ni existencia, de igual manera que la llegada del Padre Thyrsus González, General de la Compañía de Jesús, a California, la que se cita en la página 281 del primer tomo, sin que se diga cual fue el objeto de su viaje.

SEGUNDO ANEXO





NOTICIAS FALSAS ACERCA DE LOS MISIONEROS  
EN CALIFORNIA

QUIÉN pensaría, al leer mis "Noticias", que la maldiciencia hubiera tratado de buscar pendencias con los jesuitas de California, y perseguirlos con sus libelos. ¡Y sin embargo, así sucedió!

*En primer lugar*, en Octubre de 1766, los mencionados jesuitas recibieron de parte de su Provincial, para su contestación, un escrito con ocho puntos de acusación, los cuales algunos buenos amigos habían remitido a Madrid, de donde la Corte los pasó al Virrey de México. Los ocho cargos eran los siguientes:

- 1) *que el capitán de la milicia californiano-española y sus soldados no eran más que esclavos de los jesuitas;*
- 2) *que los misioneros venden las vituallas y otras mercaderías a sus soldados a precios arbitrarios y más caras de lo que prescribe la tasa;*
- 3) *que obligan a los californios a trabajar mucho, dándoles en pago sólo maíz cocido;*
- 4) *que tienen en sus casas minas secretas de plata;*
- 5) *que ellos tienen la culpa del poco rendimiento de las minas de Santa Ana y San Antonio, y del mal estado de las obras. (En realidad, por no querer privar a sus indios del poco maíz de que algunos misioneros disponían, y por no querer venderlo a los mineros).*

6) *que de ninguna manera quieren permitir que se establezcan familias españolas y que se funden colonias;*

7) *que tienen relaciones comerciales con los ingleses;*

8) *que no dicen nada a los californios del rey español, para que no sepan ellos que tienen un soberano fuera de California, y que, en consecuencia, consideren a los jesuitas como a sus reyes y los adoren como potentados de California.* ¡Unos bonitos reyes! quienes, para decir la verdad, bebieron con los caballos, comieron maíz con las gallinas y muchas veces tuvieron que dormir con los perros en el suelo pelón! ¡Mucha honra! la que se podía entrojarse en California y que podía esperarse de los indios!

Además de todo esto, conforme a las noticias que tuvimos, también se nos acusaba de *que los canales*, (con los que en algunos lugares se conducía el agua a los terrenos de siembra), *eran de plata; que anualmente llegaban a la casa del misionero de San José del Cabo seis quintales y veinticinco libras de plata; y que era costumbre nuestra, quitar el trabajo a todos los extraños que llegaban a radicarse en California, para que no pudiesen dar noticias de nuestras riquezas a nadie.* Estos últimos cargos son mentiras tan burdas, que no vale la pena refutarlos.

Nos pareció conveniente, encargar la contestación de los citados ocho puntos al capitán mismo, por tener éste un concepto cabal y conocimiento pleno de California, donde había residido ya durante más de veinticuatro años, quince de los cuales había gobernado al país y a los soldados, con tal carácter de capitán y quien, además, era muy celoso de su autoridad.

En consecuencia, éste procedió a tomar juramento a su teniente y a siete soldados que a la sazón se hallaban en Loreto, y a someterlos a un interrogatorio con respecto a las acusaciones formuladas en contra de los jesuitas. Esta acta, la envió firmada y juramentada, al Virrey de México, de donde después supimos que se acabó por considerar las tantas veces citadas acusaciones como puras falsedades y calumnias, sin base alguna ni apariencia de verdad. ¡Plegue a Dios que siempre se procedie-

ra en todas partes de esta manera tan apegada a las leyes de la naturaleza!

Y efectivamente, ¿qué era lo que v. g. los españoles hubieran podido hacer en California? Tendrían que resolverse a morir de hambre, o, después de dejar que las ropas se les pudriesen en el cuerpo, lanzarse a la cacería de ratones y murciélagos, a la manera de los californios y quitar a éstos, de paso como quien dice, el pan de la boca. El único que desembarcó en California, cerca del Cabo de San Lucas, fue el inglés Woods Rogers, durante la guerra de sucesión española y mucho tiempo antes de que se pensara establecer misiones allá. Su informe, que yo también cité ya, debe haber despertado pocas ganas entre sus paisanos de comerciar con California.

Los californios eran los únicos que salían beneficiados si se resolvían a trabajar un poco; pero fuera de esto, ellos consumieron anualmente, además del maíz, muchos cientos de bueyes, vacas, ovejas y cabras, muchos quintales de higos y uvas frescos y pasas, así como miles de calabazas, melones, etc. También se hizo anualmente un gasto de más de doce mil florines para vestirlos.

Entre los soldados, hubo grandes lamentaciones cuando se supo, en el año de 1766, que no deberían recibir ya sus haberes de manos de los jesuitas, como hasta entonces, sino por conducto de otros, de los que era bien sabido que tratarían de enriquecerse con la administración de esos dineros.

Y con respecto al Rey Católico, ¿qué hubieran podido predicar los misioneros de Su Majestad? ¿Del gran número de sus sujetos o soldados? ¿De sus rentas? ¿De su Real Corte, palacios, residencias veraniegas, etc.? ¿Y qué sermonear a una gente que apenas sabe contar hasta seis; que no sabe qué cosa es oro ni qué es plata; que de un cuchillo y de una libra de carne sacan más provecho que de un quintal de oro; que creían que también los jesuitas, de igual modo que los vaqueros y soldados, venían a California para buscar su sustento, y que, en toda la tierra, no existía más gente que justamente tales soldados y vaqueros; que pensaban que no habría lujo más grande en el mundo

que un par de pantalones de paño azul corriente o de pana? Cierta vez, un californio preguntó a su misionero, (que todavía vive), con toda sinceridad, si su padre había sido vaquero o soldado californiano. Y, cuando el P. Clemente Guillén, quién falleció alrededor del año de 1740, platicando con algunos indios que ya sabían hablar un poco de español, sobre las noticias llegadas de la gazeta, (era la época de la guerra contra los turcos en los años 16 y 17 del siglo actual), les contó que Su Santidad el Papa había honrado al Príncipe Eugenio con la espada y sombrero benditos, uno de ellos se asombró mucho, diciendo: ¿Sólo una espada y un sombrero? ¿Porqué no le mandó hacer por lo menos un par de pantalones de palmilla?\* Y a mí mismo, por no querer hacerme de la vista gorda tanto como ellos exigían, me amenazaron varias veces con quitarme la misión por medio de una acusación ante mis superiores, pensando que no podrían causarme peor daño, porque después yo no sabría a donde dirigirme para buscar el pan de cada día.

En segundo lugar, la "Historia de California", edición francesa, que es la traducción del libro inglés, a la que tantas veces me he referido, dice en el segundo tomo, página 140: *El Padre Fulano renunció a su misión a favor del Padre Zutano*. Esto suena como si las misiones californianas hubieran sido parroquias lucrativas, canongías opulentas o prioratos, a los que se acostumbra renunciar eventualmente, cuando se trata de favorecer a un amigo. Pero la verdad era que cada misionero, tanto en California como en otras partes, permanecía en la misión que le asignaban sus superiores, hasta que moría en ella o, hasta que los superiores tenían a bien cambiarlo a otra misión o a un colegio, con motivo de alguna enfermedad, edad avanzada u otra causa de peso; bajo tales condiciones, una renuncia no tenía objeto.

En la página 201: *Se acostumbra remitir vino de California a la Nueva España, para cambiarlo por otras mercancías*.

\* Palmilla es la clase más corriente de paño azul que se envía de México a California, con lo que se hacían pantalones y chaquetas a las autoridades californianas y a otras personas a quienes se quería favorecer.

Esto es falso, porque California no produce suficiente vino para poder comerciar con él, aún en el caso de que se hubiera querido hacerlo. Por la falta de vino, todos los misioneros bebían muchísimo más agua que vino y algunos tuvieron frecuentemente que renunciar a decir misa por carecer de vino.

En la página 248: *Las salinas de que se trata, se encuentran en la isla del Carmen cerca de Loreto. El P. Salvatierra solicitó varias veces la concesión de ellas, sin lograrlo*. Estas salinas, como todas las otras muchas que hay en California, son libres de impuestos. Cada quien saca de ellas la sal que quiera, sin preguntar a nadie ni pagar nada a nadie. Y además, hay muy poca demanda en virtud de que los californios comen todo sin sal, como lo hacen sin manteca. También hay suficiente sal en la Nueva España o México y especialmente en las provincias que quedan frente a California. Por la sal, ningún comerciante se ha acercado a California. Bajo tales circunstancias no veo la razón por la que el P. Salvatierra pudiera haber tenido necesidad de solicitar la posesión o propiedad de dichas salinas del Carmen.

Hasta aquí en cuanto toca al texto del citado libro. En el prólogo, empero, el traductor francés o inglés o quienquiera que sea, se extiende con más detenimiento contra los jesuitas de California y otras regiones; pero estoy seguro de que el mismo autor de dicho prólogo no entiende lo que escribe contra ellos y que tendría que enmudecer si se le obligara a presentar, dentro del mismo libro en que se apoya, las pruebas de lo que tan imprudentemente afirma en el prólogo; por añadidura, el autor deja lugar a duda acerca de su nacionalidad, hablando, ora como un ministro de la Corona Española, ora como en nombre de un negociante inglés; ora, cuando arremete contra los jesuitas, con el lenguaje de los abogados parisienses del año de 1762 u otros que compusieron otro prólogo parecido. Veamos pues, qué es lo que tiene que alegar de bueno y de nuevo:

Dice en la página XV: *Exclusivamente en las manos de los jesuitas ha estado el despacho de todos los asuntos civiles y ecle-*

siásticos\* ¡Sólo en manos de los jesuítas! ¡Si por lo menos se les hubiera facilitado algunos asesores o consultores, o un procurador y algunos "gens du roi"! Y al lado de los negocios políticos y eclesiásticos hubieran podido mencionar todavía los asuntos de guerra y criminales, porque estos dos últimos no hubieran causado más trabajos a los jesuítas, en vista de que del uno hay tanto en California como del otro y de todos cuatro absolutamente nada; no obstante, deberían haber ostentado, en su escudo, el báculo pastoral en un cuartel y la espada en otro, como lo hacen muchos príncipes inmediatos del Imperio. Pero el buen hombre se contradice a sí mismo, cuando escribe en la página 213: *El capitán es el juez supremo y administrador de justicia en toda California, tanto para los soldados, marineros, esclavos*, (de éstos no hay ninguno en el país, y ¿para qué servirían allí?), *y españoles, como para los indios... Es éste el que dicta las sentencias y manda ejecutarlas, y es él el encargado de la vigilancia sobre la pesca de perlas, etc.* ¿Qué queda entonces para los diez y seis jesuítas? En cuanto a los asuntos eclesiásticos, casi no hay nada que despachar, sólo tal vez algunas dispensaciones para matrimonios; pero en caso de que de veras hubiera algo, —allí está el Obispo de Guadalajara, a quien compete juzgar y fallar, de modo que los jesuítas no tenían más poder ni derechos que cualquier cura en Alemania, con excepción de algunos privilegios que les eran comunes a otros misioneros americanos de cualquier orden religiosa por vivir muy alejados de la Sede episcopal.

En la página XVI, se atreve a ir un poco más lejos, la bilis se le derrama y a ojos cerrados produce los siguientes párrafos muy galanos: *Esta historia nos dará una muestra perfecta de la política y de las prácticas de que se valieron los jesuítas para someter a los californios aparentemente a la autoridad de la Corona Española, pero de hecho, para arrogarse sobre ellos el*

\* Le Capitaine de la garnison est juge et justicier en chef de toute la Californie; en premier lieu des soldats, tant pour le civil, que pour lo militaire, des matelots, des esclaves, des colons et des Indiens; c'est lui, qui juge les causes, et qui fait executer ses sentences ... il a la surintendance de la pecherie des perles.

*dominio absoluto. Se reconocerán los motivos que obligan al gobierno español a valerse de tales religiosos para esta clase de empresas y hacerse de la vista gorda, para que puedan apoderarse, por medio de intrigas y embustes, de lo que no les es posible agarrar por la fuerza.\** Esto no son sino palabras y nada más palabras, que no me han dado ganas ni de enojarme, a pesar de que fueron ellas la principal causa o casi la única que me indujo a escribir estas mis "Noticias". Al leer este prólogo, cualquiera pensaría que se van a hacer en el libro revelaciones sensacionales acerca de las mañas, astucias y bribonadas de los jesuítas californianos; sobre las extrañas intenciones que la Corte de Madrid debe haber tenido, durante más de doscientos años, con los jesuítas, al recomendarles o permitirles la obra de conversión de los gentiles en Asia y en América, pero tolerando al mismo tiempo que tomasen posesión del Perú y de México, de Chile, Paraguay, las Islas Filipinas y California, hasta el año de 1767, para disponer de esos países como amos omnipotentes y aprovecharse de ellos sin haber sido investidos siquiera con el feudo, porque resulta que este es el significado de las palabras latinas y francesas *acquerir* y *usurper*. Pero es extraño que no se encuentra absolutamente nada en los tres tomos que componen la "Historia", de todas estas pillerías de los jesuítas, ni de las intenciones secretas de la Corte de Madrid; lo que me ha hecho creer que el traductor o el autor y el que ha forjado la introducción sean dos messieurs distintos y que el citado párrafo sólo se haya intercalado para que el libro despierte más interés entre cierta clase de gente y tenga más venta. Sea como fuere, el lector, de ninguna manera encuentra en el libro lo que se le promete en el prólogo. Pero, si los jesuítas no eran capaces de *adueñarse por la fuerza bruta* de un país tan abierto y tan despoblado como California, resulta que su poderío no era

\* Cette histoire nous fournit un tableau parfait de la politique, de l'ordre et de la methode, dont les Jesuites se sont servis, pour rendre ces peuples sujets titulaires de la couronne d'Espagne, et pour s'arroger sur eux une autorité absolue. On y voit les vrais motifs, qui obligent le gouvernement d'Espagne, d'employer ces religieus dans ces sortes d'entreprises, et a leur permettre d'acquerir par artifice, ce qu'ils sont hors d'état d'usurper par force ouverte.

tan formidable, ni sus cajas de guerra tan repletas, como se atrevieron y se desvergonzaron algunos charlatanes cínicos, sin sesos ni conciencia, (que entre todos son los que menos creen lo que quieren hacer creer a otros), a publicar por todo el mundo y asustar a todo el orbe con la opresión y esclavitud de los jesuítas.

Sin embargo, en un punto tengo que dar la razón a este calumniador y por consiguiente, confieso libre y voluntariamente que ha dicho la pura verdad al escribir que los californios eran sujetos españoles sólo de nombre y de apariencia, es decir, puros "sujets titulaires". Esto es algo que se le escapó al calumniador mentiroso, como se le ocurrió a aquel hombre de nombre Caifás, según San Juan c. 12, que se hizo profeta contra su voluntad y saber; porque si los californios no dan al Rey de España, absolutamente nada, es por no tener absolutamente nada; no están sujetos a prestaciones personales, no le sirven con las armas, etc. etc., porque en California no hay absolutamente nada, y donde no hay nada, allí no hay servidumbre y allí no hay que temer guerras ni enemigos. Tenemos aquí la razón, por la cual no se promulgó mientras yo estuve en California, ninguna orden o, mandamiento, o decreto o "arrét" o algo parecido, para los californios, ni de parte de la Corte de Madrid, ni del Virrey de México, ni de la Audiencia de Guadalajara, ni del mismo capitán de la milicia; lo que tuvo por consecuencia que ni los californios manifiestasen para nada su adhesión a la Corona de España, ni la Corona de España su autoridad y dominio sobre los californios. ¿Y qué culpa de todo esto tuvieron los jesuítas?

Pero si este hablador quiere conocer los verdaderos motivos de los reyes de España, para servirse, hasta últimas fechas, de los jesuítas en tales empresas, que lea ciertas cédulas Reales, especialmente las de Felipe V de Diciembre 28 de 1743, firmadas en Buenretiro, donde encontrará que también se citan, al lado de la conversión de los gentiles, (por la que los reyes católicos siempre demostraron un interés muy especial), la expansión de los dominios y el aumento de las rentas. Tampoco puede negarse que los misioneros españoles, (entre los que los

jesuítas siempre han tenido la gran mayoría), han sometido y mantenido sumisos a la Corona de España más americanos y filipinos que todos los soldados españoles; y si California no produce rentas, allá hay otras provincias que lo hacen tanto más y con tanto más abundancia.

En tercer y último lugar, ha abierto una campaña, con todo un ejército de infinidad de noticias interesantes, y ha hecho sonar los clarines bélicos contra los jesuítas en general, así como contra los de California en concreto, (aunque menciona a estos sólo *en passante* y con dos palabras), cierto escritor de fama, con un libro de 259 páginas, tamaño en cuarto, libro que, si se examinara judicialmente, tendría que considerarse y reprobarse, hasta en Londres o en La Haya, como un libelo de primera clase. Aunque el autor, conforme a su costumbre, le dió a este libro un título bastante piadoso, alcanzó con él muy pocos honores en círculos tanto clericales como profanos, y cosechó bien pocos aplausos entre los de su propia nación.

Hubiera procedido el autor con más tino, si hubiera dado otro nombre a su criatura y no le hubiera marcado la frente con el fierro candente de su propio nombre. En tal caso, aunque siempre hubiera dicho las más horribles calumnias y propalado las falsedades más groseras, no hubiera causado tal indignación entre tanta gente. El oscuro *Gazettier Ecclesiastique* o periodista de los jansenistas de París, no puede portarse de una manera más indecente, aunque sí la iguala a nuestro fabulista español. Hasta donde llegué a saber en España, el motivo que le indujo a escribir dicha obscenidad, no es allá del todo desconocido y se dice, naturalmente, que no es otro que el puro amor a la verdad. En su escrito, ha compilado precipitadamente, sin orden ni concierto, de mamotretos condenados por autoridades eclesiásticas y civiles y de libracos que ya se quemaron en España y otras partes, todo lo que viejos y nuevos enemigos de los jesuítas, y en parte de la iglesia, han escupido de lo más cínico, más infame y más increíble. También ha mechado y adornado su obra, escrita en español y, según el título, con fines edificantes,

con versos en latín y francés, de poetas satíricos y de otros malos versistas.\*

El libro se anunció por medio de los periódicos y se vendió públicamente en las librerías durante los seis meses que yo permanecí todavía en España después de su publicación, sin que el autor, cuyo nombre brillaba en la portada, hubiera protestado, con lo que queda demostrado que lo reconoció como criatura suya y que no lo rechazaba como una obra suplantada. Por consiguiente, no podrá disgustarse, no solamente si lo someto a una ligera crítica, poniendo en ridículo ante el mundo entero, (y con toda mesura hasta donde sea posible), las mentiras que ha publicado por montones contra su propia convicción; sino también, si no pienso dar a conocer su nombre y posición donde aún no son conocidos; y además, no dudando que ya otras personas de su misma nación y condición le habrán dicho la verdad de una manera más clara de lo que yo podría hacerlo, como ha sucedido con otros y en otras partes.

Donde quiera que empiece yo la lectura de este libro, encuentro un estilo tan poco adecuado a la acostumbrada gravedad española o a una homilía conceptuosa, un tono tan burlón, irónico y sarcástico; expresiones tan poco cristianas, falsedades tan manifiestas y relatos de cosas tan imposibles, que debería parecer increíble que hubiera salido de una pluma a la que, ante todo, hubieran hecho mayor gracia la sinceridad, la gravedad y la edificación del prójimo. Unas muestras servirán de prueba:

1) Página 150. Se burla del mundialmente conocido y afamado P. Bourdeloue, tildándole de hipócrita que pone la capa como viniere el viento y que habla en pro y en contra. Y después de copiar cuatro versos en francés de un santo padre, dirigidos contra otro jesuita, dice en la página 135 muy claramente y en buen español, *que todos los obispos del mundo son*

\* *Amphora cæpit institui, currente rota cur urceous exit?* Así se lee con versos de Horacio pocas líneas antes de dar fin a sus largas sandeces piadosas con unos profundos suspiros, invocando al cielo mismo como testigo de su aserto de no haber escrito nada con apasionamiento, para cuyos fines también le tiene que servir el *conscia mens recti* como una *excusatio non petita*. Sin embargo, aunque uno quisiera, no por eso se le podrá creer.

*puros esclavos de los jesuitas y que pertenecen a su Tercer Orden.\**

2) Página 145. *Las tiranías, que ejecutaron en Portugal desde el instante mismo de su fundación... hizieron arrojar al mar hasta dos mil Eclesiásticos seculares y religiosos de los más distinguidos de aquel reyno, que los pescadores sacaban sus redes llenas de cadáveres, y que los peces admirados de tan sacrilega acción se desviaron del mar, hasta que el arzobispo fue processionalmente á bendecir las aguas.\*\**

3) Páginas 20 y 82. *Que la guerra (bajo el rey Nicolás), les costó a los jesuitas del Paraguay trece millones de escudos romanos, (casi treinta millones de florines renanos), y que tuvieron un ejército en pie de guerra de 150,000 hombres.\*\*\**

4) Página 147: No sólo acusa a los jesuitas de la rebelión de Madrid; de lo que publicaron los periódicos de Lisboa; de lo que sucedió en París, etc., etc., etc., sino que también exige que todo se tome como perfectamente verídico y que ni siquiera es permitido abrigar dudas. "Ciertamente", se lee allí, "no puede dudarse".

5) Página 154. Aquí pone sobre el tapete la muy malvada y para oídos decentes enojosísima glosa de un iluso o socarrón travieso, acerca del capítulo del consistorio lateranense, con el que se recomienda a todos los feligreses aquella Comunión de

\* El obispo de Meliapor, que era de los Terciarios Jesuitas y su ESCLAVO como TODOS.

\*\* Parece que este chupatintas español no sabe lo que ciertos protestantes alemanes (entre otros, todavía en el año de 1717, Teodoro Heinson, predicador en Hamburgo) escribieron de los 6000 hijos del santo cardenal, mata-hereses y jesuita Bellarmini; porque en otro caso, no me cabe duda que no hubiera podido menos que adornar su papelucho también con esta florecita erótica. Por lo menos, estos 6000 hubieran figurado bonitamente al lado de aquellos 2000, y una verdad hubiera reforzado la otra y excelentemente comprobada, y la gente crédula española hubiera tragado todo como cosa irrefutable.

\*\*\* Estos son más soldados, (como puede leerse en el Decreto de Felipe V, ya mencionado en otra parte), que almas se contaban en la región entre y en los alrededores de los ríos Parana y Uruguay hacia el Brasil, donde quedan situadas las mal reputadas misiones del Paraguay, y cual región es llamada, en algunos mapas, "País de Misiones". N. B.—Una de estas misiones lleva el nombre de San Nicolás, lo que, hace algunos años, dió motivo para la conocida fábula de Nicolás I.

Pascuas que cien veces me daría vergüenza y que yo me haría un cargo de conciencia, si quisiera repetirla aquí.

6) Página 139: Aquí leemos las palabras siguientes: *¿Quién creyera, si no la viese, la persecución destes hombres al P. Norberto? Le obligaron a vagar incógnito y fugitivo, hasta que halló en Portugal asilo piadoso, y tuvo el CONSUELO de asistir al suplicio de Malagrida.\* ¡Vaya! ¡Qué expresión tan deliciosa y superevangélica!*

¡Ahora, que juzgue quien juzgar pueda! si de lo que ha escrito este autor, sea cristiana una cosa, probable otra, posible la tercera, y todas juntas manifiestamente burdas mentiras. En el año de 1758, todavía era tal vez posible tomar el pelo a un mentecato con lo del Paraguay, pero que en 1768, un español ilustrado y experto nos vuelva a hablar del rey Nicolás y del ejército paraguayo de 150,000 hombres, pagado por los jesuítas, esto es intolerable y tan poco comprensible como la esclavitud de todos los obispos bajo el yugo de los jesuítas, y los 2,000 portugueses del clero más distinguido, echados al mar. El autor debe haber pensado, como otros muchos, *calumniare, semper aliquid haeret*: ¡Exagera valientemente! Alguna impresión se logrará siempre producir en algunos entre el vulgo inexperto.

He citado aquí estas cuatro o cinco muestras de probidad y del espíritu veraz de este embustero español, para que sepan fuera de España, qué terribles difamaciones se esgrimen en estos tiempos también al otro lado de los Pirineos contra cierta gente, y para ahorrarme el trabajo de refutar detalladamente lo que le ha soñado de California; porque así ya sabe el lector, que crédito merecen las noticias derivadas de la pluma de tal autor; pero al que no esté satisfecho con los ejemplos citados, le puedo enseñar otros más bonitos y a granel en el libro mismo.

De modo que, después de una descripción minuciosa de las

\* Conforme a esta versión, no sería de sorprenderse si alguien llegara a pensar que para este sinvergüenza de Norberto, un expulsado de su orden y excomulgado por el Papa Benedicto XIV, hubiera sido la cosa más confortante, si Malagrida y miles de otros hubieran tenido el mismo pescuezo. Por añadidura, me parece ridículo, que, para ayudar a salirse del lodo a un enemigo jurado de los jesuítas y apóstata, se trate de hacerlo aparecer como anticristiano.

riquezas fabulosas de los jesuítas en el Paraguay, comienza a hablar de California en la página 82, de la manera siguiente: *De sola la yerba de aquel país iba anualmente un millón de pesos fuertes a Roma; ¿quantos irían de la RIQUISIMA California?\**

¡De California! ¡De California! Este negocio debe haberse manejado con mucho sigilo, por no haberlo husmeado en diez y siete años. ¿Hasta cuando reflexionará la gente y comenzará a sentir vergüenza ante mentiras tan insensatas? Quien sabe, si los jesuítas hubieran tenido una misión en Nowaya Semlya o en Spitzberg, probablemente también de Nowaya Semlya o Spitzberg hubiera volado el dinero por millones a Roma. ¡Pero qué penoso debería ser para el escritor y cómo empezaría a sudar frío, si se le cogiera la palabra y se le obligara a comprobar lo dicho! Pienso que se le pasaría la gana de hablar mal de otros o de calumniarlos. Esto es justamente lo que anima a la gente a decir mentiras: que no se les exigen las pruebas, si sólo el nombre del autor esté grabado con letra gótica en el pasquín, como en el citado libro español.

¿Qué, pues, quiere que haga yo con él? ¿Y qué replicarle? Decirle que vaya a California sin ofrecerle ninguna ventaja por el viaje, para que haga una inspección personal de la miseria o de los montes de oro californianos —esto no lo aceptará. Llamarle la atención sobre mis “Noticias”— se limitará a declararlas puras mentiras. Me parece que lo mejor será si nosotros, es decir, yo y mis quince compañeros que estuvimos en California, formulamos una petición ante la Corte de Madrid (donde de todos modos tenemos ciertos méritos, tanto personales como acumulados por herencias), para que le manden a California y le hagan amo de ella, o, si por ser soltero, tiene todavía aspiraciones a un título eclesiástico, que le nombren Primado de América o Primer Obispo de California,\*\* con

\* Ya en otro lugar se ha informado que un peso fuerte vale cinco libras francesas.

\*\* Por no tener California obispo propio, probablemente por el número tan reducido de habitantes, o, por no vivir allí ninguno con el decoro de su rango, se suscitó entre los dos obispos de Guadalajara y Durango, la cuestión, a la ju-

adjudicación de todo lo que los misioneros californianos han sacado para sí y para su General en Roma desde 1697 hasta 1768, con excepción del pan de cada día que les costó a ellos mismos bastante trabajo ganarse.

Si conseguimos esto, las cuentas quedarán parejas, sus calumnias vengadas y en lo futuro, él ya no hablará disparates sobre los millones de California, porque tengo la convicción de que el noble más pobre o hidalgo de España no hará peor figura que haría el Gran Mogol de California, y que ningún prelado de tierras católicas o ningún canónigo o párroco de España lleva una vida más modesta que la que Su Señoría Ilustrísima, el Primer Obispo de California se vería obligado a llevar, y esto, si el P. Laurentius Ricci, actual General de la Compañía de Jesús o sus sucesores, le concedieran un interés del ciento por ciento sobre todos los millones que de California se han ido a Roma desde 1697 hasta 1768, y también sobre los del Paraguay.

¡Pero ahora en serio! Si fueron tantos los millones que anualmente volaron de todas partes de América, y, sobre todo de California, a Roma a los cofres del general jesuíta, — ¿porqué, entonces, paga la Corte de Madrid a cada jesuíta expulsado y remitido a la miseria de la Ciudad Vaticana, (y de estos hay más de cuatro mil), ciento cincuenta florines? ¿No podrían vivir estos, si ya se les debe algo, de los millones que hicieron volar cada año, como si hubieran husmeado la tostada, a los Estados Pontificios? ¿Es posible que la Corona Española haya dejado a los jesuítas saquear sus países, para gastar después, por concepto de su manutención, sin obligación alguna y contra toda justicia, la suma de 600,000 florines? ¡Considero que el ministerio español sería demasiado prudente! Además, no vivimos tiempos, en que se suele conceder

jurisdicción de cual tendría que pertenecer la península, a lo que dicen que Felipe V dió la prudente contestación, que en lo futuro, California correspondería al territorio de aquél, quien primero la visitara y desempeñara en ella funciones obiscales, lo que hasta la fecha nadie ha hecho; por consiguiente, el Papa Benedicto XIV permitió a los misioneros conferir el sacramento de la Primera Comuni6n tanto a los indios como a los españoles, lo que siempre se ha seguido haciendo; por añadidura, el país pertenece de hecho al Obispado de Guadalajara.

algo superfluo a los miembros de las órdenes religiosas. Todo esto, no lo ha tomado en cuenta el buen hombre, ó, tal vez ha creído que las viejas españolas y los labriegos son rematadamente ignorantes, porque, en caso contrario, se hubiera quedado en casa con sus millones.

Además, si volaron tantos millones, cada año, de California a Roma, ¿porqué, entonces, no se exigieron responsabilidades a los misioneros californianos y paraguayos por sumas tan exorbitantes? Mas, la verdad es que ni yo ni ninguno de mis cofrades que estuvimos en California, hemos sido interrogados, ni con una sola palabra, sobre cuestiones de dinero u otras cosas, durante los ocho meses largos que tuvimos que permanecer en España, antes de poder seguir adelante, a pesar de que no hubiera podido suceder nada de más conveniente para nosotros y nada de más molesto para nuestros adversarios, que tales preguntas. Me he extendido un poco más de lo que quería sobre los millones californianos del citado autor, lo que no hubiera sucedido si no se me hubiera informado en España y si no tuviera otras buenas razones para suponer que justamente este señor haya contribuido poderosamente con su voto a un acontecimiento mundialmente conocido; ¡de lo que puede sacar las consecuencias él que quiera!

Y en cuanto a mis lectores — si uno de ellos tuviera escrúpulos para darme crédito o tal vez dudara de lo que he escrito en mis "Noticias" sobre la pobreza californiana, con lo que los sueños del citado autor quedan más que suficientemente refutados y aniquilados, a este no puedo aconsejarle nada mejor, (en vista de que, como aquel, tampoco querrá ir a California para convencerse personalmente), que decirle que tome informes con el astr6nomo francés que salió a la península a fines de 1768 y que probablemente ya estará de regreso en París; entiendo que este señor no estará dispuesto a vender al mundo fábulas y mentiras; ó, si no, que pida a Madrid una copia del informe que el señor Pórtola indudablemente debe haber rendido ya, respecto a las cosas y rentas de su administraci6n.



## INDICE ALFABETICO

### A

*Acapulco*, puerto de: 146, 178.  
*Abisinia*: 205.  
*Adán*: 109.  
*Administración de las misiones*: 161-168.  
*Adriático*, mar: 9.  
*Aguatilán*, pueblo de: 215.  
*Agricultura*: 163, 175-178.  
*Albañiles*: 166.  
*Alemán*, idioma: 130.  
*Alemanes*: 199, 249.  
*Alemania*: XLI, 3, 5, 43, 49, 63, 73, 82, 115, 145, 165, 203, 215.  
*Algodón*: 32-33, 177.  
*Alimentos*: XXIX, 17-18, 89-96.  
*Amazonas*, río: 72.  
*América*: XIII, XVII, XVIII, XXV-XXVI, XXIX, XXX, 3, 6, 7, 10, 11, 12, 13, 39, 50, 60, 62, 64, 71, 72, 73, 74, 93, 116, 117, 143, 151, 152, 161, 162, 166, 170, 186, 188, 199, 213, 215, 219, 234, 245, 251, 252.  
*Americanos*: 90, 92, 104, 124.  
*Amsterdam*, Holanda: 207, 234.  
*Anchieta*, jesuita: 202.  
*Andalucía*: 15.  
*Animales domésticos*: 179-186.  
*Anjukwáres*, indios: 73.  
*Apaches*, indios: 151.  
*Arabia*: 9, 230.  
*Arados*: 176-177.  
*Armas*: XXVIII, XXXIII, XXXIV, XXXVI, 86-87, 151, 188.  
*Arroz*: 32, 177.  
*Arteaga*, donante: 156.  
*Astilleros*: 158.  
*Artesanos*: 187-192.  
*Atschémes*, indios: 73.  
*Asia*: 245.

*Augsburgiana*, confesión: 207.  
*Augsburgo*, ciudad: 210.  
*Australia*: XXXIV.  
*Austria*: 4, 54, 221.  
*Azúcar*: 72, 177.

### B

*Baeger*, Juan Jacobo, cit.: XIII, XVIII-XXI, XXII, XXIII, XXVII, XXX, XXXII, XXXVI, XXXVII, XLII, 9, 221.  
*Baños*: XXVIII-XXIX.  
*Barco*, del, padre: cit.: XIX.  
*Bautismos*: 153.  
*Baviera*, cantón de: 14, 145, 221.  
*Béjar y Gandía*, duquesa de: 156.  
*Bellarmini*, jesuita: 249.  
*Benedicto XIV*, papa: 250, 252.  
*Berlín*, Alemania: XIII.  
*Bermejo*, mar. V. California Golfo de.  
*Bertrando*, Ludovico, jesuita: 202.  
*Bezotes*: XXX.  
*Biblioteca Humboldtiana de la Sociedad México-Alemana*, Alejandro de Humboldt: 9.  
*Biblioteca Nacional de Roma*: XIX.  
*Bischoff*, Xaverius, padre: 171.  
*Blanco*, cabo: 12.  
*Bohemia*: 11, 58, 171, 221.  
*Bonaspei*, cabo de: 207.  
*Borgia*, casa: 156.  
*Boton*, cabecilla indio: 195.  
*Bourdeloue*, padre: 248.  
*Böving*, pastor: 207, 211.  
*Brasil*: XXVI, 71, 249.  
*Bravo del Norte*, río: XIV.  
*Brujos*: 123.  
*Buen Retiro*, España: 246.  
*Buena Esperanza*, cabo de: 143.

## C

*Caballero y Ozio*, Juan: 145-146, 155.  
*Cabo de San Lucas*, sierra del: 37, 70.  
*Cabora*, misión de: 151.  
*Cádiz*, España: 15, 207, 215.  
*Cafrería*: 205.  
*Cajías*: 246.  
*Cajas reales*: 161.  
*Calabazas*: 32, 177.  
*Calabria*: 13.  
*California*, Alta: XXVI, XXX.  
*California*, Baja: XIII-XXVII, XXVIII-XXXII, XXXIII-XXXVII, XLII, 1-8, 9-14, 15-20, 21-27, 29-35, 37-41, 43-45, 47-51, 53-58, 59-66, 69-75, 77-80, 81-84, 85-87, 89-96, 97-102, 103-107, 109-117, 119-128, 129-140, 141-147, 149-159, 161-168, 169-173, 175-178, 179-186, 187-192, 193-199, 201-211, 213-221, 223-235, 239-253.  
*California*, golfo de: XIV, XV, XXX, 9-14, 48, 60, 62, 70, 74, 150, 154, 155, 157, 162, 178, 214, 227, 232.  
*Calvino*, Juan: 139, 204, 210.  
*Calvinistas*: 186.  
*Canadá*: 70, 71, 72, 114, 117, 205, 209, 210.  
*Canciones*: 122-123.  
*Capellanes*: 77, 159.  
*Capital de la Baja California*: 157-159.  
*Carintia*: 13.  
*Carlos II*, rey de España: 144.  
*Carmen*, isla del: 63, 243.  
*Carranco*, Laurentius, jesuita: 195, 196-197, 198.  
*Carpinteros*: 158, 172.  
*Cartago*: 5.  
*Castigos*: 164-165.  
*Castilla*: 55.  
*Catalana*, La, isla: 10.  
*Catalanes*: 158.  
*Cataluña*: 159, 216, 219, 220.  
*Católico-romano*, clero: 208.  
*Cedros*, isla de: XXIV.  
*Cerámica*: XXVIII, XXIX.  
*Cíbola*: 5.  
*Clavijero*, Francisco Javier: XIX-XX.  
*Climatología*: 15-20, 21-27, 158, 214, 225, 226.  
*Cluverius*, cit.: 225.  
*Coblenza*: 221.

*Cochimés*, indios: XXIII-XXIV, XXVII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, XXXIV, XXXVI.  
*Cochise*, cultura: XXXIV.  
*Coelestinum*, impresor: 202.  
*Cofradías*: 156.  
*Colombia Británica*: XXX.  
*Colón*, Cristóbal: 5.  
*Colorado*, río: XIII, XIV, 5, 9, 10, 11, 12, 70, 151, 225.  
*Comanches*, indios: XXVI.  
*Comercio*: 21, 83, 157, 162-163, 178, 182, 187-192, 215, 226, 239, 240, 242-243.  
*Commotau*, Bohemia: 58-221.  
*Comunicaciones*: 149-150.  
*Concepción Inmaculada*, misión de: 24, 155.  
*Conzag*, Fernando, jesuita: mapa, frente a la portada, XXV, 11.  
*Coordenadas geográficas*: 9-14.  
*Coras*, indios: 194.  
*Corinto*: 207.  
*Correos*: 159.  
*Cortés*, Hernán: 144.  
*Cortés*, mar de. V. California Golfo de.  
*Cosechas*: 177.  
*Costumbres de los indios*: XXI, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVIII, XXX, 6, 22-23, 25, 72, 79-80, 87, 89-90, 93-96, 97-102, 109-117, 119-128, 163-164, 226.  
*Cotscimí*, lengua: 130.  
*Cuarteles*: 157-158.  
*Cuba*, isla de: 90.  
*Culiacán*, Sin.: 220.  
*Culturas indígenas*: XVIII, XXI, XXIV, XXV, XXVII, XXVIII, XXIX, XXXI, XXXII, XXXIV, XXXV.  
*Curanderos*: XVII, XXXI, 10, 105-107, 120, 123.

## CH

*Charlevoix*, P.: 71, 72, 110, 209, 210.  
*Checo*, idioma: 130.  
*Chicago*, Illinois: XIII.  
*Chicón*, cabecilla indio: 195.  
*Chile*: 215, 245.  
*Chiloé*, isla de: 215.  
*China*: 152, 205, 230.

## D

*Dalmacia*: 60.  
*Daneses*: 207, 209, 211.  
*Daniel*, profeta: 183.  
*Danzas*: 122-123.  
*Decorme*, Gerard. cit.: XIX-XX, XXXVII.  
*Dellius*, misionero: 209-211.  
*Diez*, padre jesuita: 220.  
*Dinamarca*: 209, 210.  
*Druet*, padre: 166.  
*Ducrué*, Benno, jesuita: 218, 221.  
*Durango*, obispado de: 251.  
*Duraznos*: 177.

## E

*Efesios*: 116.  
*Egipto*: 9, 225.  
*Electoral Gabinete de Historia Natural de Mannheim*: 55.  
*Embustes*: 128.  
*Enfermedades*: 103-107, 123, 124, 133, 165, 218.  
*Enterramientos*: 107, 121.  
*Escoceses*: 232.  
*Escuela Nacional de Antropología de México*: XXXVII.  
*España*: 3, 7, 11, 15, 188, 213, 234, 245, 246, 247, 248, 250, 252, 253.  
*Español*, idioma: 135-140, 147, 167.  
*Espanoles*: 12, 14, 50, 59, 61, 62, 63, 90, 92, 104, 141-147, 150, 151, 159, 161, 188, 195, 199, 230, 232, 233, 240, 247, 250, 253.  
*Estados Unidos de Norteamérica*: XVIII.  
*Etimologías*: 16.  
*Europa*: 3, 32, 37, 40, 65, 86, 91, 92, 102, 109, 116, 125, 132, 170, 213, 229.  
*Europeos en California*: XXV, 45, 64, 65, 104, 133.  
*Exploraciones*: 5, 11, 13, 25, 33, 143-147, 151.

## F

*Fauna*: XLII, 10, 19, 23, 25, 32, 40, 47-51, 53-58, 90-91, 95-96, 125, 129, 228.

*Felipe V*, rey de España: 7, 152, 156, 161, 189, 246, 249.  
*Fernández*, capellán de Loreto: 159.  
*Fernando VI*: 189.  
*Filipinas*, islas: 178, 245.  
*Fiscales*: 164.  
*Flora*: XXIX, 3, 16-17, 19, 21, 29, 30, 32-33, 37-41, 43-45, 89-90, 94, 129, 229-231.  
*Folsom*, cultura: XXXIV.  
*Francés*, idioma: 130.  
*Francses*: 13, 253.  
*Francia*: 5, 114, 232.  
*Franciscanos*: XXVII.  
*Frankfort*, Alemania: 60, 71, 231, 234.  
*Frijol*: 177.

## G

*Ganadería*: 175.  
*Garbanzo*: 177.  
*Génova*, Italia: 13.  
*Giganta*, cerro de la: 37.  
*Gila*, río: XXIV, 5, 151.  
*Ginebra*: 206.  
*Ginebrinos*, teólogos: 203, 207.  
*Glatz*, condado de: 171, 221.  
*Goajira*, península: XXIX.  
*Gobernadores*: 77, 158-159, 215-221.  
*Gomas*: 38.  
*González*, Thyrsus, jesuita: 234.  
*Granada*, sierra de: 15.  
*Granadas*: 33, 177.  
*Grande del Norte*, río. V. Bravo del Norte, río.  
*Great Basin*, región: XVIII.  
*Grecia*: 9.  
*Griegos*: 232.  
*Guadalajara*, Jalisco: 5, 61, 62, 70, 152, 154, 251-252.  
*Guadalupe*, cerro de: 37.  
*Guadalupe*, misión de: 155, 218.  
*Guaicura*, lengua: 130-140.  
*Guaicuras*, indios: XXI-XXIII, XXVII, XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXV, XXXVI, XXXVII, 120, 130-140.  
*Guaymas*, Sonora: 214, 215.  
*Guerra de Sucesión*: 152, 241.  
*Guerras*: 75.  
*Guillén*, Clemente, padre jesuita: 242.  
*Guinea*: 71.  
*Guzmán*, Eulalia, profesora: XIX.

## H

*Habitaciones*: XXVII, XXVIII, XXXIV, 3, 77-80, 157, 158.  
*Halle*, ciudad de: 202.  
*Halle*, continuadores de: 211.  
*Hamburgo*: 249.  
*Heidelberguense*, sínodo: 206.  
*Heinson*, Teodoro, predicador: 249.  
*Hendrichs*, Pedro R.: XLIII.  
*Herreros*: 158.  
*Higos*: 33, 177.  
*Historia*: XIII, XVIII, XIX, XXI, 71, 75, 128, 227-235.  
*Holanda*: 207.  
*Holandeses*: 206.  
*Hortalizas*: 177.  
*Hostell*, Lamberto, jesuíta: 192, 221.  
*Hübner*, Juan, cit.: 16, 210, 211.  
*Hungría*: 11.

## I

*Idiomas*: XXII, XXIII, XLI-XLIII, 8, 72, 73, 99, 103-104, 112, 120, 121, 126, 129-140, 147, 242.  
*Iglesias*: 152, 153, 161, 169-173.  
*Ikas*, Indios: 72, 73.  
*Inama*, Francisco, jesuíta: 54, 192, 221.  
*Incurciones de los indios*: 151.  
*Indias*, higos de: 43.  
*Indias Occidentales*: 54, 202.  
*Indias Orientales*: 143, 202, 209, 210, 211.  
*Índigo*: 72.  
*Indios*: XIII, 3, 59, 62, 69-75, 161, 172, 194.  
*Indumentaria*: XXVIII, XXX, XXXV, XXXVI, 81-84, 162-163, 177.  
*Inglaterra*: 5, 21, 33.  
*Ingleses*: 12, 21, 33, 240.  
*Ingostadt*, Universidad de: 145.  
*Ingresos de las misiones*: 161-168.  
*Iroqueses*, indios: 209.  
*Isaías*, profeta: 167.  
*Italia*: 9, 13, 60, 215, 232.  
*Italiano*, idioma: 130.  
*Italianos*: 157.  
*Itinerarios*: 7, 161-162.  
*Ixtlán*, pueblo de: 215.

## J

*Jansenistas*: 247.  
*Japón*: 205, 206.  
*Jena*: 202, 203.  
*Jesucristo*: 135-138, 153, 164, 204, 206, 208, 209, 210, 211.  
*Jesuitas*: XIX, XX, XXIV, XXV, XXVII, 11, 54, 147, 156, 199, 213-221, 245, 246, 247, 249, 251, 252.  
*Joachimstal*: 221.  
*Judas*, apóstol: 185.  
*Juliers*, ducado de: 192, 221.

## K

*Kamchatka*, península: XIV.  
*Kino*, Eusebio, jesuíta: 145, 151.  
*Kirchhoff*, Paul: XXXVII.  
*Konsak*, Ferdinandus. V. Conzac, Fernando, jesuíta.  
*Kroeber*, Alfred, cit.: XXVI.

## L

*"La Concepción"*, embarcación: 234.  
*La Haya*: 247.  
*"La Lauretana"*, embarcación: 234.  
*La Paz*, misión: 195, 196, 198, 216.  
*Lapones*: 65, 231.  
*Laymona*, lengua: 130.  
*Lesdignières*, duquesa de: 70.  
*Lieja*: 234.  
*Limonos*: 32, 33, 177.  
*Linck*, Wenceslao, jesuíta: 11, 12, 37, 130, 221.  
*Lisboa*: 249.  
*Lombardía*: 13.  
*Londres*: 247.  
*Loreto*, bahía de: 234.  
*Loreto*, misión de: XXIV, XXXI, 37, 77, 130, 146, 152, 155, 157-159, 162, 163, 170, 171, 189, 190, 191, 192, 216, 218, 219, 220, 221, 226, 229, 231.  
*Loreto*, Nuestra Señora de: 146, 153.  
*Los Angeles*, bahía: XXV.  
*Luisiana*: 72.  
*Luteranos*: 186, 210.  
*Lutero*, Martín: 202, 203, 204, 210.  
*Luyando*, padre, jesuíta: 156.

*Luzenilla*, Francisco: 144.  
*Luzón*, isla de: 178.  
*Lyon*, Francia: 114.

## M

*Macedonia*: 60.  
*Madrid*, España: 4, 61, 132, 150, 152, 239, 245, 246, 249, 251, 253.  
*Maestros de escuela*: 166.  
*Magdalena*: 185.  
*Maguncia*: 234.  
*Maíz*: 32, 33, 59, 177.  
*Malabaria*: 205.  
*Malaca*, península de: XIV.  
*Malagrida*, suplicio de: 250.  
*Mamelucos*: 71.  
*Manila*, Filipinas: 178.  
*Mannheim*, Alemania: 9, 55.  
*Marañón*, río: 72.  
*María*, virgen: 137.  
*Marianas*, islas: 7.  
*Marineros*: 152, 158-192, 244.  
*Marruecos*: 230.  
*Mastricht*: 234.  
*Matanchel*: 162, 189, 214, 215, 221, 229.  
*Mayordomos*: 162, 166, 190, 192, 218.  
*Medicinas*: 103-107.  
*Melanchton*: 202.  
*Meliapor*, obispo de: 249.  
*Melones*: 32, 96, 177.  
*Mendocino*, cabo: 12.  
*Mexicanos*, indios: 69.  
*México*, ciudad de: XIII, 5, 83, 144, 149, 150, 152, 153, 154, 156, 162, 169, 172, 189, 190, 191, 192, 215, 231, 242.  
*México*, país: XVIII, XXVII, 3, 9, 11, 144, 162, 215, 226, 230, 233, 243, 245.  
*Migraciones*: XIII, XIV, XV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXXIII-XXXIV, 69-75.  
*Milán*, ducado de: 13.  
*Milán*, Italia: 114.  
*Mileto*: 220.  
*Minas*: 59-66, 239.  
*Mineros*: 159, 187.  
*Misioneros*: 6, 7, 50, 62, 97, 110-111, 114, 127, 145, 155, 156, 157, 162-163, 165, 187, 220, 239-253.

## N

*Nancimbén*, Petrus, padre: 171.  
*Nápoles*, Italia: 55.  
*Naranjas*: 33, 177.  
*Naufragios*: 151.  
*Navegación*: XXXIV, 161, 216, 221.  
*Negros*: 71.  
*New York*, ciudad: XIII.  
*Nicea*, concilio de: 210.  
*Nicolás I*, fábula: 249, 250.  
*Norberto*, padre: 250.  
*Norteamérica Árida*, región: XVIII, XXV, XXVI, XXXI, XXXIII.  
*Noruega*: 16, 232.  
*Nowaya Semlya*: 16, 220, 231, 251.  
*Nuestra Madre Dolorosa*, misión de: 155.  
*Nuestra Señora de Columna*, misión de: 155.  
*Nueva Andalucía*. V. Sonora.  
*Nueva Francia*. V. Canadá.  
*Nueva Holanda*: 220.  
*Nueva Inglaterra*: 209.

## O

*Observaciones astronómicas*: 13-14.  
*Olivos*: 33, 177.  
*Oranienburgo*, ciudad: 209.  
*Ormuz*, isla de: 231.  
*Ornamentos*: 163, 169-173.  
*Orohidrografía*: XIII, XV, XXXII, 3, 4, 9-14, 21-27, 29-35, 74, 150, 155-156, 157, 175-176, 183, 227, 228.  
*Ostende*, Bélgica: 207.  
*Otondo*, general: 226.

## P

*Pacífico*, Océano: XV, XXVIII, XXX, 9, 16, 47, 48, 154, 155.  
*Palmeras*: 177.  
*Panamá*, istmo: XXX.  
*Paracuaria*, región: 72.  
*Paraguay*: 215, 245, 249, 250, 251, 252.  
*Paraná*, río: 249.  
*París*, Francia: 114, 191, 247, 253.  
*Párrocos*: 62-63.  
*Patarax*, rey de Cíbola: 5.  
*Paurus*, indios: 73.  
*Peña*, marquesa de la: 156.  
*Pericú*, lengua: 130.  
*Pericúes*, indios: XXII-XXV, XXVII, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV, XXXVI, 188, 194.  
*Perlas*: 59-66, 150, 189, 227, 234.  
*Perros*: XXV-XXVII, XXVIII.  
*Persia*, golfo de: 231.  
*Perú*: 5, 245.  
*Pesca*: XXXIV, XXXV, 47-49, 74.  
*Pícolo*, padre: 90, 147.  
*Pimas*, indios: 232.  
*Pimería*, región: 74, 151, 199, 214, 232.  
*Pirineos*: 250.  
*Pitahayas*: 43-45, 92, 127, 167, 229, 233.  
*Plátanos*: 33-34, 177.  
*Pluche*, cit.: 100.  
*Población*: XIV, 67-75.  
*Polaco*, idioma: 130.  
*Policía*: 164.  
*Polo Venero*, Marco: 5.  
*Poncio Pilato*: 137.  
*Pontificios*, Estados: 252.  
*Pórtola*, Gaspar: 77, 158-159, 213-221, 253.  
*Portugal*: 249.  
*Portugueses*: 71.  
*Potosí*, minas: 60.  
*Prefectura de la Provincia California*: 153.  
*Protestantes*: 201-211.

## Q

*Querétaro*, ciudad de: 145.  
*Quivira*: 5.

## R

*Real Audiencia de Guadalajara*: 144, 149.  
*Real Audiencia de México*: 145, 246.  
*Rebeliones*: 151, 188, 194-195, 199, 233.  
*Reforma religiosa*: 206.  
*Religión*: 125.  
*Renania*: 60.  
*Resinas*: 38.  
*Rheds, Georgius*, jesuíta: 221.  
*Rhin*, provincia del: XLII, 8, 25, 221.  
*Rhin*, río del: 14, 15, 16, 71.  
*Ribera y Moncada*, Fernando, capitán: 217.  
*Ricci*, Laurentius, general de los jesuitas: 252.  
*Ritos*: 122.  
*Rocallosas*, montañas: XVIII.  
*Rojo*, mar: 9.  
*Roma*, imperio: 5.  
*Roma*, Italia: XIII, XIX, 153, 203, 251, 252.  
*Rosario*, minas: 63.  
*Rosoli*, región de: 25.  
*Rousseau*, Juan Jacobo: 102.  
*Ruhen*, Henricus, jesuíta: 199.  
*Rusos*: 12.

## S

*Saboya*, Eugenio de, príncipe: 242.  
*Sal*: XXV-XXVII, XXVIII, XXXIV, 63, 94, 243.  
*Salomón*, rey: 64.  
*Salvatierra*, Juan María, jesuíta: 145, 146, 147, 149-154, 187, 243.  
*Samoyedos*: 231.  
*San Aloísio*, misión de: 155.  
*San Antonio*, minas de: 60-61, 239.  
*San Borjas*, misión: 11, 15, 111, 155, 218.  
*San Buenaventura*, misión: 11.  
*Sandías*: 32, 96, 177.  
*San Dionisio*, bahía de: 146.  
*San Francisco*, California: XXVI.  
*San Gregorio*: 66.  
*San Hipólito*, bahía de: XXVIII.  
*San Ignacio*, misión de: 38, 63, 92, 155.

*San José Comantú*, misión de: 24, 155, 170.  
*San José del Cabo*, misión de: 24, 58, 154, 155, 195, 196, 197, 216, 217, 218, 220, 240.  
*San José*, isla de: 10, 63.  
*San Juan*: 185, 211, 246.  
*San Lucas*: 86, 205, 208.  
*San Lucas*, cabo de: 9, 12, 61, 154, 156, 225, 241.  
*San Lucas*, serranía de: 154.  
*San Luis Gonzaga*, misión: XX-XXII, XXIV, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXV, XXXVI.  
*San Marcos*: 204.  
*San Mateo*: 93, 204, 207.  
*San Nicolás*, misión: 249.  
*San Pablo*: 202, 207, 208, 211, 220.  
*San Salvador*, Salvador: XIII.  
*Santa Ana*, minas de: 60-61, 239.  
*Santa Bárbara*, archipiélago de: XXX.  
*Santa Gertrudis*, misión de: 155.  
*Santa Magdalena*, bahía de: 11, 13, 226, 228-229.  
*Santa Rosa*, misión: 195, 198.  
*Santa Rosalia*, misión de: 24, 48.  
*Santa Teresa*: 143.  
*Santiago*, misión de: 24, 58, 154, 195, 197, 198, 218.  
*San Xavier*, apóstol: 147.  
*San Xavier*, misión: 11, 130, 152, 155, 170, 172, 202, 220.  
*Sao Paulo*, Brasil: 71.  
*Sastres*: 166.  
*Sedelmayer*, padre: 5.  
*Seris*, indios: XVI, XXX.  
*Serralvo*, isla de: 10.  
*Sevilla*, España: 195.  
*Shamanes*, capotes para curaciones: XVII, XXXV, XXVIII.  
*Sicilia*: 147.  
*Sierpe*, Gil de la: 146, 153.  
*Siete Dolores*, misión de los: 155, 199.  
*Sinaloa*: 59, 60, 74, 146, 147, 175, 189, 191, 214, 220.  
*Soldados*: 124, 146, 147, 150, 152, 156, 157-158, 172, 185, 187-192, 195, 214-215, 216-217, 220, 239, 244, 247, 249.  
*Sonora*: XVI, XXIX, XXX, 59, 60, 74, 145, 175, 191, 214.  
*Spitzberg*: 251.  
*Suabia*, cantón del: 14.

*Suiza*: XXII, 73.  
*Sur*, mar del. V. Pacífico, océano.

## T

*Tabaco*: XXVIII, 72.  
*Talabarteros*: 166.  
*Támaral, Nicolaus*, jesuíta: 193, 195-198.  
*Táraval*, Sigismundis, jesuíta: 195, 198.  
*Tartaria Mayor*: 205.  
*Tartaria Menor*: 205.  
*Teackwás*, indios: 73.  
*Teenguabebes*, indios: 73.  
*Tekakovita*, Catarina: 117.  
*Tello*, Tomás, jesuíta: 199.  
*Tertulianus*: 205.  
*Texel*, Holanda: 234.  
*The Greater Southwest*, región: XVII, XVIII.  
*Tibet*: 205.  
*Tiburón*, isla: XV.  
*Tierra del Fuego*: XXVI.  
*Tiro!*: 13.  
*Tirs, Ignatius*, jesuíta: 58, 195, 221.  
*Tiio*, emperador: 211.  
*Todos Santos*, misión de: 15-16, 24, 62, 154, 155, 170, 198.  
*Trabajo*: 85-87, 163, 240, 241.  
*Tranquebar*, ciudad: 209, 210, 211.  
*Tribus*: XII-XX, XXI-XXVII, XXIX, XXXIV.  
*Trigo*: 32, 177.  
*Turcos*: 242.

## U

*Ugarte*, padre: 166.  
*Uralsperger*, Samuel, senior: 210.  
*Uruguay*, río: 249.  
*Utensilios*: 85-87.  
*Utschípújes*, indios: 73.  
*Utschis*, indios: 73.  
*Utschüti*, lengua: 130.

## V

*Vaca*, Clemente, indio: 124.  
*Vaticana*, ciudad: 252.  
*Vázquez Coronado*, Francisco: 5.

*Velasco*, Luis de, marqués: 156.  
*Venecia*: 13.  
*Venecianos*: 171.  
*Veregas-Buriel*, Miguel: XIX-XX.  
*Veracruz*, puerto de: 213, 214.  
*Vicios*: 113.  
*Viena*, Austria: 54, 192, 221.  
*Villa-Puente*, marqués de la: 152, 156.  
*Vinos*: 177-178, 185, 242-243.  
*Viñedos*: 32-33.  
*Virreyes de México*: 145, 149, 154, 189,  
218, 239, 240, 246.  
*Viruelas*: 16.  
*Vituallas*: 151, 156, 157, 163, 164, 165,  
190, 239.  
*Vizcayno*, Sebastián: 12.

W

*Weislinger*, escritor: 209.  
*Westfalia*: 199, 220.

*Wittenberg*: 206.  
*Wittenberguenses*, teólogos: 203.  
*Woods-Rogers*: 33, 34, 225, 226, 241.

X

*Xingú*, río: XXVI.

Y

*Yaqui*, río: 70, 214.  
*Yuma*, familia étnica: XXIII-XXIV.

Z

*Zaleros*: 166.  
*Ziegenbalg*: 209.

Noticia de la Pontificia Academia de Ciencias  
Se terminó de imprimir el 31 de octubre de 2013  
en Formas e Imprenta, S.A. de C.V.  
Av. Universidad 1877, Edif. 2, Loc. E, Coahuila, México D.F.  
La impresión de esta obra se realizó en papel Cultural de 60 gr  
Imprenta de forma en cartulina Coated de 200 gr  
Su tiraje consta de 200 ejemplares.

INDICE DE CONTENIDO

Índice de Materiales	Índice de Páginas
Introducción	1
Historia de la Península Americana de California	1
Objetivos	1
Alcance	1
Metodología	1
Organización del Proyecto	1
Equipo de Trabajo	1
Financiamiento	1
Resumen Ejecutivo	1
Conclusiones	1
Recomendaciones	1
Bibliografía	1
Índice de Materiales	1
Índice de Páginas	1

*Noticias de la Península Americana de California*

Se terminó de imprimir el 31 de octubre de 2013  
en Formas e Imagenes, S.A. de C.V.  
Av. Universidad 1953, Edif. 2, Loc. E, Coyoacán, México D.F.  
La impresión de interiores se realizó en papel Cultural de 90 gr.  
Impresión de forros en cartulina Couché de 300 gr.  
Su tiraje consta de 500 ejemplares.



9 786079 314248

